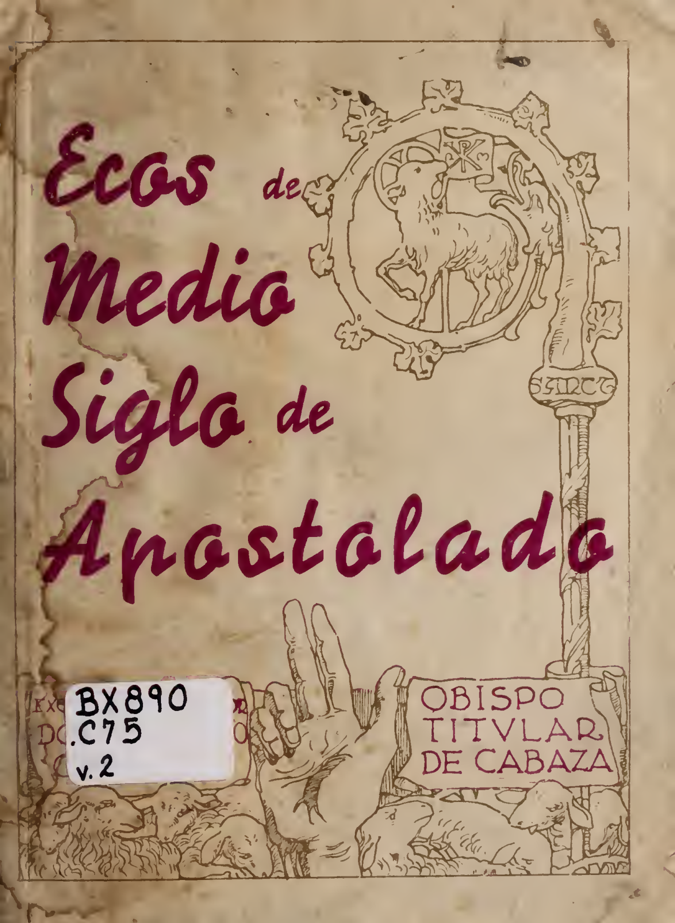
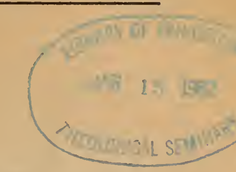

Ecos de
Medio
Siglo de
Apostolado
SANCT
OBISPO
TITVLAR
DE CABAZA


LIBRARY OF PRINCETON

ECOS DE MEDIO SIGLO DE APOSTOLADO

Mons. PRUDENCIO CONTARDO



ECOS DE MEDIO SIGLO DE APOSTOLADO

TOMO II

Imprenta y Edit. "San Francisco" — P. Las Casas
(Chile) 1943.

Valparaíso, Agosto 25 de 1942.

Vistos y en conformidad a las normas del Derecho Canónico, venimos en nombrar al Rvdo. Padre Arturo Renaud, Rector de Redentoristas de Valparaíso, Censor Eclesiástico de "Ecos de Medio Siglo de Apostolado" del Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo Titular de Cabasa, Monseñor Prudencio Contardo.

† Rafael, Obispo de Valparaíso.

Excelentísimo Señor Obispo:

En cumplimiento de la Comisión que V. E. se ha servido encomendarme, en su carta del 25 de Agosto de 1942, he recorrido con toda atención, las distintas oratorias, que Monseñor Prudencio Contardo quiere dar a la prensa, en "Ecos de medio siglo de Apostolado" y las he hallado todas sin cosa alguna contraria a la fe, ni a las enseñanzas de la Santa Iglesia.

Arturo Renaud O.

Valparaíso, 2 de Octubre de 1942.

Valparaíso, Octubre 8 de 1942.

Visto el informe del Censor nombrado, Rvdo. Padre Arturo Renaud de los RR. PP. Redentoristas, venimos en autorizar en conformidad a las normas de Derecho Canónico la publicación de "Ecos de medio siglo de Apostolado" del Excmo. y Rvdmo. Señor Obispo Titular de Cabasa Monseñor Prudencio Contardo.

Tómese razón y comuníquese.

† *Rafael, Obispo de Valparaíso.*



MARIA SANTISIMA

INMACULADA CONCEPCION DE MARIA

Sermón predicado en la Catedral de Santiago el 10 de Diciembre de 1885.

Tota pulchra es et macula non est in te. (Cant., 4, 7).
Eres toda hermosa y en ti no hay mancha alguna.

Hermanos míos:

Existe un nombre al cual parecen evocar sonrientes ya el azul transparente de los cielos, ya el suave murmullo de la brisa, ora el cáliz perfumado de las flores, ora los iris de cristalina vertiente; un nombre que, como el de Jesús, es miel para los labios, melodía para el oído y júbilo para el corazón, en frases de San Bernardo; un nombre a cuya dulzura canta en los cielos la angélica turba, mientras en la tierra al solo pronunciarlo, se exalta y alegra el corazón cristiano. Ah, ese nombre no necesitan pronunciarlo mis labios, hermanos míos, porque ya lo ha pronunciado vuestro filial corazón; ese nombre es *María Inmaculada.*

Ah, yo te bendigo, oh inmortal Pío Nono, porque al declarar *dogma de nuestra fe* el que María fué concebida sin mancha de pecado desde el instante primero de su existencia, lanzaste al mundo esa tea bendita que, provocando incendios de sacro amor a María ha recorrido los

viejos continentes, y pasando a través de los mares, llegó a este suelo querido, en donde la muchedumbre de los creyentes, presa de misterioso frenesí, invade templos y capillas festejando a porfía por doquiera la *limpieza inmaculada* de esa mujer incomparable.

Hermanos míos muy amados, que otros ensalcen las vastas proyecciones de la célebre Encíclica del sucesor de Pedro; que otros, desde la Cátedra sagrada, prodiguen justas alabanzas a ese milagro del orden moral con que la divina Omnipotencia rompe y suspende la ley del pecado original en honor de su Madre. En cuanto a mí, prefiero examinar aquí el aspecto pleno de consolaciones, con que se presenta al mundo este dogma encantador.

Es decir, si María *es toda hermosa,* como el mismo Dios la proclama, es evidente que sus ruegos adquieran un poder decisivo ante el trono divino y abran para el pecador un amplio surco de esperanzas.

Seguidme, pues, con renovada atención en el desarrollo de estas ideas.

Oh, Madre inmaculada, alcanza para mis labios la unción de gracia a fin de despertar en mis oyentes una confianza inquebrantable en tu patrocinio.

Ave María.

Eres toda hermosa y no hay en ti mancha alguna. (C. de los C.)

Hermanos míos:

Recorriendo otras páginas del Sagrado Libro de los Cantares ya citado, encuentro una frase que arroja viva luz sobre el pensamiento que os prometo desarrollar. Dice así: *"Eres hermosa y suave y temible como un ejército en orden de batalla."* Mística frase ésta, que la Santa Iglesia aplica a la divina Madre.

Ante el alcance de estas palabras, difícil es, encontrar

una base más sólida para demostraros el tema ya expresado y que constituye el alma de mi discurso; si María es hermosa y limpia de pecado, su poder es también inmenso ante el Altísimo. Vale decir, María en nombre de su sin igual belleza, gana el corazón de Dios y se impone a su Hijo Jesucristo, cuando sus devotos acuden a ella en demanda de socorro.

A ojos vistas, no es ésta la ocasión de enaltecer esa belleza terrena, material y falsa, flor de un día, alimento de la vanidad que abre su cáliz risueño a los ambientes matinales, para agotarse y morir juntamente con la luz.

Yo hablo de la hermosura verdadera, sobrenatural y divina, de la hermosura del alma, que solamente la gracia puede hacer descender a los corazones. Oh, cuán peregrina debió ser la belleza del alma de Adán, en el momento de su aparición sobre la tierra. Yo comprendo fácilmente que la creación visible se prosternará entera en presencia de aquel verdadero prodigio de la Omnipotencia Divina, diciendo: "He aquí a nuestro rey, a nuestro soberano; cuán digno es de nuestra obediencia y respeto." Comprendo así mismo que el Creador hablara con él personalmente y que los espíritus celestiales miraran al hombre como a un hermano y con cierta admiración. Sí, había tan poca diferencia entre el hombre recién salido de la mano de Dios, radiante su corazón de gracia y hermosura y los ángeles mismos.

Esa misma es, oyentes carísimos, la hermosura que adorna el alma de todos los justos, ya que una misma causa produce los mismos efectos. Ah, si nos fuera dado contemplarla con nuestros propios ojos. A la manera que si después de pasear nuestras miradas por el estrellado y azul firmamente, las dejáramos en las aguas de una fuente cristalina, creeríamos trasladado aquél a esas aguas; de igual modo si pudiéramos trasladarnos un instante al Paraíso y contemplar por breves momentos la gloria de que gozan los ángeles y santos, preciso nos sería exclamar con un piadoso escritor de nuestros días; "Gran Dios,

tú nos prometes un paraíso para después de esta vida, cuando en realidad tu belleza reside toda entera en el corazón de tus siervos, aun antes que la muerte haya cortado su peregrinación por el mundo." *Quid est homo, quia magnificas eum.*" ¿Quién es el hombre, para que al fin de engrandecerlo, anticipes en él la gloria de tu cielo?

Sin embargo, esta participación clara de la belleza divina en el alma, está circunscrita a estrechos límites, a los límites que permite nuestra naturaleza finita y limitada.

Mas tratándose de María, la omnipotencia y generosidad divina alcanzaron, si vale la expresión, su límite máximo; no había obstáculo para ello. No son palabras mías, el angélico doctor Santo Tomás de Aquino, no teme afirmar que son tres las obras divinas que no admiten mayor perfeccionamiento y entre ellas enumera el alma de María; fué la obra maestra del Omnipotente.

Este espíritu privilegiado destinado a tan excelsas finalidades bajó a unirse con su inmaculado cuerpo, como el rayo más luciente del astro del día se posa sobre el más blanco de los lirios y atravesó por este mundo más bello y radiante que los espíritus mensajeros, que al decir de la fe, atraviesan los espacios infinitos llevando hasta el trono divino los ruegos de los hombres y retornan cargados de las divinas misericordias.

Y viendo esto así, carísimos oyentes, si la oración perseverante de los justos, en frase del Apóstol Santiago, "*tiene gran poder*" ante el Corazón Divino, ¿quién podrá desconocer la de María en los cielos, *toda hermosura y pureza, tota pulchra*, aun antes de su glorioso tránsito?

Y ¿quién podría describir la admiración de los cielos en el momento de penetrar en ellos María con toda su gloria, sus hechizos, sus encantos?

Ah! Si es allá en el Paraíso, donde se puede aquilatar su influjo Omnipotente. Imaginaos, católicos, el trono de Dios, tan bueno como justo, circundado de negros nubarrones en donde se fabrica el rayo y se engendran las tem-

pestades, para lanzarlas sobre los pecadores endurecidos que hacen tabla rasa de las divinas leyes. Los Tronos y Dominaciones tiemblan de espanto, velan su paz los querubines y se consternan los bienaventurados.

¿Quién levantará su voz en demanda de misericordias para aquellos desgraciados, sobre los cuales acaso va a precipitarse una muerte súbita con su cortejo de desgracias eternas? Nadie.

Ante un Dios, tres veces Santo, todos sienten la penosa realidad de aquella expresión de David: "Mi Madre me concibió en pecado" y el recuerdo de la culpa original parece arredrarlos. Gran Dios. Sólo una mujer tiene suficiente valor y santa osadía para levantar la voz y elevar una compasiva plegaria.

¿Por qué? Porque a ella y tan sólo a ella pudo el Arcángel Gabriel dirigir aquellas palabras: *"No temas, María, pues has hallado gracia en la presencia de Dios."* Porque concebida sin mancha de pecado original, con ella no rige aquella triste ley de la culpa de Adán. Porque sólo a ella saludó Dios, por medio de su profeta, llamándola *"toda bella y sin mancha"*.

Hay, carísimos oyentes, en los Sagrados Libros un episodio digno de figurar en este elogio de María. Es la historia de la bella Ester, esposa de Asuero rey de Persia: fué Ester una de las figuras más prominentes que anunciaron a María en la antigua ley. Negábase Ester a presentarse ante el rey a pedirle la liberación de sus hermanos hebreos condenados en masa al último suplicio, y el fundamento de su negativa era que nadie podía penetrar en la sala real sin ser llamado, so pena de la vida. Pero ante las renovadas insistencias de su deudo Mardoqueo, resuelve Ester hacerlo arrostrándolo todo. Vístese con sus mejores galas y elevando a Dios el corazón, penetra intrépidamente a aquel sitio vedado. No obstante haber violado las órdenes del rey, éste enfrentado de súbito con aquella belleza más que humana, lo olvida todo, está vencido. Y alargándole su cetro de oro en señal de benevolen-

cia, "¿qué queréis, Reina Ester?, dícele en tono alentador, la mitad de mi reino que me pidas te lo daré". Y Ester triunfante pero con modestia suma, pídele y obtiene del Soberano la libertad de sus compatriotas desgraciados.

Tal es, carísimos oyentes, en el cielo la influencia de María; el mismo Dios se confiesa vencido, si vale la expresión, ante los encantos del alma de esa Mujer incomparable.

Carísimos oyentes, grabemos en el bronce de nuestros corazones la alentadora doctrina que nos enseñan estos grandiosos días.

Bendigamos al cielo por habernos dado una intercesora tan poderosa y buena.

Invoquémosla con confianza y amor, confiemos en sus invencibles ruegos y supliquémosle dé su mano que nos guíe a esa eterna patria donde ella se destaca entre los Santos como el sol entre los astros del firmamento.

Así sea.

PIADOSA MARIA, ESPERANZA NUESTRA

Alocución pronunciada durante la Novena del Santísimo Rosario, en el templo de Santo Domingo, en Octubre de 1940.

Spes nostra, salve.
Dios te salve, oh esperanza nuestra.
(Del Salve Regina).

Amados hermanos míos:

En sus designios de llevarnos al cielo, no ha podido la bondad divina poner al alcance del hombre un modo de salvación más fácil y más apropiado a nuestra naturaleza, que la devoción de la Inmaculada Virgen María. Vemos en efecto que el nombre de María es pronunciado con ternura por los labios del inocente niño y endulza a la vez los postreros días del anciano.

Ese nombre forma las delicias del mundo piadoso y hasta el empedernido pecador siente nacer en su alma el aguijón del arrepentimiento, cuando piensa que su suerte eterna está en manos de tan gran Señora. Por eso el nombre de María ha llegado adonde llegará el de su hijo Jesucristo y donde quiera que nuestros ojos vean alzarse un templo o un altar al Redentor del mundo, veremos levantarse sobre un trono de flores y luces la simpática imagen de María.

Hermanos míos, ante este hecho consolante cabe preguntar: ¿Cuál es la causa de que apenas los bronces sagrados llamen a los fieles a los pies de María, los templos rebosan de gentío? Ah! Es que una íntima convicción le está diciendo al cristiano allá en el fondo del alma, que María, la Virgen sin mancilla, es después de Jesucristo, la esperanza del pecador, del que sufre, del que se halla entre dificultades.

Y bien, hermanos míos, ¿en qué se basa esa confianza?

Ah! es que miramos en ella dos cualidades que nos arrebatan el cariño y son éstas: *María es nuestra Reina, María es nuestra Madre;* en estos dos nombres está el secreto de la corriente Mariana que existe en el mundo. Y tal será el tema de mis palabras. ¡Escuchadme!

La fe nos enseña que Dios ciñó las sienes de María con la corona de Reina de la creación. *"Presentóse la Reina a tu diestra,"* dice el Libro Santo. Por otra parte la Santa Iglesia nos hace saludar a la Madre de Dios por nuestra Reina en aquella popular oración que aprendisteis en las rodillas de vuestras madres: *Salve Regina, Mater misericordiae. Dios te salve, Reina y Madre de Misericordia.* Y por su parte tuvo mucha razón San Ambrosio al decir que: "Si el Hijo es Rey, Reina debe ser también la Madre." Es decir, si Jesucristo conquistó con su muerte el título de Rey y Señor del mundo, María es la augusta soberana a quien veneran los ángeles y los hombres. Así, dicen los Santos, lo dispuso el Redentor para pagar a su santísima Madre el haberlo llevado en su seno, haberlo alimentado y haberle recogido su último suspiro al pie del madero de la Cruz. Por tanto, hermanos míos, María es nuestra Reina. Ahora bien, ¿cuál es la verdadera ocupación, la gloria más pura de los reyes? No otra que proteger a sus vasallos necesitados. Así lo practicaron innumerables reinas que han honrado los tronos y sus coronas. Ah! ¡Cómo no pronunciar con respeto los venerados nombres de Santa Isabel de Hungría, de Santa Margarita de Escocia, de Santa Eduvigis de

Alemania, de una Elena de Constantinopla, de una Clotilde de Francia y de Isabel la Católica de España! Sus desvelos, sus ternuras, su mano caritativa llegaron siempre en hora oportuna a casa del huérfano, de la viuda, del enfermo, de la doncella cuya virtud peligraba. Digo más todavía....

Los reyes de la tierra son tanto más dignos de alabanzas cuanto más lágrimas enjugan entre sus vasallos. Los tronos se revisten de mayor brillo cuanto son mayores las desgracias que alivian; diríase, que los pobres fueran la verdadera corona de los reyes.

Cabe notar aquí algo que realza enormemente a esta reina sin par: ¿Qué viene a ser, hermanos míos, la caridad y compasión de las reinas que os he nombrado, al lado de la bondad y misericordia de María?

Sombra y muy pálida sombra. Todos los prodigios de caridad hechos por aquellos grandes corazones quedan como apagados en presencia de las bondades de la Reina del Cielo, como la luz de las estrellas desaparece ante los hermosos fulgores de la luna. Aquellas reinas son siervas; María es la gran Señora; son las damas de la Corte, si vale la expresión, María es la Reina en la Corte del Cielo. Y si el corazón de los servidores rebozaba tanta bondad y ternura hacia los necesitados, qué no rebozará el corazón de la celestial Señora?

Es frase de San Alfonso de Ligorio, que esta Reina y Señora no administra justicia, sino sólo dispensa misericordia. Su misión no es castigar, sino conseguir perdón para sus vasallos en la hora de la prueba; en eso cifra ella su grandeza, y es eso lo que constituye su corona más brillante.

La famosa reina Ester se negaba a pedir a su esposo el rey Asuero la libertad del pueblo israelita, en razón de que había pena de muerte para quien entrara, sin ser llamado, en la cámara del monarca. ¿Qué acontece, que Mardoqueo, deudo inmediato de la reina, hablóle de esta manera: "Acuérdate, oh Reina, que el Señor no te ha elevado al alto puesto que ocupas para que

seas feliz tu sola, sino para que hagas felices a tus hermanos cautivos? Cuentan los Libros Santos que al oír estas palabras la reina reflexionó y revistiéndose de santo valor, vestida con todas sus galas, entró y obtuvo la libertad del pueblo cautivo. Suponed ahora, hermanos míos, que por un imposible María se negara a interceder por alguno de sus vasallos, cuando éstos acuden a sus influjos. ¿Qué haría aquel desairado? Podría decir a esta nobilísima Ester: Reina y Señora mía, acordaos de que si el Señor ha puesto en vuestras sienes la corona de Reina y Señora del mundo, no fué sólo para felicidad vuestra, sino para ayudar con más facilidad a tantos desgraciados que a Vos acuden." Y ante tan justa advertencia, no lo dudéis, María abriría sus labios y sería la intercesora de aquel vasallo. ¡Perdonad!, amabilísima Reina, esta comparación, tratándose de Vos que no sabéis sino socorrer al que os invoca. Sólo he querido avivar la confianza en Vos de este auditorio que os ama. Ah! Sí, desde el fondo de mi alma os bendigo y os aclamo por nuestra Reina y Soberana, revestida de inagotable clemencia y misericordia....

II

Pero si el título de Reina nos entusiasma como vasallos, el título de Madre nos enternece y nos rinde como hijos a las plantas de María. Sí, María es nuestra Madre. Desde la cumbre del Calvario Jesús derramó sobre el universo una mirada de infinita misericordia. Comprendía que nosotros, pobres pecadores, necesitábamos de una Madre tierna y poderosa a la vez. Miró en torno suyo, vió a su propia Madre al pie de la Cruz. ¿Qué hace entonces? Anímanse sus labios moribundos y pidiendo fuerzas a su misma debilidad, pronuncia estas palabras, henchidas de celestiales esperanzas: *Ecce Mater tua, ecce Filius Tuus. He ahí a tu Madre, he ahí a tu hijo*

¡Oh cristianos! ¿Quién podrá expresar nuestra di-

cha? ¡La misma Madre de Dios es nuestra Madre! ¡Ya podemos llamarnos hermanos de Jesucristo..... hijos de María! Tal fué la última voluntad del Redentor, y esa última voluntad fué sellada con su sangre preciosísima; sí, María es nuestra Madre y nadie puede arrebatárnosla'...!

Ecce Mater Tua. Y bien, ¿qué es una Madre? Hijos de familia, vosotros que sabéis lo que son las ternuras maternales, pensad y saboread todo el alcance de esta dádiva. *Ecce Mater Tua.* Es decir, María es para nosotros ese ser querido, único en la tierra, alma de los hogares, ese ser sin igual que une con lazos de oro nuestra cuna y nuestro sepulcro; que nos prodiga sus besos al nacer y riega con lágrimas de amor casi infinito los restos inanimados del pedazo de su alma que le arrebató la muerte. *Ecce Mater tua.* ¿Qué es una madre? Es la sola persona que se identifica, que se hace una misma cosa con el hombre, así en sus penas como en sus alegrías; que ríe y llora con nosotros, que con su sola presencia dulcifica el dolor del hijo que sufre. ¿Cuándo palpita de alegría el corazón del hijo, sin que palpite al unísono del corazón de la madre? Y ¿qué lágrimas derramarán los ojos de aquél, sin que las derramen los de ésta?

Ecce Mater tua. ¡Madre! Nombre mil veces bendito a cuya sola enunciación se sacude el corazón más duro con los estremecimientos del cariño y de la gratitud más santa! Podrá un hijo desnaturalizado resistir la voz severa de su padre, pero cuando suena a sus oídos la voz afectuosa de la que lo llevó en su seno, siéntese desarmado y trocado de león en manso cordero. Coriolano, el héroe de la leyenda, no supo resistir al ruego de su madre Volumnia, y perdonó a la ciudad de Roma. Ah! cuánta razón tenía, hermanos míos, el poeta chileno al elaborar aquella sencilla pero inspirada estrofa que recreó nuestros oídos infantiles:

¡Madre, madre!, nombre tierno
Como el ave que suspira

Tu solo amor es eterno,
Tu solo amor no es mentira.

Sí; es cierto, no es mentira el amor de una madre; es la realidad más bella, más grandiosa, más consoladora de la vida humana. Cuando todas las puertas se cierran para el hombre, cuando en los días del infortunio, hasta los amigos de ayer vuelven las espaldas y se cubren con el manto de la indiferencia. ¡Oh inefable consuelo! Siempre el hijo más desventurado excluído talvez de la casa paterna, cuenta con el amor de un corazón cuyas puertas siempre están para él abiertas de par en par y ese córazón necesitaré decirlo? Ese corazón que no falla, es el corazón de la Madre!!

III

Hermanos míos, os he dibujado a grandes pinceladas el cuadro de lo que es una madre de la tierra. Subamos, no obstante, un plano más alto; todo lo que me habéis oído decir de las madres que os dieron la vida temporal, todo eso es para nosotros María, nuestra Madre celestial y mucho más, inmensamente más todavía. Reunid todo el amor, todas las ternuras, todo el inmenso cariño de las madres más amantes de sus hijos que haya habido sobre la tierra y yo os diré que toda ésa suma de amor maternal no es sino un átomo, una pintura en presencia del amor que nos profesa nuestra queridísima Madre María. Y ¿por qué? Porque su amor, lo bebió ella en su fuente más pura e infinita, en el Sacratísimo Corazón de Jesucristo, de un Dios que estando en agonía sobre la Cruz, todavía sentía sed de mayores sufrimientos por amor a nosotros.

Ah! Con cuánta razón la Santa Iglesia pone en boca de María aquellas palabras de la Escritura: Bienaventurado el hombre que me escucha y que diariamente aguarda a mis puertas. *Beatus homo qui audit me et qui vigilat ad fores meas quotidie.* (Prov., 8, 34).

IV

En realidad, hermanos míos, llénase de dulzuras al considerar que esa mujer bendita a quien Dios escogió por su Madre, es a la vez Reina y Madre nuestra, pero Reina y Madre cuyo amor y ternura no reconocen límites. Y ¡qué hermosas consecuencias se deducen de tan consoladora verdad! Primeramente, que acudamos à María con la confianza de un vasallo en su Soberana, y con la de un hijo en su Madre. ¡Ah, Hermanos queridos! Felices, una y mil veces felices nosotros, si la servimos y honramos con amor, si la invocamos y le confiamos nuestras necesidades. Ella no nos dejará desamparados, no, jamás eso se ha oído decir. Al contrario, es el pecador quien tiene más derecho a la protección de María. Pues, ¿quiénes son más dignos de la misericordia que los miserables pecadores? Acaso ella no es llamada refugio de los pecadores, *Refugium peccatorum?* No, cristianos, no dejemos jamás de invocar a María. Nada podremos pedirle que a ella no le interesa y, ¿qué podrá ella pedir a Dios que no lo alcance, cuando Dios mismo la reconoce y la honra como a su madre?

En realidad, María *no ruega* en el cielo, *sino que manda,* porque *es Señora* y no sierva. Así se expresa San Pedro Damiano. "Domina, non ancilla".

Hermanos míos, no me cansaré de repetirlo: Mirad siempre a María como a vuestra esperanza y vuestro consuelo. Llevad siempre con vosotros alguna imagen suya y que esa imagen ocupe un lugar preferente en vuestras hogares, como le corresponde a la que es Reina y Madre de los hombres. Enseñad a vuestros hijos que María es la *puerta del cielo* y que nadie entrará en él sino por intermedio de María, Y si no tuviereis bienes de fortuna que legarles a la hora de vuestra muerte, dejadle siquiera el gran tesoro de la devoción a esa Madre singular... ¡Ea, pecadoras, no temáis! Si sentís dificultades para volver a Dios y reconciliaros con él, suplicadle a ella que venza vuestra repugnancia y os dé fuerza para arrodilla-

ros a los pies del sacerdote, ella os atenderá, ella os escuchará, no lo dudéis, porque, ya lo sabéis, tiene un corazón maternal, rico y rebosante de ternura y de misericordia, y como tal, jamás os dejará burlados. Gran Dios! ¡Quién no se sentirá movido a ser buen cristiano, contando con una Madre tan poderosa y buena!!

Sí, hermanos míos, ¡que salga de este templo el que no sienta el fuego santo del amor y de la confianza en María! ¡Que se separe de nosotros quien no se asocie a nuestras plegarias! Que se esconda de la vista de esa imagen querida, símbolo de nuestras alegrías y de nuestras inmortales esperanzas, que nos deje gozar de los consuelos de nuestra fe; y goce él del hielo de su inferencia, que sus labios no pronuncien jamás el nombre dulcísimo de María, si no ha de pronunciarlo con el amor y la confianza de un hijo.

Carísimos hermanos míos, yo no quiero, no permitiré que os retiréis sin haberme dado el piadoso placer de consagraros, de entregaros a María. Aguardaos un momento, mientras se ilumina esa estatua donde habéis tenido fijas vuestras miradas durante este mes.

MARIA EN LOS CIELOS

Alocución pronunciada en la Basílica de N. Sra. del Perpetuo Socorro, el año de 1940, durante el mes de María que se celebraba en la mencionada Iglesia.

> *Regina coeli, laetare.*
> *Alégrate, oh Reina del Cielo.* (Pal. de la Iglesia.)

Hermanos queridos:

Tocando ya a su fin la serie de noches dedicadas a contaros la grandeza de María, elevemos, en la última de ellas, nuestro pensamiento a lo más alto de los cielos y contemplemos la dicha y felicidad de que goza allá nuestra Madre queridísima! Como la luna entre las estrellas del firmamento, como la azucena entre las flores, como el ruiseñor entre las aves, así y más todavía, se destaca ella en la corte de los elegidos: María recibe los homenajes de todos. Y si a todos los santos se les otorga en el paraíso la recompensa de sus virtudes, ¿cómo no habrá recibido también ella el premio de las suyas?

En realidad, Dios mismo debe de haberse complacido en coronarla de gloria y honor en el Paraíso.

Y bien ¿qué es María en el Paraíso de la gloria? La Iglesia nos responde llamándola Reina del Cielo, "*Regina coeli laetare.*" He aquí una hermosa síntesis de las gran-

dezas de la Madre de Dios. Es Reina y Señora no de una porción de aquel reino sin semejante, sino de todo el cielo, de todos sus moradores, inclusos los más altos serafines, sobre todos reina con majestad soberana.

I

Mas cabe preguntar: ¿En qué consiste la excelencia personal misma de esta Reina?

Es lo que siquiera balbuceando intentaré deciros esta noche.

Hermanos míos, para comprender mejor la grandeza de María, establezcamos una comparación entre su grandeza y la grandeza de los demás santos de la gloria: Una belleza frente a otra belleza brilla y resplandece más, mucho más.

Pues bien, María sobrepasa a todos los santos del Paraíso tanto en santidad y poder, cómo en el brillo de su gloria.

¿Quién podrá dudar, en efecto, de que María supera a toda la corte celestial en Santidad? — Todos los santos del cielo, el profeta Elías, San Juan Bautista, San José y otros tan elogiados en los Libros Santos, para no citar otros, hubieron de decir con David: *In peccatis concepit me mater mea* (Ps., 50, 7). "*Mi madre me concibió en pecado*. Y al pecado original ¿cuántos pecados personales, cuántas imperfecciones, agregarían? ¿Cuántas inconstancias en el divino servicio? — Sólo María estuvo exenta de la ley del pecado. Más pura que la luz. Fué un vergel cerrado en que jamás penetró Satanás por medio de la más leve mancha. Su santidad fué creciendo como la luz del sol, hasta llegar al zenit, al mediodía. "Convenía, dice San Anselmo, que la Virgen fuera dotada de una santidad tal que, después de Dios, no se pudiera imaginar nada semejante, ni mucho menos, superior."

Esta eminente santidad de María resplandece en el mismo grado eminente en todas las virtudes. Los demás

santos las cultivaron todas, pero sobresalieron singularmente en alguna: San Francisco en humildad, San Vicente de Paúl en caridad; San Lorenzo mártir en la constancia para sufrir, Santa Inés, San Estanislao y tantos otros en la castidad; todos ellos son astros que tienen cada cual su brillo peculiar. Pero en María se muestra la plenitud de la santidad de que es capaz una creatura: Ya más, no es posible, *más que tú, sólo Dios.* De aquí que a Dios lo llamamos *tres veces santo* y a María la llamamos Santísima; a los demás amigos de Dios, simplemente *santos.*

También María aventaja en poder a los habitantes del Paraíso. Los santos todos gozan sin duda de gran crédito ante Dios; innumerables hechos portentosos lo atestiguan. Pero en tanto que los santos piden con cierta reserva y mensura, como los grandes de la corte de los reyes, Vos, oh María, pedís como Madre del Soberano, como Soberana que sois vos misma.

Por eso San Pedro Damiano dijo aquella frase imperecedera: *Non rogans sed imperans; Domina non ancilla. Tú no ruegas, pero sí, mandas. Porque eres señora y no sierva.* Por su parte Benedicto XIV enseña que los ruegos de María, ellos sólo tienen más influencia que los de todos los santos juntos. Así también piensa Suárez. Y ¿por qué? Porque Dios la ama más que a todos los santos juntos.... porque es su Madre.....

El poder de María es además universal, en cuanto a los favores que nos alcanza. Los santos son ministros de Dios para dispensar a los hombres alguna gracia especial, en necesidades ya espirituales, ya corporales. Pero a María se puede acudir para conseguir cualquier favor ya que está en posesión de todos, para el alma—para el cuerpo, en cualquiera emergencia de la vida; todos los bienes del reino de los cielos los tiene en su mano. Además el culto de algunos santos, está de hecho circunscrito a ciertos lugares o a ciertas clases sociales. San Nicolás es honrado como patrono de los viajeros, de los marinos; San Isidro de los agricultores; Santa Cecilia de los virtuosos del ar-

te musical; San Telmo de los que se hallan amenazados por tempestades eléctricas y así otros. Pero María es protectora de todas las edades, de todos los pueblos, de todas las clases sociales, de toda la humanidad.

II

También *María es superior* a los santos *en el brillo de su gloria.* La gloria, la exaltación de los santos en el cielo, será proporcionada a las humillaciones de acá abajo. *Qui se humiliat exaltabitur.* (Luc., 14, 11; 18, 14). *¿Quién se humilló más que María?* La Madre del mismo Dios se confundió con las mujeres manchadas, en el día de su purificación, fué despreciada como pobre, nadie hacía mensión de ella durante su vida. Por eso su gloria en el cielo es superior y más brillante que la de toda la asamblea de los bienaventurados. Este honor empieza desde el momento de su entrada al cielo. Los ángeles que son los príncipes le salen al encuentro, se asombran de su hermosura.... *Quae est ista, quae ascendit de deserto deliciis affluens?* Una voz responde: Es la Madre de Dios, y al punto le rinden homenaje y al son de sus arpas entonan un himno a su grandeza. Dios la honra llamándola Pura y sin mancha; el Padre la distingue como a su Hija, el Espíritu Santo la honra como a su Esposa, el Hijo la saluda y festeja como a su Madre; los santos todos la veneran y la bendicen como a su bienhechora y soberana y celebran su gloria y le dan gracias por los favores que les dispensó en la vida.

Cabe notar que la gloria de María le viene también de su belleza; es la más bella entre las creaturas, más que los mismos ángeles.— ¿Por qué? Porque, derivándose la belleza de la pureza del alma, ¿cuál no será la de María siendo más pura que la luz?

* * *

Por eso los Santos Padres han ensalzado a porfía la incomparable belleza de María.

San Andrés de Creta la llama un *conjunto de maravillas*. San Jerónimo encuentra en María un reflejo esplendoroso de la belleza de Dios y un jardín de delicias que encierra las más variadas flores. San Pedro Crisólogo dice que es una *pradera esmaltada de las más variadas flores*.

Para San Bernardo es la *belleza del mundo* y para San Buenaventura el *ornamento de los cielos*. Pero aun es más.

La gloria del cielo será proporcionada a los *padecimientos en la tierra*. De los mártires dijo un poeta cristiano que las venerables heridas del atleta de Cristo despiden sendos rayos de luz. ¿"Qué no se podrá decir de María, ya que los sobrepasa a todos en padecimientos y valor?" — Su trono está al lado de su Hijo, como estuvo a su lado al pie de la Cruz.— Si Jesús premia a los que hayan sido perseguidos por su causa, ¿qué gloria no habrá dado a María que compartió con él los dolores de su pasión y muerte? Por eso dice San Jerónimo: Jesús ciñó las sienes triunfadoras de María con la corona más bella después de la suya.

* * *

Por último, enseña la santa teología que por cada alma que salvamos tendremos aumento de gloria y el Apóstol San Pablo decía a los Filipenses: "Sois mi alegría, mi gloria, mi corona". Por su parte los fundadores de órdenes religiosas, reciben la gloria correspondiente a las virtudes de sus hijos. ¿Qué gloria no tendrá entonces María? Ella inspira su celo a los Apóstoles, constancia a los mártires, austeridad a los anacoretas y penitencia y pureza a las vírgenes! Por ella, *puerta del cielo*, suben las oraciones de los santos y vuelven cambiadas en misericordia. Por ella vencieron a los peligros tantas jóvenes, niños y ancianos. De modo que todo el brillo de la gloria de

estas almas se reflejan en la corona de María y la hermosea y abrillanta. En una palabra comparada con la de los santos, la gloria de María es un Océano y la de ellos humilde arroyuelo. Y así como aquél contiene más agua que todas las fuentes y arroyuelos, así ella posee más gloria que todos los elegidos. No es extraño que un autor dijese: Si en un platillo de una balanza se colocara la gloria de María y en el otro la de todos los habitantes del Paraíso, el platillo segundo parecería estar vacío....

Hermanos míos, levantemos, pues, allá nuestro corazón y pensamiento. "*Sursum corda.*" Felicitemos a nuestra Madre y Reina por tanta grandeza y felicidad tanta. Hagámonos un honor en honrar, en servir a un personaje tan poderoso y tàn grande en la presencia de Dios. Pidámosle en esta solemne ocasión que bien puede ser la última para alguno de vosotros, pidámosle que nos prepare un lugar cerca de su trono; y nos conceda la gracia de morir pronunciando su nombre bendito para así ir a verla en el Paraíso por los siglos de los siglos.

Así sea.

MARIA Y EL SEMINARISTA

Instrucción dictada en el Seminario de Santiago, en Marzo de 1907, durante el retiro anual que se daba a los alumnos.

> *"Qui me invenerit, inveniet vitam et hauriet salutem a Domino.* (Prov., 8, 35). — *Quien me encontrare, encontrará la vida y alcanzará del Señor la salvación.*

Amados seminaristas:

En el hogar de Jesús, como es un Seminario, debe tener un puesto de honor su madre Santísima y recibir en él los homenajes que le corresponden. Ayer os hablé del amor a Cristo en un seminarista; pues bien, ahora vengo a completar la obra y hablaros de ese amor gemelo al de Jesús e inseparable de El. Me refiero del amor y devoción a María. Las palabras de la escritura que he citado y que la Iglesia pone en boca de María, parecen tener relación especial con vosotros. He aquí por qué os hablaré primeramente de los motivos particularísimos que tiene un seminarista para ser gran devoto de la Reina del Cielo, y en seguida os mostraré la manera práctica con quién podéis ejercitar ese amor. Dígnese la buena Madre guiar mis palabras, a fin de afianzar más y más en vosotros esa devoción.

* * *

Antes de entrar en materia, quisiera fijar en vuestra mente, ciertas convicciones generales. 1.ª Convicción. Es imposible que se condene quien es sinceramente devoto de María. Así lo enseña la Iglesia al aplicar a María las palabras aquellas: "Qui me invenerit, etc. Los S. S. Padres y Doctores católicos tienen como una señal de eterna predestinación al hecho de profesar una tierna devoción a la Madre de Dios, es como un billete de entrada para el Paraíso. Esa es la creencia espontánea de los fieles quienes la llaman con amor y entusiasmo su Reina y su Madre y creen que se va al cielo todo aquel a quien ampara la Virgen María. 2.ª Convicción. Es muy difícil que se salve quien no honra a María, ni la invoca en los peligros, ni le profesa devoción. En efecto los Santos Padres la llaman *"tesorera de las gracias de Dios"*, asegurando que todas ellas nos llegan por manos de María: San Bernardo, el último de los doctores de la Iglesia enseña expresamente que Dios no concede gracia alguna a los hombres sino por intercesión de su Madre, y San Alfonso de Ligorio, igualmente doctor de la Iglesia, asegura que hoy es opinión común de los doctores católicos de que Dios quiere que los hombres se salven por medio de María, de modo que Ella debe ser mirada como la corredentora del linaje humano. Esa es la voluntad de Dios que así quiso premiar a su Stma. Madre y miraría como una gravísima ofensa hecha a sí mismo cualquiera indiferencia nuestra para con Ella, después que nos la dió por Madre en el Calvario. 3.ª Y cabe notar aquí que no es devoto de María el que sin reparo alguno, se mancha con pecados mortales, sobre todo contra la santa virtud de la pureza. Sentadas estas verdades tan consoladoras para todos los cristianos, voy a ocuparme del primer punto que os anuncié, es decir que vosotros como seminaristas, tenéis motivos especiales para ser devotos de la Virgen María.

El asunto más serio que debe preocupar a un seminarista es sin duda el conocer su vocación y prepararse a las sagradas órdenes. ¡Gran Dios! Qué tremenda desgra-

cia sería el entrar uno sin vocación al sacerdocio o permanecer en el mundo cuando el Señor lo quería en el altar. En uno y otro caso, su porvenir sobre la tierra sería tristísimo y su salvación eterna estaría seriamente comprometida. En una palabra, el asunto de vocación es de consecuencias eternas, de eterna vida o de eterna muerte. Ese es el verdadero punto de vista en que debe colocarse quien piensa ser sacerdote o estudiar en un Seminario como vosotros. Ahora bien, ¿quién mejor que vuestra queridísima Madre podrá ayudaros en tales apuros? Nadie seguramente. Ella es llamada "*sedes sapientiae*," "*trono de la sabiduría*". Y la verdadera sabiduría consiste en asegurar nuestra salvación y evitar los peligros de condenarnos. Por tanto, es María la estrella reluciente a que debe mirar el seminarista para orientarse en el camino de la vida, es decir para resolverse a seguir este o aquel estado, y para afirmarse en aquel que se haya elegido. Por otra parte, María que es por adopción Madre de todos los hombres, lo es muy en particular de los que aspiran al sacerdocio, pues es la solícita Madre de los sacerdotes. Sí, ¿hay algo que tenga más pendiente la atención de una Madre que el porvenir de sus hijos? De consiguiente, ¿habrá algo que preocupe más a vuestra Madre Celestial, amados seminaristas, que el negocio de vuestra vocación a la cual va estrechamente ligada vuestra felicidad temporal y eterna? Ah! Dichoso entonces el seminarista que con obsequios diarios, con oraciones fervorosas, comuniones, etc., trabaja por mantenerse siempre, ardiendo la llama del amor a María y por ganar el corazón de esta buena Madre! Esté seguro de que antes dejará de aparecer el sol en el firmamento que María lo deje solo y desoiga sus clamores. Oíd el episodio siguiente: San Francisco de Borja recorriendo una de las casas de la Compañía de Jesús, encontró tres novicios que demostraban bien poca devoción a la Virgen María. "Vigiladlos mucho, dijo al Maestro de novicios, porque no perseverarán." En efecto, algún tiempo después, aquellos tres desgraciados jóvenes, disgusta-

dos de su vocación, la abandonaron. ¿Habrían caído en las redes del demonio si hubieran sido fervorosos devotos de María? Otro rasgo, un religioso trapense mostraba a algunos eclesiásticos los diversos lugares del convento. Luego que hubieron llegado a un altarcito pobre, pero consagrado a María, les dijo estas palabras: "Cuando vemos a un novicio venir con frecuencia a postrarse delante de este altar, estamos seguros de su perseverancia" ¿No podría decir lo mismo el Director de este seminario, cuando ve que sus jóvenes clérigos manifiestan una sincera y ardiente devoción a la Madre de Dios? ¿No podría contar con cierta seguridad moral de que tales jóvenes serán fieles a su vocación y llegarán a ser excelentes sacerdotes? No me extraña, pues, que un joven sacerdote escribiera una carta consoladora al Director de un Seminario: "De todo corazón bendigo a Dios por haberme inspirado durante mi estadía en el seminario la devoción a María, de otro modo yo estaría perdido para toda la eternidad." Efectivamente se había encontrado en situaciones tan difíciles y peligrosas que solamente su confianza en María pudo salvarlo. Cuando escribía esa carta pertenecía al número de los sacerdotes ejemplares.

Después de lo que habéis oído, es natural, a que esperéis os diga algo sobre los medios de practicar una tierna devoción a nuestra Santísima Madre María. Voy, pues a desarrollar este segundo pensamiento de los dos que os anuncié.

Antes que todo, os diré, repitiendo las palabras de San Agustín: "*Ama et fac quod vis*". "Ama y haz lo que quieras". Que arda en vuestros corazones la santa llama de la devoción a María y esa misma devoción os inspirará lo que debéis hacer, os inspirará hasta actos heroicos para honrarla. ¿Os cuesta acaso discurrir para hallar cómo obsequiar a vuestras madres de la tierra? Claro que no. Y ¿por qué? Porque la amáis de veras. Por tanto, pedid todos los días a Jesús, en la comunión, en las visitas que le hagáis, que os dé la gracia preciosísima de amar mu-

cho a su Madre y vuestra. ¡Ah! ¡Cuánto agradará a J. C. esa petición! Es lo que El desea, que todos honren a su Madre Santísima, para que se salven.

Pero descendamos más en particular a algunas prácticas con que podéis manifestar vuestro amor y devoción a Ella.

En primer lugar conviene que el fiel devoto de María tenga gusto en admitir y creer todo aquello que de alguna manera honre a la Santísima Virgen. Y en esto no temo caer en exageración. Es un principio admitido por los teólogos que Dios concedió a María todas aquellas gracias, favores y previlegios que pudo concederle. Potuit ergo fecit. Pues según Santo Tomás, María es una de las obras divinas que no admiten mayor perfección; acaso podría decirse que el poder de Dios se agotó embelleciendo a María. Muerto San Juan Berchmans, se encontró sobre su pecho un papelito en que protestaba reconocer y creer el privilegio de la Inmaculada Concepción, que aun no era dogma de fe. Tierno homenaje de un hijo a su Madre que hizo llorar al Cardenal Belarmino, al enterarse de lo ocurrido.

En segundo lugar se honra a María, invocándola, acudiendo a ella con fervorosas oraciones. A una Madre le agrada que sus hijos le manifiesten confianza, que le pidan lo que necesitan. Eso mismo sucede con María. Invocarla, pues, con oraciones frecuentes aunque sean cortas. ¿Quién no bendeciría al seminarista que le rezara el Ave María cada vez que el reloj da la hora? O si no, una jaculatoria como "Dulce corazón de María", etc. Oh María, yo te amo con todo mi corazón, etc." Pero entre las oraciones, os recomiendo sobre todo el Santo Rosario. No dejéis pasar un día, sin rezarlo. Sea ése el saludo obligado, que forme parte de vuestra vida.

Podéis también honrar a María preparándoos con devoción a celebrar sus fiestas y consagrándole los Sábados, como lo hace la Santa Iglesia y como lo han hecho los Santos. Dicha consagración consistiría en oír la Misa y comul-

gar en su honor, en rezar con mayor devoción el Rosario y todo aquello que se refiere directamente a María. Muchos Santos y almas piadosas acostumbran a ayunar los Sábados. Así lo practicaban los fieles de los primeros siglos. ¿Me diréis que no podéis imitarlos? Sea. Pero, ¿qué os costaría privaros de algo esos días, de alguna golosina, de cualquiera cosa que os agradara? Honrad a María, teniendo siempre sus imágenes cerca de vosotros, como el hijo tiene el retrato de su madre. ¿Quién sera aquel joven que no honre la cabecera de su cama con una imagen de María? Igualmente llevad con amor el santo escapulario, la medalla de María. ¡Ah! ¡Que el demonio no os encuentre jamás sin esas armas! Os dije que el amor es ingenioso. Recordemos más en detalle lo que ese amor sugirió a los santos y almas piadosas. San Juan Berchmans, al comenzar cualquiera acción, se volvía a alguna iglesia donde se veneraba alguna imagen de María y le ofrecía lo que iba a hacer. De ahí la costumbre de los novicios en la Compañía de Jesús en Roma. El venerable Olier de S. Sulpicio, le ofrecía a María los objetos que iba a buscar por primera vez, y al salir a un viaje y al volver le pedía su bendición. Un piadoso estudiante del Seminario tenía siempre una imagen de María en la página de la lección, para no olvidarse de invocar a su Madre; y ¿cómo olvidar la piadosa historia que se refiere de otro aspirante al sacerdocio? Estaba de externo en un Seminario, apenas se encontraba con algunos centavos en el bolsillo, "voy a comprar algo muy importante", decía a sus compañeros. Y ¿qué comprarías? "Medallas de María", y no faltarán personas a quienes dárselas. Y en efecto, si encontraba un niño, y cuando al preguntarle, veía que no tenía ningún emblema de María, luego le colgaba al cuello una medalla. ¿Quién sabe, decía el piadoso seminarista, si este niño no se salvará por esta medalla? Por último, los alumnos de un Seminario de Francia tenían la hermosa costumbre de renovar su plena consagración a María la víspera de recibir el subdiaconado, prometiéndole no omitir nada a fin de

mesa y consagración esperaban encontrar una presa de su perseverancia en la virtud...

* * *

Debo terminar, y lo haré renovando mis recomendaciones, las que se desprenden de cuanto llevo dicho respecto a la devoción de María. Sed devotos fervientes de esta buena Madre, servidle con amor y con ternura, que nunca haréis por ella tanto cuanto ella hace por vosotros. Elegid alguna de las prácticas que os he indicado y no las abandonéis durante toda vuestra vida. Y si ya obsequiáis a María con algún homenaje de devoción, como lo supongo, renovad en este santo retiro el fervor y la ternura con que la habéis practicado. Pedid a Jesús que os conceda la gracia inapreciable de amar mucho a su Santísima Madre. Hacedlo como lo hacía el piadosísimo joven J. Berchmans a quién tantas veces os he citado; la gracia de *nunca enfriarse en su devoción a María,* la pedía todos los días en la Misa después de la consagración, es decir cuando J. C. estaba personalmente sobre el altar. No olvidéis que según San Bernardo, la tierna devoción a María, *Est certissimum salutis signum."* Si, amadla con ternura, rezadle mucho y con santo fervor, y en la hora de vuestra muerte será vuestro consuelo, después de haber sido vuestra protectora en la vida. Y todo èsto pidámoselo a ella misma, rezándole una Salve.

MARIA REFUGIO DE LOS PECADORES

Sermón predicado en la Basílica de San Alfonso, una de las noches del mes de María, el Año 1937.

Refugium peccatorum, ora pro nobis.
Oh, Refugio de los pecadores, ruega por nosotros.

Hermanos míos muy amados:

Muchos y muy hermosos son los títulos y alabanzas con que honramos a nuestra buena Madre María; de ellos está lleno ese ramillete de perfumadas flores que conocemos con el nombre de letanías. Pero, entre todos ellos hay uno, que, dada nuestra confianza, mantiene siempre fijas nuestras miradas en aquella gran señora; ese título, esa alabanza es, casi, no necesito decirlo, el que la llama "Refugio de los pecadores".

Y bien, ¿qué es un refugio? Llamamos con ese nombre la defensa que nos protege contra una desgracia o un peligro.

Para el infeliz pecador esa defensa es María. ¿Quién no siente, al solo pensarlo, los dulces estremecimientos de la esperanza?

Mas para apreciar tan alto refugio en todo el valor, se precisa que os describa primero la inmensa desgracia

de un alma en pecado, para haceros ver en seguida cuán grande y segura es la protección de María.

I

Desde luego, el alma en pecado mortal es enemiga de Dios, de su Creador, de su Redentor, de su Juez, de su Padre amorosísimo.

Entre ella y Dios, se alza, al decir del profeta Isaías *un muro de separación*, pero de separación eterna. En nuestra condición de hijos, bien comprendemos nosotros todo el alcance de tamaña desgracia....

De manera que el pecador manchado con una culpa mortal, no tiene derecho, hablando en rigor, a pronunciar en medio de sus penas esa tiernísima plegaria, enseñada por el mismo Cristo y que teniéndonos sobre sus rodillas, murmuraron a nuestros oídos, nuestras madres queridas "*Padre nuestro que estás en los cielos*"...... Y mientras los buenos cristianos pronuncian a boca llena esa frase arrobadora... el ingrato no puede, no, decirlo con alma sincera, porque tiene clavado un puñal en el corazón de ese Padre a quien quisiera invocar.

¿Os dais cuenta de esa desgracia, hermanos míos? Un hijo divorciado de quien le dió el ser.... ¡Ah, no es posible desgracia mayor! Además, ese pobre pecador es un vil esclavo del demonio, quien lo mira como cosa propia; ¿qué dije? Es esclavo también de sus propias pasiones, de sus vicios que lo tiranizan y lo tienen atado con mil cadenas, sin dejarlo pensar en los intereses de su alma. Así lo dice el Evangelio. "*Quien comete un pecado, esclavo es de ese pecado.*" Servus est peccati." ¡Gran Dios! ¡Qué vergüenza! Con que tú, hermano mío, creado para una vida inmortal, con un cielo por herencia, te revuelcas en la chacra inmunda del vicio, arrastrando una vil cadena. Tú, que te llamas *cristiano*, porque eres hermano y heredero de Jesucristo, que dió por ti su vida..... Piensa un mo-

mento y de seguro te avergonzarás de ti mismo... Pero aun hay más.

Ese pobre pecador está viviendo como sobre un volcán, ya que a cada momento pueden caer sobre él los castigos de la ira divina y ser desgraciado para siempre. ¿Qué hará si le sobreviniese una muerte repentina? ¿Adónde irá a parar su alma manchada, inmunda, detestable a los ojos divinos? Ah! No podemos negarlo; el corazón se sobrecoge de miedo al pensar en tan tremendas verdades.... Si no cambia de rumbo, su alma irá a la desgracia eterna.... Oh pensamiento aterrador.

II

Pero consolémonos. Frente a la desgracia del pecador, Dios puso un refugio y un consuelo; y ese refugio y consuelo no es otro que su misma Madre María. Ah! seas bendita una y mil veces, Madre querida. Bendígante los ángeles y los santos, los justos y sobre todo, los desgraciados pecadores.... Pudiera yo hacer, que su amor creciera en el horizonte, mis oyentes.

Sí, hermanos míos, María es Refugio, socorro de los pecadores por muchas y poderosas razones.

Dios al darla por Madre a los hombres, *"Ecce Mater tua"*, tuvo singularmente en vista a los pobres pecadores. *Non egent qui sani sunt medico, sed qui mala habent* (Luc., 5, 31). Por ellos bajó a hacerse hombre y a morir. El mismo dijo. "No he venido por los justos, sino por los pecadores. Y si por ellos vino el Redentor, para ellos también dejó en el mundo una *abogada e intercesora, un refugio.*

Busquemos en el pasado algunas semblanzas de este hermoso título. Desde luego ¿qué eran entre los Israelitas las ciudades de refugio, sino una brillante figura de María salvando a los pecadores? Entrando en ellas, los delincuentes quedaban libres de ciertos castigos, o los recibían muy mitigados.

Ah! También en la ley de gracia tenemos una mística ciudad de Refugio, que es María. Pero con qué diferencia a favor nuestro. En aquéllas escapaban del castigo ni todos los delincuentes, ni todos los delitos, había excepciones. Mas bajo tu manto real, oh María, puede cobijarse cualquier pecador, por grandes que sean sus delitos. Vuestros ruegos le alcanzarán el arrepentimiento y vuestra mano lo defenderá de los castigos del cielo....

En realidad, imaginaos al pecador más enemigo de Dios, que pueda concebir nuestro espíritu, si ese desgraciado invoca el socorro de María, obtendrá el perdón de sus culpas. El mismo Lucifer, si se humillara e invocara a la Reina del cielo, obtendría sin duda el perdón. Así lo dijo Jesús en cierta ocasión a su Santísima Madre.....

Y bien, hermanos míos, si el mismo Satanás pudiera salvarse, por intermedio de María, cuánto más los pecadores que aun pueden hacer penitencia.

* * *

Por fin decidme: ¿A cuál de vuestros hijos atendéis de preferencia? ¡Vosotras madres de familia, respondedme! ¿Acaso no es a los más dignos de lástima? Ya me parece que en secreto me decís: Ciertamente, nuestro cuidado es más grande para con los hijos más dignos de lástima...... De igual manera María tiene singular compasión por los pecadores más perdidos......

Son también sus hijos.... Sus enormes miserias la conmueven, con mayor intensidad y la inclinan a favorecerlos con ternura más intensa.

Pero ¡ay de aquel pecador que no invoca a María! Sus repetidos pecados van alumbrando sobre su cabeza la ira de Dios. ¿Quién lo defenderá? ¿Quién levantará su voz en favor suyo?

Al contrario, cuando veo a un pecador que se acuer-

da de María y la invoca con fervor, ah! yo lo felicitara con toda mi alma...

Y ¿cómo no hacerlo? Ese infeliz no permanecerá mucho tiempo en su desgracia; la buena Madre le tocará el corazón y no lo dejará en la esclavitud del demonio; ese afortunado pronto se convertirá. Porque del mismo modo que la aurora precede a la llegada del sol y la anuncia con sus suaves claridades, de igual manera, cuando en un corazón, por perdido que sea, entra la devoción a María, oh! dichoso anuncio: Pronto brillará para él el sol de justicia, Cristo Nuestro Señor, vale decir, ese corazón se arrepentirá, detestará sus pecados y se pondrá en íntima amistad con Dios.

* * *

Todo esto lo enseñan los Santos Padres y Doctores de la Iglesia. Y para no citar sino unos pocos, yo oigo a un San Agustín llamar a María "Unica esperanza de los pecadores" (Sermón 18) y a un San Efrén, saludarla de este modo: "Salve, refugio y hospicio de los pecadores."

Yo leo que San Basilio la compara con un vasto hospital, donde hallan acogida todos los enfermos, y que Santo Tomás de Villanueva nos dice: "Que no solemos hallar otro refugio que en ella.

Yo oigo al dulce San Bernardo saludarla "Estrella del mar" que señala a los náufragos el puerto de salvamento.

Y ¿quiénes son los náufragos del mundo, sino los pecadores?

Yo oigo por fin a mi Padre Alfonso de Ligorio decir que cuando María ve encendidos los rayos de la ira divina contra los pecadores, invita a éstos a colocarse bajo su manto, como tras de un invencible pararrayos, a fin de evitar el castigo.

Con que, hermanos míos pecadores, acudamos a este asilo seguro. Si alguno de vosotros estuviere en pecado,

lo que el Señor no permita, invoque ahora mismo a la bondadosa Madre, pidiéndole su ayuda para salir de él. Y si tenéis en vuestra familia algún pecador empedernido hacedle rezar algo a María, y vosotros mismos rogadle, conjuradla que muestre con los hechos que merece el título de Refugio de los pecadores.

Así sea.

¿QUIEN ES MARIA?

Breve alocución dirigida a las alumnas de los cursos superiores del Colegio del Sagrado Corazón de Concepción al ingresar en la Congregación Mariana y recibir la medalla de su celestial Patrona, en Mayo de 1909.

Amadas niñas:

Vais a tener la honra de contaros entre las hijas predilectas de la Reina del cielo y a colgar de vuestro cuello la insignia de su amor. Y bien, ¿sabéis quién es esa mujer bendita que atrae vuestros juveniles corazones? Os lo voy a decir, dándoos siquiera una pálida y modesta idea.

María es la flor de la tierra... La estirpe de Jesús se marchitó, pero ella se conservó inmaculada y pura... Perfumó la tierra y perfumó los cielos.

¿Quién es María? Es gloria de la mujer. Eva orgullosa y sensual manchó a sus hijos, María humilde y pura los embelleció con el brillo de su santidad y grandeza.

En el paganismo la mujer estaba degradada en todas partes. En el mundo cristiano se ha rehabilitado y en todas partes ha reconquistado su honor, su rango; en la familia cristiana es luz, consuelo y alegría para los hijos; en la soledad de los claustros, ángel que inspira la oración y en la casa del pobre, ángel de la caridad y del consuelo. Y si en nuestros tiempos todas las miserias encuentran alivio y remedio; si hoy en el mundo hay vírgenes que oran y se consagran totalmente a Dios y a sus semejan-

tes, bendita seáis, oh, María, es a vos a quien debe la mujer estas glorias. Vos sois el modelo acabado de las vírgenes, de las madres, de las esposas.

¿Quién es María? Gloria del género humano. Hija de Eva por condición, Madre de Dios por privilegio. Su gloria irradia desde el cielo sobre la tierra. Si Dios nos dió a su Hijo, nos dejó a nosotros la gloria de darle Madre. Oh, misteriosa alianza de la humildad y la grandeza, de lo humano con lo divino.

¿Quién es María? Es nuestra hermana; nos unen a ella vínculos de familia; por sus venas y las nuestras corre la sangre de Adán. ¿Podrá olvidarnos? Ester salió del pueblo judío al más alto trono. Si Ester no pudo olvidar a su pueblo, ya que a la cautividad de éste debía ella su grandeza, tampoco María podrá olvidarnos a nosotros sus vasallos, ya que si fué encumbrada sobre los querubines, lo fué para desde allí defender con más éxito nuestra causa ante el divino Asuero, ante Dios y protegernos como algo suyo.

¿Quién es María? Es por último nuestro modelo. Y qué modelo. *Talis fuit Maria ut ejus vita omnium sit disciplina.* Fué tal María que su vida sola enseña todas las virtudes (San Ambrosio). En los demás santos descuellan en una o varias de éstas. En unos resplandece especialmente la caridad, la pureza, en otros, la humildad, la mansedumbre, la piedad. Pero en Vos, oh, María, hallamos un libro abierto en donde el dedo de Dios escribió los rasgos más perfectos de toda santidad. Por eso las doncellas *os han amado siempre y han corrido al olor de vuestros perfumes. Ideo adolescentulae dilexerunt te* (Cant., 1, 2). He aquí, jóvenes piadosas, el modelo que vuestras Maestras os proponen; he aquí la Madre de quien queréis llamaros hijas. ¿Qué me resta ahora, sino felicitaros y daros una palabra de aliento? Sí, os felicito por vuestro ardoroso celo en cultivar la piedad y por el culto filial que tributáis a María, y os recomiendo confiéis en ella, que copiéis en vosotras sus virtudes y os aseguréis así una vida ejemplar en la

tierra y una corona de gloria en el Paraíso. ¡Oh, Madre divina, aquí tenéis esta pequeña constelación que desea serviros con creciente afecto y hoy se coloca bajo vuestro manto real. No apartéis de ellas vuestras miradas. Por su sola juventud el mundo es para ellas una red en que muchas sucumben. ¡Ah! No permitáis que su corazón se manche y se haga indigno de Vos. Os pido para ellas una gracia: Que les inspiréis el deseo de invocaros siempre en los peligros del alma y del cuerpo, pues así se conservará incólume la pureza y la belleza de sus almas!

Así sea.

"UNA ESPADA DE DOLOR"

Sermón predicado en la Catedral de Santiago, en Septiembre de 1915, durante la Novena de Dolores.

(Y una espada de dolor traspasará tu alma.)

Amados hermanos míos:

Toda la vida del hombre va marcada con el sello del dolor, desde el pecado de nuestros primeros padres Adán y Eva, el dolor y el sufrimiento es nuestro patrimonio en este valle de lágrimas. Nadie hay en el mundo sin tribulación, ya sea rey, sea Papa, ni tú, ni yo, ni hombre alguno sobre la tierra. Así se expresa la imitación de Cristo. Pero por misericordia de Dios, el hombre ignora qué penas le traerá el porvenir. ¡Ay de nosotros si las conociéramos! Seríamos los seres más desgraciados, dice el filósofo Séneca.

Mas esta luz de misericordia que corre un velo sobre los dolores futuros no se cumplió con nuestra Madre María. Destinada a ser la reina de los Dolores, el dolor la acompañó desde los primeros días de su Hijo Jesucristo y no la abandonó hasta que Jesús hubo muerto en el Calvario. He aquí la historia del misterio.

María cumpliendo lo que la ley mandaba acudió al Templo para presentar el Niño del Señor, por el interme-

dio de los sacerdotes. En el templo los aguardaba el santo Simeón; el cual iluminado por el espíritu de Dios, conoció que aquel Niño de pobre apariencia era el Mesías esperado de las naciones. Tomólo en sus brazos y después de anunciar que ese Niño sería el blanco de la contradicción agregó, dirigiéndose a María, su Madre: "Y una espada traspasará tu alma". He aquí el primer dolor de María. Examinemos primero su intensidad y veamos en seguida la paciencia heroica con que lo soportó la buena Madre. Y esa espada anunciada por Simeón se hundió al instante en el corazón de María y no saldrá de ahí hasta que tenga la dicha de ver a Jesús resucitado; esa espada fué la palabra profética del inspirado anciano; en ella comprendió María todo el drama de sufrimientos que aguardaban a su querido hijo. Y, ¡pobre Madre! ¡pobre Madre! desde entonces ya no halló consuelo a su dolor; *Non est qui consoletur eam.* (1 Thre., 2, 17). Según revelación hecha por la misma Virgen a Santa Brígida al oír el amargo anuncio de Simeón, notó que toda su alegría se cambiaba en tristeza. Y con justísima razón. Refiere el Libro de los Reyes que cierto día se presentó al Rey David el Profeta Natán y le habló de parte de Dios de esta manera: "El hijo que te ha nacido morirá irremisiblemente." Palabras dolorosas, hermanos míos. Desde aquel momento David ya no encontró reposo y quedó inconsolable en medio de las delicias de la corte. ¡Gran Dios! Si el amor paterno hizo a David entristecerse hasta las lágrimas, hasta entregarse a austeras penitencias; considera, cristiano, qué tormentas de dolores caerían sobre el alma de la Madre benditísima al escuchar el anuncio fatal de la muerte cruel que debía padecer su Hijo. Más todavía. Desde el momento en que Dios intimó a Abrahán la orden de sacrificarle a su Hijo Isaac y la ejecución de dicho mandato transcurrieron tres días; días de angustias para el anciano padre, viendo constantemente a su amado Isaac, a quien para obedecer la orden de Dios, debía de ofrecer en sacrificio. Estar viendo a su hijo, conversar con él, gozar de sus

caricias filiales, y saber con todo, que ese hijo tan querido debía desaparecer de su lado. ¡Oh dolor!, ¿hasta dónde llegarás?

No obstante, el dolor de Abraham fué pálida sombra ante el dolor de María, porque el nuevo Isaac, a quien Ella debía ver muerto en la cruz, era infinitamente más amable, que el hijo Abraham... Y ese dolor, esa honda pena la sintió de una manera lenta y progresiva, durante 33 años, no durante tres días, hasta el Jueves Santo, por el convencimiento claro que tenía de lo que debía suceder. Es en efecto doctrina de San Bernardo que María fué divinamente ilustrada acerca de todos los detalles del drama sangriento de la redención, nada le era desconocido, tanto más cuanto ella por su parte era profundamente versada en el conocimiento de las profecías... ¡Santos cielos! ¡Cómo describir aquella pena de todos los días, de todos los momentos! Cada vez que fijaba la vista en su amado Jesús, *el más bello entre los hijos de los hombres*, como habla el texto sagrado, pensaba que era la Víctima que debía aplacar la Cólera divina y lavar con su muerte los pecados de todos los tiempos y de todos los hombres... Cuando alimentaba con su leche virginal a aquel Infante Dios, pensaría que con ella estaba formada la sangre destinada a derramarse bajo la acción del odio y entre tormentos atroces... Cada vez que contemplaba aquel rostro tan lleno de dulzura y majestad, su frente tan noble, sus ojos tan amables, sus labios tan graciosos, sus manos tan bienhechoras, se acordaría de los azotes que deberían destrozar aquel cuerpo, de las espinas, de los clavos, de la cruz... Cuando oía sus palabras tan elocuentes y empapadas en dulce misericordia, cuando era testigo del entusiasmo de las turbas con motivo de sus enseñanzas y milagros, ¿no es verdad que pensaría en el beso del traidor Judas, en los gritos de muerte que lanzaría la turba, en las burlas y sarcasmos de la vía dolorosa y del Monte Calvario? ¿Qué digo? Los corderillos que se ofrecían en sacrificio en el templo de Jerusalén, le recordarían sin duda el sacrificio del

Cordero Inmaculado, Cristo Jesús del cual aquellos eran sólo una figura. Y si a todo esto se agrega lo que refiere una tradición del Oriente según la cual el Niño Jesús en Nazaret se ocupaba a veces en hacer crucecillas de madera, se comprenderá el constante dolor de María durante 33 años..! ¡Ah! sí. A ella pueden aplicarse con rigurosa exactitud aquellas palabras del Profeta de los Salmos: *Et dolor meus in conspectu meo semper* (Ps., 37, 18) .Y mi dolor jamás dejó de hacérseme presente. Tal fué, pues, el primer dolor de María, motivado por aquel anuncio de Simeón: *Una espada traspasará tu alma.* He ahí también una imagen de la vida humana...

II

En efecto, hermanos míos, desde el pecado de nuestros primeros padres las adversidades y las penas forman el patrimonio del hombre; el dolor parece marcar con su sello todos los instantes de nuestra peregrinación por el mundo. "Nadie hay en el mundo sin tribulación, dice la Imitación de Cristo, ya sea rey, ya sea papa, ni tú, ni yo, ni hombre alguno sobre la tierra." Y esta ley se cumple con temible uniformidad, y se cumple de igual manera en la humilde choza del pobre que en el palacio del rico; en este punto uno y otro son iguales. La vida del menesteroso, como la de esas personas a quienes el mundo llama felices, se encierra entre dos gemidos de dolor; el llanto que el hombre da al nacer y el quejido angustioso de la agonía. ¿Y entre la cuna y el sepulcro qué hay?, ¿qué hallamos? ¿Acaso un camino sembrado de rosas? ¡Gran Dios! Golpes morales, golpes físicos, que nos recuerdan que nos hallamos en un *valle de lágrimas.* Tan pronto luce un rayo de felicidad sobre un hogar, cuando el cielo se nubla de nuevo y se desata sobre aquella familia una tormenta de lágrimas. ¿No es ésta la vida de las familias, hermanos míos? ¿No es el dolor el que pone su triste sello a todos los instantes?

¡Con todo, bendigamos a Dios, hermanos míos, porque en la Madre dolorosa nos ha puesto un modelo según el cual podemos dirigirnos en las tristezas de la vida! María fué heroica en todas las virtudes; pero fué heroica sobre todo en la paciencia. ¡Ah! si nosotros mereciéramos imitarla, qué cúmulo de merecimientos alcanzaríamos! En medio de un diluvio de amarguras, jamás dejó escapar la más leve queja ni murmuración; jamás mancilló sus labios con palabras de recriminación para nadie, ni jamás dió cabida en su alma al desaliento, ¿sería acaso que no sentía el peso de la cruz? ¡Oh! sí que lo sentía; pero se resignaba a las disposiciones de la excelsa providencia. A semejanza de Jesús en el Huerto de Getsemaní, ella decía aquella palabra soberana, que denuncia un alma puesta totalmente en manos de Dios; Fiat! Que se haga, Señor, tu voluntad en mí como se hace en el reino de los cielos...

Pero sufrir sin quejarse es el grado de la paciencia. María subió a mayor altura. No se contentó con no rechazar la cruz, la acogió, se abrazó espontáneamente de ella. Cuando Judas se acercaba con su gente para prenderlo, Jesús, lejos de huir, dice a sus apóstoles aquellas palabras sublimes; *¡Surgite, eamus!* (Mat., 26, 46). Ea, levantaos, vamos a recibir a los que han de ser mis verdugos. Así también María, lejos de hurtar el cuerpo al sufrimiento, disponía su ánimo para otros mayores. Es que estaba formada en la escuela de Jesús. Pero aun es más. María conocía a fondo el misterio del dolor y la cruz; sabía qué papel desempeñaban las adversidades en la santificación de las almas. Sabía que la cruz y el sufrimiento son el camino más corto y más seguro para entrar en el Paraíso. Sabía que el Señor beatificó y declaró dignas del cielo, la pobreza, las lágrimas, las persecuciones sufridas por amor a la virtud. Sabía también que las penas sobrellevadas con resignación y paciencia valen más que la corona de los reyes, son superiores al apostolado y aún al don de milagros. Sabía que al cielo no se entra sino por la puerta de las tribulaciones, y que Jesús no subió al monte de los Olivos

para ir al Paraíso sino después de haber subido al Calvario para morir en una cruz. Y porque todo esto lo sabía, ella, el corazón dolorido por excelencia, cargaba la cruz, no ya sólo con resignación y voluntariamente, sino hasta con gozo y alegría. Semejante a esas altas montañas cuyas laderas guardan abismo donde ruedan torrentes de lluvia tempestuosas, pero cuyas cimas permanecen siempre coronadas de blanquísima nieve, María, en la parte inferior de su alma experimentaba un martirio atroz; mas, por un portento de la gracia, en la parte superior de su espíritu, sentíase inundada del más puro gozo, feliz de seguir las huellas de Jesús, sufriendo algo por amor a él. Aquí tenéis, amadísimos míos, un espejo purísimo de paciencia en que miraros. De intento he querido descender hasta minuciosos detalles, porque sé que vivimos en un valle de lágrimas, y que la hora presente es hora de amarguras, de estrecheces, de lágrimas, no sólo para nosotros sino para el mundo entero. Y si me preguntáis qué virtud hace más falta entre los afanes y adversidades de la vida, todos, absolutamente todos estarían acordes en contestar que la paciencia, la mansa resignación. ¿Y por qué? Sencillamente, porque no hay sobre la tierra quien no lleve clavada la espada de algún dolor.

No obstante, hermanos míos amadísimos, ¿hay una virtud más rara, más escasa, que la indispensable virtud de la paciencia? Descontad vosotros, de entre los humanos, la inmensa muchedumbre que vive en perpetua quejumbre contra la Providencia, la de los que jamás se contentan con su suerte, la de los que se irritan y alimentan rencores contra los que creen causantes de sus cruces, y veréis que la legión de los verdaderos pacientes es pobrísima. Por esta razón, el ejemplo de María paciente y resignada, es de incalculable valor para levantar los espíritus. En manos de María, la cruz, la adversidad, el dolor fueron una escala por donde ella se remontó a las alturas del cielo. ¿Por qué entonces en nuestro poder la cruz habría de ser inútil? ¿Por qué no convertir en oro puro

para comprarnos una eternidad feliz, esas adversidades tan temidas? ¿Por qué no perfumarlas con la resignación cristiana que endulza, avalora, diviniza los padecimientos?

Me diréis tal vez que hay en el mundo muchas almas virtuosas, santas que padecen, sin embargo, adversidades, siendo así que la virtud pide recompensas y no cruces! A este especioso razonamiento os responderé a mi vez que jamás Dios ha prometido recompensas terrenas a la virtud ni ha asegurado a nadie la dicha completa en esta vida.— Muy al contrario— Por sus propios labios, por los labios de sus profetas, de sus apóstoles, por las enseñanzas de la Iglesia y de sus santos, no se cansa de advertirnos que esta vida es un *valle regado con lágrimas;* que la tierra no es nuestra patria, sino un destierro, un lugar de tránsito, que nuestra patria verdadera es el cielo, donde se enjugará toda lágrima, y adonde jamás llegará el dolor, el llanto, la tristeza, compañeros inseparables de la vida humana. Pero nos agrega que para merecer aquellas eternas recompensas, es menester cargar cada uno con paciencia la cruz de la adversidad, que es preciso pelear como el combate de la vida presente para hacernos dignos de ser felices en la futura— Y a fin de confirmar sus palabras con sus propios ejemplos, ¿no veis al Hijo de Dios nacer, vivir y morir en brazos del dolor? ¿No veis cómo permite que su Santísima Madre, el ser a quien más amara en la tierra, viva entre dolores y lágrimas; que sus santos, sus elegidos, sean probados por mil tribulaciones, para hacerlos más y más dignos de entrar en su gloria? Esa y no otra es la enseñanza cristiana tocante a las adversidades y quebrantos que sufren en la tierra las almas de virtud. Me diréis también que vuestro sufrimiento se prolonga y que vuestra vida es un encadenamiento de cruces sin tregua ni descanso convenido. Pero, hermano, hermana mía, ¿sabéis por qué Dios lo permite? Porque tiene un cielo eterno, sin fin, para recompensar a los que cargaron con él la cruz en la tierra y la cargaron con paciencia y por amor, a él. Y bien, dime: ¿Qué es una vida de

sufrimientos, todo lo larga que queráis, en presencia de una eternidad de dicha? Menos que un punto en el inmenso espacio, menos que un átomo de polvo comparado con el universo, menos que una gota de agua ante la inmensidad de los mares. Hoy sufres, mañana estarás en la eternidad y si has sufrido resignadamente, esa eternidad será de dichas, pues serás feliz con la misma felicidad de Dios en cuya presencia mil años son como el día de *ayer que ya pasó... Tamquam dies hesterna quae praeteriit.* Ah! si pensaras, si meditaras en esto, de seguro no perderías ese mundo de méritos que pierdes cuando protestas contra el dolor *que viene a visitarte*.... Pero terminemos....

* * *

Hermanos míos carísimos, levantemos nuestros corazones a Dios, y si tenéis alguna cruz que cargar, y ¿quién no la tiene?, alzad una mirada de esperanza hacia la imagen de María de los dolores. Y en ese ròstro entristecido, en esas lágrimas que ruedan de sus ojos, leed que vuestra Madre celestial ha sufrido antes que vosotros, pero con resignación jamás desmentida; y leed también que en el pecho de esa Madre dolorida se esconde un corazón bien dispuesto a consolaros....

Imitadla, pues, en su paciencia y pedidle a ella os alcance por sus Dolores esa virtud preciosa. Que éste sea el hermoso fruto que ha producido en vosotros la meditación del primer dolor de María.....

Así sea.

LA PERDIDA DEL NIÑO DIOS

(Tercer dolor de María.)

Sermón predicado en la Catedral de Santiago, el año 1915. durante la Novena de Dolores.

> *"Pater tuus et ego dolentes quaerebamus te* (Luc., 2, 48).
> *"Tu Padre y yo te buscábamos llenos de dolor."*

Hermanos míos muy amados:

El que jamás ha conocido la belleza experimentará poca pena al carecer de ella... Pero quien al abrir los ojos ha podido contemplar las galas de la naturaleza, se comprenderá qué dolor no experimentaría al verse en medio de tinieblas.

Así hay almas que sufren bien poco de no poder hallar a Dios, porque, desgraciadamente apenas lo conocen, cegadas por el fango con que cubre su corazón y sus ojos el amor al mundo y a los placeres.

Mas no así, tú, oh Madre querida. Doce años habías pasado contemplando la belleza y encantos de aquel Niño, en cuyo rostro se recrean los ángeles. ¡Ah cuán sería el límite de tu dolor al verte privada de mirarlo siquiera por el espacio de tres días! Madre amada, hoy tus hijos venimos a meditar a tus plantas esta tercera herida abierta

en tu alma por el dolor. Dígnate iluminarnos y aceptar la ofrenda de nuestro cariño.

Hermanos míos, he aquí la historia del tercer dolor dé María. Leemos en el capítulo segundo de San Lucas que Nuestra Señora tenía la costumbre de ir anualmente al Templo de Jerusalén, con Jesús y su esposo José, a celebrar la fiesta de la Pascua y que uno de esos viajes se efectuó cuando ya el Niño tenía doce años. Pues bien, vuelta la gente a sus hogares, Jesús quedóse en Jerusalén, sin saberlo María, pues pensaba que iría con personas o parientes conocidos. Mas, al fin del día notaron su ausencia, vuelven doloridos a Jerusalén y después de tres días de buscarlo, lo encuentran en el templo en medio de los doctores...

Detengámonos breves instantes a considerar este misterio, y veamos qué intenso fué el dolor de María cuando se encontró sin Jesús, y en seguida cuán enorme desgracia para el hombre es perder a Jesús por el pecado.

I

Hermanos míos, se ha dicho y con razón, que este dolor no sólo fué uno de los más acerbos que padeció, sinó el más cruel y aplastador de todos.

Desde luego, en sus demás tristezas y angustias, María tenía consigo a Jesús. Yo la veo entristecida en el templo al oír la dolorosa profecía de Simeón; la veo caminando hacia el Egipto para librar de la muerte al Salvador del mundo; miro su semblante y veo en él retratada la tristeza.

Sí, pero veo a Jesús en los brazos de María, y con eso sólo el corazón de la Madre se robustece contra el dolor, éste se mitigaba, perdía su fuerza destructora con la sola presencia del Dios de todo consuelo. Pero, ay, en el tercero de sus dolores, *non est qui consoletur eam,* no hay quien la consuele; se halla sola, Jesús, el amantísimo se ha perdido sin saber dónde se encuentra.

Yo me imagino ver aquella Madre desolada, discurrir de aquí para allá, preguntando como la Esposa de los Cantares: *¿Habéis visto al que mi alma ama?*

¡Ay, de mí. Se ha apagado la lumbre de mis ojos, la vida de mi vida. ¿Dónde le hallaré? ¡Oh, sí, razón tenía el sabio Orígenes para afirmar que el dolor de María por la pérdida de Jesús sobrepasó a lo que los mártires sufrieron jamás en su muerte... Pero no hablemos de tres días de extravío, de ausencia, tres siglos, digamos, y nos acercaremos a la verdad; que para la buena Madre no fueron días sino siglos, siglos de amargura y desconsuelo. ¿Quién podrá consolarme, decía Jeremías, si el que puede hacerlo está lejos de mí? ¿Quién sabe si Arquelao, sucesor de Herodes, no habrá imitado la crueldad de su antecesor dando orden de muerte contra mi Hijo? Y así esta afligida y santa Madre derramaría inconsolable un torrente de lágrimas...

En segundo lugar, María, en los demás dolores se daba cuenta de los designios de la Providencia; comprendía que a ellos iba ligada la redención del mundo. Mas, tratándose de la pérdida de su Hijo, no acertaba a comprender el alcance que pudiera tener dentro de las miradas divinas. Al contrario, profundamente humilde, la Virgen sin mancilla atribuía aquella desgracia a su indignidad, a su falta de méritos para guardar consigo a tan excelso tesoro. ¡Qué! Iba todavía más allá en sus humildes pensamientos. Creería, dice el mismo Orígenes, que la partida del Niño habría sido motivada por algún descuido suyo, por una falta de atención para con aquel Infante Dios, a quien le entonaron himnos los mismos ángeles del Paraíso. Y acaso habrá mayor pena para un alma amante de Dios que el temor de haberle disgustado? En esto veo claramente la razón por la cual María, que no exhaló queja alguna en los otros dolores, dirige a su amado Hijo, no una reprensión, dice un gran devoto de María, sino una queja amorísima diciéndole: ¿*"Hijo, por qué os habéis conducido de esta manera con vuestros padres? Tu padre y yo te buscábamos llenos de aflicción."*

En realidad, hermanos amadísimos, no era una reprensión, era el eco del amor más ardiente, pero privado de la presencia del ser amado; era una enseñanza para las generaciones venideras; era una advertencia para nosotros todos, singularmente para los jefes de familia; a todos nos enseña el valor inapreciable de la amistad divina y a vosotros, padres de familia, la exquisita solicitud con que debéis cuidar de vuestros hijos... Pero esto me conduce ya al segundo pensamiento que os anuncié... Escuchadme.

Echemos, en efecto, una mirada a nosotros mismos, apliquémonos las lecciones que nos da María.

Hermanos míos amadísimos, en este mundo sólo son verdaderamente miserables las almas que han perdido a Dios por el pecado, he ahí la desgracia de las desgracias, digo más, es la única desgracia digna de este nombre.

El patriarca Job perdió cuanto poseía en la tierra; sus hijos, sus bienes, salud, honores, hasta bajar del trono a un muladar. ¿Mas, era por eso desgraciado? No, no puede conceptuársele tal. Y ¿cómo puede, oh Dios mío, llamarse desgraciado al que os tiene a Vos, que sois el Sumo Bien, que dais la vida, el ser, el movimiento a cuanto existe?.... Job, hermanos queridos, no había perdido a Dios, lo amaba, lo servía, guardaba su santa ley. Y yo encuentro plena razón al gran San Agustín cuando dice: "Job había perdido cuanto Dios le había dado, pero conservaba consigo al mismo Dios."

Yo encontraré a un pobre enfermo, enclavado en su cama víctima de agudas dolencias; yo me compadeceré de él, acaso lloraré al presenciar, al oír sus lamentos; mas si ese pobrecito se halla en gracia de Dios, está resignado en Dios, le sirve, le ama, yo no, no puedo llamarlo desgraciado; la dolencia que sufre quién sabe si no es para él la llave bendita que le abrirá las puertas del cielo.

Yo podré encontrar una familia empobrecida, sin pan, sin abrigo, sin persona que pueda valerla; ante su situación se conmoverá el fondo de mi alma, y si algo tengo,

le tenderé mi mano con una limosna, o le abriré un camino para mejorar su suerte. Pero si en esa familia vive Jesucristo con su doctrina y su ley, si la gracia de Dios reina en aquellos corazones, ah, yo no los llamaré desgraciados; la pobreza será un sufrimiento, pero no una desgracia. Los tres personajes más santos que han morado en la tierra, vivieron pobres, ganándose el sustento con rudo trabajar; la pobreza llevada con resignación es un manto real que da derecho al Paraíso; el reino de los cielos les pertenece; *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum coelorum.* Y esto mismo podría decir si pasara revista a los diversos padecimientos y cruces morales y físicos que reinan en el mundo; mientras Dios viva en el corazón del hombre, éste conserva una prenda de la eterna dicha y un hombre tal no puede llamarse víctima de la desgracia, en todo el rigor de esta palabra.

En cambio, dadme un sujeto, sea una distinguida dama, o un encumbrado caballero; supongo que nada les falte de cuanto sirve para ser conceptuados por felices en el lenguaje del mundo, salud, dinero, relaciones vastas, simpatías generales; suponed todo eso y cuanto más queráis. Pero, me decís a la vez que esa distinguida persona ha perdido la fe, vive lejos de Dios, entregada de cuerpo entero al mundo, a los placeres, en una palabra, que ha perdido, después de haberlo conocido y vivido en su dulcísima amistad. Oh dolor, entonces sí que yo la llamaré desgraciada, digna de la compasión del cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres y su desgracia será tanto mayor cuanto que se oculta bajo las apariencias de dicha... Oh, sí, hermanos queridos. Lloren otros, lloren los mundanos la pérdida de un palacio, de un puesto elevado, de una vanidad. Yo pediré lágrimas a mis ojos para llorar la desventura de esas almas que, viviendo en pecado, vagan lejos de su Dios como ovejitas sin pastor, como hijos sin padre, como naves sin pilotos en medio de la mar bravía, viven lejos del mejor de los padres, del más generoso de los amigos, del juez que tiene en su mano nuestra dicha o nuestra desgracia eterna.

¿Qué decís, hermanos míos amadísimos? María lloró amargamente la ausencia de sólo tres días de su amado Jesús. Cuánto no deberían llorar los cristianos que han perdido la divina gracia, al saber que Dios les dice por sus profetas estas palabras: Vosotros no sois ya mi pueblo, ni yo soy vuestro Dios. Cuando Absalón recibió de David su padre la prohibición de comparecer jamás delante de su vista, aquel joven salió fuera de sí de pesar, y sollozando dijo al mensajero: *"Decid a mi Padre que me permita verlo o me mande quitar la vida."* Pero lo más digno de llorarse, amadísimos míos, es que esas almas ciegas, dice San Agustín, si pierden un animal de su servicio, pierden sea una pobre ovejilla van a su busca sin omitir diligencia hasta dar con ella; en tanto que pierden al sumo Bien que es Dios, comen, beben, pasean y descansan." Así se expresa aquel Santo.

Alma pecadora, si yo supiera que te hallas aquí presente, si supiera que te hallas huérfana de tu Dios por haberlo ofendido y con todo vives tranquila sin preocuparte de tu triste situación, créeme, yo iría a postrarme a tus pies, y te rogaría por lo más sagrado del cielo, que miraras por ti, que sacudieras el triste y vergonzoso yugo que oprime tu conciencia, y por amor a la Madre de los Dolores que tanto te ama, volvieras a Dios. ¡Oh, sí! Porque yo encuentro en los Libros Santos esta sentencia: Es triste y digno de *llorarse haber abandonado a su Dios.*

Pero no nos contentemos con lamentar esta desgracia; quien haya incurrido en ella cúidese repararla sin demora. Volved vuestra vista hacia María, ¿qué hizo Ella al verse sin Jesús, aunque sin culpa alguna de su parte? Lo busca sin descanso, con un santo afán, el sueño se ausenta de sus ojos, hasta que hubo hallado al amado de su alma. Y cuando lo hubo hallado, redobló sus cuidados para no perderlo jamás.

Alma cristiana, no estés tranquila si vives enemiga de tu Dios; sería la tranquilidad de la muerte, sería la paz de un cementerio. Busca a tu Señor, pregunta a tus ánge-

les custodios, no te des descanso hasta arrojarte de nuevo entre sus brazos.

Me preguntas: ¿Dónde hallarás al Señor, dónde lo hallarás? ¿Dónde lo halló María? En el Templo. Es decir, si quieres hallar ese diamante precioso de la gracia y amistad divina no vayas a buscarlo en el bullicio del mundo, en diversiones profanas; busca la palabra de Dios, medita las verdades eternas, óyelas con recta intención de hallar en ella la luz para tu espíritu, y esa luz brillará para ti abundante. Conocerás tu desgracia y volverás a Dios.

¡Ah, hermanos míos, en confirmación de cuanto os he dicho, oídme el suceso siguiente para animaros volver a Dios!

Refiérese en las cartas anuales de la Compañía de Jesús, que en las Indias, al querer un joven salir de su habitación con intenciones perversas, oyó estas palabras: ¡Deténte! ¿Dónde vas? Miró y vió una imagen de relieve de la Virgen de Dolores, la cual arrancándose la espada que tenía en el pecho, "Ea, le dice al Joven, toma esta espada, hiéreme con ella a mí antes que a mi Hijo, cometiendo ese pecado." Al oír esto, postróse en tierra el joven y contrito y humillado, pidió perdón de sus criminales intentos."

¡Oh, Madre de Dios!, inconsolable, en nombre de las lágrimas con que regasteis las calles de Jerusalén buscando a vuestro Hijo tan amado, ablandad la dureza de nuestro corazón; hacedme derramar lágrimas de arrepentimiento, hasta que como Vos, encuentre a Jesús y le ame y sirva para siempre.

CUARTO DOLOR DE MARIA — SE ENCUENTRA CON JESUS EN LA VIA DOLOROSA

> *"Vidimus eum et non erat aspectus* (Isai., 53, 2).
> *Lo vimos y era difícil reconocerlo."*

Yo no sé qué de particular y santamente extraño encierra el cuarto dolor de María, el corazón apenas si puede detenerse en él sin que sienta los estremecimientos de la compasión más tierna hacia la excelsa Madre. Pero si bien se mira no es de extrañarlo; se trata de una Madre que cambia una mirada de tristeza profunda con su hijo muy amado en los más aciagos momentos, cuando era llevado a morir en un patíbulo.

Aquí podría exclamar yo con el profeta de las lamentaciones: *Cui comparabo te, Virgo filia Sion?* ¿A quién te compararé o dónde encontrar semejante a ti, oh Virgen hija de Sión? He aquí el modo como se produjo aquella escena; condenado Jesús a muerte por el injusto juez Pilatos, salió llevando su cruz a cuestas en medio de dos asesinos que debían como él morir. Sabido esto por María Santísima, la tristísima Señora se adelantó para salirle al encuentro, y lo ve en el estado más triste y penoso sin poder aliviarlo.

¡Cuán grande fué este dolor para María al encontrar a su Hijo en estado tan lastimoso! ¿Qué haremos para consolarla? Ved aquí los dos puntos que desarrollaré en la predicación de hoy. Excusado me es pediros vuestra aten-

ción para un asunto que de suyo interesa a nuestro corazón de hijos.

I

El encuentro de María con su Hijo en la vía dolorosa fué para ambos el más cruel de los martirios. Dos motivos contribuyeron principalmente a producirlo; la vista repentina del Hijo en el estado más digno de compasión y la imposibilidad en que se encontró de prestarle el menor alivio. Reflexionemos sea por breves instantes sobre estos tópicos conmovedores.

Como os decía al comenzar, María era avisada de todas las incidencias que ocurrían en el proceso que se seguía contra Jesús en los tribunales de Anás, Caifás, Pilatos. Era San Juan, el discípulo amado, quien la imponía de todo. Cuando Pilatos dió la sentencia de muerte con esos mismos labios que habían proclamado la inocencia de Jesús según la frase de San León, el joven apóstol se apresuró a comunicar a la Madre tan triste nueva. "Ah, dolorosísima Señora, le diría, según San Alfonso de Ligorio, vuestro Hijo ha sido condenado a muerte y en estos momentos se dirige al Calvario llevando él mismo su cruz. Venid, pues, si queréis verle y darle el postrer adiós en el camino público por donde debe pasar."

Sale María, acompañada de San Juan y algunas amigas y tomando una calle próxima, va a esperar a su Hijo en la avenida de Efraín por donde iba el siniestro cortejo. Pensemos con San Buenaventura, qué de insultos no oiría, parada en aquel lugar, a la gente que caminaba a la cabeza de la comitiva. ¡Pobre Madre! ¡Qué golpes no recibiría su alma, cuando por sus propios ojos vió los clavos, el martillo, las cuerdas, instrumentos que iban a servir para la muerte de Jesús! Cuando por sus propios oídos oyó la voz del pregonero que al son de trompetas iba publicando

la sentencia de muerte y las injustas causas que la habían motivado.

¿Quién no ve que todo este conjunto bastaba para destrozar el corazón de una madre que todo lo iba observando? Pero queda aún la escena más desgarradora.

María levanta la vista y oh dolor, divisa un joven enteramente cubierto de sangre y heridas desde la cabeza a los pies, con un haz de espinas en sus sienes y una cruz sobre los hombros y caminando en medio de dos ladrones.

¿Quién será? ¿Será su Hijo? Pero su Hijo es tan bello, tan santo, tan lleno de bondad para con todos. Es la belleza del Paraíso, es la santidad personificada, es la misericordia sin límites. ¿Qué delito ha cometido para haber sido puesto en esa figura? *Non erat aspectus.* No tenía ni figura humana. Era como un leproso, como un hombre herido de la mano de Dios.

Así vagarían los pensamientos de la Madre... Mas, oh tristísima Señora, es tu hijo, el mismo que llevaste en tus entrañas, el mismo que alimentaste con tus pechos virginales. Ah, es que nuestros pecados lo han tornado así... Perdón, Señora. Somos nosotros los culpables. Esa cruz que lleva sobre sus hombros es el peso de nuestras iniquidades. Mas, cuánto nos pesa de ellas. Perdonadnos, Madre dolorida, ya en adelante nuestra vida será muy diversa.

Pero el instinto de madre la hace reconocer a su Hijo bajo aquel horrible disfraz. Dos sentimientos luchan en su alma; el amor y el temor. Es Madre y quiere ver a su Hijo tan amado, quiere hablarlo, quiere proporcionarle algún alivio, ay, que apenas si tiene aliento para mirarlo en aquella penosísima traza. Míranse por fin......

Madres aquí presentes, a vosotros os toca decirme lo que pasaría en el corazón de María. Vosotras que sabéis lo que es amar a los hijos; vosotras cuya alma se identifica con la de ellos mayormente cuando los veis visitados por el dolor.

Cuando Margarita, hija de Tomás Moro, tan céle-

bre en la historia del catolicismo en Inglaterra, cuando esa joven, digo, vió a su padre en los momentos en que lo llevaban al cadalso, no tuvo valor para decirle sino estas palabras ahogadas por la emoción: Padre, Pádre, y cayó desmayada.

Es verdad, dice Suárez, que María no perdió la razón bajo el golpe de aquella escena, por cuanto ello no convenía a aquella excelsa mujer; pero cuando Jesús fijó en ella una mirada de inefable ternura, como indicándole qué parte tan íntima tomaba en su dolor, cuando al cambiar sus miradas se leyeron mutuamente entre ellos aquellos dos corazones. Ah, María se siente desfallecer y cae en brazos de los que la acompañaban. Cerráronse sus ojos pero a sus oídos llegaban, sí, los insultos que el populacho dirigía al Hijo y a la Madre.

¿Pero está dicho todo? No, hermanos tan amados. En esta tristísima escena hubo todavía un detalle más conmovedor.

Al ver el rostro lívido de Jesús, sus ojos inyectados de sangre, sus labios descoloridos y secos, su primer impulso fué precipitarse hacia su hijo con los brazos abiertos. Pero haberlo abrazado en tales circunstancias, habría sido como un consuelo para aquel corazón maternal; por eso para agotar el cáliz del dolor, por disposición divina no pudo acercarse a la sagrada Víctima. La soldadesca tal vez viendo su modesta indumentaria, y acaso despreciándola como a Madre de un ajusticiado, la detuvieron, y con sacrílegos empellones la separaron de la comitiva. ¡Pobre Madre! Pobre Madre, diré nuevamente, hermanos míos, el dolor, el insulto, el sarcasmo, todo cae como una tormenta sobre su alma entristecida....

Y nosotros ¿qué haremos en presencia de estas reflexiones? Hasta de las fieras nos compadecemos, dice San Juan Crisóstomo, y si viéramos una de ellas siguiendo a su cachorro que llevan a matar, aunque fiera, nos daría lástima, ¿y no nos moverá a compasión María que camina en pos de su Cordero inmaculado que se dirige al su-

plicio? Compadezcamos, pues, y acompañemos al Hijo y a la Madre con toda la ternura de nuestros corazones....

Pero ¿qué digo? ¿Estoy yo excitando vuestra compasión por penas ya pasadas, de otros tiempos? Oh, no, por desgracia. La bondadosa Madre sigue recibiendo en su alma de Madre los furores que el mundo descarga sobre Jesús. ¿Lo extrañáis? Escuchadme y veréis que no afirmo sino una tristísima verdad.

II

La causa de este cuarto dolor de María fué, como lo habéis oído, la vista de Jesús despedazado, escarnecido, burlado de la manera más soez por la muchedumbre.....

Ahora bien, después de la muerte de Jesús por redimirnos, ¿ha convertido el mundo en un inmenso gremio de agradecidos a sus favores y bondades? ¿Ha entrado Jesucristo en posesión tranquila del reino de las almas rescatadas al precio de su vida? Así debiera serlo; pero ello está muy lejos de la realidad. La persecución y los malos tratamientos a Jesús continúan con encarnizamiento, si bien en diversa forma, y con ellos, los motivos de dolor para María.

Persiguen a Jesucristo, en primer lugar, los impíos, que niegan su divinidad y se empeñan en impedir por todos los medios a su alcance, que se le tributen los honores que se le deben como a Juez y Soberano del universo. Países ayer católicos, borran de sus leyes hasta los últimos vestigios de la religión de Cristo, destierran a los sacerdotes, oprimen a los verdaderos creyentes y se complacen en quitar de los sitios públicos aún las imágenes del divino Crucificado.

La masonería por su parte trata de cerrar el paso a Jesucristo hasta el corazón del niño, impidiendo la enseñanza de su doctrina, para formar generaciones sin Dios; como si fuera un delito el conocer, adorar y amar al Creador, al Redentor, al Padre de todos los hombres.

¿No estamos oyendo igualmente cómo se blasfema contra él en libros, en folletos, en periódicos que se exhiben con descaro en las vitrinas del comercio o se pasean luciendo su impiedad, por las calles y plazas públicas?

Y esto sin recordar los horrendos sacrilegios acordadados expresamente en las logias masónicas contra la Hostia consagrada, donde Jesucristo Señor Nuestro vive real y corporalmente, y todo únicamente por odio a su divina Persona.... y a la influencia bienhechora de su religión en el mundo. Que si los perseguidores de hoy, los verdugos de estos tiempos no le han dado muerte, no es por cierto porque no lo hayan querido con ardor, sino porque ese Dios tan aborrecido no se halla al alcance de su mano...; es que Jesucristo resucitado de entre los muertos, dicen las Santas Escrituras, ya no volverá a morir. *Christus resurgens ex mortuis jam non moritur.*

Ah, sí, gemid, llorad, almas cristianas al pensar cómo en nuestros mismos tiempos se persigue y atormenta de hecho a nuestro dulcísimo Dueño en su doctrina y en sus obras; cómo lloraban las hijas de Jerusalén, al verlo tan deshecho y lastimado, cargando su cruz; uníos en espíritu a la Madre Santísima, para consolarla, como la consolaban aquellas magnánimas y santas mujeres....

Pero, hermanos míos, hagamos un acto de justicia, no echemos la culpa a los extraños, diré así, a los que viven por el odio o la indiferencia lejos de las banderas de Cristo. Somos nosotros los verdaderos ingratos, los que atormentamos cruelmente a Jesús y hundimos el puñal más agudo en el corazón de María; nosotros que nos preciamos de ser cristianos, hijos, amigos de Jesús... Sí, abramos los ojos a la luz aunque ella nos avergüence. No otra cosa que duros suplicios para el Señor Jesús son nuestras delincuencias diarias, sea de obra, de palabra, o de pensamiento, como quiera una sola falta grave lo arroja ignominiosamente de su trono, de nuestros corazones, donde él tiene derecho a reinar y a ser amado, porque le cuestan

su sangre.... ¿Y qué son horrorosos tormentos para Jesucristo tantas comuniones sacrílegas, horripila decirlo, con que se manchan los cristianos? ¿Tanto desprecio de los mandamientos, tantas irreverencias en los templos, donde apenas ni se conoce que los fieles se sienten delante de la Majestad de Dios?

¿Qué son sino desprecios y sarcasmos contra Jesús la audaz profanación del día festivo, el desprecio del precepto de la misa, cometidos, no ya por descreídos que eso no sería de admirar sino por gente que se llame creyente y pertenece al número de los cristianos de fila?

¿Qué son por último, omitiendo otros muchos ejemplos sino lanzadas contra el corazón de Cristo, ese sinnúmero de espectáculos donde el impudor se bebe a sorbos por la vista según la frase de un escritor ameno adonde sin embargo se precipita con inconcebible ardor de uno y otro sexo, para salir de allí con la virtud hecha girones y convertido el corazón en un volcán de pasiones sensuales?

No parece, hermanos queridos, sino que la sociedad cristiana —perdonadme el pensamiento— repitiera con los hechos aquella impía frase del pueblo judío que lamenta el Evangelio: *"Nolumus hunc regnare super nos"*. No queremos que éste reine sobre nosotros. Queremos sacudir su yugo.

Y bien, amados míos. ¿Qué haremos para consolar a la Madre por tantas penas que se siguen causando a su Hijo? ¿Queréis que os dé un consejo oportuno?

Ese consuelo se encierra en dos palabras: *Oración* y *Acción.*

Oración: Sí, no cansarse de orar, en el hogar, en el templo, en común, en privado, donde quiera que podáis hacerlo; he aquí uno de vuestros más dulces pero también imperiosos deberes, almas piadosas.... ¿Y qué pediréis? Que se realice *"adveniat regnum tuum,* Venga a nos tu reino". Es decir, que se conviertan los pecadores, que se dilate el reino de Jesús que ese Dios incomparable sea conocido de todo el mundo, amado de todo el mundo, ser-

vido de todo el mundo, particularmente en nuestra patria que tanto le debe. Esta oración en esa forma será un finísimo paño de lágrimas que presentaréis a la augusta Madre de los Dolores. Y no lo olvidéis; con vuestra oración fervorosa podéis vosotros hacer tanto o más, por la gloria de Jesús, como los sacerdotes con su palabra.....

La acción: Ah, hermanos, sí; tomando parte, ora con vuestra cooperación, ora en una y otra forma a la vez, en toda obra que tienda a dar gusto a Jesucristo, a formarle buenos cristianos, a difundir su reino, llámese esa obra colegio o escuela cristiana, llámese la prensa cristiana, llámese catecismo, patronato, llámese por fin institución de caridad para socorrer a los desvalidos, todo ese conjunto de obras católicas que ha nacido al calor de la fe y de la caridad, merece atraer nuestras miradas, si queréis prometerle algo grato a la Madre bendita.

Ea, amadísimos míos, evitemos a nuestra Madre al ver a su Hijo Dios oprimido por las ofensas del mundo. Pidámosle nos perdone lo pasado y jurémosle, con la gracia de Dios darle gusto en lo venidero....

Así sea.

QUINTO DOLOR DE MARIA

Sermón predicado en la Catedral de Santiago durante la Novena de Dolores, el año de 1915.

Vidit suum dulcem Natum
Moriendo desolatum, Dum emisit spiritum"
(Stabat Mater).
Vió al Hijo tan querido, dulce dueño,
Desolado y morir en duro leño,
Al exhalar su espíritu sagrado.

Hermanos míos:

Ved aquí expresado en esta bella estrofa, el límite supremo del dolor de María. En realidad si alguien quisiera describir el más intenso dolor de una Madre, bastaríale enunciar estas palabras: Vió morir en sus brazos al más amado de los hijos. Así también yo, deseando reproducir en compendiosa frase la quinta espada que traspasó el corazón de María, no tengo sino sintetizar mi tema en esta frase: *Vidit suum dulcem Natum — Moriendo desolatum, Dum emisit spiritum.* En ella veo a la Madre divina sumida en la pena mayor que sea por imaginar; un dolor sin límite es correlativo a un amor sin medida.

Hermanos míos, subamos a la montaña santa — *Venite et ascendamus in montem Domini.* Pidamos permi-

so a la tristísima Señora para hacerle compañía, para sufrir con ella, para recoger las sublimes lecciones que nos deja. El momento es solemne; el cielo y la tierra nos acompañan; los ángeles de este lugar santo, ¿no es verdad que plegarán sus alas al pie del altar de María en honra de este dolor acerbo?

I

Un conjunto de circunstancias, a cual más penosas, contribuyeron a intensificar el quinto de los dolores de María. El evangelista nos llama la atención hacia la principal de ellas en aquella expresión gráfica por excelencia; *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.* Es decir, la Madre incomparable se hallaba presente allí al pie del madero, en los momentos de la tristísima agonía y muerte de Dios que era su Hijo; presenciando como se le iba la vida, entre tormentos atroces, al Hijo más amado y más amante que jamás haya habido sobre la tierra.

En efecto, clavado el Señor en la cruz, con clavos no agudos sino obtusos, según San Bernardo, para más martirizarle, los verdugos alzaron aquella, la aseguraron, y acto seguido, la abandonan para repartirse los despojos del divino ajusticiado. María pudo entonces acercarse más, para asistir a la muerte de su Hijo, según ella lo reveló a Santa Brígida, Mas ¡Santo Dios! ¡Qué horas, qué siglos de dolor aquéllos!

¿Y por qué, Señora, habéis ido al Calvario? ¿Para presenciar la muerte de vuestro Hijo? A lo menos debió deteneros el horror del crimen tan nefando, de ver a Dios crucificado por sus mismas creaturas. Ah! verdadera Madre, exclama una alma santa, Madre llena de ternura, ni aun el terror de la muerte pudo separaros de tan amado Hijo.

Todo, en verdad, descargaba golpes de muerte sobre aquel triste corazón de mujer, todo lo que ve en torno suyo, todo cuanto oye, todo cuanto palpa.

Veía a mi querido Jesús — decía ella misma a una

insigne amante de Dios— lo veía en la cruz abrumado de tormentos... sus ojos hundidos, casi cerrados y moribundos, los labios pendientes, la boca entreabierta; desenojadas las facciones... la cabeza caída sobre el pecho, los cabellos cuajados de sangre... los brazos y piernas yertos y todo el cuerpo cubierto de llagas y de sangre... Ah! hermanos míos, dejadme exclamar con la Iglesia: *Quis est homo, qui non fleret, Matrem Christi si videret In tanto supplicio?* ¿Quién no exhalará un lamento, Viendo a la Madre divina En tan horrible tormento? Y es lo más desgarrador el hecho de no poderle prestar el menor alivio y verlo así oprimido entre las garras de la muerte que ya llega a buscar su presa....

Cualquiera que se hubiera encontrado en aquel sitio, dice el Sto. Crisóstomo, habría visto allí dos altares en donde se consumaban dos grandes sacrificios; uno en el cuerpo de Jesús, otro en el corazón de María. Con todo atrevámonos nosotros a decir que había un solo altar y ese altar era la cruz del Hijo, en el cual simultáneamente era sacrificada la Madre." ¿De qué manera? Porque al decir de San Bernardo, lo que hacían los clavos en el cuerpo de Jesús, obraba el amor en el corazón de María, de modo que, junto con sacrificar el Hijo en el cuerpo, la Madre sacrificaba el alma—. Esto por lo que mira al dolor que le causó. ¿Y qué deciros, hermanos tan amados, del tormento que le causaban las palabras que oía?

Si una madre, si vosotras, piadosas señoras, tuvierais la dolorosa ocasión de acompañar a un hijo en sus postreros instantes, ¿no es verdad que recibiríais un consuelo proporcionando al enfermo algún alivio, atendiendo solícitas a sus menores deseos? ¿No volaríais, aunque entre sollozos y lágrimas a llevar al enfermo lo que en su angustia os pidiera?... Oh sí. Yo creo que en ello tendríais cierto descanso en medio de tan amargas penas... Sin embargo, María no tuvo ni aún ese consuelo; no pudo prestar a su Hijo el menor alivio.

¿Qué puñalada no sería para ella el oír que el amadí-

simo crucificado dice angustiosamente: Tengo sed? "Sitio". ¿Cómo darle un vaso de agua, cuando no tenía sino el agua de sus lágrimas?— Hermanos míos, ni el último criminal moribundo al pedir, en sus últimos instantes un vaso de agua para refrescar sus labios, carece de una mano compasiva que se lo proporcione. Parece que la majestad misma del dolor le diera derecho a encontrar en los corazones un eco de simpatía. Pero Vos, ¡oh Madre!, ni ese consuelo tuvisteis! Pide agua vuestro Hijo, él que extendió los mares, soltó el curso de los ríos, y manda a la lluvia caer sobre los campos; y ¿qué se le da? A vista de la Madre se le presenta una esponja con hiel y vinagre para refrigerarlo!...

Eja Mater, fons amoris — Me sentire vim doloris— Fac, ut tecum lugeam! Es más todavía.

Pero el dolor de María sufrió un cruel recrudecimiento, cuando oyó que Jesús se quejaba del abandono en que lo dejaba el Padre Celestial. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?"— Por confesión de la Virgen María, estas palabras le quedaron como cinceladas en el alma por todos los días de su vida; jamás pudo olvidarlas. Y lo que era aún más penetrante para ella misma, era que con su presencia y dolor aumentaba el tormento de su Hijo; él la miraría, y le diría al corazón: Oh Madre, mi dolencia física desaparece ante el dolor de mi alma al veros sufrir...! Quisiera no veros aquí para no presenciar vuestro dolor. Màs, ¿cómo podría yo pasar sin veros en el momento supremo de la vida?

Pero es tiempo ya de aprender a recoger lecciones preciosas; vuestra compasión no debe reducirse a suspiros, afectos o lágrimas. Ella debe producirse en obras de virtud, dignas de hijos de María. El corazón de nuestra Madre dolorida al pie de la cruz, es un libro abierto por Dios entre el cielo y la tierra, para bien de la humanidad, para consuelo del que sufre para que en él veamos quién es para nosotros María... Fijemos en él la mirada y busquemos algo que nos haga mejores de lo que somos...

II

Hermanos míos amadísimos, la virtud de más relieve con que la Madre dolorosa nos muestra en el Calvario, es la hermosa virtud de la paciencia, de la resignación a la voluntad divina. Miradla, sí, miradla a la afligidísima Señora, mirad su actitud ejemplar en medio de la tormenta de dolores: Como una roca en medio de la mar bravía, ella *Stabat*, se mantenía de pie. Ni el abismo de sus dolores, ni el espectáculo de la muerte, ni el furor de los hombres, ni la rabia de los demonios pudieron abatirla; *Stabat Mater.* Y la Madre se mantenía de pie. Mantúvose resuelta y varonil, adorando en secreto los designios de la Providencia, sin exhalar una sola queja, puesta del todo en las manos divinas. ¿Cómo no comprender el alcance, la importancia de este ejemplo? Ah! hermanos, ¡mirémonos en este clarísimo espejo! ¡Reprochémonos esta falta de resignación cristiana! Nos gusta servir a Dios, pero sin contrariedades, sin cruces, en un paraíso de paz y bienestar. Y apenas nos visita la tribulación, prorrumpimos en quejas y lamentos; lamentos y quejas que esterilizan nuestro dolor y le arrebatan todos sus méritos. ¿De qué sirve sufrir, pero sufrir quejándose, queriendo corregirle a Dios sus designios?

Pero, oh divino Jesús, yo quiero hablar a estos tus hijos del amor de nuestra dolorida Madre, no a Vos, sino a nosotros; y quiero hacerlo así, para que nadie salga de este recinto sin haberle prometido amarla y servirla con más ternura que hasta hoy. Poned en mis labios expresiones que realicen todo el intenso deseo de mi alma.

Ya sabéis, hermanos míos, que una de las siete palabras de Jesús moribundo, fué aquella en que nos dejó por hijos de María; *Mulier, ecce filius tuus.* Mujer, ahí tienes a tu hijo.

Ahora bien, es doctrina de los Santos Padres que en el momento de pronunciarlas J. C. depositó en el corazón de su Santísima Madre todos los afectos, todas las ternu-

ras, todo el amor a los hijos de que es capaz el corazón de una madre; es decir, María se sintió amando e interesándose por todos los hombres, como una verdadera Madre. ¿Qué hará?

Comprendió al punto que su primer deber era cooperar a la salvación de sus hijos, allanándoles por su parte el camino del cielo. Pero ¡ay! para salvar a sus pobres hijos adoptivos, es indispensable que muera su Hijo-Dios, único que puede abrirles con su sangre las puertas de la gloria. ¿Qué hará en tan tremenda disyuntiva? ¿Qué harás, oh Madre de misericordia? ¿A quién preferirás? ¿Si Jesús no muere, nosotros nos salvaremos? ¿Preferirás conservarle la vida a él, pereciendo noostros?... ¿Nos dejarás perdernos para siempre?....

Comprendiendo María su situación, yo me imagino que en su corazón oraría de esta manera: "Padre Celestial, acabo de ser designada por Madre de la humanidad por vuestro Hijo y mío, y comprendo que mi primer deber de Madre es llevarlos al cielo. ¿Pobres hijos míos pecadores, si su Madre no se interesa por ellos, ¿quién lo hará? Pero comprendo que ellos no pueden salvarse si una víctima no puede ser otro que mi Hijo Jesús, capaz, como Dios que es, de aplacar vuestra justicia. Padre Celestial, si pues para salvar a los hombres, es necesario que muera mi Hijo Jesús, yo consiento en ello. Si al sacrificio de su vida, es menester el agregar el sacrificio de su Madre, aquí estoy rendida a vuestra soberana voluntad". ¡Así hablaría aquella Madre sin igual!

Y acabada la oración de María, el Redentor, obtenido el consentimiento de su Madre, inclinó su cabeza para exhalar dentro de poco el último suspiro. Y así la redención de la humanidad se realizó por el sacrificio de un Dios y el beneplácito de María. Y no extrañéis, hermanos míos, al oír este lenguaje. Es enseñanza de los Doctores de la Iglesia que así como Jesús no se encarnó en las entrañas de María sino cuando ello hubo dicho el "Fiat" y consintió en ser su Madre, tampoco quiso dejar la vida sin la venia de esta gran Señora.

Gracias, ¡Madre idolatrada!, os reconocemos como corredentora del mundo. Sin Vos el Paraíso estaría cerrado para nosotros. Seremos agradecidos y agradecidos eternamente. Vuestro nombre irá siempre en nuestros labios inseparable del nombre de Jesús; para ellos será regalada miel; para nuestros oídos música deleitosa, para el corazón grata alegría. Pero antes de retirarnos de este recinto queremos, oh Madre, pediros una gracia: La de sentir con Vos la fuerza de vuestros dolores, de compartir vuestras lágrimas y vuestros quebrantos. *Eja, Mater, fons amoris. Me sentire vim doloris— Fac, ut tecum lugeam!!..*

Amén.

SEXTO DOLOR DE MARIA — DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

Sermón predicado en la Catedral de Santiago, el año 1915, durante la Novena de Dolores.

> *"O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.* (Thre., 1, 12).
> *Oh, vosotros todos los que transitáis por el camino, atended y mirad si habrá dolor comparable a mi dolor."*

Hermanos míos muy amados:

Hasta este día los Dolores se habían presentado uno a uno para atormentar a la divina Madre, diré con San Alfonso de Ligorio; mas hoy parece que todos se dan cita para atormentarle de consumo. Tan acerbos fueron los sufrimientos de María en esta ocasión, que, según el Angel de Dios reveló a santa Brígida, fué preciso un milagro para que la dulcísima Madre no muriera. Oídme un breve relato de aquel tiernísimo episodio.

Temiendo María que el cuerpo de su Hijo recibiera nuevas injurias de parte de los soldados, a más de la lanzada violenta con que le abrieron el costado, rogó a José de Arimatea que pidiera a Pilatos el cuerpo de Jesús. Era José de Arimatea un noble judío, creyente, de buen corazón, que movido por los sucesos del Calvario, se sobrepu-

so al qué dirán y se resolvió a honrar franca y abiertamente a Jesús. Hizo, pues, a Pilatos aquel pedido, invocando el dolor y el deseo de la afligida Madre. Enternecido Pilatos, dice San Anselmo, accedió a lo que solicitaba, y así el cuerpo del Señor fué bajado de la cruz y puesto por breves instantes en el regazo de María.

Detengámonos, en obsequio a la dulce Madre, a considerar su inenarrable dolor y a deducir para nosotros las lecciones que de aquí se desprenden.

I

Para los efectos del descendimiento parece que apoyaron en la cruz tres escaleras, subiendo por las cuales Juan, el discípulo amado, y el ya mencionado José de Arimatea, desclavaron el cuerpo del Señor y pasaron, según parece, los clavos a María que estaba al pie. Supone un autor piadoso que María levantó sus brazos para recibir aquel sacratísimo tesoro, y habiendo entre todos llevado a una meseta de piedra que había contigua, la tradición refiere que nuestra Señora se sentó allí con el cuerpo en sus brazos para desahogar su dolor.

¡Gran Dios! ¡Qué escena aquélla tan desgarradora! ¡Con qué colorido pintarla para acercarse a la realidad! Aquélla no fué espada, dice San Bernardo, sino innumerables espadas de dolor que traspasaron el alma de María. Porque todo aquel tristísimo conjunto, aquel sacratísimo despojo de la muerte que tenía en sus brazos, le hablaba al alma con los amargos acentos del dolor.

Contemplad a aquella tristísima Madre en hermosísimo coloquio con su Hijo difunto. Busca el mirar de sus ojos y los encuentra oscurecidos por la muerte; quisiera obtener de sus labios esas palabras de vida eterna que la trasportaban a otras regiones y esos labios no le responden... mira de hito en hito aquellas sus carnes despedazadas, sus huesos descubiertos... le quita la corona de espinas... observa las hondas heridas que han dejado en

la cabeza... examina las manos y los pies atravesados de parte a parte... y al ver todo aquel horrible destrozo, la divina Madre exclamaría: ¿Eres tú, Hijo mío? ¡Hijo adorado de mi alma! ¡Aquella persona que llevaba en todos sus rasgos el sello de la belleza infinita! Ah! Santos cielos; ¿A qué estado te ha reducido tu amor a los hombres? ¿Qué mal les hiciste para que así te hayan tratado? Tú fuiste para mí un padre, fuiste mi hermano, mi esposo, mis delicias, mi gloria, mi todo. ¡Hijo mío! Mírame, consuélame; mas ya tú no me miras... Oh espinas crueles, diría, volviéndose a los instrumentos del suplicio, clavos, lanza despiadada, ¿cómo habéis podido ensañaros contra vuestro Creador? ¿Pero qué estoy diciendo? No, no sois vosotros los culpables; son los pecadores! ¡Ay pecadores! ¡Qué crueles habéis sido! Sin vuestras ingratitudes, sin vuestras iniquidades, mi Hijo santísimo no hubiera muerto...

Cuando los hijos de Jacob le llevaron una túnica ensangrentada, asegurándole que era de José, quien había sido despedazado por una fiera, aquel padre inconsolable prorrumpió en agudos lamentos... Al mirar aquella túnica que había pertenecido al hijo más amado, veníasele a la mente la persona tan dulce, tan grata, tan amada de su hijo, y entonces sus ojos se convertían en dos fuentes de lágrimas...

Mas aquí María no riega con sus lágrimas los vestigios de la muerte, sino el cuerpo mismo de la sagrada víctima, lo tiene en sus brazos y constata por sí misma los horribles destrozos hechos en él por los inhumanos verdugos... ¿Qué digo? ¡los verdugos! ¡Los destrozos hechos en aquellos miembros divinos por nuestros pecados! Sí, por nuestros pecados... Es a este aspecto de aquella tristísima escena hacia donde quiero llevar vuestra atención, mis amadísimos oyentes. Somos nosotros los que debemos responder a la dulcísima Madre el por qué de aquellas heridas, de aquellos clavos de aquella cruz... Escuchadme.

II

Yo veo a la amabilísima Señora cuando retira de las sienes de Jesús la corona de espinas y mira minuciosamente aquella cabeza destrozada, toda herida en contorno... Ah! hermanos míos, se acordaría de los pecados, que Jesús quiso expiar con tan rudo tormento.

¿Preguntáis por esos pecados, tal vez para llorarlos, tal vez para evitarlos con mayor cautela en adelante? Te los voy a decir, hermano, hermana mía.

¡Son tus pensamientos de soberbia, de vanidad, de orgullo, con que te entretienes y desprecias a tu prójimo! ¡Cuidado! No alimentes en tu alma tales pensamientos, son mentira y nada más. Cuando menos te lo sueñes Dios te humillará, porque siempre será una verdad eterna que la soberbia es, según el dicho de San Agustín, aborrecida y detestada de Dios. Son tus pensamientos contrarios al pudor y a la honestidad con que se manchan tantos cristianos, llegando a ser para muchos un hábito digno de llorarse con lágrimas de sangre, pues precipita tantas almas en el infierno. Son esas locas vanidades, esos exagerados adornos con que tantas jóvenes ligeras y sin temor de Dios, se esfuerzan por atraer lascivas miradas, ¡desgraciados! dice el piadoso Nieremberg, ornan su cabeza con profanidades, cuando Cristo la ciñó con corona de espinas...

Yo veo a la tristísima Madre, contando tantas heridas en aquel cuerpo formado de su carne y de su sangre; los huesos descarnados, los rastros de los azotes y al mirarlos, diría en su corazón a los pecadores de todos los siglos, Oh, juventud despiadada, oh sociedad sensual, mirad vuestra obra, mirad este cuerpo purísimo cubierto de llagas... ¿no véis aquí representadas vuestras liviandades, vuestros ataques contra la virtud de los Angeles? Ah! mi Hijo santísimo ha debido expiar en su carne inocente los extravíos de la vuestra, vuestra molicie, vuestro amor al placer. ¡Mirad cómo está; no es el cuerpo de un

hombre; son escombros humanos lo que tengo en mis brazos.

Yo veo a aquella purísima Virgen llorando entristecida al pensar que no tiene cómo cubrir al divino difunto, pues hasta la túnica tejida por sus manos virginales se la han arrancado. Y pensar que ése es el Dios que para cubrirse dió a las aves su plumaje, al lirio su manto de nieve y escondió el oro y los metales en el corazón de la tierra! Decidme, hermanos queridos, al ver la pobreza tan absoluta en que muere Jesús, ¿no se le vendría a la mente ese lujo derrochador, esa verdadera lucha por sobresalir en galas y riquezas, en que parecen estar empeñadas tantas y tantas almas? Decidme: ¿Será ése cristiano? Los pobres de Cristo tiritando de frío, en el Pesebre, aquella dama cristiana sin embargo cuajada de joyas, gastando un tren de vida de lujo, asiático? ¡Qué sarcasmo! ¡Qué paradoja! ¡Qué desprecio de los consejos del Evangelio! Por eso yo no pude menos de bendecir a Dios N. S. cuando en uno de los periódicos más interesantes que salen a luz, una de las más distinguidas matronas de Santiago, hacía un llamado a la alta sociedad, a reducir sus gastos, a desterrar el lujo de sus hogares, y esto en obsequio al pobre, al huérfano, a la vida, a tantos necesitados de la hora presente... ¡Que el Señor la bendiga y sus palabras encuentren en todo pecho santa y entusiasta acogida!

Y bien, Madre mía, ¿qué pensabais al ver las heridas de las manos y los pies de vuestro Hijo? Esas manos que siempre repartieron la misericordia, esos pies que no pisaron la tierra sino para ir en pos de las almas, de los pobres pecadores, en pos de las necesitados. ¿No es verdad que os acordaríais de la avaricia de muchos que nunca tienen para obras de caridad, pero sí para bailes y ostentaciones que huelen a paganismo? ¿No es verdad que pensaríais que aquellos pies llagados eran una severa reprensión para nuestra pereza? Oh, sí! ¿Cuántos pies se hallan siempre listos para acudir a los llamados del mundo, no importa que cuesten sacrificios, pero que siempre se encuentran tardos y pesados para acudir a los llamados de

Dios, para obras en que se interesan la gloria divina, el bien de la propia alma, el bien del prójimo?...

Pero, oh Madre queridísima, ¡acordaos que éstos son los días de vuestra clemencia y bondad! Vuestros dolores son nuestros más poderosos abogados...

Dolorosísima Señora, comprendemos que somos muy culpables, somos los causantes de la pena y dolor que hoy hemos venido a meditar. Perdón, pues, perdón, perdonadnos en atención que somos vuestros hijos; pecadores, es verdad, pero al fin vuestros hijos...

Hermanos queridos, formulemos aquí el propósito de no renovar los motivos de dolor para María y esta promesa será una segura garantía de que algún día llegaremos al cielo. Os lo deseo...

SEPTIMO DOLOR DE MARIA — SEPULTACION DEL SEÑOR

Sermón predicado en la Catedral de Santiago, el año 1915, durante la novena de Dolores.

> *"Involvit illud in sindone et posuit in monumento* (Matt., 27, 59-60).
> *Envolviólo en una sábana y púsolo en el sepulcro."*

Hermanos míos amadísimos:

Tuve ocasión durante mi vida de sacerdote, de ver un cuadro el más emocionante que haya presenciado jamás; una madre amantísima asida fuertemente del cadáver de su hijo, en el momento de llevarle al cementerio, sin consentir en separarse de allí, como si hubiera querido arrancarle a la muerte su presa.

Pobre madre. No obstante el tiempo transcurrido, aun me parece ver aquella escena y oír los lamentos de un corazón angustiado. He ahí un episodio que reproduce en pequeño la escena que hemos venido a meditar. Digo en pequeño, porque aquel triste momento, no fué sino una sombra de lo que ocurrió en el Monte Calvario cuando sepultaron a Jesús. La última espada de dolor que se hun-

dió en el corazón de la Madre, fué precisamente aquel instante lastimero en que María, después de haber asistido a su Hijo cuando moría en la cruz, después de haberlo abrazado muerto, debió dejarlo en el sepulcro confiado al regazo de la Madre tierra y quedar sola en la vida.

Para considerar este dolor volvamos al Calvario donde ayer dejamos a la tristísima Madre con su Hijo difunto entre sus brazos. Pero antes, amados míos, recojamos todos los afectos y ternuras de nuestros corazones, asociándonos con toda nuestra alma, al supremo dolor de María. Que si nueve días tocan ya a su fin, quiera el cielo que no se borre jamás de nuestra mente el recuerdo de los Dolores de la Dulcísima Señora....

* * *

Temían los discípulos que María sucumbiera a la violencia del dolor, abrazada como estaba al cuerpo difunto de Jesús, y he aquí que apresuran a quitarle de su regazo para darle sepultura. Pero ¿cómo separarlo de sus brazos? Era preciso hacerle una dulce violencia. Desprendido de ella entre ríos de lágrimas, el santísimo cuerpo, lo embalsaman con aromas y lo envuelven en blanca sábana donde el Señor se dignó dejar impresa su divina figura. Ah, dulce Madre, ya el momento se acerca.

Mirad, hermanos, aquella fúnebre procesión; ellos llevan el cuerpo sobre sus hombros, los ángeles irían allí de seguro, en reverente formación; iban las santas mujeres y en medio de ellas la reina del Dolor, María. Llegan al sepulcro; era éste un sarcófago nuevo, tallado en una roca de los flancos del Calvario, obsequio del fiel José de Arimatea. Allí, dice Baronio, depositan primero los clavos y la corona de espinas... y acto seguido, el cuerpo santísimo del Redentor y con él, ¡ay!, el Corazón de la divina Madre... En este instante de angustia inenarrable, el devotísimo San Alfonso de Ligorio supone y es muy na-

tural, que antes de levantar la piedra para cerrar el sepulcro, los discípulos respetuosos y enternecidos se volverían a María diciéndole: Señora, vamos ya a cerrar el sepulcro, tened valor, miradlo por última vez y despedíos de vuestro Hijo... Y ya todo está concluído. *Consummatum est.* Los discípulos allegan la gran piedra y cierran con ella el sepulcro, dejándole confiado el tesoro más rico que encontrarse pueda en la tierra o en los cielos.

Y bien, hermanos tan amados, permitidme una pregunta; María deja allí con Jesús su corazón, porque Jesús es su tesoro. Y nosotros ¿dónde tendremos sepultado el nuestro? ¿Tal vez en el lodo de alguna pasión, de algún hábito pernicioso? ¿Y por qué no en el Corazón de ese Jesús que, si bien subió a los cielos, quiso permanecer prisionero por nosotros en la cárcel amorosa del tabernáculo? ¿Por qué tanta indiferencia para con él?

Pero volvamos el pensamiento a María. La inconsolable Señora, en opinión de San Buenaventura, antes de separarse de allí, bendijo aquella sagrada piedra diciéndole: "Piedra feliz que encierra el tesoro que yo nueve meses llevé a mi seno, yo te bendigo y envidio tu suerte. Déjote en custodia mi Hijo, que es mi Dios, mi Señor y todo mi bien." Y dando el último adiós a aquel paraje se retira silenciosa al hogar. Tan afligida y triste iba, dice San Bernardo, que de sólo mirarla saltaban las lágrimas de los ojos.

* * *

Y bien, hermanos míos, ¿habremos cumplido todo nuestro deber de hijos, con hacer nuestras las penas de la Santísima Madre y aun con llorar a su lado a fuer de buenos hijos?

Estimo que no. Cuando se trata de aliviar un mal propio o ajeno, se hace indispensable averiguar la causa

que lo ha producido; de no hacerlo así, nuestra condolencia sería incompleta.

Y bien, ¿qué nos dice la fe, qué nos enseña la razón a este respecto? Tenemos alguna culpa en las hondas tristezas de la Madre de Dios y madre nuestra, tristeza que hemos conmesurado llenos de emoción?

* * *

Yo abro el libro del Profeta Isaías y en una de sus páginas leo esta frase aterradora hablando del Mesías: *Attritus est propter scélera nostra. Fué triturado a causa de nuestras culpas.*

¡Gran Dios!, ¡qué enorme es nuestra responsabilidad! Somos nosotros, son nuestras culpas las que obligaron al Redentor divino a sufrir horribles tormentos y morir en una cruz, a fin de librarnos de una desgracia eterna. Esto no admite duda alguna. *¡Fué triturado a causa de nuestras culpas!...* ¿Qué más necesitamos para convencernos de que si nuestra Madre llora, si nuestra madre sufre dolores acerbos en el alma por los sufrimientos de su Hijo, somos nosotros los causantes de esas lágrimas, de esos quebrantos? ¿Acaso no bastaría eso a un hijo para intentar poner remedio a los dolores y enjugar las lágrimas de la que le dió el ser?

Ea, pues, hermanos míos, al finalizar estos días que hemos destinado a honrar a la Reina del Dolor, a la Divina Madre afligida, volvamos nuestras miradas a su santa imagen y hagamos obra de reparación y de consüelo. Si nuestras culpas hicieron morir al Hijo y por ende entristecer a la Madre, la resolución nuestra es clara, si hemos de ser sinceros: Vivir más cristianamente. Pedir a la buena Madre perdón por lo pasado y prometerle con su auxilio no manchar el alma en lo venidero, evitando el pecado, el cual, según San Pablo, crucifica de nuevo a Cristo. No agreguemos, no, una espada más de dolor a ese corazón de María ya traspasado por agudísimas penas.

Madre querida de los Dolores, así como consolasteis a nuestros mayores, a los fundadores de la Patria libre, cuando os invocaron en sus tristezas, aceptad igualmente nuestras ofrendas de amor y condolencia y no permitáis que seamos ingratos con Vos, jamás, antes bien que vivamos cual hijos que esperan verse con su Madre en el cielo.

Así sea.

LA VIRGEN DE LOS DOLORES Y LA CARIDAD

Fragmento de un discurso religioso, pronunciado el año 1915 en la Catedral de Santiago, al clausurarse la Novena de Dolores con una religiosa y solemne asamblea.

> *Beatus qui intelligit super egenum et pauperem.* (Ps., 40, 2).
> *Feliz quien se preocupa del desvalido y del pobre.*

Ilustrísimo y Reverendo Señor Arzobispo: (1)
Ilustrísimo Señor Obispo: (2)
Hermanos míos:

En esta respetabilísima asamblea yo veo cristalizado el espíritu de Jesucristo; veo el exponente más luminoso de la religión que profesamos la caridad. Cuando el Verbo humano quiso consignar como en testamento sus enseñanzas, las resumió en estas frases: "Este es mi precepto, que os améis los unos a los otros como yo os he amado." Y quiero, agregó, que este amor a sus semejantes sea el bello distintivo de mis verdaderos discípulos. Caridad y Cristianismo, cristianismo y caridad, son por tanto, señores, expresiones que se compenetran, que se confunden, que se explican recíprocamente. Es tan propia del cristianismo la caridad, como es propio del árbol el retoño que brota de su tronco, como son propios del astro del día, los resplandores con que baña el universo. ¿Qué es la caridad?

(1) Mons. Juan Ignacio González.
(2) Mons. Luis Silva Lezaeta, Obispo de Antofagasta.

Se pregunta Lacordaire. Y el mismo responde: "Es el don de sí mismo. "Dios se dió al hombre por amor. Tradidit semetipsum, y quiso que el hombre a semejanza divina se diera a sus hermanos. ¿Hay algo más grandioso, más elevado, más celestial que esto, hermanos queridos?

Pero donde la caridad resplandece con fulgores de cielo, donde se presente revestida de un poder de atracción que vence al mismo Dios, es cuando se aplica a proteger al desvalido y a enjugar las lágrimas del que sufre. Un favorecido de la fortuna depositando por amor de Dios una limosna en una mano descarnada por el hambre. ¡Ah señores! Es un cuadro que extasía al mismo cielo: Dios mismo se deja prender en las fuertes redes de la conmiseración, como dijo tan hermosamente una de las más brillantes escritoras contemporáneas, Madame Swetechine.

Ni creáis, hermanos míos, que ésta sea una simple figura de retórica. Ahí están para corroborar mis acertos los Libros Santos. Tan grata es a su corazón la protección al desvalido, que Dios empeña su palabra y promete un retorno digno de él, al alma compasiva.... ¡Y qué retorno y en qué circunstancias, señores!, cuando lleguen para esa alma las horas tristes de la tribulación, que a nadie perdonan. ¿No es eso, por ventura, la dignificación de aquel momento divino ya citado? *Feliz quien se preocupa del desvalido y del pobre.* Esa afirmación extraña, palabra enseñada del Rey de los Reyes y Señor de Señores y esclavos, antes cambiará el leopardo las manchas de su piel, antes trocará el cordero su mansedumbre por la ferocidad de la hiena, que deje de cumplirse una tilde de las divinas promesas...

II

Por eso aquellos ilustres proscritos de Juan Fernández, al formular el voto consabido, procedieron guiados por las intuiciones de la fe. Oprimido el Corazón por el recuerdo de la Patria ausente y la perspectiva de mayores desgracias, piensan, cavilan, no saben dónde volver sus ojos.

Mas, no bien hacen al Padre común de la humanidad, la hidalga promesa de fundar la bella institución que hoy se viste de gala, al punto el horizonte comienza a despejarse, dibujándose en él los perfiles de su Chile amado y llegan hasta el destierro brisas de libertad. He ahí el triunfo de la caridad, hermanos míos, Dios estaba vencido por la compasión hacia los necesitados.

Y por la misma razón, vosotros señores y caballeros que habéis tomado a vuestro cargo la realización de aquel venerable compromiso, sois acreedores, perdóneme vuestra modestia, no sólo a las bendiciones decretadas por el cielo, sino, igualmente a los parabienes y la gratitud de la nación chilena.

¡Oh! Si al veros congregados aquí para retemplar vuestro espíritu y proseguir en tan noble tarea, el cielo os mirará, estad seguros de ello, con complacencia y estará pronto a cumplir con vosotros su auspiciosa promesa. In die mala liberabit eum Dominus. El Señor lo protegerá en el día aciago. Lágrima que enjugáis en ojos ajenos, es lágrima que ahorráis a los vuestros, limosna que dais al desvalido, es hostia que ofrecéis sobre el altar de vuestro corazón agradecido, digo más, es brillante que engastáis en vuestra corona para la inmortalidad. ¿Es un hombre quien esto os afirma? No, es Dios quien así lo jura: Amen dico vobis. Mihi fecistis. Sí, conmigo lo hacíais, os dice el amante Jesús, cuando ejercitasteis con mis pobres vuestro apostolado de abnegación y caridad. Os lo aseguro bajo mi palabra infalible.

III

Os dije que erais acreedores a la gratitud del pueblo chileno y reitero mi afirmación. En vuestra obra sois representantes de Chile entero porque Chile entero sufría, Chile entero gemía, Chile entero temblaba ante el porvenir, al ver en el ostracismo a sus hijos más ilustres, a sus guías, a sus dirigentes, de cuyas luces tanto esperaba en aquellas horas difíciles.

Y en prueba de ello, apenas los desterrados vuelven a pisar el suelo patrio, lo más selecto de la capital acoge como propio el voto formulado por aquéllos y con un solo pensamiento y un alma sola echan las bases de la simpática "Hermandad de Dolores". Bien hacéis, egregios próceres. ¡No temáis por el porvenir! Ciento y más corazones generosos, nobles damas, cumplidos caballeros recogerán ufanos vuestra herencia y continuarán vuestra obra. Ella vivirá porque está sentada sobre la base inconmovible de la fe y de la gratitud cristiana, y sacerdotes y fieles sabrán colocarse a la altura de vuestra caridad y de vuestros nobles deseos.....

IV

Pero no me es posible pasar por alto una reflexión por demás importante, vuestra caridad, hermanos queridos, está adornada de dos bellas cualidaes que constituyen su más bella corona, silencio en su labor e intención sobrenatural en la realización de los fines que persigue.

NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO SOCORRO

Sermón predicado en la antigua iglesia de San Alfonso, el 5 de Septiembre de 1915.

> *Beatus homo qui... vigilat ad fores meas quotidie.* (Prov., 8, 34).
> *Dichoso aquel que aguarda a mis puertas cada día.*

Hermanos míos amadísimos:

¿Qué corazón será ese tan rebosante de bondad que pueda llamar felices a quienes lo buscan, por cuanto jamás se retirarán con las manos vacías?

¿Dónde hallaremos esa alma superior para hacerla depositaria de nuestra confianza y rendirle el tributo de nuestros elogios? *Quis est hic et laudabimus eum?*

¡Ah! Bendigamos de lo íntimo a la Bondad divina que nos ha puesto tan al alcance de nuestra mano, si vale la expresión, esa alma privilegiada. Esa alma es María; es ella quien puede con pleno derecho decir de sí misma: *"Dichoso quien golpea a mis puertas diariamente."* Pero hay todavía algo más.

Entre las variadas advocaciones con que honramos a la Madre de Dios, existe una que parece interpretar en forma admirable sus inagotables bondades y esa advocación es la que hoy engalana el santuario, lo repleta de piadosos fieles y arranca al órgano sonoro sus más potentes y dulces gemidos: la nobilísima advocación de Madre del Perpetuo Socorro".

Ahora bien, en este día de los anuales y santos regocijos, yo venga a depositar una sencilla flor, perfumada sí por el afecto filial, a los pies de nuestra Madre común, y esa flor será probaros que ella merece de sobra ese nombre venerable con que la invocamos. Para conseguirlo, bastaríame echar una mirada a los incontables favores con que ella misma lo ha glorificado. Pero tarea tan hermosa ya la llenaron cumplidamente otros de sus hijos que me han precedido en este púlpito.

Hermanos míos, un socorro perpetuo presupone dos cosas: perpetuas miserias que aliviar, y perpetua compasión para aliviarlas. Ahora bien, lo otro existe. El dolor, las lágrimas son el patrimonio de los hijos de Adán; es el corazón de María que guarda el bálsamo que los mitiga. ¿Qué tema más dulce y más adecuado a la magna festividad de hoy?

Hagamos una plegaria común, hermanos míos, y pidamos a la Reina del cielo que grave mi mente y mi lengua para ensalzarla como mucho merece.

Ave María.

Dichoso quien aguarda a mis puertas cada día.

Hermanos míos, es innegable que el mundo vive una vida de penas y dolores.

El dolor tiene mercados con su sello todos los días del hombre. A la verdad, si yo os preguntara qué situación predomina en vuestros hogares y en el círculo de vuestras relaciones, con un hondo suspiro me responderíais que las tribulaciones y pesadumbres son vuestros más asiduos e inseparables compañeros. Y tendríais sobrada razón para hablar así.

¿Quién de vosotros no ha conocido el dolor? Ya lo había dicho Job en aquella frase inmortal: *"La vida del hombre es un continuo batallar"*. "Nadie hay en el mundo sin tribulación o angustia, ya sea rey, ya sea papa", agregaba Tomás de Kempis, "ni tú, ni yo, ni hombre alguno sobre la tierra".

Es ésta una ley dictada por Dios al comienzo del mundo y que se cumple con severa uniformidad, ley que confunde a los hombres sin fe y provoca sus impías protestas porque no quieren ver su causa y origen, pero al fin ley justísima cuyos efectos estamos palpando cada día.

En realidad si buscarais a alguien que os asegurase haber vivido sin pesares jamás lo hallaréis. Pues, apenas aparece un iris de felicidad sobre una familia, sobre un individuo, cuando de pronto el cielo se nubla de nuevo y se desata una tormenta de lágrimas... ¿No es ésta la vida humana, hermanos amadísimos? ¿No es una alternativa inacabable de goces y de pesares?... Ya me parece oír vuestra respuesta afirmativa....

Pero dejemos estas reflexiones de carácter genérico y descendamos a las escenas diarias de la vida. Imaginaos una dama del gran mundo, o un potentado, a uno de esos seres que siempre vieron a la abundancia y el placer sentados al dintel de sus moradas *y a los cuales la sociedad discierne el título de felices*. ¿Serán tales en realidad? ¿Constituirán ello una excepción? ¡Oh! no, no lo creáis. Hay ahí una vistosa apariencia que encubre una realidad triste aunque no soñada por el vulgo. La vida de esa dama, mirada como feliz delante de los hombres cultos; de esa dama que, deslumbrada y señoreada por las seducciones del mundo, pero acaso digna de lástima apenas si se acordará delante de Dios; la vida de ese potentado, (morador de soberbio palacio) rodeado de cuantas comodidades pudo inventar el más refinado sensualismo; la vida de esos personajes, digo, como la vida del último pordiosero, se encierra indiscutiblemente entre dos gemidos de dolor: el vagido que exhalaron al venir al mundo y el quejido que exhalarán en su agonía.... Y entre la cuna y el sepulcro ¿qué encontrarán? ¡Santo Dios! Lo que todos encontramos: golpes dolorosos, en el orden físico y en el orden moral, en el cuerpo y en el alma; golpes invisibles a veces, mas no por eso menos reales y aplastadores.

El cuerpo más regalado expuesto siempre a los dolo-

res, a la pobreza, a las enfermedades, a la muerte.

Cierto millonario ofrecía una vez a un facultativo mitad de su fortuna, suplicándole arrancase de su cuerpo la dolorosa enfermedad que lo aquejaba. Pero en vano; nada impidió a la implacable dolencia seguir su curso, y padeció una muerte prematura. ¡Quién le hubiera sugerido para sus males el consuelo de la resignación cristiana, que avalora, que endulza, diviniza los padecimientos, cambiándolos en oro puro para el cielo!

Y ¿qué decir de las penas del alma, del corazón? Un inesperado revés de fortuna, la deslealtad de un amigo, la calumnia que se ceba en lo más honorable, los celos que quitan el sueño, la pérdida de un ser querido... y tantas otras que escapan a mi memoria, que acometen a despecho la opulencia, ¡ah!, de las más brillantes señales de felicidad.

Yo he visto, hermanos míos, a una madre desolada, dueña de cuantiosos bienes, aferrada fuertemente a su hijo único moribundo, sin querer separarse de él, como si quisiera arrancarlo a las garras de la muerte... Ya veis, ésa es la vida siempre marcada por el sello del dolor. Ni creáis que las almas santas estén exentas de esa ley, ¡oh! no. Y de aquí que frecuentemente se vean envueltas en tinieblas, acometidas por sequedades, dudas, tentaciones, que las torturan en forma desesperante. ¿Cuántas de esas almas no habrán pasado alguna vez su doloroso Getsemaní, y más de una vez se habrán visto impulsadas a exclamar como Jesús: Padre mío de los cielos, ¿no sería posible apartar de mis labios este amargo cáliz? Todos sabemos que Dios purifica a los suyos con tribulaciones para hacerlos más dignos de entrar en su gloria.

Pero demos que alguien consiguiera en esta vida una dicha completa, siempre le asaltaría, como una funesta pesadilla, el temor de perderla. En una palabra, cristiano que me oyes, vivimos bien poco, nuestra vida es un breve día, dijo un poeta, y ese poco que vivimos, transcurre entre lágrimas y tribulaciones.

Pero ya es tiempo de hacer brillar un rayo de luz consoladora en este cuadro de la vida humana, tan lleno de sombras; ellas servirán para que brille más hermosa la luz de la esperanza, esa luz, ya vosotros, oyentes muy amados, la adivináis; esa luz es la excelsa Madre del Perpetuo Socorro...

II

Hermanos míos, no pudo el Omnipotente proporcionar un alivio más eficaz a nuestra miseria que darnos por Madre adoptiva a la que era su propia Madre. Porque la conmiseración ante las desgracias ajenas puede contarse entre las prendas inherentes a esa alma nobilísima; diríase y con mucha verdad que María siente una imperiosa necesidad de socorrernos.

En efecto, nada dispone tanto un corazón a la misericordia como la inocencia y la pureza. Dadme una alma que no haya sido tocada por la sombra de la culpa, que conserve toda su fragancia, en gracia, su frescura, y yo os diré que en esa alma se guardan también la bondad y compasión en grado sumo: no podrá ver miserias, sin que una secreta simpatía la impulse a aliviarlas; quisiera darse toda entera a sus semejantes, ni se reputa feliz cuando en torno suyo hay lágrimas que no se puede enjugar. Mas ¡oh cielos, cuán diversa es la condición de las almas manchadas por la culpa! Un mezquino egoísmo se adueña de sus más nobles sentimientos; preocúpase tan sólo de sus propias necesidades, pero se torna insensible ante las ajenas. La caridad verdadera se halla a cien leguas de ellas. Acaso de vez en cuando darán de lo superfluo alguna limosna, y tal vez considerable, halagados por esas doradas expresiones de filantropía, de altruismo que tan dulcemente suenan a los oídos del mundo. Mas si les pedís un verdadero sacrificio, algo que signifique molestia positiva para sus personas, pero sin ruido ni publicidad, ¡ah! entonces les veréis encogerse de hombros y excusarse; es decir, no hallaréis sino mezquindad y ruinas en corazones creados para la caridad, para el amor.

Ni me digáis que esto es mera poesía, ¡oh! no, es una verdad comprobada por la experiencia.

¿Quiénes han sido en todas las edades del mundo, los que se han sacrificado por sus semejantes? ¿Quiénes los fundadores de esos establecimientos de beneficencia donde encuentran salud los enfermos, pan, abrigo y techo los menesterosos? ¿Quiénes? Los santos de Dios, almas puras que inflamadas en el amor divino, abarcaban en la misma llama al prójimo doliente. He ahí por qué viven y vivirán frescos y lozanos en el corazón de las generaciones nombres venerandos de un San Juan de Dios, de un Camilo de Lelis, de un Vicente de Paúl, de un José de Calasanz, de un Juan Bautista de la Salle, de un San Bosco y otros innumerables. ¿Qué nombres más amados y bendecidos de creyentes e incrédulos? ¿Qué nombres acogidos con más veneración en las páginas de la historia? Pues bien, esos corazones eran puros, y por eso estaban vaciados en el molde de la caridad, enseñada por Cristo, de esa Caridad que se identifica con el prójimo, que *ríe* con los que *ríen* y *llora* con los que *lloran*, según la bella frase de San Pablo. Al contrario, ¿dónde están esos negadores de Dios y apóstoles del libre pensamiento que hayan sacrificado sus bienes, su porvenir social y hasta su vida en aras del amor al prójimo? ¿Dónde están sus nombres? Yo abro la historia de la beneficencia humana y no los encuentro. ¿Dónde están los monumentos, las obras que atestiguan su caridad? No los busquéis en vano; no existen. — Por lo tanto, hermanos míos, es una verdad de evidencia indiscutible, que la misericordia y compasión para con el que sufre es patrimonio de las almas puras, de los santos y de los que se empeñan por seguir sus huellas.

Ahora bien ¿dónde encontrar un corazón más inocente, más puro y sin mancha después del Corazón de Jesucristo, que el corazón de su Santísima Madre? Semejante a la flor que abre su cáliz a los primeros albores del alba, María recibió la gracia divina desde el instante primero de su Concepción en el seno materno: es el *huerto*

cerrado, la *fuente sellada*, según la frase del Texto sagrado, a la cual jamás osó llegar la más leve sombra de imperfección; y para decirlo todo, Dios mismo la declara expresamente *toda bella* y *sin mancha*: *Tota pulchra es et macula non est in te*. Y si me permitís una comparación, yo os diré que ese espíritu privilegiado bajó a unirse con su cuerpo como el rayo más luciente del astro del día, se posó sobre el más blanco de los lirios, y atravesó por este valle de miserias más radiante de belleza que los espíritus mensajeros que cruzan los espacios llevando las plegarias de los hombres y trazando en cambio las divinas misericordias.

Pero, hermanos míos, deduzcamos ya una auspiciosa consecuencia. Sabemos que la compasión y misericordia es cualidad de las almas puras; sabemos también que no hay en los cielos ni en la tierra un corazón más puro e inmaculado después del de Jesús que el corazón incomparable de María. ¿Quién podrá negar entonces que tampoco existe en arte alguna un corazón más inclinado a protegernos en cada momento que el corazón de vuestra queridísima Madre? Lo que equivale a decir que el afabilísimo nombre de "Madre del Perpetuo Socorro" traduce con exactitud rigurosa las incansables ternuras de María en orden a nuestras miserias: al perpetuo penar de sus hijos responde ella con socorro perpetuo e inagotable. Y ¿podríamos dudar de él, sea por un instante, hermanos míos?

¡Ah, gran Señora! para dudar de vuestra compasión hacia los necesitados, para temer que os canséis de socorrernos, preciso sería primero arrancaros del pecho ese corazón misericordioso que en él palpita; pues, ese corazón pertenece todo entero a los desterrados en este valle del dolor; él es y será siempre para nosotros aquella tierra de promisión que mana leche y miel, según la bella expresión de las Escrituras, y es tan propio de él la compasión, como es propio de las flores el aroma y de la nieve la blancura...

Y sabéis, mis muy amados, ¿cómo ha correspondido ella a la confianza de sus devotos llamándola su "Socorro

Perpetuo"? Sencillamente haciendo cumplido honor a ese nombre tan expresivo que le damos. Hablen por mí los hechos. Apenas el Pontífice Pío IX hubo puesto en manos de los Hijos de Alfonso de Liguorio la milagrosa imagen, una era nueva empezó para los trabajos apostólicos de éstos, una nueva palanca vino a impulsarlos poderosamente. Donde se exponía a la pública veneración la sagrada efigie, cien favores y gracias señalaban para siempre su presencia, favores en el orden espiritual, favores en el orden temporal. Y la férvida llama de devoción encendida por ellos ya no se contuvo dentro de las fronteras de la Europa, atravesó los mares llevada en los labios del redentorista, y en las ciudades populosas como en las selvas seculares de la América el nombre del Perpetuo Socorro resonó como un eco del cielo, trayendo a los pecadores la conversión, a los enfermos la salud, a los atribulados la paz, a las innumerables almas dicha y consuelo. ¡Y cosa singular! Pudiendo decirse que esta advocación entre nosotros sólo es de ayer, apenas encontraréis país americano donde no se le conozca e invoque ni hogar católico donde no se venere la imagen querida. Rodeada de las flores del cariño, la hallaréis tanto en las casas religiosas y de beneficencia cristiana, como en las mansiones opulentas, como en el modesto tugurio del obrero, como si se dijera: Aquí también se le venera y ama porque también aquí ha prodigado su maternal socorro....

¡Santuarios de Colombia, Ecuador, Perú y Chile, haceos presente a mi memoria en esta jubilosa solemnidad! Venid a referirme cuántas lágrimas de dolor la Madre bendita del P. Socorro ha enjugado al pie de sus altares; contadme las innumerables muestras de poder y misericordia con que ha favorecido a los que la invocaron con filial confianza....

Y a vosotros, piadosos cofrades del Socorro Perpetuo de María, ¿qué os diré? ¡Ah! dejad invadir vuestras almas por la más santa de las alegrías; regocijaos no sólo de ver tan honrada a vuestra Madre y Patrona en su onomástico día, más también de que vuestros nombres, si

perseveráis honrándola y sirviéndola con amor, serán escritos en el libro de la vida.

Asociad la voz de vuestras alabanzas al concierto de armonías que ensalzan el socorro indefectible de María los hijos del Plata.

Y vosotros todos, habitantes de esta floreciente metrópoli, testigos de estas sinceras expansiones de los Hijos de María, aprended como ellos, a amarla y a servirla. ¡Ah! si quedarais presos en sus suavísimas redes! Habíais recibido de Dios un bálsamo para vuestros dolores y un signo inequívoco de que un día llegaréis al cielo.

Así sea.

ASUNCION DE MARIA SANTISIMA

Sermón predicado en la Capilla de la casa de Ejercicios de San Juan Bautista, a los profesores y alumnos de la Universidad Católica, el 15 de Agosto de 1916.

Quae est ista quae ascendit de deserto deliciis affluens? (Cant., 8, 5).
¿Quién es ésa que sube del desierto nadando en delicias?

Hermanos míos:

Un acento de dulcísima esperanza parece levantarse hoy de la tierra al cielo, para ir a confundirse con las inimitables armonías de la patria de los justos. Yo me imagino ver en este día, multitud de purísimos espíritus descender en raudo vuelo, para felicitarnos y establecer una corriente de abierta simpatía entre aquella mansión del gozo perdurable y este valle del llanto que habitamos.

Y no podía ser de otra manera, hermanos míos muy amados, tiene razón el cielo y tenemos razón nosotros para entregarnos a las más santas alegrías. Es que María, la estrella de nuestras esperanzas, ocupó en tal día como éste, el lugar más prominente después de Jesús, en la Jerusalén celestial; es que en este día los cielos saludaron por primera vez y rindieron homenaje a su reina y señora; en una palabra, es que en este día la Madre de Dios y

de los hombres, la Virgen María, dejando esta tierra de miserias, voló en cuerpo y en alma a la patria del Paraíso, a gozar de la presencia del Amado. Por esta razón, como buenos hijos y fieles vasallos, nos hemos congregado el día de hoy, a la sombra de esta morada del recogimiento, para celebrar los triunfos de esa Mujer bendita, triunfos que son nuestros, y retemplar nuestras almas con el pensamiento de que hay en el cielo un corazón maternal que se compadece de nuestras miserias.

En la festividad presente, llamada del Tránsito de María, la Santa Iglesia quiere que meditemos tres cosas, es decir, tres efectos del amor divino. La fuerza de este amor quitó la vida a la Virgen Santísima: *amore langueo;* la vehemencia de ese mismo amor la arrancó triunfante del sepulcro para nunca más morir: *mors illi ultra non dominabitur;* la grandeza de ese amor le mereció en el cielo un trono a la diestra de su Hijo Jesucristo. He aquí los tres puntos para los cuales pido toda vuestra atención, y os ruego me ayudéis a implorar los auxilios de lo alto.

Oh Virgen María, alcanzadme la gracia de celebrar dignamente vuestras grandezas: *Dignare me laudare te Virgo Sacrata.* Poned en mi mente pensamientos a la altura de esta gran festividad y en mis palabras la unción divina que cambia los corazones.

Dios te salve María.

¿Quién es ésa que sube del desierto nadando en delicias?

I

Dios dispuso que María muriese, pues habiendo muerto su Hijo-Dios, no era bien que la Madre escapara a tan amargo trance.

Pero la muerte de María, hermanos míos, estuvo muy lejos de ser una consecuencia de la miseria humana, del agotamiento de las fuerzas físicas, ni mucho menos un castigo del pecado, como sucede en los demás descendientes de Adán. Ya sabéis que la culpa original no alcanzó

hasta ella y que su alma fué siempre más pura que los rayos del alba. Así lo vienen repitiendo a través de los siglos, aquellas palabras de los Libros Santos: *Tota pulchra es et mácula non est in te. Eres del todo hermosa y en ti no se halla mancha alguna.* La muerte de María fué una consecuencia natural del amor divino que la abrasaba; es el amor, sí, he ahí, según la frase de San Bernardo, el verdugo afortunado que, en nombre de los cielos, tronchó una existencia que les pertenecía.

En efecto, desde la Ascensión gloriosa de Jesucristo su Hijo, separada como estaba de su amado, María no hacía sino suspirar, languidecer esperando el instante de volver a unírsele para siempre. Cada momento que se prolongaba esta separación era para ella un cruelísimo martirio, y esas ansias iban tomando y tomando creces, como crece la vehemencia de las llamas de una hoguera, hasta que no pudiendo el alma contenerse en la prisión del cuerpo, rompió sus cadenas y semejante una blanca paloma que busca su nido, así se escapó de su cárcel a impulsos del deseo más poderoso que jamás haya agitado corazón alguno sobre la tierra, así explican los S. S. Padres y los teólogos la muerte de María.

Y no os extrañéis, hermanos míos, en todos los tiempos las almas santas han experimentado esos mismos deseos ardientísimos por la eterna Patria. Los Patriarcas de la antigua ley tenían sus miradas fijas en el Paraíso, saludándolo como desde lejos, según la feliz expresión de San Pablo: "*A longe auspicantes et salutantes.*" David se quejaba, a su vez, amorosamente al Señor de que tanto se prolongara su destierro en esta vida; *Heu mihi quia incolatus meus prolongatus est!* Y en seguida, como si quisiera consolarse, exclamaba: "Pero me saciaré, Señor, cuando se me manifiesta tu gloria: *Satiabor cum apparuerit gloria tua.*

¿Y qué decir de aquellas ardientes aspiraciones del Apóstol San Pablo? Con su pluma movida por la esperanza del cielo, escribía a los fieles de Filipo que ansiaba ver disuelto su cuerpo corruptible, a fin de que su alma, liber-

tada de su yugo, fuera a unirse con Cristo Jesús. *Cupio dissolvi et esse cum Christo.* Y a semejanza de este apóstol, el ilustre mártir Ignacio de Antioquía, teniendo a la vista las fieras que lo iban a despedazar delante de un público ávido de sangre, exclamaba: A una sola cosa aspiro, y es a gozar de Jesús." No gozará del cielo en calidad de ciudadano, decía por su parte San Agustín, quien no suspira aquí abajo en calidad de viajero.

Y como no ver los íntimos sentimientos de un desterrado de su patria en aquel sublime arranque de Ignacio de Loyola: ¡Qué vil me parece la tierra cuando miro al cielo!

Y bien, si tan ardientes aspiraciones, hermanos míos, si amor tan ardiente sentían los siervos, ¿qué no pasaría en el corazón de la Reina, de la Virgen Madre de Dios, templo sagrado del amor divino? Sobrada razón tenía sin duda el gran Bossuet cuando decía que siendo tan alto el vuelo con que aquella alma tendía hacia Dios, sólo un milagro de la omnipotencia pudo retenerla entre las prisiones del cuerpo; la vida, en semejantes condiciones, era para ella una continua y penosa muerte; y por eso, cuando llegó el postrer momento, María lo acogió con aquella dulce simpatía con que se recibe al amigo sincero que se acerca a desatar los hierros de quien gime lejos de su patria y de los suyos.

II

Hermanos míos, ya tenéis en el sepulcro una víctima del amor divino. Pero esa víctima propiamente no ha muerto, sino que duerme dulcemente. Su verdugo está allí. Miradlo, velando sus despojos venerables, los cielos los reclaman a voces; son un depósito bendito que la tierra ha escondido en su regazo. ¿Qué haces divino amor, que no salvas a tu víctima? Ella constituye vuestro orgullo; por sus venas corre nuestra sangre. ¿Por qué no llamas al ángel de la fortaleza que tienda sobre las espaldas de la ínclita doncella el manto real de la inmortalidad? Acaso

estará obligada a guardar el sonido de la trompeta que al fin del mundo llamará los muertos a la vida?

En realidad, hermanos míos, no era decoroso que la podredumbre del sepulcro se ensañara contra el cuerpo inmaculado de María; no era digno del Hijo omnipotente dejar sumidos en el polvo de la tierra aquellos miembros que habían sido animados por una alma privilegiada, espejo de pureza, la cual si se unió con el cuerpo maternal, fué algo así como el rayo más luciente del astro del día, se posa sobre el más blanco de los lirios.

Por esta razón, hermanos míos, Jesucristo no permitió a la tierra dominar sobre aquel cuerpo inerte. Mirad cómo le comunica a éste una pureza divina que le permita triunfar de la muerte... anímanse de súbito aquellos restos que dormían y torrentes de celestiales resplandores caen sobre la tumba vacía de nuestra Reina y Madre. Oh muerte, oh muerte, ¿dónde está tu victoria? ¿Qué se hicieron tus trofeos? ¿Qué se ha hecho ese tu gran poder que te permitía poner lápida funeraria sobre el cadáver de pobres y de reyes? Ah! Paréceme ver dos ángeles de blanca vestidura, de pie sobre la tumba de María, repitiendo con acento de majestuosa alegría aquella frase inmortal y sublime que habían pronunciado años antes sobre el sepulcro de Jesús: "Ha resucitado, no la busquéis aquí; Surrexit, non est hic.

Aquí tenéis comprobado, hermanos míos, un espléndido triunfo de la pureza; la muerte misma con todo su triste poder se sintió vencida y vióse obligada a soltar su presa. Así lo enseña la creencia universal, y en prueba de ello nos hallamos reunidos en este recinto. Y nada de esto es extraño. Quien ama la pureza del corazón, dice el Libro de los Proverbios, tendrá al Rey de la Gloria por amigo. Dichosos los limpios de corazón, agregaba Jesucristo, porque ellos verán a Dios. Y como si quisiera dejar constancia de su predilección por las almas puras, para instrucción de la juventud en el curso de los siglos, elige al más puro entre los apóstoles, al apóstol Virgen San Juan. ¿Para qué? Para hacerlo su íntimo confidente, pa-

ra permitirle recostarse sobre su pecho divino, para confiarle en custodia a la más pura entre las Vírgenes, ¿qué digo?, a su Santísima Madre María.

¡Oh, pureza, oh virtud celestial! ¡Quién me diera describir tus encantos delante de este auditorio congregado en el día del triunfo de la Virgen de las vírgenes! Si te busco en lo más alto de los cielos, te encuentro ciñendo de eterno lauro a las vírgenes que siguen al Cordero, Cristo Jesús. Si paseo mi vista por la tierra, hallo que formas las delicias de muchas almas. Vístenos con tu bella vestidura, a fin de que nuestros homenajes sean gratos a María, en cuya corona tú eres el diamante más hermoso.

III

Hermanos míos:

Presenciado el triunfo de María sobre la muerte, penetramos ya en el Paraíso de las recompensas eternas. Asistamos a la glorificación del alma y del cuerpo de María, efectuada por el amor divino.

Mas, ¿con qué pinceles dibujar este cuadro? Para darnos siquiera una pálida idea de alegrías del cielo en el día de hoy, los Sagrados Libros hacen desfilar una a una todas las bellezas de la creación, y no encontrando todavía bastantes resplandores, y reuniendo como en un solo haz todos los centros luminosos del universo, nos dicen que María en el día de su triunfo contempló a sus pies la luna, sumisa esclava que los besa con sus labios de topacio; a las estrellas orlando sus sienes con peregrinos fulgores; hasta el mismo sol sobrecogido de asombro ante los resplandores de este nuevo astro que apagan los suyos. Nos dicen además que en este día los palacios eternos viéronse inundados por torrentes de armonías angélicas jamás escuchadas y que la beldad de María embelesa a la Augusta Trinidad. Así pinta el texto sagrado las magnificencias del triunfo de nuestra Madre y la gloria de su Cuerpo virginal.

sas privaciones no han de menester? ¿De cuántos esfuerzos, de cuántas fugas, de cuánta soledad en medio del tumulto, a fin de que la atmósfera de disipación que respiran no inficionen sus almas? ¡Ah! ¡Si es tan propenso a disiparse el espíritu del hombre!... Si es tanta la influencia del mundo exterior en el pobre corazón humano! ¡Honor y prez a esas almas santas, verdaderos faros de virtud en el oscuro mar de la vida! Pero, ¡católicos, si es necesaria la presencia de ejemplos en el mundo, si es necesario que haya laboriosas Martas, ¿quién negará también ser preferible y más seguro el papel de María? De aquí que marchan más directamente al puerto de la eterna salud las almas que huyen del mundo, bajan a la oración y penitencia en el retiro. ¡Felices, y mil veces felices! Tanto aventajan a las que quedan bregando contra la corriente del siglo, cuanto el arroyuelo que lanza sin estorbo sus aguas por la extensa llanura, al que las arrastra luchando con los peñascos y accidentes del camino. De aquí que el recogimiento interior, la fuga de las ocasiones y peligros, es un recurso tan poderoso como necesario a todos. De él deben echar mano todos los que sirven a Dios en los estados seculares, porque no hay sociedad *entre la luz de la virtud y las tinieblas a que arrojan el espíritu los placeres mundanales*, cuya influencia seductora podría derribar hasta los *cedros del Líbano*. ¿Será posible, será cristiano, rociar el corazón de frívolos contentos y hospedar entre sus pliegues la hermosa pero severa virtud? Pasar, ¡Dios santo! de las delicias del sacramento a tomar parte en espectáculos profanos, en que, si no se los estrangula, peligran el pudor y la inocencia? De ninguna manera. Pongamos nuestros ojos en María. Como la inocente tortolilla busca sus hijuelos, en la espesura del bosque, ella *busca* sus más amados hijos, *los busca en las rocas y colinas del monte, "in foraminibus petrae"*, allí en la soledad, lejos de los peligros, allí los hace depositarios de su purísimo amor, allí los conforta, allí los alienta y los constituye fundamentos de una Orden que se honra de llevar su nombre sacrosanto.

II

Os decía también que la clásica advocación del Carmen nos ofrece un escudo de defensa en los peligros. Esta defensa se manifiesta ostensiblemente en los símbolos de que se ha servido la Reina del cielo. Dos son estos símbolos: el Monte Carmelo y el Escapulario.

Los lugares más célebres del pueblo de Dios cuando se relacionan con María, dice el elocuente Combalot, descubren las semejanzas más dulces, las mas arrobadoras, las más poéticas, las más ricas de suavidad, las más radiantes de armonía. (Conf. de las Cr. de María) El monte Carmelo es uno de esos simbólicos pasajes. En su erguida cumbre se inspiró el Esposo de los Cantares y descubrió en ella la imagen de su Esposa: *caput Tuum ut Carmelus; Tu cabeza, amiga mía, es hermosa como el Carmelo.* Este sitio, que la había visto nacer, eligió también María para simbolizar su nunca desmentida protección.

Paso por alto, católicos, la profética nube que Elías viera sobre la cúspide de la montaña, vistiendo la figura de una Virgen. Su misión era llover al Mesías, al Justo, al Salvador, anunciado por los profetas de Israel. Ella me representa a María uniendo, como medianera, la tierra con el cielo. Ella me representa a María derramando sobre la Iglesia las gracias de que es depositaria; ella me representa la orden Carmelitana produciendo a la Esposa de Cristo hermosos frutos de virtud; ella me representa los hijos del Carmelo, atrayendo a los pueblos celestiales bendiciones, protegiéndolos bajo la sombra de sus oraciones y penitencias, contra los rayos vengadores del cielo irritado por la culpa, porque está escrito que es muy poderosa la oración perseverante de los justos.

Paso por alto también el significado de la montaña misma. Yo veo allí la imagen de la perfección cristiana. Así habla David cuando dice: "*¿Quién subirá al monte del Señor, y se detendrá en su santa morada?* A esa mística montaña, católicos, debe subir el cristiano que vive

en el siglo, luchando contra los escollos del camino, representados en los peligros del mundo; recibiendo alimento oportuno, que son los sacramentos, saciando su sed con el *agua de salud*, representada en la palabra de Dios; asiéndose a los *árboles robustos que encuentre a su paso* que son los ministros del Santuario; huyendo los desfiladeros, imagen de las ocasiones voluntarias de pecado, cogiendo las más hermosas flores, emblema de virtudes; percibiendo y gozando del ambiente embalsamado, que son los ejemplos de los santos; fijando finalmente su ansiosa mirada en la altura en donde habla el Señor, *"in quo disputat Dominus"*, en donde la Madre de los hombres nos tiende sus brazos y nos muestra la corona destinada a nuestros esfuerzos generosos. Paso por alto, digo, estas y otras figuras para fijarme más especialmente en el rol que el Carmelo ha desempeñado en el curso de los siglos.

Al decir de la Historia, el Carmelo ha sido una montaña de asilo y defensa. En el Carmelo se decidió la suerte de los Sacerdotes del Señor, sobre los sacerdotes de Baal. Bajo sus árboles seculares se refugió Elías huyendo de la persecución de Acab, el impío; en sus quebradas se ocultaron los cristianos perseguidos por el furor musulmán. Cuando las hordas bárbaras se lanzaron de los cuatro vientos al suelo de la Europa, fué allí también donde muchos encontraron asilo seguro. Y ¿cómo no encontrar, católicos, en todas estas símiles un motivo de confianza en María, bajo la simpática advocación del Carmen? Y ¿qué os diré del santo Escapulario?, de ese nombre que ha encadenado los poderes infernales: *quien muriere con él*, decía la buena Madre a Simón Stock, *no sufrirá el fuego sempiterno*. La sombra del Carmelo ha refrigerado las llamas del purgatorio. *"Descenderé graciosamente allí y conduciré mis devotos al monte Santo de la vida eterna"*. Así hablaba María al Pontífice Juan XXII. Ah! y ¿qué decir de la defensa poderosa que en todos los peligros, así espirituales como temporales, presta al cristiano esa insignia venerada? Deberé referiros en esta ocasión que en

muchas ocasiones su contacto ha hecho verter lágrimas de arrepentimiento al pecador, se han disipado las más violentas tentaciones, han vuelto almas extraviadas innumerables al buen camino, y hasta el voraz elemento ha apagado más de una vez sus abrasadoras llamas. Y no sólo es defensa en los peligros del alma, el poder del escapulario se extiende hasta las mismas necesidades materiales. ¿Qué diremos particularmente los habitantes de este venturoso paso, cuya preeminencia está estrechamente vinculada al recuerdo de María del Carmelo. Si interrogo al guerrero, si al anciano o al niño, si al patricio o al plebeyo; si interrogo a todos los que sienten en su frente el rayo de la fe, una sola voz se levantará de uno al otro confín de la Patria, y esa voz, cantando los triunfos de Chile; cantará las glorias de María; esa voz celebrará *este día* como uno de los que el Señor destinó a nuestra felicidad y engrandecimiento; *haec dies quam fecit Dominus*: sí, porque su luciente aurora arrastra en pos de sí el carro de nuestra exaltación, coronado con la estrella de nuestra independencia política y cargado con los despojos de los pueblos vencidos; esa voz saludará a María del Carmelo como el astro luciente de nuestro destino; sí, porque su librea colgada sobre el pecho del guerrero, lo ha hecho palpitar de emoción, diciéndole en secreta profecía, como el Lábaro al gran Constantino: *in hoc signo vinces; con este signo vencerás.*

Habéis visto ya, venerables religiosas, el significado de la *advocación* bajo el cual honráis a María. Ella os indica que el recogimiento y penitencia en que trascurre vuestra vida, deleita sus miradas maternales, que vuestra única ambición debe ser escalar, fortalecidas con su auxilio, el sublime alcázar de la perfección evangélica.

Elevemos sin cesar, católicos, nuestra ardiente plegaria a esa Virgen bendita, a quien nuestros padres en la fe y en el patriotismo saludaron Patrona de esta Nación.

Penda siempre de nuestro cuello, ese distintivo que nos asegura la salvación eterna; pidámosla no aparte de

la Patria sus miradas para que sea verdaderamente grande ante Dios y ante los hombres; supliquémosla que jamás nos permita desgarrar con la impiedad ni con la ingratitud sus favores, su manto hospitalario que ha sido nuestra defensa; que iluminando al dignísimo Pastor de esta Iglesia y al Jefe Supremo de este pueblo legendario, los haga buscar y procurar de consuno nuestra felicidad eterna y temporal; que jamás desmintamos nuestros antecedentes de pueblo verdaderamente cristianos; que aleje por fin de entre nosotros al pavoroso monstruo de la discordia civil. (En esta época se notaba en todo el País especialmente en Santiago, una profunda conmoción, que estalló después en guerra civil).

¡Oh montaña sagrada del Carmelo! Caiga siempre del Cielo el rocío y la lluvia sobre ti! Porque fuiste escogida por María para demostrarnos su gran misericordia! Porque sobre tus colinas se tejieron las coronas de nuestros valientes, de los pechos indomables en la guerra! ¿Quién jamás se acogió a tu sombra, sin respirar el ambiente que mitiga el ardor de las pasiones, ni quién buscó en vano en tus collados el bálsamo de las heridas del alma? Corran inagotables desde ti límpidos arroyos que derramen doquiera gérmenes de piedad, y hagan florecer la religión en nuestros campos y ciudades; gérmenes de amable paz y venturosa concordia que permita el progreso de las instituciones eclesiásticas y civiles. En sus aguas beban los hijos de Chile el amor tierno a la doncella inmaculada que eternizó la memoria y la de ellos. Habiten tus planicies vírgenes pudorosas, tapicen tus alturas peregrinas flores de virtud, y sírvanos tu cima para llegar al Cielo.

Así sea.

ALOCUCION PRONUNCIADA EN LA CATEDRAL DE VALPARAISO, EL AÑO 1937, AL RETORNAR AL TEMPLO LA PROCESION DEL CARMEN

Carísimos hermanos:

Nunca es más grande el hombre que cuando está de rodillas, dijo Luis Veuillot, si me es fiel la memoria.

Nunca es más grande un pueblo, diré yo a mi vez, que cuando honra y bendice al Supremo Hacedor por los favores recibidos.

Ni nunca he visto tan grande y tan magnífico a Valparaíso como cuando pasea en triunfo, entre himnos sagrados y músicas marciales, a la insigne Generala de sus Ejércitos e incansable protectora de sus hogares.

Bien haces, pueblo querido, en llevar jubiloso sobre tus hombros a la que siempre te llevará en su corazón. Este gesto tuyo, que te honra y dignifica, no es sino el pago de una inmensa deuda de gratitud que pesa sobre ti, ya que esta hermosa virtud siempre fué patrimonio de almas nobles y justicieras.

Por gratitud canta el ave
Al Señor en la pradera,
Enseñando a su manera—
Ser crimen la ingratitud.

Cantó el poeta.

¿Quién es en efecto, señores, la Reina del Carmelo

para el pueblo de Chile? Más que la historia, la conciencia nacional lo dice a voz en cuello.

Es la mujer bendita que invocada en horas aciagas por la patria, siempre escuchó sus clamores y la sacó airosa de entre las más grandes dificultades y peligros.

Es la Judit del Cristianismo, la que, cuando nuestra nación era semejante a un niño, encendió la luz de la estrella solitaria y la esculpió en el fondo azul de nuestra bandera, diciendo a una y a otra: Vosotras iréis desde ahora a la cabeza de esta naciente república, guiándola a la victoria por las sendas del honor y del valor.

Vosotras seréis su norte y su guía, ora en las faenas del trabajo, ora cuando suene el clarín de la guerra, y nunca permitiréis que el nombre de Chile sea ajado, "porque yo soy su Madre y su incansable protectora" a quien siempre Chile supo invocar.

¿Qué son, señores, Chacabuco y Maipo, Iquique y Miraflores, sino brillantes que María del Carmelo engastó en la corona de la Patria?

Ah! Paréceme ver, hermanos queridos, al gran San Martín depositando a los pies de ella, allá en Mendoza, su bastón de mando, antes de emprender la marcha hacia Chile con el Ejército de los Andes.

Paréceme ver al invicto Bernardo O'Higgins paseando en Chacabuco delante de sus escuadrones la imagen del Carmelo antes de lanzarlos a la pelea.

Y Prat guardando religiosamente en su cartera la imagen venerada de su Generala.

Y al heroico soldado, aquí en Valparaíso, saltando ufano a la gallarda nave, para ir a país extraño, en busca de la victoria; ¿qué son sino testigos irrecusables de los favores de María? Y ¿de dónde, decidme, esa confianza invicta? Ah! señores, es que sentían sobre su pecho el inefable contacto del escapulario de María, el cual les iba diciendo, en secreta profecía, como el Lábaro al gran Constantino: *In hoc signo vinces.* Con esta señal vencerás.

* * *

Con tales antecedentes, hermanos queridos, sobrada razón os asiste para que todos, sacerdotes y fieles, magistrados y pueblo, el rico y el pobre, el hombre de letras y el hombre de trabajo, el guerrero y el civil, la distinguida dama y el cumplido caballero, todos os entreguéis de año en año a estas purísimas alegrías y deis libre curso a las dulces expansiones de vuestra fe y amor, en torno de la venerada efigie del Carmelo; todo esto, dejadme repetirlo, es la explosión de los afectos de un pueblo a su insigne bienhechora.

Pero aun es más. En el fondo de estos años alborosos fácil es descubrir la existencia de algo que os honra, porque lleva gérmenes de grandeza y de bien entendido civismo; ese algo es vuestra fe religiosa, es el sentimiento de la fe de vuestros mayores, que estalla vigoroso. Con ello estáis demostrando que en este pueblo viril conservan toda su fuerza las corrientes espirituales que nos hacen sobreponernos al materialismo y a los bajos placeres que son su cortejo obligado. Todo este armonioso conjunto me está demostrando que esta progresista ciudad tiene momentos sublimes en que su pensamiento se eleva sobre las tristes miserias de la tierra, y busca los goces puros del espíritu. Eso es noble, eso es grande, eso es propio de almas creadas a imagen de Dios.

Ah! Yo quisiera interrogarte, oh Patria mía, quisiera preguntarte, oh Chile amado, si has sido fiel al Señor que te hizo grande y respetado entre los pueblos hermanos del mundo de Colón! Si has conservado, incólume y protegido la religión sagrada de Cristo que meció tu cuna y guió tus primeros pasos en la senda de la vida!.. Si con tus actos has sabido corresponder a la gentileza y amor de tu celestial Patrona, que es vida, dulzura y esperanza nuestra! Pero, comprendo, sí, que no es éste el momento de citarte ante el tribunal de la historia y que mi único papel en estos instantes es asociarme al religioso fervor con que te agrupas en torno de tu Reina y Protectora.

Pueblo de Valparaíso, escúchame una última palabra.

Colocado accidentalmente a la cabeza de tus intereses religiosos, quiero darte un consejo y formular un voto, brotado de un pecho que cree amarte y que te admira.

"Guarda siempre con cuidadoso afán el tesoro inestimable que posees: la ferviente devoción a la Inmaculada Virgen del Carmelo. Consérvala siempre viva y ferviente en lo más sagrado de tu alma. Profesa para con esa celestial señora una confianza filial y en las horas amargas del dolor vuelve hacia ella tu mirada suplicante, cae de rodillas pleno de confianza ante sus imagenes y te levantarás consolado.

Que tus magistrados y dirigentes trabajen por tu engrandecimiento intelectual y material, mas no olviden que sólo son verdaderamente grandes los pueblos en que, sobre todo, priman las virtudes de la justicia y la caridad, hijas legítimas de la Religión de Cristo y que sólo pueden reivindicar para sí el verdadero progreso, aquellos pueblos que saben dar al César, pero también a Dios lo que es de Dios."

Y tú, oh Virgen bendita del Carmelo, acoge la plegaria y el saludo de tu pueblo que ha venido a saludarte. Míralo como tuyo y hazlo más tuyo cada día. No ves, cómo se goza con sólo mirar tu imagen! Tu efigie, es verdad, va a descender en breve del trono de flores y de triunfo en que te hemos colocado; pero no desciendas, no, jamás, del trono amoroso de nuestros corazones.

Madre querida, tómanos como de la mano, más y más, acércanos a tu regazo, que jamás un hijo se perderá en el regazo de su Madre.

Y en tu maternal regazo llévanos un día al cielo, al cielo que Dios tiene para tus hijos.

Así sea.

ALOCUCION

Pronunciada en una recepción de "Hijas de María" en la iglesia parroquial de Buin, el año de 1903.

Amadas jóvenes:

Hase cumplido ya vuestro anhelo más ardiente. "Bendito sea Dios N. S.!"

Meses ha mirabais como lejano aún el día de vuestra total consagración a la Reina del cielo. Y ese día ha llegado por fin, y su aurora sin duda habrá sido saludada por vosotras con estremecimientos de alegría. En esta mañana feliz puedo yo, pues, con toda verdad deciros delante de esa imagen querida: *"Ecce Mater tua!" Ved ahí a vuestra Madre!*

En verdad, felices jóvenes, os habéis consagrado Hijas de María según los reglamentos de esta casa y Ella la Reina de los ángeles y de los hombres, es singularmente Madre vuestra, no ya solamente por el encargo que recibiera de su Hijo al pie de la Cruz, sino además por la generosa ofrenda que en esta mañana le habéis hecho, de vuestra alma con todas sus potencias, de vuestro cuerpo con todos sus sentidos, y singularmente de vuestro joven corazón con todos sus afectos, para que ella santifique la ofrenda y por sus manos purísimas la presente a Jesús, dueño y Señor de los corazones.... Por tanto sería injusto yo, sería mezquino para con vosotras, si no os felicitara con toda la sinceridad del corazón; y al ejecutar este

acto de justicia, permitid que me haga el eco fiel de las que no hace mucho eran vuestras maestras, y a la vez de estas jóvenes alumnas que al contemplar vuestra dicha sienten encenderse en su pecho los deseos de imitaros y de ceñirse algún día la librea de las Hijas de María.

Pero también debo recordaros que el noble título que hoy se os discierne no es un título vano, o un nombre más o menos querido de la buena Madre, el nombre de *Hijas de María os confiere preciosos derechos* y os impone sacrosantos deberes, que en estos instantes me cumple recordaros...

I

"Ecce Mater tua!" María es vuestra Madre! Ved ahí, amadas hijas, expresada toda vuestra felicidad, toda vuestra grandeza, todas vuestras más sólidas y hermosas esperanzas. Sabéis en efecto, ¿qué es una madre? Es ese ser sin igual, que une con lazo de oro nuestra cuna y nuestro sepulcro; que prodiga sus besos al hijo cuando nace y riega con lágrimas de ternura infinita el cadáver que sale de esta vida, es la sola persona que se identifica con nosotros, en las penas y en las alegrías, que ríe y llora juntamente con nosotros; que con su sola presencia dulcifica el dolor del hijo que padece. ¿Qué lágrimas podrán rodar de los ojos de los hijos que no arranquen iguales de los ojos maternos? *Ecce Mater tua.* Una madre es, al decir de aquel poeta, un "Ser cuyo amor es eterno" — "Ser cuyo amor no es mentira." Sí, cierto, no es mentira el amor de las madres; es la realidad más bella, más grandiosa y la más consoladora de la vida humana....

Cuando todas las puertas parecen cerrarse; cuando en los días de infortunio hasta los amigos vuelven las espaldas, aun entonces el hijo más desnaturalizado sabe que existe un corazón que olvida generoso los agravios y cuya entrada está para él siempre de par en par abierta y ese corazón es el de su madre. Todo eso y mucho más es el

tesoro que se guarda para nosotros en el pecho materno.

Sin embargo, ¡oh dicha la vuestra, Hijas de María! Toda esa suma de amores y ternuras que poseen las madres de la tierra, es un átomo, es una débil pintura ante el amor inmenso e inefable que guarda para sus hijos la Madre de los cielos. Aquellos amores, ante este amor, como que se eclipsan, algo así como el fulgor de las estrellas se oculta y desaparece cuando se presenta en el cielo la reina de la noche. Preguntáis ¿por qué? ¡Oh es que María bebió el amor a sus fieles hijos en su fuente más pura, en el Corazón amorosísimo de ese Dios que agonizante, todavía sentía ansia y sed de más amarnos. *"Sitio"*. ¿Cómo, pues no felicitaros, piadosas jóvenes? ¿Cómo no convidar a imitaros, a seguir vuestros pasos a toda juventud que os contempla con envidia?

II

Pero os dije también que vuestro título de *Hijas de María* os imponía deberes muy sagrados que jamás olvidaréis. ¿Cuáles serán ellos? Mirad.

Refiérese de un príncipe que habiendo perdido al rey su padre, mandó grabar el retrato de éste en una medalla que siempre llevaba sobre el pecho. Y cuando iba a acometer una empresa importante, miraba con amor la imagen de su señor padre y le suplicaba que no le permitiera jamás mancillar con su conducta la noble sangre que corría por sus venas. El pensamiento de que era hijo de tal padre constituía para aquel joven un rayo de luz que le marcaba el camino de la virtud y del honor....

Mis amadas jóvenes, sobre vuestro pecho ostentáis la imagen de María grabada en esa medalla que en el porvenir será el distintivo honroso de las jóvenes que se consagraron a María en este establecimiento. El camino, pues, de vuestro deber está trazado.

Vuestro deber es llevar siempre una conducta intachable, primero a los ojos de Dios que escudriña los corazones

y los sigue con su divina mirada adonde quiera que vayan, y en seguida, a los ojos de la sociedad en que vais a vivir, y a los de vuestra misma familia; vuestro deber es mantener pura esa alma, ese corazón que tan solemnemente habéis consagrado a esta Grande e Inmaculada Señora; vuestro deber es alejaros de esas costumbres, de esas modas, de esas corrientes perversas que niñas poco escrupulosas se proponen a veces introducir en los pueblos, ya pasando con sus trajes los límites de la decencia y de la modestia, ya tomando libertades que terminan por echar justas sombras sobre su nombre y reputación; vuestro deber es por fin y ¿cómo no decirlo? profesar una tiernísima devoción, una confianza sin límites a la que desde ahora será vuestra Madre por doble título, como cristianas que sois y como miembros de una Congregación que cuenta con las bendiciones de la Santa Iglesia. ¿A quién acudiréis en vuestras dificultades? ¿A quién consultaréis en vuestras dudas? A ella, pues es fuente de Sabiduría. "*Sedes sapientiae.*" ¿A quién pediréis fuerza y virtud en los peligros a que os expone vuestra misma juventud? A ella, pues la Iglesia la llama "*Torre de marfil*"; *Turris eburnea*". ¿A quién os dirigiréis para que bendiga vuestros pasos, y os dé prudencia y constancia en la virtud, cuando vayáis a entrar en alguno de los estados de la vida? A ella, a vuestra Madre María, pues es modelo acabado de todos los estados; de las vírgenes, de las esposas, de las madres.

Ea, amadas niñas, haceos dignas del honor que hoy os conceden vuestras maestras; que jamás os reproche vuestra conciencia que lleváis sin derecho esa medalla querida. Amad y servid con santo entusiasmo a la mejor de las Madres.

Y vosotras, jovencitas almas que presenciáis enternecidas tan bella ceremonia, ayudad a estas jóvenes a celebrar su dicha, rogad por ellas, para que jamás desdigan de la santidad de su Madre María; empeñaos todas por llegar cuanto antes a los mismos honores y a las mismas recompensas; sed puras, humildes, obedientes y estudio-

sas, y como ellas seréis también coronadas al pie del altar; y esta corona del tiempo, será símbolo de la corona eterna que María os tiene ya tejida en el cielo; si le sois fieles....

Así sea.

SERMONES MORALES

ramente os ha dado la explicación de esta parábola; ese padre amantísimo es Dios Nuestro Señor, ese hijo cruel e ingrato, somos nosotros, sí, nosotros, pobres y miserables pecadores.... ¿Qué haremos pues en presencia de esa escena incomparable? ¿No veis que Dios mismo ha dibujado este cuadro para enseñanza nuestra?

¿Qué efectos, decidme, que deseos golpean en estos momentos vuestros corazones? ¿Qué pensáis hacer, pues?

Y yo, oh, mi buen Jesús, yo, vuestro ministro, ¿qué haré en estas tiernísimas circunstancias? He dicho a vuestros hijos que los aguardáis con los brazos abiertos. ¿Podría no invitarlos calurosamente a que se arrojen a vuestros pies y os piden el perdón y el olvido de sus culpas? ¿Podría no invitarlos cuando vuestro corazón se ensancha para recibirlos?

Ea. Gran confianza, hermanos míos, no olvidéis el ejemplo hermoso que os da el "Hijo Pródigo". *"Surgam et ibo ad patrem meum". Me levantaré e iré a mi padre;* he ahí la grande, la sublime palabra que debe brotar de vuestro pecho. Si habéis imitado al Pródigo en sus extravíos, imitadlo también en su arrepentimiento. Y no vaciléis, Dios vuestro Padre os llama; vuestro amor parece hacerle falta; quiere que acudáis, quiere contaros de nuevo entre sus hijos.

Honorables padres de familia, jóvenes que empezáis la carrera de la vida, no demoréis más tiempo, no retardéis a Jesucristo el consuelo de perdonaros. Animo, os diré con el grande Agustino, que si lo habéis ofendido, arrojaos entre sus brazos y así su mano no podrá castigaros.

Así sea.

EL VICIO IMPURO

Sermón pronunciado en la iglesia de las Agustinas, en Junio de 1917.

Hermanos míos muy amados:

¡Quisiera esta noche dar a mi voz los ecos pavorosos de las olas del mar en un día de tormenta! Quisiera comunicar a mis palabras la fuerza destructora de las llamas de un voraz incendio.... ¿Y para qué? Para marcar con el estigma del desprecio y del odio el vicio infame que más almas precipita en el infierno. Y si vosotros fuerais víctima de él, para arrancar de vuestros corazones hasta su sombra....

Señor Jesús, perdonadme si en esta morada donde día a día resuena vuestro sacrosanto nombre y alabanzas, se oiga, sea por brevísimos instantes, la innoble palabra *impureza,* sensualidad! Lo que únicamente busco es infundir el temor de vuestros juicios en el corazón de mis oyentes....

¿Y cómo podría yo callar, hermanos queridos, cuando sólo busco el bien de vuestras almas? ¡Callar sería un crimen! Vivís en una época en que los incentivos de la lascivia empiezan como a saliros al paso, a solicitaros, a buscaros descaradamente. Sí, hablaré con todas las energías del alma para daros el alerta y preveniros contra los ataques de aquel vicio....

Y al fin de dar claridad a mis ideas, quiero condensarlas en una frase bien precisa cuyo desarrollo, os pido, me escuchéis con atención e interés. La frase será la siguiente: Toda alma cristiana debe execrar el vicio impuro tanto porque encuentre en sumo grado la ira divina, como además porque corre gravísimo peligro de condenarse.

Gran Dios, venid en mi auxilio; en esta noche quiero ser verdugo implacable de esta vergonzosa pasión. Poned, Señor, en mis labios palabras castas, no permitáis que mi lengua, tinta aún con la sangre del sacrificio, traspase un ápice los límites del respeto que debo a mi auditorio.

I

Hermanos míos, en asunto tan delicado se precisa antes que todo explicar con claridad los términos. Llámase *impureza* o lascivia toda acción, palabra, deseo, o pensamiento que lesione u ofenda la hermosa virtud de la pureza o castidad, intervenga o no persona extraña. Y digámoslo de pasada, todo acto o palabra, etc., contra la virtud angelical siempre que se haya cometido con deliberación es pecado grave. Esta es la opinión de los teólogos.

Ahora bien; ¿por qué digo que la impureza provoca en sumo grado la ira divina? Sencillamente porque profana y deshonra directamente el templo mismo de Dios. Templos de Dios vivo, hermanos míos, no tanto son los edificios materiales fabricados por la mano del hombre; los son en especial manera esos templos vivientes levantados por la mano del mismo Dios; son nuestros corazones, nuestros propios cuerpos.

¿Es esta figura retórica? No, es la doctrina expresa del Apóstol San Pablo. *Templum Dei estis vos, Vosotros sois templos de Dios,* escribía a los fieles de Corinto. Y vosotros no ignoráis que en estas cartas está una de las fuentes de la doctrina católica.

Apoyado en tan claras expresiones, dijo Guillermo

de París; *Somos templos de Dios, por cuanto somos capaces de albergar en nosotros al Hijo de Dios con su cuerpo y su sangre.*

Por tanto, hermanos míos, vosotros y yo tenemos esa misma suerte, somos templos de Dios....

En dos ocasiones solemnes de la vida este templo ha sido consagrado de una manera absoluta a la Divinidad; en el día feliz de nuestro bautismo y en el no menos feliz de nuestra comunión primera.

Hubo en efecto un momento en que, tiernos infantes, fuisteis llevados a las fuentes bautismales. El Ministro de Dios dejó caer unas cuantas gotas de agua sobre vuestras frentes, y al punto ¡oh, prodigio! fuisteis purificados de la culpa original y de enemigos de Dios, convertidos en hijos suyos amadísimos. Los ángeles os acariciaron con sus alas como a hermanos y la augusta Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, bajó a habitar, como en su morada propia, en vuestro corazón inocente. Diríase que el cielo entero se inclinaba respetuoso delante de vosotros repitiéndoos en dulcísimo lenguaje: "Yo soy tu herencia." Desde aquel memorable día, vuestros años siguieron deslizándose bajo las solícitas miradas de vuestros padres, hasta aquel otro día más justamente memorable que de seguro no habéis olvidado.

¿Recordáis, mis amados, aquella auspiciosa mañana, cuando, niños aún, pero conscientes de vuestros actos, acompañados de vuestros padres y deudos os acercabais al altar de Dios, mientras la música hacía oír sus suaves armonías? ¿Qué extraordinario acontecimiento iba a tener lugar? ¿Por qué se engalanaba el Santuario?

Ah! Era que debía realizarse el más estupendo de los prodigios. Dios se bajaría hasta el hombre, para que el hombre se levantara hasta Dios... Era que Jesús, el amadísimo Jesús, quería habitar corporalmente en vuestro corazón, ya santificado por la gracia del Bautismo, y tomar posesión entera de él......

Y el gran portento se realizó.

Y, el Dios, santísimo, escondido tras los accidentes de la Hostia, fué vuestro huésped y vosotros a la vez le jurasteis un amor indefectible, porque así se lo dictaba vuestro corazón agradecido.

¿Cuándo os habéis sentido más felices que entonces? Jamás. ¿Y por qué? Porque vuestra alma tenía conciencia de estar limpia y pura cual gota de rocío y se abría a la acción de la gracia, no de otra manera que la flor abre su fresco cáliz a los primeros rayos del sol de la mañana.

Y esta dicha inefable que inundó el alma del creyente en la alborada de su vida, renuévase integralmente cada vez, que limpio el corazón se reciba al Dios Sacramentado. Felices quienes frecuentan esas emociones celestiales. Y bien, hermanos queridos, ¿qué crimen no sería tronchar esos lazos de amistad entre el Creador y la creatura y expulsar a Dios de su propia morada, a donde descendió por amor al hombre?... Ah. Ni vosotros ni yo acertaríamos a comprenderlo ni a describirlo....

Vosotros comprendéis perfectamente qué gran honor, tan inmenso como inmerecido es para la creatura recibir la visita de su Creador, y no una visita como quiera, sino para servirle de alimento, para morar en su pecho como en su propia casa, para comunicarle una vida divina. Yo me imagino que los Angeles del Paraíso envidiaran al hombre tanta dicha, misericordia tanta. Pero también comprenderéis qué momento tan bochornoso para el Creador, y cuán digno de severo castigo será aquél en que el hombre, pasando por encima de todo respeto y gratitud arroja a Dios de su propia casa, de su templo vivo, que es el corazón del hombre......

Y ese momento deplorable llegó....

Aquel cristiano, aquel joven tan favorecido de Dios, se mancha con un pecado impuro y profana así el templo vivo de Dios.

Al punto el cielo azul de su alma se torna en inmundo lodazal y Dios, Santidad infinita, Redentor y Dueño de ese corazón, es ignominiosamente arrojado de él.

Yo busco en el vocabulario de las culpas, alguna expresión, alguna frase, que con toda fuerza y precisión designe la malicia de este pecado infame y no encuentro otra que la palabra *sacrilegio*. Si cristianos, la impureza es un horrendo sacrilegio.

¿Qué es en efecto un sacrilegio? Los teólogos lo designan diciendo que es el abuso y profanación de algo que estaba consagrado a Dios.

Pues bien, acabo de probaros que nuestro cuerpo ha sido consagrado a Dios en el Bautismo y santificado nuevamente con la presencia sacramental de Jesucristo Señor Nuestro. ¿Y acaso no somos, además, miembros de Jesucristo, como lo enseña expresamente el Apóstol de las Naciones? ¿Acaso nuestra carne no está destinada a revestirse de la inmortalidad?

¿Acaso finalmente nuestro cuerpo no ha de descansar en tierra bendita para esperar allí el día de la resurrección final?

Sí, hermanos queridos, con razón el ya citado Apóstol se levanta airado contra el impuro que tiene la osadía de profanar su cuerpo.

Razón tienes, oh Apóstol glorioso, para expresarte así. No es posible entregar a satanás un cuerpo donde habitara el Santo por esencia en cuya comparación aparecen manchados los mismos ángeles del Paraíso. Oh, no, de ninguna manera......

Pero no es esto todo. Si la impureza es un pecado gravísimo; si la ira de Dios se cierne sobre la cabeza del impuro; es lógico que sean gravísimas también sus consecuencias en orden a la eternidad. Los impúdicos dificilmente se salvarán. En las epístolas de San Pablo yo encuentro a la impureza enumerada entre los vicios que excluyen del Paraíso de Dios.

Noque... impudici regnum Dei possidebunt. En opinión de San Remigio, el noventa y cinco por ciento de los adultos que caen en los abismos infernales, caen por el vicio impuro. Muchas y muy encarnizadas son las bata-

llas de la castidad, agrega Alfonso de Ligorio; pero es muy rara la victoria. ¿Y por qué, señores, estas sensacionales afirmaciones? La razón es manifiesta, porque el corazón señoreado por ese placer brutal, dificilmente consigue desprenderse de él, detestarlo y más dificilmente concebir por él un dolor y arrepentimiento sincero. Que siéntase tan feliz el corazón viviendo en el charco.... Así lo enseñan las tristes lecciones de la experiencia. Y aun es más lejos de arrepentirse, los impudicos van dejando penetrar hasta el fondo del alma como inmunda necesidad de la vida como una segunda naturaleza; semejantes al hidrópico que jamás se harta de beber, irán caminando de pecado en pecado, con ansia febril, hasta el instante supremo de la vida, y el alma amarrada con vil cadena, de que apenas si se da cuenta, se precipita en los abismos infernales... Y lo más digno de una profunda meditación es que tan temible finalidad puede sobrevenir por un simple pensamiento o deseo impúdico deliberado, por un breve recuerdo voluntario de pasadas sensualidades......

A la luz de estas verdades, señores, se comprende fácilmente que el gran Tomás de Aquino, lumbrera de la Iglesia, asegure que entre todos los vicios ninguno aleja tanto de Dios las almas como la lujuria lasciva, y que en el sentir de San Gregorio, de ella proceden como ramas de un tronco, como corolario ineludible, el odio a Dios, la ceguedad del espíritu, y a veces la desesperación más horrible......

¡Ah! Pobres deshonestos, que vivís de asiento en este vicio, desventurados deshonestos, de corazón os compadezco. Mejor diría: tiemblo por vosotros. Sin una gracia extraordinaria de Dios, sin un esfuerzo intenso de parte vuestra para romper ese cruel servilismo, estáis perdidos para siempre.... os condenaréis para siempre.

Pero, hermanos míos, ¿está dicho todo? No. A la voz de la doctrina se agrega la elocuentísima de los hechos; en ello se pone de relieve el odio inmenso que Dios profesa a la lascividad.

Santos cielos. Yo abro la historia y en sus páginas leo consternado los pavorosos castigos impuestos a la humanidad por aquel vicio funesto......

A la cabeza de todos está el diluvio. ¿Qué conducta observo el Supremo Hacedor cuando los primeros habitantes del mundo se dieron al sensualismo? Ya lo sabéis, hermanos queridos, "Salid, dijo a las ondas del mar, salid en inmenso torbellino; lloved, nubes del cielo, y juntas inundad la tierra y quitad a sus habitantes la vida que no merecen, se han contaminado con la lascivia y casi me arrepiento de haberlos creado." Y las aguas, obedientes al mandato divino, se desparramaron por el universo, dando muerte a cuanto tenía vida.

Entréganse más tarde Sodoma, Gomorra, y otras ciudades a idénticos vicios. De nuevo se enciende la divina ira. Pero esta vez no serán las aguas el instrumento de la justicia de Dios, será el voraz elemento, será el fuego.

Torrentes de llamas, trombas de fuego y azufre caen sobre las criminales ciudades y las reducen a pavezas. Y en la actualidad, para escarmiento de la humanidad, un lago sin vida testigo severo e imborrable está diciendo aún en nuestros días al viajero que cruza aquellos sitios: Ved cómo castiga Dios el pecado deshonesto, la sensualidad."

Siglos después, la potente ciudad de Babilonia se abandona en brazos del mayor desenfreno, y se constituye en maestra de vicios ante el mundo entero, como en la actualidad una de las más visitadas capitales de Europa. Pues bien, "Parte, dice el Señor a Ciro, Rey de Persia, parte contra ella, que yo abriré a tu paso sus puertas de bronce." Partió Ciro a la cabeza de sus escuadrones y en una sola noche la renombrada Señora del mundo yacía indefensa en su poder.

Corrómpese a su vez Persia, entregándose a vergonzosos desórdenes. "Parte, dice el Señor a Alejandro de Macedonia, la tierra temblará bajo tu planta." Parte en efecto el hijo de Filipo, sus pies parecen no tocar el sue-

lo y en las memorables jornadas de Iso y Arbela, Persia cae rendida a los pies del héroe Macedonio.

Por último, el altivo imperio romano, dueño y Señor del universo, se sumerge a su vez en un abismo de liviandades. El desenfreno y la impureza llegaron a obtener si vale la frase, carta de ciudadanía. Y bien, ¿qué acontece? Salid de vuestras selvas, dice el Señor a los bárbaros del Norte y lanzaos en nombre mío y destruíd con vuestras lanzas y espadas una civilización que degenera en vergonzosa orgía." Y obedeciendo a un poder oculto, Atila, Alarico, Generico y otros en pos se precipitan irresistibles sobre aquel coloso, lo desmiembran y le arrebatan para siempre su preponderancia.

Pero oh, gran Dios, ¿qué es lo que veo?

¿Quién es ese gran culpable a quien mis ojos divisan subir a duras penas, cargado con una Cruz, al Monte Santo? ¿Cuál es su gran delito?

Hermanos míos, escuchadme; antes que cayera sobre Roma la venganza celeste, un hombre divino había bajado del cielo para purificar la tierra; y mientras los emperadores de Roma escandalizan al pueblo con la licencia de sus costumbres, *el Hombre del dolor, vir dolorum,* sigue el camino de Sion, diciendo a los transeúntes: "Oh vosotros que pasáis por este camino, atended y mirad si habrá dolor comparado a mi dolor. *Attendite et videte si est dolor sicut dolor meus.*

Ese hombre, ya lo habréis nombrado, hermanos míos, ese hombre es el hijo de María, es Jesús, el Justo, el Santo por antonomasía, sobre cuyos hombros carga todos los pecados el linaje de Adán.... por él muere dolorosa e ignominiosamente clavado en afrentoso madero.

Hombre sensual; ¿sabes la causa de tan duro tormento? Ah, eres tú. Sí, tú eres quien allá en el Huerto lo ahogas entre olas de sangre y llenas su alma de tristeza infinita.... Impúdicos, contempladlo, abofeteado, azotado, coronado de espinas.... Miradlo tal cual lo han dejado vuestras impurezas; es la vergüenza, en el sarcasmo,

en la más burda y completa irrisión. ¿Me diréis acaso que ese estado lastimero es efecto de la crueldad de los judíos? Pero no. No fué Pilatos, ni los escribas, ni los verdugos quienes lo despedazaron y lo hicieron morir. En ellos yo contemplo a los ejecutores de una sentencia. Sabed, cristianos pecadores, cuáles fueron los verdaderos culpables de esa horrible tragedia. Las impurezas y liviandades de la humanidad... ¡Ah! Y qué abominables son a los ojos divinos. Para expiarlas el Padre celestial no perdona ni a su propio hijo. Y viéndolo cargado de vuestras iniquidades, ¿no comprendéis, cristianos, cómo le exige pagar en su carne inocentísima los extravíos de la vuestra? ¿No veis cómo lo persigue con la espada desnuda, si así puedo hablar, castigando en él las maldades de todos los hombres?

Ah, hermanos míos muy amados, seamos consecuentes con nuestras creencias. Estamos convencidos de que la sensualidad y la impureza es abominable a los ojos divinos y provoca en sumo grado la justa cólera del cielo. Ahí está la historia para comprobarlo; desde el diluvio hasta el drama sangriento del Calvario, sus páginas registran formidables castigos.

Ahora bien, replegaos un instante sobre vosotros mismos, penetrad en el fondo de vuestro corazón cristiano; y si os reconocéis culpables de aquel nefasto vicio, ea, caed de rodillas ante el madero de nuestra Redención y en un arranque de sincero dolor decid con David arrepentido: *Miserere mei*, apiadaos de mí, Señor, ya que es infinita vuestra misericordia. Yo he tenido la desgracia de ofenderos y de ofenderos con el delito que más aborrecéis. Soy un gran pecador, lo confieso pero a la intensidad del dolor que me causa la vista de mis pecados, responda, Señor, la magnitud de vuestra clemencia. Perdonad, Dios bondadoso, perdonad a vuestro pueblo que pronto acudirá a los pies de vuestros ministros. *Parce, Domine, parce populo tuo.*

LO QUE ES UN RETIRO

Instrucción dada a las niñas de Talca en Mayo de 1909, en el Colegio del Sagrado Corazón.

Amadas hermanas:

Antes de desarrollar los asuntos propios de un retiro, no puedo menos de daros cuenta de un hecho inaudito, triste y mortificante que viene desde hace tiempo repitiéndose en esta ciudad... Ya no nos es posible guardar silencio por más tiempo acerca de él.

Una dama de ilustre nacimiento, llena de bellas cualidades, muy escasa de recursos, por ahora, pero heredera más tarde de una inmensa fortuna, anda golpeando de puerta en puerta, en esta ciudad, en demanda de una limosna.

Y bien, ¿sabéis cómo ha sido tratada por el público? ¡Pena y vergüenza da decirlo! Salvo honrosas excepciones, con el mayor desdén, como un mendigo vulgar. En muchos hogares se le ha dado con las puertas en el rostro, perdonadme la frase, sin consideración alguna a su noble condición y a su indigencia. Y cuando se ha dejado caer en su mano temblorosa, una parca moneda ¡oh pequeñez de espíritu! ello se ha efectuado en forma casi deprimente, como si se quisiera representarle el auxilio que se le prestaba... ¿Qué os parece? ¡Pobre dama! Yo la compadezco y sin duda vosotras, amadas señoras y niñas, sentís lo mismo...

Comprendo que vuestra ansiedad por conocer el fondo de este relato, es grande, muy grande...

Quiero satisfacer vuestros justos anhelos...

* * *

Esa dama de ilustre nacimiento es vuestra alma, vuestra propia alma.

¿Recordáis su origen? Ah! No puede ser más noble, más elevado, Dios es su Padre, es hija de un aliento de su Corazón. El mismo se encargó de crearla de la nada en el instante en que vosotras empezasteis a ser persona humana. ¿Es posible una procedencia más noble?

Verdad es que esta ilustre hija de Dios gime desterrada en el valle de lágrimas que se llama el mundo, la vida presente.

(Mientras dura su peregrinación por la tierra necesita impresindiblemente de auxilios sobrenaturales para triunfar en la lucha contra los peligros que la rodean. Su alimento, su fuerza es la confesión y comunión, la oración, la palabra de Dios y las prácticas de la vida cristiana).

No obstante espera una herencia, el cielo eterno, la posesión de Dios. Terminada esta vida, si ha cumplido con la ley santa de Dios, irá al cielo para ser eternamente feliz: Dios mismo será su recompensa.

Por eso ella anda golpeando a las puertas de vuestro corazón, pidiéndoos que la ayudéis a santificarse, a purificarse, a acercarse a Dios para asegurarse así la posesión del cielo, de su herencia incomparable. Os anda pidiendo que la alejéis de los peligros en que tantas almas perecen, que no la manchéis con pecados, que son su muerte; que le deis con frecuencia el alimento divino de la comunión que es su vida; que le proporcionéis el tesoro inapreciable de las prácticas piadosas, de la Santa Misa oída con devoción, de la predicación, de la oración, del santo Rosario y la devoción a la Virgen que tanto enriquecen a las almas.

Todo eso ha andado pidiendo como una limosna...

Y bien, ¿cómo la habéis tratado? No os ofendáis con

mis palabras. Hermanas mías, esa ilustre desterrada ha sido y es tratada con el mayor desprecio inmaginable. De todo os acordáis, menos de ella. Vuestro cuerpo que tratáis de adornar con exquisita elegancia; vuestro bienestar y placer temporal, ocupan de ordinario toda vuestra atención; una sed devoradora de paseos, de lujo, de vanidad, de goces materiales, ha invadido el corazón generoso de la juventud. Pero de su alma, de su espíritu, de su santificación y salvación, ¿quién se acuerda? ¡Pocas y muy pocas por desgracia!

Pues bien, yo vengo a levantar mi voz en favor de esa hija del cielo que se llama vuestra alma, amadas señoras y jóvenes. Vengo a defender sus derechos, y a consagrar a ella todos los esfuerzos de que soy capaz.

Salva tu alma, vengo a decirte, amada hija, levanta tu mirada al cielo siquiera por estos breves días, esa mirada que tal vez has tenido fija solamente en el lodo de la tierra. No trates con ultrajante desdén a esa perla preciosa que llevas, es verdad, en un cuerpo hecho de barro pero por la cual Jesucristo derramó su sangre...

Para esto os han invitado las Religiosas de esta santa casa; tal es el fin de estos días de Santo Retiro que hoy comenzáis; son tres cortos días dedicados al alma...

Comprendo que deseáis oír una palabra sobre la manera de hacerlo con provecho. Voy a complaceros.

Tres cosas se requieren para tan laudable fin:

Voluntad
Recogimiento
Oración.

VOLUNTAD.—La voluntad es la soberana y señora del hombre. Adonde ella se inclina, todo se rinde. Tener voluntad es realizar una cosa, por difícil que se suponga, cueste lo que cueste, ella se realizará. Una voluntad generosa y noble, cuando persigue un fin también noble y bueno, no reconoce obstáculos; llega hasta el sacrificio y se siente feliz de haber triunfado.

El alma de una joven, la voluntad de una joven, con sus energías frescas y nuevas, siempre es generosa para el bien, y si esa joven es católica, cuando ella camina hacia un ideal divino, es mil veces más generosa, y nada le niega a Dios, cuando se trata de sacrificarse en algo por El. Querer es poder, dice un conocido axioma, y es una gran verdad. En lo profano y en lo sagrado.

Berta Boniski, célebre pianista, ¿cómo llegó a ser cumbre y lumbrera del arte? Con el esfuerzo, con una voluntad resuelta e inquebrantable en el estudio de Orfeo y de Cecilia. Tenía necesidad de ganar para sustentar a su madre y se lanzó a la obra... Al principio el piano le era ingrato, no le comunicaba sus secretos. Pero tanto insistió día a día en el teclado, que merced a su constancia invencible triunfó y se hizo célebre. Mirad cuánto pudo el anhelo de ayudar a su madre. Lo quiso y lo alcanzó.

Lo mismo os digo yo a vosotras, hijas mías. Tened voluntad de hacer bien este retiro, formad la resolución de aprovecharos, empezando por no perder una sola de sus distribuciones, y habréis puesto el cimiento de la obra, y habréis conseguido un completo éxito. Vuestro espíritu saldrá repleto de dulces consolaciones y estos días serán para vosotras bellos días, días de dicha, días de cielo. ¿Por qué? Porque es una verdad de fe: *Convertimini ad me et ego convertar ad vos.* Cuando el alma se propone a buscar a Dios, Dios sale a su encuentro con sus gracias y favores y le llena de inefable contento.

Dios dijo a Santa Mectilde: No se precipita la abeja con tanta fuerza sobre las flores, como yo acudo hacia las almas que me buscan.

Mirad aquella joven que al oírme, está diciendo para sí misma:

"Quiero, por amor a Dios, aprovechar este retiro, cuanto mejor me sea posible. Son tan pocos días. Quiero ofrecerlos a Jesús, pero bien aprovechados, bien santificados. Al fin, es bien poca cosa lo que le ofrezco."

¿Quién sabe si es el único, el último de mi vida?

¿Quién me dice que a pesar de ser joven, no puede venir por mí la muerte?— Nadie está segura, un accidente imprevisto troncha la vida más risueña y más robusta. Ah! Dios te bendiga, niña, que así piensas. Nadie sino Dios, por medio de tu ángel de guarda, te inspira tan bella resolución. Que te imiten tus compañeras.

RECOGIMIENTO.—Es indispensable. Dios no habla a los corazones en el bullicio. *Non in commotione Dominus.* Preciso es, para oír la voz dulcísima del Señor, negarse oír al mundo. El recogimiento abarca dos sacrificios, el de la vista y el de la lengua. Formidables enemigos de una jovencita... Es en esos dos órganos donde está la fuente más fecunda de los pecados.

¿Qué hace una joven piadosa, inteligente y de carácter?

Se propone moderar y mortificar su vista, sobre todo en la calle evitando singularmente mirar lo que pudiera perturbar su espíritu. Ya me comprendéis:— Reuniones, visitas.

Guardar, aislar el corazón en un relativo silencio, mayormente en la casa y en la calle. Evitando conversaciones inútiles. Sea esto como una sanción por todas las que hayan sido poco edificantes.

Dos pensamientos deben ocupar estos días el alma de una joven: Dios y mi alma. Dios, mi Creador y Redentor a quien debo servir y rendir severa cuenta de mi vida. Mi alma, que debo salvar a toda costa, cueste lo que costare.

¿Os costará recogeros, sujetar los sentidos? Escuchad esta estrofa entre varias, dedicadas a Santa Teresita del Niño Jesús: ¿Entre el cielo y la tierra queréis vivir una hora, un aire delicioso con ansia respirar? Acudid donde mora el dulce Prisionero, el Huésped del altar.

ORACION.—Sí, sin la oración no caen bendiciones de Dios sobre nosotros. Si Dios no nos ayuda con su gracia, nada podemos. La conversión de las almas, no es de los hombres sino de Dios. Si Dios no bendice... palabra... sonido que lleva el viento.

¿Cómo conseguir la gracia de Dios?.. Pedid y recibiréis. Pidiendo, rezando, orando.

¿A quién? Al Corazón de Jesús que nos ama infinitamente y quiere salvarnos.

A nuestra Madre María, pues nadie se puede interesar como una madre.

A nuestro Angel de la Guarda, encargado por Dios de cuidarnos.

Rezad mucho, aquí, en la calle, en las casas. *Ascendit precatio et descendit Dei miseratio.* A Santa Teresita del Niño Jesús, la dulce Misionera. El imán de las almas...

Inesperada muerte de una joven asistente a un retiro.

Ea, pues, hijas mías, perdonadme esta larga plática, pero id a ponerla por obra: Voluntad, recogimiento, oración: Son las tres luces que llevaréis delante en estos bellos días. No las perdáis de vista, las tres piedras fundamentales de esta conferencia.

Jesús mío, os presento y os entrego esta radiante juventud: es la esperanza de mañana. Yo os pido que no sólo sea la esperanza de.... para el futuro, sino que por la virtud se convierta desde ahora en su orgullo y ornamento.

¿Qué no será entonces el estar allí por siglos de siglos?... En verdad, amados oyentes, no hay, no encuentro palabras para describir lo que es la eternidad, ni número para contar los años de su duración. La única expresión que acude a los labios es, ¡siempre! ¡jamás! por los siglos de los siglos! No llega más allá el lenguaje humano. Con todo, para penetrarnos más de este pensamiento, descendamos a algunas comparaciones.

Imaginaos que el condenado derrama una lágrima cada mil años, y que la misericordia de Dios hubiese resuelto sacarlo del infierno, cuando con las lágrimas derramadas pudiera anegarse toda la tierra. ¡Oh cielos! ¿Qué millones de lágrimas no serían necesarias, qué millones de siglos no transcurrirían antes que aquel desdichado pudiese salir? Sin más que imaginarlo, ya la mente se ofusca, se pierde.... No obstante, todos esos millones de siglos que nos espantan, frente a la eternidad, son tan poca cosa como un granito de arena, en una extensa playa, serían menos que nada. Y la razón es clara. Aquellos años, aquellos siglos, por innumerables que fueran alguna vez terminarían; en tanto que la eternidad, no acabará jamás!... Pero más todavía. Doy que el condenado alimentase una ligera esperanza de salir de allí; doy que, después de haber estado padeciendo por millones de siglos, el desdichado, al impulso de aquella esperanza, preguntara: ¡Demonios del infierno! Decidme, ¿estarán ya para terminar mis penas? Una carcajada horrorosa retumbaría en aquellas tristísimas moradas y le diría: ¡Desventurado! Tus tormentos están sólo comenzando......

He ahí, amados hermanos, lo que es la eternidad... Oh, ¡qué espantosa condición es ésta, en los tormentos del infierno, los que hayan de durar por siempre jamás! El dolor más ligero, la pena más insignificante aquí en la tierra, se nos haría insufrible, si supieramos que debía durar toda nuestra vida... Y ¿qué es nuestra vida? Por larga que sea, viene a ser como un sueño... ¡Gran Dios! ¿Qué no será el estar por los siglos de los siglos en medio

de aquel fuego prendido por el soplo de la ira divina? *Quis poterit habitare cum ardoribus sempiternis?*... ¡Ay de ti, alma pecadora, que me oyes, ay de ti, ¡déjame compadecerte!, ¡déjame lamentar la suerte que te estás labrando!, ¡ay de ti, si no te resuelves a dejar ese infame pecado que tan irritado tiene al Señor, porque puedes caer en aquella cárcel donde la menor pena dura para siempre! Escucha lo que te voy a referir y medítalo para tu bien.

Conocí a un sujeto desgraciado a quien el juez por gravísimos delitos condenó a vivir por toda su vida en una celda solitaria. Al saberlo el infeliz, al mirar aquel recinto estrecho, aquellas cuatro paredes, aquellos grillos, únicos compañeros suyos hasta la muerte, cayó en una tal desesperación que pronto murió de melancolía... Calculad ahora cómo rechinará los dientes el condenado, cuando al verse en aquel océano de fuego, se dé cuenta de que sus tormentos no serán para un año, ni aun por siglos, sino por toda una eternidad... Y estas palabras, *eternidad, siempre, jamás,* no se apartarán un instante de sus oídos, y su imaginación se les hará ver escritas en todas partes, haciéndole sentir todo el peso de su irreparable desgracia...

EL PASO DE JESUS

Alocución dirigida a las señoras y niñas de Concepción, reunidas en retiro en la Capilla del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, el año 1911.

Hermanas mías:

Cuenta el Evangelio que en cierta ocasión pasaba Jesús cerca de Jericó en dirección a Jerusalén. Al saber esto, dos ciegos que había en la vera del camino pidiendo limosna, comenzaron a clamar en voz alta: *Jesús hijo de David, ten misericordia de nosotros.* La muchedumbre pretendió hacerlos callar; pero Jesús los llamó y les pregunta paternalmente qué desean. "*Queremos ver*", contestaron ellos emocionados. Movido a compasión Jesús les devolvió la vista.

San Agustín hace a propósito una atinada reflexión. "Si los ciegos no hubieran aprovechado la pasada de Jesús no hubieran sanado jamás de su *ceguera. Ya que Jesús jamás volvió a pasar por ahí.*" Así nosotros debemos temer la pasada por nuestras almas, pues es posible que no vuelva a pasar más. Y *entonces quedaremos sin su auxilio... y acaso moriremos sin él.* Esto me mueve a hablar, hermanas mías, de las diversas formas con que pasa Jesús al contacto de las almas. Y como el Retiro es sin discusión una de ellas, debo deciros también cómo haréis para aprovechar este feliz paso de vuestro buen Dios.

Hermanas mías:

Jesús pasa privada y públicamente cerca de las almas, y ha pasado privada y públicamente cerca de vosotras. Me preguntáis: ¿Cuándo? Cada vez que habéis tenido que reflexionar y entrar en vosotras mismas. Es decir, en los diversos accidentes de la vida. Pasó cuando tuvisteis aquella enfermedad vosotras o los vuestros, en aquella estrechez de recursos en que os visteis, en aquel fracaso de los negocios de vuestros esposos o de vuestros padres o hermanos. Pasó, cuando visteis burladas vuestras esperanzas tan risueñas, que en un momento se esfuman como se marchitan las flores; y cuando aquella o aquellas amigas os fueron desleales y os volvieron las espaldas en los momentos en que más confiabais en su amistad. Pasó, cuando la muerte ¡ay! os arrebató un ser amado, tal vez íntimo cuya sangre lleváis, y a cuya sombra vivíais. Pasó, cuando oísteis aquella predicación en la que una palabra os *llegó al alma* retratándoos a vuestros propios ojos; cuando oísteis aquella lectura y visteis aquel buen ejemplo. Pasó con ocasión de una muerte repentina en vuestra familia o extraños, cuando sufristeis aquel ataque o accidente fatal que parecía un aviso del cielo. En fin pasó, cuando os visteis envueltas en aquellas calumnias y habladurías, con razón o sin ella. Y en mil ocasiones más. ¿Por qué digo que pasó Jesús? Porque en todos esos casos pudisteis ver la vanidad e inconstancia del mundo — la brevedad de la vida — la incertidumbre del día de la muerte — que os convencisteis de que en este mundo no es feliz, sino el que vive con su conciencia tranquila y sirve a su Dios. Por todo lo cual os resolvisteis a mejorar el rumbo de vuestra vida.

II

Hermanas mías:

Sí, Jesús pasó cerca, muy de cerca de vosotras en los

casos citados pero su paso fué en forma callada, privadamente, por así decirlo.

Más ahora, en estos días de retiro, pasa con mayor solemnidad, con mayor generosidad, con más insistencia, y pasará en cada una de las prácticas del horario, en las meditaciones, en las conferencias, en los buenos ejemplos, que os daréis y recibiréis recíprocamente. ¡Oh! Sí! El buen Jesús os hablará en el corazón, allá en lo íntimo del alma, vosotras lo escucharéis con humilde quietud. El sacerdote que veis vosotras no será, sino el indigno y pobre instrumento del divino Misionero, del divino Amante que os pide le améis. Oh! dicha sin igual, os hablará Jesús tocando a la puerta de vuestros corazones y de tal manera llamará que yo os desafío a que resistáis a su insinuante llamado, a no ser que tengáis la firme voluntad de renunciar para siempre a su amistad. Mas aquí ocurre oportunamente una pregunta: ¿Volverá a pasar Jesús en la misma forma que hoy? ¿Con tanta ternura, con abundancia tanta de favores?

III

Pregunta es ésta, os lo confieso, a la cual yo no puedo contestar en forma categórica: Oh!, si lo supiera! Entonces tal vez os podría decir: "Hijas mías, si no tenéis valor para convertiros ahora, para emprender ahora mismo un verdadero perfeccionamiento espiritual, dejad ese problema, aunque tan interesante, para más tarde; tal vez para otro Retiro, para otra reunión como ésta; ¡esperad algunas semanas, algunos meses, quizá hasta algunos años! El buen Jesús volverá de nuevo a invitaros como ahora, y a ofreceros la abundancia de los auxilios, de su gracia.

Pero ¡oh! triste y severa verdad! Nada de eso puedo deciros sin exponer vuestras almas a condenarse para siempre. Pues no sé, si volverá Jesús para vosotras, o será este Retiro la última gracia que os tenía reservada. Y

qué gracia ésta tan preciosa, hermanas mías en el Señor! Un Retiro, unos días de recogimiento espiritual, es una gracia extraordinaria del buen Dios, mejor dicho, es una fuente de gracias, de luces, de emociones para las almas, dice un Doctor de la Iglesia. Lejos, pues, de alentaros con la esperanza de otra pasada de Jesús, acaso os podré decir: Para varias de entre vosotras *ya Jesús no volverá*, en la forma que ahora. Ya sea porque podéis morir este año y aunque esto no sucediera, ¿dónde os hallaréis? ¿Tendréis otros días dedicados exclusivamente al alma? Quizás el Señor no os proporcione ocasión tan bella de santificaros. Estaréis enfermas, y no podréis asistir. ¿Qué será de vosotras dentro de poco?

Es doctrina enseñada por algunos Santos Padres y Doctores de la Iglesia, que Dios tiene determinado y contado el número de gracias que ha de conceder a las almas, así como también el número de pecados que les perdonará. Completado aquel número, ¡ay!, de las almas perezosas que no quisieron aprovechar las gracias ofrecidas, ya no contarán con ellas otra vez.

Y bien ¿para cuál de vosotras será ésta la última gracia especial de salvación que Dios le concede? Profundo misterio.... ¡Gran Dios, que tanto amáis a las almas! Si hubiera aquí alguna a quien pronto llamaréis a vuestra presencia tocadle su corazón en lo más íntimo, a fin de que aproveche el precioso don del Retiro y se resuelva a llevar una vida santa....

Y ¿qué haréis entonces para sacar partido del paso de Jesús? Os lo voy a decir: Haced lo que hicieron aquellos dos afortunados ciegos de Jericó; decidle como ellos al Señor: *Señor, haced que yo vea!*, es decir, hacedme conocer mis defectos y pecados y la necesidad de emprender una enmienda seria. Haced que yo haga la mejor confesión de mi vida; haced que deje ciertas ocasiones de las cuales vos sabéis que son la causa de mi ruina; haced, en fin, que deje de llevar una vida tan frívola, tan mundana, tan sin espíritu de sacrificio y me proponga seriamente

practicar las virtudes que me aseguren el cielo. Porque yo no sé, Señor, si volveréis a pasar ofreciéndome los auxilios que me ofrecéis ahora!

Pero esto es demasiado interesante para terminar aquí, como había pensado; seguramente queréis que os dé algún consejo más práctico para aprovechar bien estos días celestiales. Os lo daré con gusto.

II

De dos factores depende humanamente hablando el fruto de un Retiro: de vosotras mismas y del Director que lo dirige.

Primeramente, en cuanto a vosotras, debéis entrar en él, no para tener ocasión de estar juntas las amigas, sino para salir de él mejores, para enmendaros; en otros términos: para aprovecharos. Estoy seguro de que eso es lo que deseáis. ¿No es verdad? Otra cosa que debéis hacer por vuestra parte, es rezar mucho y mejor que hasta hoy, quiero decir, con más fervor que de costumbre, a fin de cuanto oigáis aproveche a vuestras almas.

. En cuanto a mí, ¿qué me corresponde hacer? Jesucristo, Nuestro Señor, pintó su misión divina a este modo: "*Ignem veni mittere in terram, et quid volo, nisi ut accendatur? He venido a prender fuego sobre el haz de la tierra y ¿qué otra cosa puedo anhelar sino que arda?* Así dijo el Salvador Divino.

Eso mismo os diré yo a vosotras: "He venido a encender, con mi humilde esfuerzo, el fuego santo del amor a J. C. en vuestros corazones. Eso será mi anhelo más ardiente durante estos días; allá irán dirigidos mis empeños, mis palabras y si es necesario, mis fatigas; hacer que al terminar el Santo Retiro, Jesucristo, Nuestro Señor y Dueño, se sienta más amado de vosotras, y encuentre en cada uno de vuestros corazones un altar para su Corazón Divino, en donde le ofrezcáis el incienso de vuestro amor y de vuestras oraciones, y en donde le consoléis de los des-

precios, de la indiferencia, de las negaciones y blasfemias con que le ofende el mundo incrédulo y perdido.

Sí, ése será mi anhelo en estos días; ése será el único blanco de mi más ardiente solicitud.

Sí, procuraré que no sintáis el tiempo que gastáis aquí, por lo interesante de los temas que en él se desarrollarán.

Oh! si pudiera hacer que todas vosotras salierais santas, que os convirtierais en apóstoles, que con el fuego divino en el alma, trabajarais por difundir, por ensanchar el Reino de J. C. en vuestras familias y en todas vuestras relaciones.

Ea, pues, ánimo, hermanas mías muy amadas; ¡haced cuanto esté de vuestra parte para aprovecharos!

¡Prometedlo así al buen Jesús y él acogerá vuestras promesas y con el auxilio de su gracia las convertirá en bellas realidades!

Que así sea.

ULTIMOS MOMENTOS DEL HOMBRE

Sermón predicado en la iglesia de Santa Ana, Santiago en Abril de 1910.

Hermanos míos:

Es una innegable realidad que no hay nada tan desgarrador, tan triste, tan amargo, como el recuerdo del último trance de la vida. ¡Ah! el Señor me es testigo!, yo no quisiera en manera alguna molestaros, trayéndolo a la memoria. Pero ¿cómo callarlo, cuando se trata del bien de vuestras almas? ¿Cómo olvidarme de aquel imperativo del Espíritu Santo que dice: *Recuerda tus postrimerías y jamás pecarás.*

¡Oh muerte, oh muerte, oh maestra segura de los vivos! — ¡Quién me diera sacar de las sombras que te rodean, rayos de vivísima luz, para iluminar con ellos la conciencia de mis oyentes!... ¡Habla por mis labios en esta noche, oh pavorosa muerte!, y sirva tu melancólico recuerdo para que estos corazones se vuelvan a Dios....

* * *

Hermanos míos, —debo ser franco— yo quisiera despertar en vosotros esa honda tristeza que produce el solo nombre del último trance; sí, porque ella sería una tristeza feliz que os apartaría del pecado y más tarde se convertiría, según la promesa de J. C., en alegría eterna.

"Vertetur in gaudium." Quisiera ver ahora anegados en llanto vuestros ojos; sí, porque esas lágrimas serían perlas que recogerían vuestros ángeles de guarda, como prendas de un sincero arrepentimiento. No lo miréis por tanto como una crueldad de mi parte; ni os extrañéis, si os invito a meditar conmigo, siquiera un breve rato, en el severo pensamiento de la muerte y a recoger las enseñanzas que de él se desprenden. Mi más ardiente deseo es *convenceros de que siempre debéis estar preparados para morir.* Y a fin de conseguir este propósito, voy a recordar las dos siguientes verdades, por amargas que sean:

1.a.—No hay nada más cierto y seguro que la muerte; 2.a.—No hay nada más incierto que el día, hora y circunstancias de la muerte. Prestadme, pues, toda la atención que el asunto requiere.

I

Hermanos míos: Que un día llegará la muerte para cada uno de nosotros, es una verdad que ninguna persona de razón puede poner en duda. Todo lo que está por venir es incierto, dijo San Agustín, sólo la muerte es cierta y segura. Nace un niño, alégranse sus padres y parentelas. Mas andando el tiempo, ¿qué será de ese nuevo habitante del mundo? Ah! su porvenir es un misterio, sólo Dios lo conoce. ¿Llegará a ser un millonario, o quizá un miserable pordiosero? No lo sabemos. ¿Será un sacerdote salvador de las almas, un renombrado general, un ciudadano bienhechor del pueblo? Tampoco lo sabemos. Con todo, ¿morirá ese niño? Sí, ciertamente, morirá pese a la ciencia de los médicos, al dinero, a las lágrimas de los suyos; nada detendrá el paso victorioso de la muerte. La sentencia dada por Dios se cumplirá con él tan a la letra, como se ha cumplido con los demás hombres. *Está decretado que los hombres mueran y una sola vez.* (San Pablo).

Refiérese que cierto personaje, habiendo construído una casa, convidó a cierto amigo para mostrársela y pe-

dirle su opinión. ¿Qué os parece, preguntóle, mi nueva habitación? Le encuentro un defecto, respondió el visitante, y es que tiene una puerta. Es acaso un defecto en una casa el tener puertas, replicó sorprendido el dueño. Ciertamente, amigo mío, insistió el otro con grave acento, pues por esa puerta un día saldrá tu cadáver para no volver a entrar en esta morada ya más. ¡Qué palabras tan sencillas, pero tan llenas de verdad hermanos míos! También sonará para nosotros esa hora fatal, en que nuestro cadáver sea sacado de nuestra casa, entre el llanto y los lamentos de los deudos; y cosa más desgarradora aún, nuestros más íntimos habrán de ser los primeros en poner la mano sobre el ataúd para ir a entregarnos a la tierra, donde seremos pasto de gusanos!...... *Oh muerte, ¡cuán amargo es tu recuerdo!*

Mas ¿qué necesidad tenemos de acudir a testimonios ajenos, ni aún al de los Libros Santos para cerciorarnos, de que tenemos que morir? Cansados están ya nuestros ojos de ver la espantosa imagen de la muerte y los vacíos, el luto y desolación que va sembrando por doquiera!

¿Qué se hicieron, decidme, aquellos grandes hombres que fundaron la nación chilena, que regaron con su sangre generosa el suelo que pisamos? La muerte dió cuenta de ellos, como la dió del último mendigo.... Fijaos, si queréis en algo que os toca más de cerca. ¿Dónde están los habitantes que vivieron en esta urbe hace más de ochenta años? ¿Dónde están aquellos sacerdotes que os hicieron cristianos y os administraron los primeros sacramentos? ¿Qué se hicieron vuestros mayores, vuestros abuelos? ¿En qué pararon vuestros padres queridos, en cuya casa tal vez vivís, cuyo nombre quizás lleváis, cuyos muebles y pertenencias acaso os estarán sirviendo? ¡Gran Dios, qué dolorosa pregunta es ésta! Bien puede que ellas vayan a renovar heridas que todavía sangran... pues es capaz de arrancar lágrimas al corazón más duro. Pero ¿cómo ocultaros la verdad, hermanos míos muy amados? Aquellos seres tan tiernamente amados yacen confundi-

dos entre el polvo y los horrores del sepulcro..!

¿Y será necesario nombraros en apoyo de mis palabras, aquel sitio siempre solitario, donde parece haber sentado su trono la muerte? ¿Adónde, decidme, se encaminaban, en romería interminable los vecinos de vuestra ciudad poco tiempo ha? ¿Qué ibais a hacer en aquel día de Noviembre, que prefiero callar, cuando llevabais en vuestra mano una corona de flores, mientras vuestros semblantes ostentaban la huella del dolor?... ¡Ah! Ya lo recordáis. Ibais a la mansión de los muertos, ibais a orar sobre sus tumbas, a regar con lágrimas y adornar con aquellas flores, el suelo bendito, donde reposan vuestros parientes o amigos, arrebatados por la muerte a vuestro cariño. Sí, ciertamente, a eso ibais.... Pero no era esto sólo. ¿Aquel paraje silencioso, aquellos árboles de llorosas ramas, aquellos huesos descarnados, aquellas cruces, aquellas inscripciones, nada hablaban a vuestra alma? ¡Ah! cristianos, sí que os hablaban!. Allá en lo íntimo sentíais que aquel fúnebre conjunto, en su mutismo os decía: *"Memento mori". ¡Acuérdate, de que has de morir!* Y una voz salida del fondo de los sepulcros parecía repetiros: *¡No apegues tu corazón a los placeres, ni a las vanidades de la tierra, pues muy luego habrás de abandonarlas! También nosotros vivimos engañados como tú. ¿Quieres ver lo que somos ahora? ¡Acércate, echa una mirada! Somos hueso, polvo, nada más...* En esto viene a parar la persona más feliz según en el mundo. Y advierte que solamente te llevamos la delantera: *Hodie mihi, cras tibi: Tú serás mañana lo que hoy nosotros; hoy estamos sin ti, mañana vendrás tú a hacernos compañía...*

Ahí tenéis, hermanos míos, la voz austera de la tumba. No esperéis vosotros lograr suerte distinta. Murió Nuestro Señor J. C., murió la Santísima Virgen, murieron los Santos; también moriremos nosotros. Murieron nuestros padres, advierte San Euquerio, mañana los seguiremos; y en pos de nosotros vendrán los demás; he aquí la eterna lección que nos dan los sepulcros...

Y ¡qué! Aquí, aquí mismo, en este sitio yo descubro huellas de la muerte y un aviso de que hemos de morir. Ese lugar, sitio que ocupáis ahora de seguro, antes lo ocupó alguien que ya pagó tributo a la muerte; y sin duda otros sacerdotes, que ya no existen, ocuparon este púlpito, donde ahora yo me encuentro. Y ¡oh dolor! esa misma implacable muerte se presentará, cuando menos penséis y dejará nuevamente vacíos vuestros asientos para que otros vengan a llenarlos, como así mismo ella sellará mis labios para siempre. Y para decirlo todo de una vez, de aquí a no muchos años, cincuenta a lo más, apenas habrá alguno de mis oyentes que no haya pasado a la eternidad. *Oh mors, quam amarga est memoria tua! ¡Oh muerte, cuán amargo es tu recuerdo!*

¿No es verdad, cristianos, que estaríais dispuestos a hacer los mayores sacrificios, a trueque de llegar a conocer el día y el modo de vuestra muerte? Sin duda alguna. Con todo, jamás llegaréis a saberlo, sin especial revelación de Dios. ¿Moriréis hoy mismo, mañana, dentro de poco, de mucho tiempo? Todo es posible, pero no lo sabéis; únicamente sabéis que la muerte hace cada día de más de cien mil víctimas en el universo. Y por otra parte de la muerte depende vuestra felicidad o desgracia eterna. Mas ¿cuándo os llegará vuestro turno? He ahí lo desconocido. ¿Moriréis de muerte natural, consumidos por lenta y penosa enfermedad, o acaso violentamente de un ataque al corazón y quizá bajo el puñal o el proyectil de un asesino? También lo ignoráis.

¿Os acogerá la muerte en vuestra patria, en el seno de vuestra familia, o bien en tierra extraña, lejos de vuestros deudos y amigos? También ello es un misterio. ¿Moriréis con un sacerdote a la cabecera y con el Señor en las manos, o moriréis rodeado de vuestros compañeros de desórdenes, y lo que sería aún más horrendo, en el preciso momento de cometer un pecado grave? ¡Oh Dios y Señor mío, todos éstos son misterios que no habéis querido revelarnos!....

Y ¿por qué os parece, hermanos míos, que el Señor nos haya dejado en tanta oscuridad? Para nuestra enseñanza y salvación, responde San Juan Crisóstomo; para obligarnos a estar siempre alerta y a velar de continuo sobre nuestra conducta. Gracias inmortales os sean dadas por habernos ocultado el momento y la hora de nuestra muerte. De este modo nos habéis puesto en la necesidad de pensar constantemente en ella; no sea que nos sorprenda desprevenidos.

Mas ¿qué estoy haciendo? ¿Os he dicho que nadie sabe cuándo morirá? Pues no es ésa la verdad; sabemos, cuándo moriremos, Dios mismo nos los ha enseñado... ¿Y cuándo por fin moriremos? *En el momento menos pensado. Qua hora non putatis.* Así lo aseguró J. C. S. N., y antes se disolverá la tierra y se hundirán los cielos que se deje de cumplir una solá letra de las palabras divinas. Así lo confirma también con frecuentísimos hechos la experiencia; he aquí uno de ellos. Valseaba en medio de un festín cierta joven mundana. Vestida de un modo bastante deshonesto, nadaba en un mar de placeres sensuales. De pronto, su compañero nota que la danzante se vuelve pesada, acércale a un sofá y.... era ya un cadáver. ¡Justo juicio de Dios! ¿Pensaría aquella desventurada en su trágica muerte? Seguramente no; nunca piensa menos en ella el pecador que cuando está ofendiendo a Dios. Y cabalmente, porque no lo piensa, llega la muerte traidora y hace su presa. ¡Gran Dios! ¡Cómo se hiela de espanto el corazón! Imagínase que todavía calienta aquel cuerpo impuro, cubierto todavía de deshonestos atavíos, en aquel mismo instante, su alma comparecía ante el tribunal de Cristo!... ¿Qué pasaría en aquel temible juicio?..... ¿Adónde iría a parar aquella alma?... Temblad, cristianos, ante estas cosas que oís, vivid preparados, no os descuidéis; mirad que Dios no ha retirado aún aquella palabra: *"Qua hora non putatis, Filius hominis veniet"*. Cuando menos lo penséis, vendrá el Hijo del Hombre, es decir, llegará la muerte, precursora inmediata de Jesucristo...

Me diréis tal vez que no todos mueren de improviso, pues son muchos los que padecen de enfermedades comunes. Pero aun en tales casos la muerte coge de ordinario a traición. ¿Cuál es, decidme, el enfermo, cualquiera que sea su gravedad, que por un apego natural a la vida, no se imagina la muerte más distante de lo que en realidad está? ¿No acontece con frecuencia que parientes, amigos, médicos, criados, todos los que lo rodean, se ponen de acuerdo para ocultar al enfermo el peligro de una próxima muerte y hacerle concebir risueñas esperanzas de mejoría? Y ¿acaso no le hablan de todo, menos de confesarse? ¡Oh aberración! Y ¿qué sucede? Que por un merecido castigo del cielo, llega de repente el instante fatal, sin dar tiempo para los sacramentos, en tanto que el infeliz va a recibir acaso su desengaño en el infierno....

Me diréis también que sois bastante jóvenes y robustos para estar temiendo una muerte cercana. ¡Oh desgracia! Por caridad, no penséis así, hermanos míos, esa confianza os puede ser muy fatal. La muerte no respeta las edades, tan pronto hiere al joven en la flor de sus días, como hiere al anciano achacoso. Ella no ha hecho pacto con nadie. Oídme el suceso siguiente: Llegaba una misión a cierto pueblo. Una pobre pero devota mujer, que asistió a las predicaciones de apertura, volvió a su casa convidando al marido para que asistiese a ella. Vaya, hijo, le decía emocionada, no sea que venga la muerte y Ud. muera sin confesión. ¿Sabéis lo que él respondió? "Hay todavía veinte años de vida guardados en este pecho, dijo con soberbia llevándose allá la mano; no veo para qué apurarse tanto; a su tiempo se hará eso". ¡Desgraciado! Dios le probó que no eran así las cosas. En acabando de pronunciar la última palabra, cayó muerto en el acto... ¡Alerta, jóvenes, que vivís como de asiento en el pecado; recoged esa lección! De mil modos improvistos ni aún soñados puede presentarse la muerte; *entre nosotros y ella hay un solo paso. Uno tantum gressu ego morsque dividimur.*

Y ¿qué pensar de aquellos que viven tranquilos en sus pecados, sin temer a la muerte, confiados en que Dios

les conservará la vida así como la ha conservado hasta el presente? ¿Qué pensar, sino que el demonio les tiene una espesa venda en los ojos, para que no vean su desventura? ¡Infelices! ¡Contestadme! ¿En qué apoyáis esa tranquilidad? Acaso en el hecho de que Dios os ha guardado hasta ahora, pues precisamente, porque así lo ha hecho, es muy de temer que no continúe, cansado ya de esperaros, y de recibir vuestros desprecios. ¿Ignoráis que si Dios es infinitamente misericordioso, también es infinitamente justo? ¿Ignoráis que según las Escrituras, llega un momento, aterrador, en que Dios se despoja de la clemencia del Padre, para revestirse de la serenidad del juez? "Y ese momento bien puede estar próximo para ti y el dedo de Dios habrá escrito la sentencia"..... ! Ni me digáis que los Libros Santos os dan derecho a esperar pues ellos cabalmente os condenan. Yo abro una carta de S. Pablo y encuentro esta frase terrible; *"Stimulum mortis peccatum est. El pecado es el aguijón, el estímulo de la muerte.* Es decir, vuestros pecados acortan vuestra vida y ponen espuelas a la muerte, la están llamando a voces; es decir, esos pecados con que desafiáis a la divina justicia, esas faltas habituales, y voluntarias a la Santa Misa, esas relaciones ilícitas, esas conversaciones licenciosas, esos escándalos, están apurando la llegada del desenlace fatal. Y ojalá no fuera ésta la causa de tantas muertes fulminantes, inesperadas, en la flor de la vida, con que son arrebatados tantos padres de familias, esperanzas de sus hijos, tantos jóvenes de uno y otro sexo! Temerosos de Dios, acaso habrían vivido largos años; pero sus pecados cien veces repetidos obligaron a la muerte anticipar su visita para vengar los derechos de Dios.

Ah! Señor y Dios de la misericordia! No permitáis que entre mis oyentes haya un pecador tan desgraciado que piense seguir ofendiéndoos, precisamente, porque sois paciente, misericordioso para con los pecadores.

No, Señor, no lo permitáis.... Y si realmente estuviera oyéndome aquí un alma tan tristemente engañada, haced que las palabras de vuestro ministro le abran por

fin sus ojos, le remuevan su corazón y la resuelvan a enmendar una vida que ciertamente, no merece....

III

Voy a terminar, hermanos míos, estas reflexiones tan amargas, como provechosas y ricas de verdad. Es un hecho, pues, el que nadie se escapará de la muerte, y que este formidable enemigo vendrá sobre nosotros, cuando menos lo esperemos. La palabra de Dios y la de sus Santos están acordes con la experiencia para probarlo. Ahora bien, ¿qué resolución tomaréis en presencia de tales verdades? ¿Qué haréis para morir bien en gracia de Dios y sin pecado? ¿Qué providencias tomaría el dueño de una casa, si temiera que se le echase encima una partida de ladrones? Porque ¿no es verdad? que todos deseáis morir bien, quiero decir, en gracia y amistad de Dios, con vuestra alma limpia de pecado mortal, ya que del momento de la muerte depende vuestra suerte para siempre. Indudablemente, así lo deseáis. Vuelvo, pues, a preguntaros, queridos pecadores, ¿qué precauciones pensáis tomar para morir en los brazos de Dios? ¡Ah! La respuesta decae de los labios: estar prevenido para recibir el golpe inevitable de la muerte. Eso es lo que enseñó la eterna verdad, cuando dijo: *"Estote parati"*, *Estad preparados, estad listos*, eso es lo que enseña el buen sentido.

Mas, ¿cómo os prepararéis? ¿Cómo tendréis buena suerte? Oídme: Para morir bien, es preciso haber vivido bien; la muerte no es, sino el eco, el eco de la vida; es el tiempo en que el hombre cosecha lo que ha sembrado durante sus días. A una vida santa y cristiana, corresponde una muerte cristiana y santa. A una vida descuidada y perdida en el charco de los vicios corresponde de ordinario esa muerte que en el Libro Santo llama *pésima*, horrible muerte de los réprobos, de los enemigos de Dios.

Y queréis saber también, hermanos míos, ¿cuál será vuestra muerte? Os lo anunciaré, sin ser profeta. Si vi-

vís olvidados de los Sacramentos de la Confesión y de la Comunión, si despreciáis el llamamiento que ahora os hace Dios por medio de sus ministro y continuáis violando sus mandamientos, ah ¡temblad, pecadores!, vais derechamente a vuestra desgracia eterna...

A esa vida de pecado corresponderá una muerte igual: moriréis con la muerte espantosa de los enemigos de Dios, tras de la cual viene el infierno con sus penas eternas. Sería un gran milagro de la misericordia de Dios, el que tuvierais buena muerte, habiendo llevado una mala vida; sólo del Buen Ladrón sabemos de cierto que logró ese estupendo favor... En cambio, si desde luego os arrepentís y os confesáis bien, si seguís frecuentando los Sacramentos y huís de las ocasiones de pecar y, sobre todo, si sois sinceramente devotos de María Santísima, ¡oh inmensa dicha!, yo os aseguro que moriréis en brazos de la divina misericordia, porque habéis sido prudentes para esperar prevenidos el momento supremo...

Una última pregunta y habré terminado. Mis amados pecadores, si hubierais de morir pronto, en esta semana, en este mes o año, ¿cuál de las dos muertes descritas será la vuestra? ¡Pensadlo! ¿Moriréis como los amigos o bien como los enemigos de Dios?... Preguntadlo a vuestra conciencia, qué os dice. ¿Estaríais preparados? ¿Estaríais en gracia de Dios?... Respondedme, personas de edad madura, respondedme, jóvenes, respondedme, padres de familia. *Responde mihi*....

¡Oh muerte, oh muerte! de nuevo te llamo en apoyo de mis palabras... ¡Ven con tu amargo recuerdo a conmover, a convertir a estos pobrecitos pecadores! ¿A cuál de estos mis oyentes estará ya señalando tu mano sangrienta para derribarlo primero? ¿Cuál será, dime, tu primera víctima después de ésta? ¿Será tal vez alguna joven mundana, verdugo de su pobre madre, algún joven disipado, escandaloso, impío? ¿Será alguno de estos padres, de estas madres de familia que...? ¿Será quizás alguno de estos niños......?

Màs ¡oh amorosísimo Jesús! Quien quiera que sea el que deba morir primero, yo os pido por los méritos de vuestra sangre preciosísima, que suspendáis vuestro decreto, que detengáis el brazo de la muerte, hasta tanto que todos éstos se hayan confesado y reconciliado con Vos. ¡Oh buen Dios!, dadles tiempo para que hagan llegar hasta Vos los gemidos de su llanto. *"Non intres in judicio cum servo tuo, Domine..."* No los llaméis todavía ante vuestro severo tribunal! Están arrepentidos...! de su ingratitud y quieren repararla. ¡Ah! Por ellos levanto hacia Vos mis manos suplicantes... Hacedles la gracia de que mueran como los justos...

Ya lo veis, pues, hermanos míos, cada uno de vosotros puede ser la víctima escogida para hoy mismo por la traidora muerte. Por el amor que profeso a vuestras almas, os conjuro que hagáis ahora lo que, cuando estéis moribundos, quisierais haber hecho. *"Estote parati." Estad listos.* Disponeos ahora mismo a una dolorosa confesión y a emprender una vida verdaderamente cristiana. Dejad por fin de ofender a Dios; aborreced de corazón el pecado que puede traernos una muerte fatal. Y mientras llega el momento de arrojaros a los pies del ministro de Dios, arrojaos delante de esa Cruz y haced conmigo un acto de arrepentimiento.

Señor mío Jesucristo, mi Creador, mi Redentor y mi Padre, heme aquí con el corazón traspasado del más sincero dolor. Me pesa en el alma de haberos ofendido, siendo Vos tan bueno, tan santo, tan digno de todo mi amor. Vos amándome, Vos aguardándome con paciencia, y yo despreciándoos.. Ah! Señor! esto no es posible... Ahora, sí, comprendo mi ingratitud, oh dulce Jesús mío! Y a fin de repararla, os protesto que os amo de todo mi corazón y estoy dispuesto a morir antes que volver a ofenderos. Oh dueño y Señor de la vida y de la muerte, os agradezco lo que habéis hecho conmigo; por mis pecados, yo no merecía ya vivir sino haber muerto mil veces; yo no he hecho sino apegarme a las cosas de la tierra y jamás me

acordaba de que Vos podíais mandarme la muerte, y con todo, vuestra misericordia me ha conservado hasta este día.

Más ya me arrepiento de tan gran descuido. Quiero desde ahora prepararme para aquel espantoso trance. Ah! Dios y Señor mío, Vos que moristeis entregando el alma en manos de vuestro eterno Padre, concededme la gracia de morir en vuestra amistad y que pueda poner mi pobre alma en brazos de vuestra misericordia......

Oh María, Madre nuestra piadosísima, a Vos acudimos en medio de nuestro dolor. Comprendemos que para morir bien, es menester llevar una vida sin pecado; esto es difícil, pero confiamos en que Vos nos conseguiréis los socorros de la gracia. ¡No nos abandonéis, oh gran Señora! Desde hoy nos ponemos en vuestras manos, y os prometemos amaros como Vos nos habéis amado. Queremos conducirnos como verdaderos cristianos, confesándonos con frecuencia para perseverar en el bien. Y cuando llegue para nosotros aquel tristísimo instante; ah! mostrad entonces que sois nuestra Madre, acudid a nuestro lado, consoladnos, defendednos contra el demonio, acompañadnos como acompañasteis al pie de la Cruz a vuestro Hijo Divino.... Amén.

ALOCUCION PARA UN MIERCOLES DE CENIZA

Pronunciada en la iglesia parroquial de Buin, el año 1899.

Carísimos oyentes:

Llena de verdad y de esperanza está la ceremonia que pronto vais a presentar. Ese puñado de ceniza que hace poco bendecía el sacerdote para imponerla sobre vuestras frentes, os habla en este instante con más elocuencia, de lo que pudiera hacerlo mi humilde palabra. ¿Sabéis lo que con ella la Santa Iglesia os quiere recordar? Es una verdad que debía llenaros de un saludable temor, pero que desgraciadamente olvidamos para perjuicio nuestro: Nos recuerda nuestro humilde origen, nos recuerda que somos hechos del lodo de la tierra, y nos recuerda sobre todo que este cuerpo que ahora regalamos, un día habrá de convertirse en despreciable polvo sin que a veces se conserve de él ni aún el recuerdo.

Mas ¡ay! amados oyentes!, si ésta es una verdad demostrada por la experiencia de cada día, si más de alguna vez nuestras propias manos han ayudado a encerrar en un triste ataúd los restos mortales de un pariente, de un amigo, para entregarlos, sí, para entregarlos a una modesta fosa donde pronto será pasto de gusanos, si, no obstante, las más esquisitas precauciones, para conservar la hermosura, la salud de este cuerpo deleznable, quizá hasta ofendiendo a Dios, no es posible al hombre evitar esta ley

de nuestra pobre naturaleza, ¿cómo se explica entonces que los hombres vivan tan olvidados de la muerte? ¿Cómo se explica tanto regalo, tantas atenciones para con este amigo que no puede acompañarnos más allá de la tumba y que se denomina el cuerpo? ¿Cómo se explica el lujo y la vanidad que absorbe la atención de la juventud y de la sociedad? ¿No parece que hubieran olvidado los hombres que tienen un alma creada a imagen de Dios, que este saco de miserias llamado cuerpo, no merece nuestra atención, ni nuestros cuidados, sino en cuanto nos puede ayudar o conseguir la eterna salud de nuestras almas, pero jamás para ayudar a exponerlas, a perderlas para siempre? *Filii hominum*, exclama aquí el Santo Rey David, *usquequo gravi corde? ut quid diligitis vanitatem et quaeritis mendacium? Oh hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis tardíos e insensibles de corazón? ¿hasta cuándo amaréis la vanidad y correréis tras de la mentira?* ¿Hasta cuándo ofendéis a Dios satisfaciendo los apetitos y pasiones criminales de ese enemigo que encarna en sí nuestra desgracia eterna?

Yo os convido, hermanos carísimos, a extender nuestra vista por un cementerio, donde yacen los despojos de los que nos precedieron en el camino de la vida. Penetrad por un momento en esa mansión del olvido, donde la pálida muerte ha fijado su morada y mirad a los mausoleos y tumbas que allí se divisan, preguntadles cuál es el fin a donde van a parar las riquezas, los honores, los placeres. ¡Gran Dios! Cómo cae la grandeza, cómo se desvanece la hermosura, cómo se igualan las fortunas, cuántos amargos desengaños se recogen a la sombra de esos cipreses solitarios que de ordinario velan el sueño de los difuntos. ¡Allí recordamos, ahí vemos que todos somos polvo, ceniza. Yo veo allí, reducido a sucio polvo, el regalado cuerpo de aquel rico que habitaba soberbio palacio, pasaba su vida en festines, sin imponer a sus pasiones la más ligera privación! ¡Mis ojos divisan allá las cenizas de aquella joven inmortificada, prendada de sí misma, que consumía la escasa

fortuna de sus padres en adornar y acicalar su cuerpo para satisfacer quizá una vil pasión! Acullá, llena el alma de pavor, la vista del espantoso espectro de aquel hombre sensual, entregado a la embriaguez y quizá a otros vicios más abominables, de ese hombre que jamás pudo negar deleite alguno a sus sentidos, de ese hombre que so pretexto de conservar la salud nunca observó los ayunos y abstinencias de la Iglesia, mientras tanto le sobraban las fuerzas para privarse del sueño y malgastar en desórdenes nocturnos el corto salario destinado a la alimentación de sus hijos.

* * *

Sí, hermanos carísimos, tengamos siempre a nuestra vista la nada en que algún día hemos de convertirnos, para que no se albergue en nuestro corazón el orgullo, ni la vanidad, la sensualidad, el amor a los placeres! Aprendamos algo siquiera del buen Jesús que siendo inocente ayuna cuarenta días para enseñarnos la penitencia. Y si la edad o la salud quebrantada no nos lo permite, mortifiquemos de alguna manera nuestros sentidos, y sobre todo abstengámonos de cometer en este tiempo la más leve culpa lo cual sería un santo ayuno espiritual. Preparémonos desde hoy a hacer una sincera y santa confesión de nuestras culpas, porque ya se acerca el reino de los cielos, ya se aproximan los días en que el Dios-Hombre va a ser clavado en una Cruz por nuestro bien. Sólo así podemos decir que amamos a Jesús y sólo así podremos ceñirnos con él algún día la eterna corona!

Que así sea, hermanos queridos.

"EL HOMBRE DEBE ORAR"

Instrucción dada en el Seminario de Santiago, en Marzo de 1907, durante el retiro anual que practican los alumnos.

Jóvenes muy amados:

Por demás interesante es el tema de la presente instrucción.

Vengo a hablaros de algo que para un Seminario y para cada seminarista es lo que los cimientos son para un edificio, las columnas para la arquería de un templo, las alas para las aves; vengo hablaros de la oración y de la necesidad que de ella tenéis. Pero no tanto me referiré a la oración mental, cuándo a la oración de súplica, de ruego, a la oración vocal en que pedimos expresamente alguna cosa a Dios o a los santos. Oh si consiguiera yo con estas mis sencillas palabras infundiros la necesidad de orar mucho, de rezar con frecuencia y con fervor, ¡yo daría por asegurado el fruto de este santo Retiro y vería en cada uno de vosotros no sólo un digno aspirante al sacerdocio, sino más claro, un predestinado al cielo! Pues bien, escuchadme con atención. Os hablaré primero de la absoluta necesidad que tenéis de orar y en seguida, de las circunstancias y tiempo en que cumpliréis dicha obligación.

Nada más expreso en el Evangelio que la necesidad de orar para salvarnos. En cien lugares lo enseñó claramente el Salvador. *"Oportet semper orare et non deficere"* leemos en San Lucas (18, 1). *"Vigilate et orate ut non*

intretis in tentationem, nos dice J. C. en San Mateo (26, 41), y en otra parte hallamos esta sentencia: *"Petite et accipietis."* Ahora bien, los teólogos enseñan comunmente que tales palabras de N. S. envuelven la fuerza de un precepto, es una obligación grave impuesta a los adultos. De tal manera que el sabio Lessio afirma que, sin pecar contra la fe no se puede negar que la oración es necesaria a los adultos para salvarse. Y la razón es clara. Sin el socorro de la gracia no podemos tener ni un buen pensamiento ni practicar obra meritoria del cielo. *"Sine me, nihil potestis facere."* Y ¿a quién se conceden esos socorros, esos auxilios? Según el curso ordinario de la Providencia, al que los pide. De manera que tuvo razón Santo Tomás de Aquino, apoyado en la doctrina de San Agustín y otros Padres, al enseñar expresamente que para entrar al cielo, tenemos necesidad de una oración continua, a fin de poder resistir a los enemigos de nuestras almas. Pero aun hay más. A las palabras del Salvador debemos añadir sus obras y ejemplos. Los Evangelios nos dicen que pasaba noches enteras en la oración. Jamás emprendió obra de importancia sin prepararse a ella orando. Antes de su predicación, oró y ayunó cuarenta días y noches en el desierto, antes de su Pasión, oró en el Huerto hasta sudar sangre; durante su vida pública, muchísimas veces oró al Eterno Padre, y a la vista de todos. ¿Qué fin se propuso con todo esto, sino enseñarnos la necesidad de orar? Y ¿qué hace ahora en el cielo, sino orar por nosotros? *Semper vivens ad interpellandum pro nobis*. Si ora la persona divina de J. C., ¿no oraremos, no pediremos nosotros pobres y miserables pecadores las gracias que tanto necesitamos para no pecar y para cumplir nuestros deberes? Si del Maestro pasamos a los ejemplos de sus mejores discípulos, que son los santos, encontramos la misma enseñanza. La vida de María fué una vida de no interrumpida oración. San Antonio, ermitaño, se quejaba contra el sol cuando en la mañana le venía a interrumpir con sus rayos la oración en que se hallaba. San Félix de Cantalicio

oraba largas horas ante una cruz grabada por él en la corteza de un árbol. San Alfonso, llamado el Doctor de la oración, porque más que ningún otro, enseñó su necesidad absoluta, este ilustre Santo, digo, siendo aún niño de 12 años, se retira a la espesura de un bosque, y allí postrado delante de una imagen de María colgada por él mismo en el tronco de un árbol, pide perdón por cierta falta cometida por uno de sus compañeros y pide también la gracia de jamás ofender a Dios. En fin, sería tarea imposible de acabar, el citaros los mil ejemplos de los santos, de los Patronos de la juventud, como en Luis de Gonzaga y otro, que hicieron de la oración como la vida de su alma, y nos enseñan la obligación de orar. Pero todavía son más claras las palabras con que los santos nos han confirmado la necesidad de rezar y pedir." Quien no ora dice, Santa Catalina de Colombia, corta el lazo que une el alma con Dios". El que no reza, agrega Santa Teresa de Jesús, llegará a ser en poco tiempo o un animal o un demonio, pues será dominado por las pasiones sensuales y animales, o por el espíritu de las tinieblas y caerá en la impureza, en la pereza, en el orgullo o en la envidia" terribles palabras, amados seminaristas, que deben haceros temer.

Apoyado en tales enseñanzas, me vais a permitir deducir algunas consecuencias. Un seminarista que no reza, y lo que reza lo reza mal y por mal cabo, que no pide al Señor su auxilio, es como un soldado desarmado delante de los enemigos, que tendrá que ser vencido y caer, es un navegante sin brújula, es una ciudad rodeada por todos lados de grandes enemigos y sin medios de defensa. Ese pobre joven, abandonado a sí mismo, primero caerá en pensamiento, después en actos contra diversas virtudes, y terminará por perder su vocación. Porque cuando el hombre deja de conversar con el cielo, dice el P. Faber, vendrá inmediatamente el infierno a dirigirle la palabra. Al contrario, el seminarista rezador y fervoroso, está seguro de no caer; Dios será su sostén. Porque la oración, a. s. es semejante al arco famoso de Jonatás, del cual dice el Li-

bro de los Reyes, que jamás disparó flecha sin dar en el blanco, o a la espada de Saúl que nunca se envainó sin haberse teñido en sangre enemiga y obtenido victoria. Ah! qué consoladoras son estas palabras de mi Padre San Alfonso". Todos los demás signos de salvación con inciertos, y pueden engañar; pero el que Dios oiga a quien le pide con confianza, es una verdad cierta e infalible, como es cierto que Dios no puede faltar a su palabra. "Pero ya basta para convenceros de que debemos orar y de que está más cerca de salvarse el que más reza y con más fervor y confianza.

Veamos ahora cuándo debe rezar preferentemente el seminarista.

II

a) El cristiano debe rezar invariablemente al empezar y terminar el día. Mirad cómo se comporta aquel excelente joven. Apenas siente el sonido de la campana que le anuncia la llegada de un nuevo día, se santigua con devoción y dice una corta jaculatoria, como ésta por ejemplo: Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma; vístese con toda modestia y respeto a sí mismo; llega el momento de rezar las oraciones de la mañana! Oh! qué bendiciones nos atraerán del cielo estas oraciones si se rezan bien, con atención y no maquinalmente! Son las primicias del corazón que se ofrecen a Dios y lo comprometen a ayudarnos durante el día. El mariscal Broc, revistando cierto día sus tropas, preguntó a un cabo: ¿Cómo has empezado el día? Por la oración, contestó él. Los que le oyeron se echaron a reír; pero el mariscal se mostró satisfecho, pues dijo al apuesto cabo que "quien es buen cristiano tendrá que ser seguramente buen soldado". Del mismo modo, si preguntáis a un alumno del Seminario cómo ha empezado tal día, pudiera contestar que, rezando bien las oraciones de la mañana; y ésa es una hermosa garantía de que todo en aquel día andará mejor. Cumplirá sus deberes,

aprovechará su tiempo y Dios y sus superiores quedarán contentos de él. Porque se puso en buenas manos, en las de su Padre Dios, en las de su Madre María, y de sus santos protectores. Pero esto no sólo en el colegio; fuera de él, en el mundo hay más necesidad todavía de esa oración fervorosa de la mañana, para que el Señor os libre de tantos peligros como el joven seminarista encuentra allí, hasta donde menos lo pensaba! Ah! seguid este consejo; cuando estéis afuera, por cualquier motivo, no salgáis nunca a vuestros quehaceres, a alguna visita necesaria, sin haberos puesto una buena coraza, es decir sin haberos arrodillado en vuestra pieza a rezar pero bien, la plegaria de la mañana. Será eso como un tónico poderoso para fortalecer vuestras almas en los peligros y malas ocasiones que se presentan.

b) Pero es sobre todo en las tentaciones y peligros de ofender a Dios y manchar su alma cuando el joven aspirante al altar debe orar fervorosamente. Y entre esos peligros y tentaciones, la obligación de orar urge mucho más cuando se trata de la virtud que más debéis amar, la virtud angélica, la virtud sacerdotal por excelencia, la virtud de la pureza. ¿Qué hace el caminante sorprendido por una horda de bandidos, en medio de un bosque lejos del camino? Grita y pide socorro, si no está perdido sin remedio. ¿Qué hizo San Pedro cuando se vió en peligro de naufragar en aquella tempestad del mar de Tiberíades? *Salva, nos perimus*, gritó al Salvador y la tempestad se apaciguó. ¿Qué hará el seminarista sorprendido por una grave tentación? Reza, pronuncia los dulcísimos nombres de Jesús y María? Oh Jesús y María ayudadme. Si pide socorro, y no se expone voluntariamente al peligro, ciertamente saldrá vencedor; sin duda será vencido, caerá en tentación, el que no reza. Y ¿cuánto tiempo debe orar?, preguntaréis. Cuanto dure el peligro. Un soldado no deja su fusil hasta tanto que haya vencido o hecho huir al enemigo.

c) También debe rezar cuando tiene entre manos una empresa o asunto importante para su alma. ¿Está averi-

guando su vocación? Pues, rece mucho, muchísimo todos los días, la empresa no puede ser de mayor trascendencia. Trate de vencer su carácter, de vencer una mala inclinación que lo molesta, de conseguir una virtud que mucho necesita para llegar al altar. Sea hombre de oración, rece sin cansarse y lo conseguirá. Está empeñada la promesa divina: "Pedid y recibiréis". ¿Qué digo? Aun en los asuntos temporales, busque sus recursos en la oración, rece muchísimo. ¿Tiene dificultad para aprender? ¿Hay ciertos ramos que le son muy difíciles e ingratos? Ruegue al Señor con humildad y sencillez que lo ayude, y el Señor lo ayudará, como no sea perezoso, pues eso sería tentar a Dios. Un desaplicado pidiendo a Dios luces podría compararse a un individuo que a sabiendas y sin necesidad se arroja en medio de las olas, pidiendo a gritos que lo libren y así en los demás casos.

No me olvidaré recomendaros que tengáis algunas oraciones fijas, que nunca dejéis de rezar. Por ejemplo, un seminarista digno de tal nombre jamás dejará de rezar su rosario. Se privará de su alimento antes que omitir aquella práctica. ¿Quién sabe si a las cuentas de su rosario va unida la gracia de la perseverancia final y la salvación eterna? En esas ocasiones pida el amor a Jesucristo, centro y fin del sacerdocio, amor a María, amor a la santa pureza, por la vocación al estado eclesiástico... Ni olvide tampoco de hacerse familiares esas jaculatorias breves, prefiriendo las indulgencias, como Jesús mío misericordia, 300 días, Dulce Corazón de María sed la salvación mía, Oh Jesús mío, yo os amo, y así otras por el estilo; tratando de repetirlas muchas veces al día, cuando estéis en recreo, en clase, en la iglesia. De este modo se va formando el espíritu de oración, o sea el hábito de dirigirse a Dios en toda circunstancia, como el Hijo que sin esfuerzo se dirige a su Padre. ¡Santo Dios! ¡Qué bello espíritu éste en un alumno de Seminario! ¡Cómo progresaría en la virtud! Y si llega al sacerdocio en tan bello espíritu de oración bien arraigado, ¡qué apostolado tan fecundo le

aguarda, qué de bendiciones divinas asegura por la salvación de las almas!

Amados seminaristas, no terminemos esta instrucción, sinque hayáis hecho el propósito de orar, de rezar mucho. Entre las resoluciones que toméis, apuntad ésta, y determinad con toda fijeza, qué vais a rezar, a qué horas, en qué casos etc. Oh mi buen Jesús, dad a estos futuros ministros vuestros el espíritu de oración que nos enseñasteis y de que nos dejasteis tantos ejemplos! ¡Que se habitúen a conversar con Vos, que graben en su corazón cuanto se les ha dicho, que tengan entendido si no aman la oración, no serán buenos seminaristas, ni buenos sacerdotes! Pidamos a María que se encargue de hacer fructuosas mis palabras, rezando una SALVE.

UNICO OBSTACULO A NUESTRA SALVACION

Conferencia dictada en la iglesia de las Agustinas, en un retiro de caballeros y jóvenes, en Junio de 1915.

Señores:

Durante mi ya largo ministerio he tenido ocasión de ver muchas desgracias capaces de arrancar lágrimas a una peña.

He visto a una madre desolada asida desesperadamente al cuerpo de su hijo moribundo, sin consentir en separarse de allí, como si quisiera arrancarlo de las garras de la muerte.

He visto a un gallardo joven, digno de mejor suerte, sentado en el banquillo de los criminales, lamentando su destino cruel, para caer en seguida desplomado al golpe de una descarga de fusilería.

He visto también en un Hospital de sangre, a raíz de una batalla, a centenares de heridos, cuyos desgarradores lamentos preséntanse aún a mi fantasía, aunque sin acertar yo a describirlos...

Pero existe otra desgracia ante la cual palidecen las ya enumeradas; una desgracia tanto más temible cuanto acomete a su víctima y la corroe y mata a despecho de todas las apariencias de dicha; una desgracia, en fin, que persigue al hombre hasta en las sombras de las regiones de la eternidad...

¿Sabéis cuál es, señores? Os la voy a denunciar para

que sepáis temerla: es la horrenda desgracia de haber perdido a Dios por el pecado...

Soberano Señor del universo, Redentor amado de la humanidad, dejadme pediros un señalado favor. Si en este selecto auditorio hubiera alguna alma oprimida por tan enorme desventura, haced, os ruego, que esa alma halle en las palabras de vuestro ministro, el rayo de luz salvadora que necesita para volver a Vos.

Señores, no extrañéis, que llame yo desgracia y horrenda desgracia al estado del alma divorciada de Dios.

Y qué nombre, decidme, puedo darle cuando el pecado es un ultraje descarado a la Majestad divina, que apartándonos de nuestro último fin, nos deja expuestos a los tremendos castigos de la ira celeste. En cambio, quitad del mundo el pecado, la ofensa al Creador, y todas las generaciones correrán hacia el cielo como los ríos se precipitan en la mar...

Señores, un momento de benévola atención y oiréis el desarrollo de este tema de tan alto interés para vuestras almas.

En el Sagrado libro de Exodo encuentro un episodio que proyecta clara luz sobre la materia.

Presentóse Moisés al Faraón de Egipto a decirle en nombre del Señor que dejara salir de sus dominios al pueblo israelita. Mas aquel monarca contestó soberbio, altanero, en esta forma: No conozco al Señor de que me hablas ni dejaré salir del Egipto al pueblo de Israel. Nescio Dominum (Exod., 5, 2).

Gran Dios. Qué atrevida insolencia. Al leer esa página uno piensa cómo no se abre una nube y un rayo cae sobre aquel impío... Negarse abiertamente a obedecer al Hacedor Supremo... Rey de reyes y Señor de señores, al que tiene en sus manos la vida y la muerte, y gobierna con gesto de sus ojos la máquina del mundo... En realidad es difícil encontrar mayor ultraje a la Majestad infinita. A tan audaz ofensa la justicia pide clamorosamente un castigo ejemplar.

Pero, señores, ¿acaso no es un servil imitador de Faraón el hombre que se hace reo de una culpa grave, de un pecado mortal? Si bien se considera, ese hombre dice al Señor con inaudita insolencia: "Yo no conozco a ese Señor en cuyo nombre se me intiman los mandamientos, yo no reconozco ni su autoridad, ni su poder, ni por acatamiento a él dejaré yo de satisfacer mis apetitos: Mi ley suprema es hacer mi voluntad." Vosotros no podréis negar que en todo eso encierra un ultraje inconcebible a la Divinidad.

Me observaréis tal vez que jamás vuestros labios han pronunciado esas expresiones, ni os creéis culpables de semejante desacato. Pero si no vuestros labios, ciertamente vuestros actos y vuestra conducta las pronunciaron y al violar los preceptos de Dios, las habéis dicho y en voz muy alta, ante Dios que todo lo ve, ante los ángeles custodios, ante los testigos de vuestras faltas, ante vuestra propia conciencia. ¿Y quién lo ignora? El lenguage de los hechos es más elocuente que el lenguaje de las palabras, y siendo ello, pues, una innegable verdad, ¿no tengo razón para decir que el pecador es un despreciador audaz de la grandeza y majestad divina?

Pero hay una circunstancia, para aquel rey pagano atenuante, más que agrava el pecado, cuando el delincuente es un cristiano, y más aún cuando es católico. En efecto, hasta cierto punto es disculpable cuando el Faraón pronunció aquella frase que ha recogido la historia, hablaba a impulsos de su ignorancia. Los egipcios en efecto adoraban como dioses a todas las creaturas que prestaban algún beneficio al hombre; hasta las cebollas de sus huertos eran para ellos divinidades, dice Juvenal. Y los reyes de esa nación, siguiendo esa lógica, estaban convencidos que sobre ellos no existía autoridad alguna superior; de modo que, asistido por su ignorancia, acaso pudo decir el Faraón esa frase de que nos ocupamos: *No conozco a ese Señor de quien hablas.*

Más tú, hermano mío, que esto oyes, no podrías, no,

en forma alguna repetirla sin ofender la verdad. *¿No conoces al Señor*, tú que aprendiste a conocerlo y a invocarlo sobre el regazo cariñoso de tu madre, de esa mujer admirable que depositó en tu corazón los primeros gérmenes de virtud? *¿No conoces al Señor* que ofendes tú a quien enseñaron tal vez maestros católicos? *No conozco a ese Señor*... Qué ingratitud. ¿No recuerdas aquel día feliz, sin duda el más feliz de tu vida, cuando entre himnos y cantares te acercabas por la vez primera al altar sagrado? ¿Qué buscaban tus miradas ávidas? ¿Qué ibas a pedir al sacerdote? Ah, ibas a pedirle a tu Dios, al Dios de la infancia, al Dios de la inocencia. Y tu Dios bajó a tu pecho, y te hizo feliz, y tu inmensa felicidad era denunciada por las lágrimas que corrían de tus ojos... ¿Lo recuerdas? Y, sin embargo, al ofenderle, has repetido que no lo conocías...

Ah, señores, dejadme deciros lo que siento... Póngome en el triste caso de que hayáis cometido una culpa mortal. Pues bien, yo creo que si aun conserváis un resto de temor de Dios allá en el santuario del alma, el sólo pensamiento de que hayáis despreciado descaradamente al Señor debiera quebrantar de dolor vuestro corazón cristiano y haceros concebir un deseo vehemente de ir a los pies de Dios, en busca de la dulce misericordia... Pero hay más todavía, señores, que pone en mayor relieve la descarada audacia del pecador.

Para medir la gravedad de una ofensa, preciso es comparar la calidad del ofendido con la calidad del ofensor, ya que es manifiesto que cuanto más alta sea la dignidad de aquél, tanto más vituperable y digna de castigo será la conducta de éste.

Ah, si tú reflexionaras, público creyente que me escuchas. Si tú pensaras un instante siquiera quién es ese Dios cuyos mandatos no te cansas de pisotear, de seguro no saldrías de este sitio venerado sin haber jurado a poner de corazón honrado y noble, un odio eterno a tus culpas pasadas y adoptar la resolución digna de tus creencias,

de hacerlas borrar cuanto antes de tu alma atribulada.

Pues bien, voy a recordárselo en breves palabras.

Dios es un ser que reúne en sí todas las perfecciones imaginables. Hermosura antigua y siempre nueva, según la bella expresión de Agustino. Su Majestad y grandeza es tal que en su comparación las testas coronadas de la tierra son menos que un átomo en el infinito. *Quasi pulvis exiguus* (Isai., 40, 15). Es tal su poder, que al decir del pastor, cuando llamó los seres a la existencia. "En el inmenso espacio, al punto circularon —Los orbes que formaron—De mundos un millón". Ese es Dios e infinitamente más todavía...

¿Y el hombre? ¿Quién es el hombre que le ofende y tiene la osadía de pisotear sus órdenes? Santo Dios. No hay en el lenguaje humano palabras adecuadas para pintar su miseria y pequeñez. Si digo que es un miserable gusanillo de la tierra, favorézcolo demasiado; es menos todavía. Si lo comparo a un grano de arena, lo enaltezco. Si lo llamo vil puñado de miserias espirituales y materiales, me acerco a la verdad, si bien no digo aún bastante... Y bien, ¿qué es, pues, el hombre? Respondan por mí los Libros Santos. *Quasi nihilum*. Es como una nada (Salmista).

Una nada. Sí. Tal es, señores, el hombre...

Con que ese gusanillo de la tierra, ese grano de arena, tiene la osadía de ultrajar a todo un Dios. A aquel Dios ante quien tiemblan los cielos y adoran humildes los ángeles del Paraíso. ¿Es posible imaginar un desacato mayor?

¿Qué pensaríais vosotros si vierais a una hormiga desafiando a un gigante? ¿O a un criado de palacio dar de bofetadas a su soberano? ¿No diríais que ello era el colmo de la insolencia por no decir de la locura?

Oh, sí. Ahora comprendo, oh santo Profeta David, que cayeras desfallecido y sin aliento al considerar en la inconcebible malicia del pecado...

Ahora comprendo, que aquella triste caída que man-

chó tu pasado, te llenara de amargura el corazón, y de lágrima los ojos, y que a manera de funesta sombra, te persiguiera a todas partes, como tú mismo lo aseguras.

Peccatum meum contra me est semper. (Ps. 50, 5). Si es tan horrenda la audacia de los pecadores.

Pero ya es tiempo de terminar.

De sobra habéis comprendido, hermanos amadísimos, lo que es ofender a Dios y violar su santa ley.

No dudo que en vuestro espíritu estará hondamente gravada esta convicción: el pecado es un inaudito ultraje a la grandeza y majestad de Dios.

Ahora bien, si lo hubiereis cometido, ¿qué determinación tomaréis? ¿Qué pensáis hacer? Podríais vivir tranquilos imponiendo silencio a vuestra conciencia que vale por los derechos de Dios? ¿Podría un hijo agradecido permanecer indiferente cuando un padre amante se quejara diciéndole: "Tú me has ofendido"? No, de ninguna manera. En almas como las vuestras se impone la resolución de sacudir cuanto antes el fardo de la culpa a fin de poder exclamar con confianza plena: "Padre nuestro que estás en los cielos".

Señor Jesús, Redentor amoroso de la humanidad pecadora, dad una mirada propicia a este auditorio que os pertenece.

Todos ellos se disponen con santo alborozo, a honraros y pasearos en triunfo en el Augusto Sacramento de nuestros altares. Otorgadles, pues, vuestra gracia y favor. Y si os han ofendido, con su reverente actitud os están diciendo: De rodillas, Señor, de rodillas, Y hasta el polvo inclinada la frente, Hoy venimos a ti, oh Dios clemente, Con amante y con fiel corazón.

Así sea.

NECESITAMOS VERDADEROS HOMBRES DE FE

Conferencia dictada en la iglesia de las Agustinas en Junio de 1915. Una de las noches dedicadas a preparar a los hombres a la festividad del Sagrado Corazón.

Hermanos míos:

Dos clases de sociedad existen en la tierra; unas proceden de los hombres y tienen por tanto su origen y objeto puramente humano; otras proceden de Dios y revisten un carácter sobrenatural y divino tal es la Iglesia de Jesucristo, sociedad por excelencia a la cual tenemos la honra de pertenecer.

Como otra cualquiera sociedad bien constituída tiene sus finalidades propias, su espíritu peculiar y característico, que a manera de savia fecundante le comunica vida y lozanía. Y cada miembro de esa sociedad debe a su vez aportar a ella su contingente, es decir una parte de esa savia, ya que en toda asociación es indispensable la cooperación común de los asociados.

Ahora bien, sentados estos principios, yo pregunto: ¿Qué aporte, qué cualidad, qué cooperación exigiremos a los miembros de la gran sociedad de Cristo, a los católicos de la hora presente? ¿Qué les piden con mayor apremio los tiempos actuales?

Hermanos míos, yo creo y lo conceptúo un dogma de la vida práctica, que antes que nada necesitamos, es decir necesita la Iglesia, de *hombres de fe, pero de fe firme y eficiente.*

Y bien, ¿existen en gran número esos hombres de fe?

No os ofendáis, señores, por la respuesta; digámoslo con pena; son bien pocos. Lo que en nuestros días se busca en la religión, no tanto son convicciones, sino *sensaciones;* no tanto se buscan en ella esas fuerzas sobrenaturales que necesita el hombre para no caer ni enlodarse en medio de perniciosos ejemplos, sino *pasatiempo* y novedades para el espíritu. La fe no es ya la brújula de la vida ni el sol de las sociedades, por más que éstas se llamen católicas. El materialismo y la sensualidad tienden un denso velo ante la vista de muchos, los cuales, no obstante militar entre católicos y tener teóricamente el honor de serlo, en la práctica viven y se comportan como paganos.

Vuelvo, pues, a preguntar: ¿Cómo correspondéis a la más premiosa exigencia de la época? Concretamos la respuesta. *Siendo hombres de fe.* Ahí está el secreto del triunfo de nuestros ideales, ahí la clave de nuestra felicidad futura. Así lo enseñó en espléndida frase el Apóstol cuando dijo: *Haec est victoria, quae vincit mundum, fides nostra.* (I Joan., 5, 4). He aquí la victoria que aplastará al mundo, *nuestra fe.*

Hermanos míos, tengamos a paladear esta frase tan plena de luz, de alientos y de esperanzas. ¿Qué es lo que constituye y hace al hombre y le imprime un carácter? Es la idea, es la convicción. Dadme un hombre penetrado, pero hondamente penetrado de un ideal, de un proyecto, y de seguro ese hombre vaciará, si vale la expresión, sus actos y procederes en sus ideales y marchará en invariable consorcio con ellos. Si habla pondrá en su verba toda su alma, si labora sus obras llevarán estampado el sello de sus convicciones. Digo más, si canta, si llora, sus notas, sus lamentos expresarán toda la fuerza de sus sentimientos íntimos, de sus convicciones, de su ideal y por ende sus frases convocarán, enternecerán, dominarán... Esto no admite discusión ni duda.

¿Y quién puede negar que entre todas las convicciones del hombre, la más noble, la que más ahondamente arraigada en el alma es la fe? Sí, esa fe que nos enseña

lo que no ven nuestros ojos y nos da la certidumbre de lo que no se comprende.

* * *

Y bien, señores, ¿sois hombres de fe? ¿Creéis que mientras aquí se verifica esta asamblea de católicos, existe otro mundo de un orden sobrenatural, donde hay almas sumidas en un éxtasis de dicha y felicidad eterna o en una desgracia irreparable? ¿Vivís en la convicción de que la muerte puede heriros en el momento menos soñado y llevaros al tribunal divino donde vuestra vida será puesta en la balanza de la más severa justicia? ¿Creéis que puede haber felicidad en las lágrimas y en el dolor soportados con invicta paciencia y que son bienaventurados los pobres y los desheredados de la fortuna, siempre que soporten su suerte con cristiana resignación? ¿Creéis en todas las verdades del credo católico? Pues todo eso es cabalmente tener fe...

* * *

Pero cuidado. No vayáis a pensar que para ser verdaderos hombres de fe basta creer de una manera genérica y por así decirlo especulativa. Preciso es que esas convicciones se infiltren en las obras de nuestra vida práctica, que sean como sangre circulante en los detalles de nuestra conducta según la bella frase de un gran corazón. (Fidem tamquam sanguinem infundamus). En una palabra, que la fe sea como el pensamiento de nuestros pensamientos, como el amor de nuestros amores, porque no lo olvidemos, la divisa del católico de verdad, es vivir de la fe. Así le enseña el Libro Sagrado; *Justus meus ex fide vivit* (Hebr. 10, 38). *Mis servidores viven de la fe.*

Pero, ¿qué es vivir? Vivir es tener uno en sí mismo

el principio de sus propias actividades. Llamamos agua viva la que corre por su cauce moviéndose sin cesar, y muerta a la que está estancada. Porque el movimiento sin ser la vida misma, es sin embargo, un signo inequívoco de ella. Digámoslo en síntesis; para tener vida se precisa en absoluto tener dentro de sí mismo, el principio de su propio movimiento y actividad, y si el principio de sus actividades es la fe, *el hombre vivirá de la fe, tendrá vida de fe.*

Alguien ha escrito que jamás ha habido más tristezas que en nuestros días, y en parte ello se explica; la abundancia de las riquezas y de los negocios que caracterizan nuestra época y las inquietudes y zozobras del corazón, corren siempre paralelas como líneas que jamás se chocan. Pero también es cierto, que el hombre jamás se ha reído y se ha entretenido más que en la era moderna.

Y sin embargo, vemos que la inquietud abre en las frentes aún juveniles surcos marcados que dejan entrever las agudas preocupaciones del alma. Y si encontráis un rostro sereno y tranquilo, lo miráis como a una excepción. (El caso de alguien que asista a una fiesta en un convento).

Y ¿de dónde este fenómeno? No trepido en afirmar que de la ausencia de la fe en los espíritus, de esa fe que ilumina y enseña a mirar los contratiempos de la vida presente, como meros accidentes en el viaje en pos de una vida mejor; es la fe, señores, y sólo la fe quien comunica al hombre de arraigadas creencias la resignación y la paz, en medio del dolor, lo que equivale a decir que esa alma vive de la fe...

* * *

¡Pero cuán raro es encontrar en las sociedades estas almas que observan un orden lógico en su vida y cuyas acciones sean concordantes con sus creencias! Se cree en un sentido y se procede en otro. Es una inconsecuencia

que confunde... Importa por lo tanto fijarnos normas que armonicen con la fe del hombre, con sus procedimientos en la vida real. Esas normas podríamos reducirlas a tres a) *Inspirar sus intenciones y móviles en la fe.* b) *Proceder en las obras de acuerdo con la fe.* c) *Tener en el diario vivir el lenguaje de la fe.*

* * *

Digo ante todo que un católico de verdad debe al emprender una buena obra inspirar sus intenciones en la fe.

Esto significa sencillamente, hermanos míos, que debemos ejercitar nuestras buenas obras por un motivo sobrenatural, noble y puro, no persiguiendo intereses humanos, sino los intereses eternos. ¿Y hay, señores, algo más noble, más puro, más santo que conformarnos con las enseñanzas de J. C. y dar gusto a su Corazón adorable?

Por tanto si damos una limosna, démosla porque somos cristianos, porque Jesucristo nos enseña y recomienda dar, y démosla pensando en que según sus enseñanzas, un vaso de agua que obsequiemos a un pobre se lo damos a El mismo representado en el pobrecito, y démosla en la forma que enseña la fe, es decir, sin ruido, ni ostentación, sino tan calladamente que si es posible, *no sepa la izquierda lo que hace la derecha.*

¿Os ofenden? ¿Os hacen un agravio? Perdonad y perdonad de corazón. No por debilidad o cobardía, sino porque la santa religión que profesamos, la religión de J. C. nos manda perdonar y olvidar las ofensas. El mundo con sus máximas paganas os aconseja la venganza. Pero el Cristo muriendo en la Cruz responde perdonando y rogando por sus propios verdugos. Y para decirlo todo en una sola frase, toda la vida de un verdadero católico debiera ser *un acto no interrumpido de la fe.* El hombre de fe armado del espíritu de fe, no respira este ambiente terreno,

saturado de orgullo y de sensualidad. Sus pies pisan la tierra pero su cabeza y su corazón están más arriba, están en el cielo. Ese católico piensa según los principios de la fe y ama según las luces de la fe.

b) También el católico digno de este nombre debe proceder en sus obras, según los dictados de su fe.

Creéis que en los templos católicos está presente J. C. Dios y Hombre verdadero encerrado dentro de la pequeñez de la santa Hostia, sin más compañía de ordinario que la tenue luz de una lamparilla.

Pues adorémosle en su humilde morada y miremos el templo como la residencia especial de Dios entre los hombres y jamás hagamos de él un sitio de pasatiempos y frivolidades profanas.

Creéis que la Santa Iglesia católica recibió de su divino fundador la facultad de dictar leyes y preceptos y que de hecho ha ordenado confesarse siquiera una vez al año, a fin de que así el hombre cumpla con el precepto divino de la confesión. Pues procedemos como creyentes leales y sinceros, acercándonos por lo menos anualmente a los santos sacramentos de la confesión y comunión, y nuestra conducta será lógica y concordante con los principios de la fe.

* * *

¿Creéis que la religión católica es divina y la única verdadera y que los Pontífices Romanos y los demás Obispos son los legítimos sucesores de San Pedro y de los Apóstoles, destinados por el mismo Dios para gobernar su Iglesia y que los sacerdotes, siendo hombres como los demás, son sin embargo, los ministros de esa religión cuya misión es salvar las almas? Muy ufanos deberéis sentiros entonces de profesar una religión de tan excelso origen y nuestro deber será defenderla, ora en público, ora en privado. Respetad a vuestros prelados, como vuestros legítimos superiores en las cosas del espíritu y venerad a la

vez, agradecidos al sacerdote católico, a los ministros de Dios cuya alta misión tiene por objeto la salvación de vuestras almas.

* * *

Por último el perfecto católico debe usar el lenguaje de la fe, es decir, debe parar mientes hasta en sus expresiones y palabras, a fin de no herir con ellas las enseñanzas o el espíritu de la fe, debe, en una palabra, tener el lenguaje propio de un creyente.

Señores, la fe tiene doctrinas diametralmente opuestas a los del mundo impío y sensual, las primeras deben ser las vuestras, defenderlas con amor. Ahora bien, la fe tiene su moral, moral del evangelio, profesámosla donde quiera la ocasión se presente.

Y bien es verdad que el Evangelio enseña que es necesario mortificarse para aplacar la ira divina y obtener la remisión de los pecados. Si vosotros afirmarais, de acuerdo con el mundo, que es preciso divertirse y gozar, dar gusto a las pasiones y aprovechar el tiempo de la vida, y otras frases corrientes entre los mundanos, evidentemente vuestro lenguaje estaría en abierta contradicción con el lenguaje del Evangelio, no sería el de un católico.

El Evangelio condena los escándalos, los bailes lascivos, las modas indecentes, los espectáculos contrarios a la moral, etc.

Pues bien, si vosotros aplaudierais esas prácticas perniciosas del mundo haciendo coro con él y tachando de exageración las justas censuras con que las condena la moral cristiana y las ordenanzas de los Pastores que gobiernan la Iglesia, ¿quién podría decir que vuestro lenguaje es el lenguaje de la fe?

Nadie, absolutamente nadie.

El Evangelio declara que es imposible servir a dos señores. A Dios y al mundo. Y bien, si vosotros afirmarais

que es mejor marchar con el siglo, ceder y entrar en componendas con sus doctrinas, ¿no es verdad que vuestro lenguaje y doctrina sería antagónico del lenguaje y doctrina del Cristo y su Evangelio? Ya que ni la doctrina ni el Evangelio de Cristo han cambiado, ni cambiarán jamás, ya que están basados en la verdad que es inmutable y eterna.

El Evangelio nos dice que Jesucristo es el Redentor de la humanidad, el Rey del mundo de las almas, y por tanto el objeto obligado de nuestro amor y de nuestra veneración y gratitud. Cuanto a El le ofende y hiere, hiere la pupila de nuestros ojos.

Ahora bien, si protegierais la prensa impía que toma a veces como blanco de sus ataques a Jesucristo y a su Iglesia, y defendierais vuestro proceder diciendo que el hombre debe leerlo todo, saberlo todo, bueno y malo, no importándoos un adarme el que esa prensa destroce bárbaramente los intereses del catolicismo. ¿Quién, decidme, os tendría por hombres de fe y por amigos de J. C. si usarais ese lenguaje que se coloca al mármol del Evangelio?

Señores, resumamos. *Para ser hombre de fe y vivir según la fe,* cual se precisa en estos tiempos, es de todo punto necesario: *empaparse en el espíritu de la fe, proceder en su conducta, de acuerdo con la fe y tener en cuenta hasta el lenguaje propio de la fe que se profesará.*

¿Qué me resta deciros?

* * *

Replegaos ahora sobre vosotros mismos y echando una mirada a vuestro espíritu, contestadme: ¿Podríais asegurarme que la fe guía vuestros pasos, que es el alma y la vida de vuestra vida, que es la propulsora de vuestras acciones?

Cuando la fe penetra en la inteligencia mediante una honda convicción de la inteligencia, desciende al corazón

y a la vida diaria del hombre. ¡Gran Dios!, no hay entonces fuerza moral superior a ella. Es como una roca de granito sobre la cual se alza el edificio de la vida cristiana. Contra ella se estrellan avergonzadas las atribulaciones, las persecuciones, los vaivenes de la fortuna. Con sobrada razón el Apóstol denomina esta fe, con el más bello epíteto, llamándola *"Escudo del hombre; scutum fidei"*. (Eph., 6, 16). Ella constituye entonces el secreto de la victoria del creyente contra el mundo; *Haec est victoria, quae vincit mundum, fides nostra.* (I Joan., 5, 4). ¿Qué digo? Ella, esa fe, fué el yunque que formó esos héroes del cristianismo que llamamos los mártires, sea en los primeros siglos de la Iglesia, sea bajo la fórmula de los Nerones modernos. Oídme para terminar, un caso edificante; Julio Mora, joven mejicano de modesta condición, es apedreado y horriblemente martirizado por el único delito de haber proclamado y vivado a Cristo Rey. A fuerzas de tormentos se quiere obtener de él la apostasía de su fe; pero el intrépido joven, entre arroyos de sangre mantiene la integridad de sus creencias y proclama con ardor a Jesucristo. Esto pasaba en la calle pública. Alguien conmovido por el espectáculo, pone en conocimiento de lo que ocurre a la madre de aquel valiente, la que se hallaba en la casa vecina e ignoraba lo que ocurría en la vía pública. Acude presurosa.

¿Qué hace ante aquella escena de sangre? ¡Oh conducta digna de ser inmortalizada en el mármol y el bronce! *Hijo mío,* dice al joven, *no cedas; tu fe vale más que esos tormentos. No la pierdas, muere por ella e irás al cielo.*

Sublime enseñanza de aquella heroica, digna madre de un héroe. El joven sucumbió a la violencia del suplicio y su alma voló a las mansiones eternas.

* * *

Hermanos muy amados, bendigamos a Dios por ha-

ber nacido en el regazo de la fe de Cristo, pidamos al Padre Celestial que esa fe sea la norma de nuestra vida y el ángel divino que cierra nuestros párpados en la hora postrimera.

Así sea.

"EL PRECEPTO DIVINO DE LA CONFESION".

Conferencia dictada en la iglesia de las Agustinas en Junio del año 1915.

Hermanos míos:

Os he hablado de la divina misericordia. Me asiste la íntima convicción de que el fondo de vuestra alma se ha estremecido dulcemente al pensamiento de que Dios nos ama con amor de Padre y nos ama a despecho de nuestras repetidas ofensas. ¿Quién, señores, podría permanecer indiferente, cuando los Libros Santos representan a Dios con el corazón y los brazos abiertos en ademán de estrecharnos? Todo esto se palpa en el terreno de los hechos.

Dios en verdad ha establecido en la tierra un tribunal donde vació, dejadme hablar así, los raudales de su infinita misericordia. Ese tribunal, amable y venerable a la vez, es el tribunal de la Confesión... De la Penitencia... Ahí tenéis una venerable creación del Cristo: es ella el áureo conducto por donde llega a nuestras almas su sangre redentora que borra nuestros pecados y los de todo el mundo...

Yo comprendo, señores, que deseáis oír algo acerca de él y os complaceré con el mayor agrado de mi alma. ¿Quién podría negar, por lo demás, la palpitante actualidad del tema? ¿Quién de vosotros no habrá oído, sin

quererlo acaso, ataques repetidos, prevenciones, diátribas y sátiras contra la confesión Sacramental? En realidad, es éste un asunto antiguo y siempre nuevo; siempre combatido pero siempre triunfante. Dediquemos, pues, algunos momentos a resfrescar las ideas con relación a él: Origen divino de la confesión, grandes beneficios de la confesión; tales serán los dos pensamientos centrales de la conferencia de esta noche...

Quiera el señor ayudarme con los auxilios de su gracia.

¿Quién instituyó la Confesión? ¿Cuál es su origen? Preguntas son éstas cuyas respuestas entrañan toda una doctrina. A todas ellas respondo en una sola afirmación. *La Confesión fué instituída por el mismo Jesucristo, Dios y HOMBRE VERDADERO.* Y por consiguiente la confesión es una institución divina. Y nada más fácil de probar que esta verdad.

Desde luego, ahí están las palabras que Jesucristo dijo a sus apóstoles y en la persona de ellos a todos los sacerdotes católicos: *"Serán perdonados los pecados de aquellos a quienes vosotros los perdonareis; y serán retenidos los de aquellos a quienes vosotros se los retuviereis.*

Como veis, señores, con esas palabras, el Cristo delega a los sacerdotes una facultad que sólo pertenece a Dios; *la de perdonar los pecados.* Y se la delega lo más amplia posible, como es de perdonar a unos y de no perdonar a otros, según lo juzgue procedente el que perdona... Y bien, ¿a quiénes se los otorgará y a quiénes se les negará? ¿Obrarán arbitrariamente, apasionadamente? ¿Tal vez por empeño, por simpatía, o antipatías como sucede a veces entre los hombres? ¿Sería ése el pensamiento de Jesucristo al poner en manos del sacerdote tan estupendos poderes? Imaginarlo siquiera sera una blasfemia. Jesucristo no pudo querer sino que los sacerdotes concedieran o negaran el perdón según el estado de conciencia del penitente. Pero,

señores, ¿cómo juzgará el sacerdote si aquél es digno o indigno del perdón?

Para concederle o negarle, debe conocer las interioridades de su alma. Alguien debe necesariamente suministrarle los datos indispensables sobre el particular, vale decir, declararle las culpas y sus circunstancias. Los tribunales humanos hacen comparecer testigos, toman declaraciones etc. antes de dar su sentencia.

Ahora bien, ¿quién ilustrará al sacerdote del estado de la conciencia del pecador, sino el pecador mismo? Ni el sacerdote ni ningún mortal tienen el don de penetrar los corazones; de manera que, si el mismo penitente no confiesa y expone sus faltas, no habría medio humano de conocerlas; ya que en este santo tribunal, único en su especie, el penitente es a la vez reo y testigo; su palabra es la única que puede hacer fe. Por tanto, señores, con las mismas palabras con que facultó a los sacerdotes para perdonar los pecados o para negar el perdón J. C. impuso a los fieles la obligación de declararlos, es decir, estableció de hecho la obligación de confesarlos como único medio de obtener el perdón de las faltas mortales cometidas después del Bautismo. Y si no lo ordenó expresamente fué sin duda por ser inútil y Dios no hace cosas inútiles. Pero dejemos a un lado las deducciones de la recta razón y acudamos al testimonio de la historia. Si consta que desde el tiempo de los Apóstoles los fieles se han confesado, es evidente que la confesión es un precepto impuesto por el mismo Jesús ya que los apóstoles y los primeros cristianos son los testigos auténticos e irrecusables del pensamiento de Cristo. Este raciocinio es de una claridad meridiana. Ahora bien, el hecho consta con seguridad indiscutible, ni deja lugar a dudas. En tiempo de los apóstoles los cristianos confesaban ya sus culpas a los sacerdotes para obtener su perdón. San Clemente, discípulo y sucesor del Apóstol San Pedro, refiere que San Pedro enseñaba que se dijeran a los sacerdotes hasta los pensamientos pecaminosos... *Porque después de esta vida no podremos ya confesar ni hacer*

penitencia, en cualquier lugar que nos hallemos. (Ep. II ad Cor.). Y el Evangelista San Lucas en su libro titulado *"Los hechos apostólicos"* afirma que los fieles acudían a los pies de los Apóstoles para decir sus pecados y obtener el perdón". Por su parte el gran Tertuliano, que vivió en el siglo II de la Era Cristiana y Orígenes que vivió en el tercero, uno y otro hablan de la confesión de los pecados como de una práctica establecida desde el tiempo de los Apóstoles y en vigor en todas partes. Y ¿qué decir de los siglos posteriores? Son tan numerosos y claros los testimonios que sería inoficioso citarlos.

Los enemigos de la confesión propalan con aires de triunfo que la confesión es una burda invención humana, en que han tomado parte los mismos sacerdotes etc. Pero una afirmación semejante es inadmisible, primero por ser enteramente gratuita y además por cuanto está en abierta pugna contra el simple sentido común...

Desde luego. ¿Quién fué ese hombre tan audaz que inventó la confesión y logró imponerla al mundo entero como algo necesario para salvarse? ¿Cuál fué su patria, sus padres, su actuación? Ni la historia, ni nadie ha recogido su nombre ni dado referencia alguna acerca de él... ¡Cosa extrana y anómala por cierto! Quién no ve que el introductor de una novedad tan transcendente como la confesión debió de ser persona de gran prestigio y ambiente, distinguidísima bajo todo concepto, para que todos, papas, reyes, y súbditos, se sometieran a su doctrina tan contraria a la libertad y a la independencia humana. ¿No os parezca lo más natural, señores, que el hombre que obtuvo tales éxitos debía haber pasado a la posteridad entre los aplausos de los buenos y las protestas de los malos? ¿No era justo, muy justo que su nombre se hubiera grabado en el bronce y en el mármol y que monumentos perpetuaran su memoria?

Pasaré por alto los nombres de los inventores de los progresos modernos en el orden físico y material, nombres que nadie ignora: Gutemberg, Rogelio Bacon, Voltá, Pas-

teur, Marconi, etc. etc. ¿Quién no habla de ellos y de sus descubrimientos, tocante ahora a los fundadores o iniciadores de las diversas prácticas y devociones más renombradas dentro de la piedad católica, quién ignora que Simón Stock, santo monje carmelitano, fué quien recibió de las propias manos de la Virgen María el célebre escapulario del Carmen y el encargo de propagarlo por el mundo; que Domingo de Guzmán fué el fundador del Rosario en la forma que actualmente lo recitamos; que la devoción al Corazón de Cristo tuvo su iniciadora y su Apóstol en Santa Margarita María de Alacoque a quien se apareció varias veces Jesús y le confió la tarea de establecer, propagarla y difundir en la Iglesia la devoción a su Corazón Divino y que Bernardita Subirous, modesta aldeana, hoy elevada a los altares, fué el brazo derecho, diremos así, de la Virgen María, la cual se apareció en Lourdes e hizo de ese histórico lugar el centro de sus grandes misericordias? ¿Para quién son una novedad los hombres precipitados?

Y ¡Cosa incomprensible! Sólo el nombre del que inventó la confesión y la impuso al mundo bajo pecado, ha quedado en el olvido... ¿Es esto posible? ¡Oh, no, señores! Eso es muy cercano a lo absurdo y aún a lo ridículo.

Oponerlo siquiera como un argumento contra el origen divino de la confesión, es infantil y más que infantil, es inaceptable. De todo lo cual se desprende como una consecuencia ineludible, que la confesión no ha sido ni puede ser fundada por los hombres, sino por Jesucristo, como lo enseña el Catolicismo, por Jesús, repito, único que como Dios pudo imponer esa carga espiritual a la conciencia humana.

Pero, señores, hay todavía una razón que por sí sola bastaría para convencer aún el espíritu más apasionado y es el hecho de que siempre se ha guardado el sigilo sacramental...

Vosotros sabéis, señores, que el sacerdote no puede revelar jamás ni la más leve falta de las que ha oído en confesión y esto que aunque se le amenazara con quitarle la

vida; tan severa es para él la obligación del secreto. Pues bien cabe notar aquí la impiedad tan hábil en aprovechar cualquiera oportunidad para atacar al sacerdocio, jamás ha podido arrojar una imputación en esta materia contra los ministros de la confesión. Cosa bien rara por cierto, ya que, siguiendo la máxima volteriana aquella de "Miente y miente que al fin algo queda" no han osado inventar ni propalar nada contra el secreto del sacramento. He aquí un hecho verdaderamente prodigioso. Por difíciles que hayan sido las circunstancias, jamás podrá citarse uno solo que conscientemente y a sabiendas haya revelado alguna falta de las oídas en la confesión.

¿No es verdad, señores, que esto es por demás revelador?

En efecto, la confesión está en uso desde hace cerca de dos mil años. En tan largo período de tiempo, ¿cuántos sacerdotes no habrán administrado el sacramento de la penitencia? Podrían contárseles por millones. Entre esos sacerdotes, triste es confesarlo, ha habido algunos que en otras materias han faltado a su deber y fueron la vergüenza del sagrado ministerio, más aún, se entregaron a vicios degradantes y renegaron de la Iglesia que los había hecho sus ministros.

Otros hubo que con hablar una sola palabra pero faltando el secreto, habrían obtenido altas dignidades o escapado de una muerte segura, pero que prefirieron los suplicios y la muerte antes que burlar la confianza en ellos depositada por el penitente. ¿No es esto para admirarlo, señores?

¿Un hecho como éste acaso no lleva estampado el sello de lo alto?

¡Oh! signo.

Sí, señores, de todo esto podríamos decir sin vacilar: *Aquí esta el dedo de Dios. Digitus Dei est hic* (Exod., 8, 19). Parece que el divino Fundador del Sacramento hubiera sellado con cien candados los labios del sacerdote a

fin de que jamás se abran con perjuicio de aquél. Parece que el Dios que dijo al mar: "Hasta aquí llegarás", señalando por valle unos cuantos granos de arena, hubiera dicho igualmente a sus ministros: "Hasta aquí llegará vuestra libertad, en lo que mi providencia intervendrá en modo especialísimo será en lo concerniente al secreto sacramental; yo jamás os permitiré violarlo".

Mas no vayáis a creer, hermanos míos, que todo esto es tan sólo bella teoría; hay cien hechos que la han corroborado en la práctica. Abramos la historia.

Durante la presidencia de Gamarra en el siglo pasado, ocurrió en el Perú suceso impresionante. Sublevada la guarnición del Callao, envióse desde Lima un batallón a sofocarla y destruir todos los gérmenes de revuelta. El jefe de la fuerza Limeña ordenó que todos los cabecillas fueran fusilados y para ello se preparasen confesándose. Se confesaron en efecto los desgraciados y se prepararon para morir. ¿Qué hace entonces el jefe de la fuerza? Llama al sacerdote confesor y le exige, bajo pena de ser fusilado, que le dé a conocer los secretos que ha oído y quiénes son los cómplices de la revuelta para liquidarlos. Cumpliendo con su deber, el capellán se negó resueltamente a acceder a esta petición. Ante esta negativa, aquel torpe jefe le da orden que se confiese y prepare a su vez porque va a ser fusilado. Confesóse el sacerdote y pronto caía muerto ante una descarga de fusilería. Ahí tenéis un caso de reciente fecha. De ejemplos como éste está sembrada la historia de la confesión Sacramental.

II

Probada ya hasta la evidencia en que la confesión es una institución divina, tócame ahora desarrollar el segundo punto, las grandes ventajas del sacramento.

El Santo Evangelio resume en dos palabras la vida de Jesucristo sobre la tierra. *Pasó haciendo el bien. Per-*

transiit benefaciendo (Act., 10, 38). Al hablaros del sacramento de la confesión puedo yo decir otro tanto: *Pasó haciendo el bien.* Son tantos en realidad, y tan grandes los beneficios que ha venido derramando en el mundo desde su institución, que bien puede tributársele ese elogio: el bien a que lado lo ha hecho en el orden espiritual y en el temporal, al alma y al cuerpo. Discurramos unos breves instantes acerca de los beneficios relativos al alma, ya que no tendremos tiempo de hacerlo respecto de los temporales.

El más culminante de sus beneficios espirituales es, sin duda alguna, *la reconciliación del alma con Dios.* En efecto, cuando el hombre se ha hecho reo de una culpa grave interpónese entre el alma y Dios un muro de separación, pero de separación eterna, según la palabra de Isaías. (Isai., 59, 2). ¿Y hay algo más triste que esto para un hombre que tiene fe?

Esa alma en estricta justicia perdió el derecho de llamar a su Creador con el inefable nombre de "Padre", con que nos enseñaron nuestras Madres. ¡Pobre pecador, infeliz pecador! Yo te compadezco. Mientras los corazones limpios derraman el ánfora de sus penas y deseos, en íntima confianza en el corazón del Padre de los cielos; mientras el alma en gracia, en medio de sus penas levanta hasta El sus miradas suplicantes buscando en su bondad un rayo de consuelo tú habrás de tener tu mirada fija en la tierra, sin atreverte a levantarla porque sabes que has ofendido a tu Dios, al mejor de los padres.

¿Y puede haber desgracia comparable a esa desgracia? En realidad no la hay mayor, ya que fácilmente puede convertirse en desgracia eterna.

Y bien, hermanos míos, ¿quién derribará esa muralla de bronce? ¿Quién reconciliará al Creador con la ingrata creatura? ¡Bendito seas, bondadoso Señor! Será la Confesión, será ella quien restablecerá las rotas relaciones. ¿Y queréis saber ahora, señores, cómo se realiza tan bella reconciliación? Dos agentes concurren a producirla: el co-

razón del penitente y la palabra del sacerdote. El primero se presenta quebrantado por el arrepentimiento y humillado ante sus faltas que acaba de denunciar, y éste a su vez pronuncia aquella palabra omnipotente: *"Yo te absuelvo de tus pecados"* y la pronuncia en calidad de delegado de Cristo quien le dijo: "Todo lo que atares o desatares sobre la tierra será atado o desatado en el cielo". Y en aquel instante, *¡Oh prodigio digno solo de la divina clemencia!*, aquel corazón arrepentido queda limpio de sus miserias, caen hechas trizas las cadenas del pecado, que lo ataban al infierno, estremécese y derrúmbase la fatal muralla que los dividía y se estrechan con indefinible abrazo el Padre ofendido y el hijo ofensor...

¡Hermanos míos, lejos de vosotros la idea de que Dios haya puesto alguna limitación al poder de perdonar que concedió a sus ministros! No, sus palabras son absolutas y no admiten excepción. Por enormes que hayan sido vuestras culpas; aunque pesara sobre un solo penitente toda la maldad del género humano entero; ¡Gran Dios! ¡qué portento! Si ese hombre llega humilde y contrito a buscar el perdón y si el sacerdote deja caer de sus labios la sentencia absolutoria, siempre se realizará el mismo prodigio: de enemigo de Dios que era, quedará trocado en su hijo queridísimo.

¡Oh poder reconciliador de la confesión, cuán grande eres! Pero no es esto todo, señores. De la reconciliación efectuada en el sacramento derívase para el alma una consecuencia preciosa; es la íntima paz que la inunda y la domina toda entera. Más de alguna vez lo habréis experimentado en vosotros mismos. Antes de arrodillaros a los pies del sacerdote, algo como una montaña pesaba sobre vosotros; el remordimiento os asediaba, no teníais paz, no erais felices. Pero qué misterioso cambio se operó con la recepción del Sacramento.

La tranquilidad más dulce, la más completa paz, reflejo de la amistad de Dios, reemplazó el remordimiento y se adueñó de vuestro espíritu. ¡Ah! es que ya erais otros

hombres, erais compañeros de los ángeles, erais hijos amados del Padre Celestial!

Correrán lágrimas, sin duda, en esos instantes y acaso en abundancia; pero serán lágrimas de gozo, ah, con qué fina agudeza, católicos, dijo el apologista Tertuliano que la confesión *"es un mal cuarto de hora, pero un cuarto de hora seguido de muchos días, y aun años de inefables dulzuras"*. Si te confiesas, agrega el protestante Chillingourt, convertido al catolisísmo, te convencerás hasta la evidencia de que el entendimiento humano es incapaz de concebir esa especie de arrobamiento, ese torrente de alegría y de paz que invade el alma del que ha tenido la suerte de hacerlo". Y no puede menos de ser así. Acaso no es grande dicha el poder decirle uno a sí mismo: "Hasta hace poco, yo arrastraba una vil cadena cuya extremidad tocaba al borde del abismo eterno; mas ahora ya se ha tronchado y gozo de la inefable libertad de los hijos de Dios". Por lo cual hay razón para exclamar con una de las lumbreras del cristianismo: Oh confesión, tú eres la felicidad del hombre culpable! (Tertuliano). Produce todavía la confesión otro inapreciable beneficio; consiste en que evita al hombre la desesperación. Suponed un sujeto manchado por graves y numerosas faltas. Asustado de su propia obra, pues al fin tiene fe, se repliega sobre sí mismo y siente los toques del arrepentimiento. Supongamos que arrodillado ante un crucifijo, pida al Señor perdón de sus faltas. Digo más: Suponed que en la sinceridad de su dolor, diga como David: *Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam* (Ps. 50, 3). Está bien; supongamos todo eso y mucho más. Sin embargo, ¿quién podrá asegurarle que Dios le ha perdonado? ¿Bajará un ángel del cielo a comunicarle la feliz noticia? ¿Esperará que Jesucristo mismo le hable como le habló a la pecadora del Evangelio, diciéndole: "Tus pecados te son perdonados"? ¡Vana ilusión! ¿Quién entonces le dará esa seguridad que necesita? ¡Gran Dios! ¡Será ese hombre a quien el mundo mira de reojo y a quien calumnia y des-

precia y que se llama el *sacerdote!* El infortunado pecador oye de sus labios la palabra bendita "Yo te perdono tus pecados" y al punto, la más tranquila calma renace en el fondo de su pecho. ¿Y por qué? Porque aquella palabra es la palabra oficial, por así decirlo; porque esa palabra es pronunciada por quien tiene autorización divina para pronunciarla; porque sabemos que Jesucristo ratifica en el cielo lo ejecutado por su ministro de la tierra... ¿Y qué decir, señores, del poder preventivo de la confesión? ¿Cómo olvidar que con ella se evitan innumerables crímenes, desgracias, escándalos? Y así es en efecto. El corazón humano es un abismo henchido de inclinaciones perversas. Pero el hombre no las conoce por sí mismo; un ojo extraño, ése, sí, las ve, las conoce, porque mira con imparcialidad. Excusado me es decirlo, señores, que ese personaje extraño es el confesor; es él quien levanta el velo y pone a la vista del penitente las llagas ocultas de su alma; quien alumbra, aconseja, descubre el camino extraviado e indica el recto sendero. Ah señores, sólo Dios sabe cuántos adulterios se previenen, cuántos divorcios se evitan, cuántas amistades ya rotas o por romperse, se estrechan por medio de la confesión. Sólo Dios sabe, repito cuántos jóvenes deben a este sacramento la gracia de conservarse en pureza de costumbres. Y ello se explica sin gran dificultad. Esta sola reflexión: "Si cometo esta falta tendré que decirla al confesor", ¿no es verdad que puede impedir muchos excesos y desórdenes? Todo esto se haya corroborado por la experiencia... ¿Qué ha sucedido, en efecto en los países donde la confesión fué abolida por el protestantismo? Que se desencadenó el más atroz libertinaje. Así lo cuenta la historia. Tan grande fué el desborde de las pasiones que los luteranos de Nuremberg, horrorizados de lo que veían, enviaron una embajada a Carlos V. pidiéndole el restablecimiento de la confesión por medio de un edicto imperial. Petición infantil sin duda, pues ¿qué puede la autoridad temporal en el santuario de las conciencias? Pero que manifiesta la convicción de los pe-

ticionarios en orden a la eficacia de la confesión.

¿Pero qué estoy haciendo? Nada os he dicho del bien por excelencia producido por la confesión y es el consuelo que lleva al pecador moribundo. En aquel tremendo momento de que depende la *eternidad* feliz o desdichada, todo contribuye a desconsolar o decepcionar al infeliz pecador. El pensamiento de la justicia de Dios y el recuerdo de sus injustificables extravíos, ¡ah! cómo le torturan y destrozan el alma.

¡Hermano mío desventurado, diríale yo! ¿Quién te consolará? ¿Quién hará lucir un rayo de esperanza ante tu mirada entristecida? De nuevo: será el amigo entre los amigos, será el sacerdote...

Preséntase la religión personificada en su ministro, llevándole la paz y el consuelo en el momento supremo. Todo cambia. Aquel corazón oprimido se dilata, ofrece tranquilo al Señor el sacrificio de su vida y se arroja.

Confiado en el seno de la infinita misericordia... ¿Y de dónde tanta dicha? De aquellas palabras incomparables: "Yo te absuelvo de tus pecados". Terminemos, señores, pero no sin echar antes una mirada abarcadora hacia todo lo que habéis oído, y tomemos resoluciones dignas de un cristiano.

Es fuera de dudas, es de fe que la confesión establecida por J. C. y que es uno de los siete sacramentos de la Iglesia. La confesión es una fuente de inapreciables bienes para el alma. Ante estas verdades que os he demostrado hasta la saciedad, exclamemos como exclamaba en un transporte de admiración un venerable Obispo: "Tales son tus prodigios, oh religión católica; tú sola puedes presentarlos. Mientras la incredulidad abandona sus partidarios en los brazos de la más angustiosa desesperación, tú reendulzas para tus hijos el dolor, las penas, hasta los mismos tormentos" (El Ob. de Strasburgo). Señores, esa fuente de divina regenaración os aguarda; disponeos para removerlas como las de la piscina del

Evangelio a fin de que sean saludables a vuestras almas. Ea, pues, cristianos, caballeros y jóvenes, poned en práctica mañana lo que creéis desde vuestra infancia, y pedid al ministro de Dios que pronuncie sobre vosotros la frase que abre los cielos: "Yo te absuelvo de tus pecados".

Así sea.

"ES UN GRAVE DELITO CONTRA SI MISMO EL DIFERIR SU CONVERSION A DIOS".

Conferencia dictada en la iglesia de las Agustinas en Junio de 1916.

Hermanos míos:

Corre entre la gente de sociedad, *entre la juventud dorada, entre los cristianos de salón,* si me permitís la frase, cierta máxima, algo así como un axioma que, a fuer de presentarse de apariencias inofensivas, y acaso halagadoras, no trepidan en suscribir todos aquellos que desean vivir sin remordimientos de conciencia. La máxima que me refiero podría formularse en estos términos: "Es verdad que si el hombre ha ofendido a Dios, debe reconciliarse con El, y tratar de asegurarse una suerte feliz en la eternidad. Pero no hay que precipitar este negocio: con que ello se practique *después, a su debido tiempo,* al fin de la vida eso basta". Y apoyados en este principio, veréis a los mundanos entregarse tranquilos en brazos del placer o de la más absoluta indiferencia religiosa.

Y bien, señores, ese acariciado *"después", "a su debido tiempo"* ¿qué valor tiene a los ojos de la fe, de la razón, de la experiencia? Ninguno, absolutamente ninguno. Al contrario, lejos de basarse en fundamentos medianamente sólidos esas expresiones entrañan una doctrina desquiciadora que precipita por millares las almas en la desgracia eterna.

Y para apartar de vosotros hasta la posibilidad de adoptarla, quiero contraponer a ellas, probándolo con razones incontrovertibles el siguiente aserto: "Es temerario y criminal el aplazar indefinidamente su conversión a Dios". Estadme atentos, os ruego, Señores, y os garantizo, que como personas de sano criterio, no os separaréis de este recinto, sin haber arribado a esta conclusión: "Por tanto debo tomar la resolución inquebrantable de volver a Dios ahora mismo o cuanto antes me sea posible.

A la verdad, señores, para convertirse de veras, son indispensables tres cosas: *tiempo oportuno, auxilio de Dios y voluntad sincera.* De consiguiente para que un cristiano pudiera demorar impunemente su vuelta a Dios, sin peligro de condenarse sería indispensable que dispusiera de esos tres elementos en el instante que él los deseara. La consecuencia es tan clara como la luz.

Ahora bien, ¿puede el cristiano contar con ello en el momento preciso? Ah, no en modo alguno, señores. Ni con el tiempo necesario, ni con la gracia de Dios, ni con su propia voluntad. Por tanto es un audaz temerario, es un enemigo de su alma, quien aplaza voluntariamente su conversión para el fin de la vida. Escuchadme.

Primeramente, señores, ¿cómo no ver que el hombre no puede contar con el tiempo necesario y oportuno? ¿Contará acaso con el tiempo pasado? Pero ya el pasado no le pertenece, transcurrió para no volver jamás. Lo único que de él queda en pie son los méritos o las responsabilidades por las buenas o malas acciones, esto sí queda escrito indeleblemente en el libro de la vida humana. Todo pasa, dijo Teresa de Jesús, menos lo que por Dios hayamos hecho.

Pero ¿podrá el hombre disponer del porvenir? Mas todos sabemos que nada depende menos de nosotros que el futuro, el porvenir sólo pertenece a Dios. *Hay ciertos tiempos, ciertos momentos*, dijo Jesucristo Señor Nuestro, que el Padre Celestial se ha reservado para sí, y esos tiempos y momentos son, sin duda, aquellos en que la humanidad

ha de comparecer a la presencia divina para rendirle cuenta de sus actos.

¿Quién puede, señores, por más alta jerarquía que ocupe en la tierra detener la carrera del tiempo o prolongarlo a su antojo y voluntad? Locura insigne, por cierto, sería pretenderlo. Oh, desgracia, exclamaba un rey de Francia en sus postreros días, yo con todo mi poderío no soy capaz de alargar mi vida por una hora.

Me diréis tal vez que Dios ha prometido perdón a los arrepentidos, en cualquier tiempo que vuelvan a su dulce amistad. Cierto, os responderé a mi vez; es ésa una verdad consoladora de mucha fe. Pero también os diré con San Agustín que jamás Dios ha prometido darles tiempo para arrepentirse a los pecadores que sin motivo alguno difieren su conversión. Si con sincero corazón vuelven a él, es una verdad de fe, que les abrirá sus brazos; ha empeñado su palabra y la cumplirá. Pero ¿tendrán tiempo de volver? He ahí la incógnita. Dios ha prometido perdón al arrepentido, mas no el *tiempo de arrepentirse.* Entre una y otra cosa hay inmensa diferencia. Pero sigamos.

Yo doy vuelta las páginas de los Libros Santos, buscando alguna frase, alguna palabra siquiera en que se prometa a los pecadores rezagados ese *después,* ese tan sonado *más tarde* con que aparentan contar; pero no la hallo. Lejos de hallarla, si abro el Evangelio, veo que todas las enseñanzas, todas las advertencias que Jesucristo nos hace, van directamente encaminadas a desvanecer esa temeraria confianza en el porvenir. Sus palabras tronchan a fondo las esperanzas de los pecadores.

Ya nos asegura que la venida del Hijo del Hombre, así se llama a sí mismo, será semejante al relámpago que de súbito brilla de Oriente a Occidente, admira y desaparece...

Ya nos enseña que la muerte se presentará como el bandido que asecha en la noche la hora de mayor descuido para dejarse caer sobre una familia...

Ya, en fin, nos advierte de un modo severo y termi-

nante, que estemos siempre listos, *estote parati* (Mat., 24, 44; Luc., 12, 40). Pues en el instante menos pensado, vendrá el Juez Divino, es decir, la muerte, tras la cual seguirá el formidable juicio ante el tribunal de Jesucristo. Esto es lo que leo en las páginas de la Divina Escritura.

Y siendo esto así siempre, ¿en qué basan su tardanza, su estoica indiferencia las gentes del mundo, cuando invocan ese fatal *después?*

Yo apelo a vuestro buen sentido, a la rectitud de vuestro corazón, y apoyado en ella y sin temor de ser desmentido, afirmo que son simplemente *crueles* con el alma inmortal que Dios les diera. Sí, crueles y en el más alto grado de la crueldad.

¿Qué nombre merecería, si no, señores, la conducta de quien dejara para después la curación de una grave enfermedad corporal pudiendo efectuarla al instante? ¿No sería una horrible crueldad, y una suerte de suicidio? Y si tal sería tratándose del cuerpo, ¿no será un delito incalificable, una crueldad más que de fiera, dejar el alma expuesta a una ruina sin término?

Pero, señores, arribemos ya a la conclusión que se impone. Si para procurarnos una eternidad feliz no disponemos ni del pasado ni del porvenir, ¿qué tiempo nos pertenecerá? ¿De cuál echaremos mano? La respuesta afluye a los labios: Nada más que del tiempo presente; he ahí el único nuestro; mañana puede haber comenzado para vosotros la temible eternidad...

* * *

Ya que no con el tiempo, ¿contará el pecador al menos con la gracia de Dios para cuando resuelva cambiar de vida? Nada menos cierto que todo eso.

Ante todo recordemos que, según las doctrinas de la fe, ni un buen pensamiento puede el hombre tener en orden a su salvación eterna sin el socorro de la gracia. Así lo enseña San Pablo, sin dejar lugar a duda, en una de sus epístolas.

Además, señores, el caso a que me refiero es el de un pecador, que como hay tantos vive al parecer tranquilo en su pecado o en su indiferencia religiosa, con la idea sí, de volver a Dios y tornarse buen cristiano, algún día... Y bien, un corazón en tales disposiciones, ¿puede prometerse los auxilios de la gracia divina? Nuevamente lo repetiré: no hay fundamento alguno para tal esperanza. Sin ir más allá, ¿quién no ve, que ello sería exigir que Dios sea fiel con quien le desprecia? ¿Y acaso no es despreciar a Dios el despreciar sus avisos, sus llamados, los golpes que en las formas más variadas da en el corazón de los pecadores convidándolos al arrepentimiento? ¿Y acaso no es un *insulto bochornoso* para la Majestad Divina el que el hombre lo busque *allá en el ocaso de sus días*, para ofrecerle los restos, los desperdicios de una vida pasada en ofenderle? Porque es manifiesto, señores, que ese pródigo vuelve a Dios, no por amor, sino, doloroso es decirlo, porque la vida se le escapa y ya no le será posible seguir ofendiéndolo. Y en tales circunstancias, ¿será lógico, será justo que se prometa los auxilios de ese Dios a quien tanto ha despreciado? (Ejemplo: el *solterón* que, para confesarse, preguntó al confesor si se moriría).

Pero hay todavía algo más monstruoso: ese pecador hace a Dios cómplice de los pecados. Añadir pecado a pecado, vivir una vida de placeres ilícitos, sin preocuparse lo más mínimo de los preceptos de Dios, y confiar, no obstante, en que el Señor nos dispensará su gracia en el momento oportuno, es algo más que creerlo indiferente ante las injurias que se le infieren: es hacerlo *cómplice*, horroriza el decirlo, de las maldades de sus creaturas: es mirarlo como un instigador consciente y disimulado de los vicios del hombre. Una conducta semejante del hombre para con Dios equivaldría a usar con el Creador de este lenguaje: "Señor, como Vos lo sabéis, soy inclinado al mal desde mi nacimiento; mis pasiones me arrastran fuertemente y piden satisfacción. Por otra parte, Vos, Señor, sois la misericordia misma y tenéis compasión de vuestras creaturas. Pues bien, yo os ofenderé a mi sabor,

quebrantaré a diario vuestros mandamientos y daré rienda suelta a mis pasiones. Mas, cuando ya cansado de ofenderos, determine volverme a Vos, confío en que no me negaréis el auxilio de vuestra gracia, en virtud de vuestra inagotable clemencia".

¿Qué os parece, señores? ¿Puede inventarse mayor injuria? No digáis que en las palabras anteriores hay exageración: ellas son la interpretación exacta de la conducta de muchos que se titulan creyentes, pero que viven como paganos. ¿Qué os parece, pues? ¿Podríais imaginaros mayor insolencia contra la divina Majestad que la que vengo describiendo? Con todo, digámoslo bien alto: de tamaña insolencia se hace reo el cristiano que no tiene reparo alguno en herir por sus ofensas el Corazón de Jesucristo y no obstante confía que ese mismo Jesucristo le ayudará a salir ileso del lodazal de sus extravíos.

Gran Dios que tienes en tu mano la vida y la muerte, y ejerces la misericordia y la justicia. Si en este auditorio se encontrara un corazón tan ofuscado, quien quiera que sea, yo te pido en su favor una mirada de clemencia...

Padre celestial, manda que la palabra de tu ministro sea para él un rayo de luz salvadora; luz que le abra los ojos del alma y le resuelva a volverse a tus brazos amorosos...

Pero, señores, ¿y qué decir, de la enorme deslealtad del cristiano que ofende y espera que el ofendido lo colme de favores? Aun me viene a la mente otra consideración que servirá para reforzar las anteriores. En la conducta del pecador que ofende habitualmente a Dios y espera confiadamente sus auxilios, encuentro algo que no sé cómo calificarlo; por lo menos puedo llamarlo una *torpe deslealtad*. Sí, deslealtad, digo y con perfecta razón. Y ¿por qué? Por cuanto ese cristiano ofende a Dios (en el más precioso de sus atributos que es su misericordia, y lo ofende) cabalmente porque es bueno y misericordioso, es decir, torna contra Dios sus propias bondades, lo hiere con sus propios dones... ¿Y no es ésta, decid-

me, una bajísima deslealtad? Ah, desventurado, yo quiero citarte ante el tribunal de tu propia conciencia. ¿No adviertes que procediendo así te cierras la única puerta que da acceso al corazón de Dios? ¿No comprendes que ofendiendo a la misericordia de tu Creador, no tendrás ya quien te defienda contra los golpes de su inexorable justicia? Con razón, señores, esta conducta del pecador es contada por los teólogos entre los pecados contra el Espíritu Santo: entre esos pecados contra los cuales la Verdad eterna, Cristo Señor Nuestro dictó esta sentencia aterradora: que no se perdonarán ni en este mundo, ni en el otro... Es tan difícil, en efecto, que el hombre se arrepienta de ellos con sinceridad de corazón, cuando se ha habituado a cometerlos, con deliberación plena y perfecta... Resumiendo, señores, ¿no tengo derecho a decir que el pecador, rezagado a sabiendas en el cumplimiento del deber no debe prometerse la gracia de Dios?

Llegamos por fin, señores, a la tercera afirmación que os prometí probar, es a saber: el pecador que aplaza su conversión no puede contar, para cuando a él le conviniera, con una voluntad sincera de convertirse. Por más que parezca una paradoja, no es ésta, sin embargo, una grande y desconcertante verdad.

Nada hay en efecto que esté menos en manos del hombre que su propia voluntad. Sus orientaciones, sus tendencias, sus deseos, se mudan según las impresiones que recibe. Hoy nos atrae y seduce una idea, un proyecto, un objeto; mañana nos parecerá inadmisible, incalificable, inaceptable.

Por eso yo encuentro un profundo sentido en ciertas palabras pertinentes del Ilustre Padre de la Iglesia, San Bernardo: "Si en esta materia pudiera yo deliberar, decía, ciertamente colocaría mi voluntad en las manos de Dios antes que en las mías. Pues el gran peligro está en que mi voluntad depende de mí. Es tan fácil abusar de ella. En cuanto que colocada en manos de Dios, siempre se orientaría hacia la rectitud y el bien".

¿Hay algo más sensato, señores, ni más cristiano que estas reflexiones? Según esto, ¿podrá confiar en que *después, seguramente,* deseará convertirse el cristiano habituado a vivir sin sujeción alguna a los mandamientos? Dejo a vuestro juicio la respuesta; ella habrá de ser necesariamente negativa.

En efecto, los pecados a fuerza de repetirlos, van arraigándose más y más en el corazón aficionándolo a ellos con ardor creciente. Y esa continuada repetición engendra, dicen los moralistas, el hábito del mal y la costumbre de reñir con el deber; de tal manera que ese hábito hecho ya familiar llega a constituirse un verdadero tirano, en amo cruel que impulsará al individuo por la vía ancha de los vicios o de la indolencia. Tales son las malas consecuencias de los malos hábitos.

¿Y qué voluntad habrá capaz de detener por sí sola esa marcha triunfal de las pasiones? ¿Quién, cuando la misma inteligencia oscurecida por el placer, no advierte la deformidad de las acciones? Dios dijo a las olas del mar: "Hasta aquí llegaréis", y les señaló por linde las arenas de las playas. Pero no dijo a las pasiones humanas: "Este es vuestro límite; llegadas a él, os declararéis satisfechas ni osaréis seguir atormentando al hombre". Que, lejos de detenerse, señores, ellas, las pasiones, siempre halagadas, siempre contentadas durante una vida o siquiera por largos años, seguirán en su avance y seguirán hasta la decrepitud de la pobre víctima, exigiéndole satisfacciones y siempre satisfacciones. Y no es esto un invento de la imaginación.

Cuántas veces, señores, se encuentra el sacerdote a la cabecera de personas de uno y otro sexo que dominadas por la lujuria, por la avaricia, por el amor al juego, ni aún en las garras de la muerte, pierden del todo su afición malhadada. Cuántas veces, los que por respeto humano, por miedo del qué dirán, no se atrevieron jamás a dar el paso decisivo a confesarse, y pasaron toda la vida luchando contra su conciencia y acaso contra los ruegos de su mujer y de sus hijos, cuántas veces, digo, ni aún

en los momentos críticos se resuelven a llamar al sacerdote para declararle sus culpas con sinceridad de corazón.

Señores, apoyado en la autoridad de los Padres de la Iglesia y en la experiencia del ministerio de las almas, puedo afirmar que sólo una gracia singularísima de Dios es capaz de plantar en esos corazones señoreados por el mal, la bandera del dolor y del arrepentimiento. Y si alguien me dijera con aire de triunfo: "Más tarde me resolveré" basado en esa misma autoridad podría responderle: "Vana ilusión, cruelísima ilusión. No se cambia, señores, no se cambia en un instante de pensamiento, de gustos arraigados, de inclinaciones poderosas, ni en un instante, sin una fuerza sobrenatural, se da un puertazo a los amigos íntimos de la víspera, de toda la vida quizás; quiero decir, a las amadas pasiones en cuyos dulces brazos se había el hombre mecido por numerosos años...

¿Qué digo? Demos, que, al ver los días tocar a su fin, sienta el pecador deseos de convertirse y romper con sus pasiones y su desidia, concedamos todo eso. Queda aún cierta incógnita aterradora: ¿Contará ese arrepentimiento de última hora con el dolor sobrenatural, requisito indispensable para obtener el perdón de sus pecados? ¿Quién ignora que ese dolor sobrenatural es obra exclusiva de la divina gracia, de la cual, como os he probado, se han hecho indignos los pecadores de que me vengo ocupando? ¿No se cumplirá en ellos aquella amenaza pavorosa de los Libros Santos? "Me buscaréis, mas no me encontraréis, y moriréis en vuestro pecado".

Pasaré por alto, señores, una reflexión que hace mucha fuerza en mi espíritu. Quería referirme a las circunstancias tan poco favorables que los pecadores *retardarios* suelen elegir para volverse a Dios, los momentos postreros de la vida. Puede un enfermo aquejado de mortales dolencias ocuparse *seriamente, detenidamente,* de los asuntos de su alma? ¿Quién no ve que la enfermedad debilita hasta sus energías morales, necesarias para dar un paso que nunca se atrevió a dar? ¿Quién no sabe que to-

dos los cuidados, los afanes, los desvelos del paciente y de sus deudos están concentrados en las dolencias físicas de aquél, en las medicinas, en todo lo que hiere los sentidos, dedicando apenas una pequeña atención a la pobre alma que no se ve? ¿Quién ignora que con frecuencia las prescripciones médicas y cierto mal entendido cariño de la familia, impiden llamar la atención a nada que pueda impresionarle o alterarle la tranquilidad de su ánimo? ¿Quién ignora todo esto? No obstante pasaré por alto estas graves consideraciones, porque quiero llegar a la conclusión lógica de lo dicho y terminar.

Señores, si es fuera de duda que el pecador no puede prometerse ni tiempo, ni gracia de Dios, ni voluntad sincera para convertirse, ¿cómo puede un creyente que reflexione un poco, vivir tranquilo, impertérrito, en la confianza de que más tarde, después, enmendará los yerros de su vida? ¿Es o no ésta una inconcebible temeridad? Puede que tenga facilidad de hacerla y puede que no tenga. Y siendo ello así ¿es prudente, es cuerdo, se puede en conciencia confiar a un puede ser, a un mañana incierto, los intereses más caros del hombre, los intereses eternos? No, señores; conducta semejante es inaceptable dentro de un criterio cristiano, de un criterio honrado; si está de por medio un asunto de importancia tan soberana, deber nuestro ineludible es asegurar el éxito y poner en salvo la parte más notable de nuestro ser: el alma inmortal que nos anima.

Y si alguien me preguntara en qué forma podrá cautelar esos intereses tan caros, no seré yo quien os dé la respuesta: Dejaré la palabra al mismo Dios; al mismo Jesucristo: *Dum tempus habemus operemur bonum* (Galat., 6, 10), frase que vertida al castellano dice: *Hagamos el bien mientras tenemos tiempo.* Bendito seáis, mi Dios, por tan sabia enseñanza.

¿Quién, señores, podría tachar de exageración esa sentencia?

Pues bien, ese tiempo oportuno como habla el Após-

tol, no es otro que el tiempo presente, ya que es el único de que podemos disponer.

Y hablando más concretamente, ese tiempo oportuno para vosotros... es el de las religiosas conferencias a que habéis sido invitados.

Ea, pues, distinguidos caballeros y jóvenes, dad en estos días amplia expansión a vuestros sentimientos de verdaderos creyentes.

Y si al oír estas modestas palabras sentís que ha brotado allá en el fondo del alma un santo deseo, ah, entonces os diré con el Salmista: *Nolite obdurare corda vestra.* (Ps., 94, 8). No cerréis la puerta de vuestro corazón. Es sin duda la voz de Jesús que desea entrar en ese santuario; es el Padre amoroso de las almas que no sufre verlas alejadas del hogar de la familia.

Abridle el corazón de par en par ya que lo ha comprado al precio de su sangre.

Así sea.

UN CRUEL TIRANO DE LAS ALMAS.

"Conferencia dictada en la iglesia de las Agustinas en Junio de 1916, *como preparación a la fiesta del S. Corazón".*

Amados hermanos míos:

En la mitología pagana se habla de un terrible monstruo, llamado *minotauro,* que se alimentaba preferentemente con la carne de tiernos niños.

Eso que no pasa de ser una ficción de los poetas, es entre nosotros una triste realidad. Oh, sí, existe en el seno de las sociedades un temible monstruo que no se alimenta de niños, mas sí, de hombres y jóvenes pusilánimes; *es el temido qué dirán.*

Este monstruo se pasea ufano por todos los centros sociales, por los salones, los clubs, las calles y plazas públicas; penetra en los recintos militares, en los establecimientos de educación, en las cárceles, en los hospitales, y hasta en el mismo lugar santo, triste es decirlo, se palpan los destructores efectos de su paso.

¿Estimáis en efecto que faltarán hombres de fe sincera en un país en que la mayoría de los habitantes se tienen por católicos o que al menos son tenidos como tales? Oh, no, hermanos míos; no son creyentes los que escasean. Lo que falta, a ojos vistos, es valor y entereza para manifestar sus convicciones y poner en práctica la virtud que interiormente se venera; al contrario, lo que abunda es el miedo a la crítica del mundo, es la ver-

güenza para mostrarse cristiano en toda forma. Quitad de en medio de la sociedad ese monstruo pavoroso y al punto se llenarán nuestros templos de católicos prácticos, y veréis salir a la luz pública a tantos discípulos ocultos de J. C., a tantos Nicodemos, que, a semejanza del personaje judío, lo adoran, pero a hurtadillas y a favor de las tinieblas...

Y bien ¿qué vale a la luz de la fé y de la razón serena, ese tirano audaz de las conciencias cristianas? Es lo que intento exponer en la presente conferencia.

Y en obsequio de la claridad, he aquí los pensamientos capitales cuyo desarrollo espero os encuentre atentos y benévolos.

El Respeto humano es, ante la fe, una audaz ofensa a la divinidad; *el respeto humano* es, ante la razón, una vergonzosa esclavitud y una torpe cobardía.

Nada tan fácil de probar que el respeto humano es ante todo una audaz ofensa a la Divinidad. Hermanos míos, la grandeza de Dios exige que jamás lo pongamos en parangón con el mundo, ni lo sujetemos a las apreciaciones de los hombres. *Quis sicut Deus? ¿Quién como Dios?*, exclamó el Arcángel San Miguel al ponerse a la cabeza de los ángeles fieles a Dios. *Tu solus Sanctus, tu solus Dominus, Jesucristo*, agrega la Santa Iglesia. *Tú solo eres el Santo, tú único Señor, oh Jesucristo.*

Ahora bien ¿qué hace el cristiano a quien domina el *qué dirán?* Dice a Dios en el secreto de su corazón: Señor, yo os serviría desde este momento si me fuera permitido libremente serviros, si declarándome por Vos, no despertara la atención ni provocara la burla de mis relaciones; sin ello yo rompería para siempre con las máximas del mundo. Vos, Señor, encontráis en mí marcadas tendencias a la virtud y al bien, y cierto secreto horror a las faltas que hasta hoy me tienen encadenado. Con todo, prefiero arrastrar esas pesadas cadenas, pues, si ordenara mi vida, no escaparía a las censuras del mundo; el mundo no me permite hacerlo... Otro dirá al Señor: Gran

Dios, si yo pudiera salir de en medio de la sociedad en que vivo y huir de las miradas del público, sin duda alguna, yo os serviría. Pero, el mundo, la sociedad, son intransigentes con vuestros servidores. Y como yo vivo en su seno, y siendo necesario declararse por él o por Vos, Señor, yo no me siento con fuerzas para romper con el mundo...

Oh, hombre, exclama San Juan Crisóstomo, ¿sabes lo que significa ese lenguaje? Maldecidme, Señor, le decís, consiento en ello, con tal que el mundo me apruebe; prefiero ser el objeto eterno de tus venganzas, antes que perder la estimación de los hombres...

¿No es verdad, hermanos queridos, que tamaña impiedad os horroriza? Tenéis razón. Porque en realidad de verdad, esos pusilánimes que se avergüenzan de servir a Dios, adoran sin esfuerzo a ese *ídolo* que se llama el *mundo; el modo de pensar del mundo,* de ese mundo que crucificó a Jesucristo porque predicaba una doctrina condenatoria de sus costumbres y tendencias, y que lo seguirá crucificando, si en su mano estuviera... No puedo negar que a veces es necesario condescender un tanto con los de fe débil, según la frase de San Pablo, y eso para evitar males mayores; tampoco puedo negar, que en determinados casos, la virtud está en aparecer menos virtuosa, y que a las veces vale más un prudente silencio y disimulo, antes que combatir de frente el vicio o defender abiertamente nuestras creencias. Todo esto puede acontecer, si bien en raras circunstancias.

Pero toda condescendencia que nos hiciera aparecer como avergonzados de Jesucristo, sería una condescendencia criminal, una injuria directa, inferida a la santidad de nuestra religión y más abominable aún que una conducta abiertamente impía, por cuanto ésta tendría siquiera el mérito de la franqueza, y aquélla no pasaría de ser una cobarde traición tanto más sensible para su corazón divino, cuanto procedería de corazones nacidos y formados en el regazo de la fe cristiana.

Gran Dios. Con que es vergonzoso serviros a Vos, que

dais el ser, la vida y el movimiento a las creaturas. A Vos, a quien pertenece el poder, la alabanza y la gloria.

Con que es bochornoso confesar vuestro Santo Nombre y serviros a cara descubierta, cuando los Libros Santos nos enseñan que serviros a Vos es reinar, *Servire Deo regnare est.*

Hermanos míos, está a la vista: sobrada razón tenía para afirmar que a los ojos de la fe el respeto humano es una audaz injuria inferida a la Divinidad, pero no es menos cierto que, ante la razón, es igualmente una vergonzosa esclavitud.

II.

Es en efecto vergonzosa esclavitud toda situación que nos sujete incondicionalmente a los caprichos de un hombre. El hombre fué hecho libre y dueño de sus actos, proclama el texto sagrado. *Deus reliquit hominem in manu consilii sui* (Eccli., 15, 14) ; atender contra ese don precioso, es degradarlo.

Ahora bien, ¿puede concebirse mayor esclavitud que condenarse a no dirigir sus sentimientos religiosos sino por el parecer de los demás? ¿A practicar su fe, no seguir su conciencia y propias luces, sino uncido al yugo de la opinión ajena? Oh, funesta y deprimente servidumbre, como hombre te detesto, como sacerdote te maldigo...

Con todo, hermanos queridos, vosotros reconoceréis conmigo que en el mundo va haciéndose demasiado común tan indigna esclavitud y quiera el cielo que jamás llegue a penetrar entre vosotros.

Ya en un tiempo San Agustín reputaba dignos de compasión a los filósofos antiguos, ya que, comprendiendo que sólo existía un solo Dios verdadero, adoraban, sin embargo, para acomodarse a los tiempos, los ídolos y dioses falsos. Desgraciados.

Mas, ¿creéis, hermanos míos, que aquellos filósofos

dejan de tener entre nosotros fervientes imitadores? Ellos, por respeto humano adoraban dioses en los cuales no creían; en cambio hállanse numerosos cristianos que, por idéntico motivo, ni sirven ni adoran al Dios en quien creen, vosotros no podéis negar que semejante conducta constituye una vil servidumbre; es atarse las manos cabalmente en aquello en que el hombre debe guardar perfecta independencia.

"Dejadnos ir al desierto, decían los hebreos a los egipcios; estando entre vosotros no podemos ofrecer libremente sacrificios al Señor. En lo demás nos encontraréis siempre sumisos; pero en lo que atañe al culto divino, tenemos absoluta necesidad de ser libres". He ahí, exclama S. Jerónimo, cuál debe ser el lenguaje de un perfecto cristiano: condescender con la sociedad en todo lo lícito; mas en llegando a los derechos de Dios, sobreponerse al mundo ni permitirle jamás que tome sobre él ningún imperio.

Ah, mis amados, si tuviéramos aquella noble libertad de espíritu que hacía decir a San Pablo: *Ego non erubesco Evangelium*: *Yo no me avergüenzo del Evangelio* (Rom., 1, 16). Entonces sí imitaríamos a aquellos héroes de la fe de que nos habla la historia. Mientras los demás se marchaban a adorar a los ídolos mandados colocar por el rey de Jeroboam, un intrépido joven, el incomparable Tobías, afrontaba las burlas del populacho e íbase solo al templo de Jerusalem a adorar al Dios verdadero... Esa, sí, hermanos queridos, es una conducta levantada, digna de un creyente. Aunque un pueblo entero abandonara las prácticas religiosas, el cristiano de corazón debería impertérrito, no obstante hallarse sólo, ser consecuente con su fe y ponerla en práctica, esa fe que, al nacer lo recibió en sus brazos y al morir le prodigará sus inefables consuelos. Pero ¿está dicho todo? No, hermanos míos, el respeto humano es un proceder humillante porque entraña una torpe cobardía.

III.

En realidad saben las víctimas del qué dirán que la religión les impone ciertos deberes y prácticas que les es indispensable cumplir. Indudablemente que sí; por lo menos, les incumbe saberlo. Y no obstante, miradlos a despecho de la conciencia que clama, dejadme anonadar por una mirada, por un gesto, por una expresión burlesca... es decir, los veréis arrojar por la borda creencias y convicciones venerables, en tanto que por intereses muy inferiores estarían dispuestos a arriesgar hasta la vida...

Y bien, hermanos queridos, un proceder semejante, que no vacila en inmolar lo más sagrado que el hombre venera, en alas del miedo a una censura, ¿con qué otro nombre llamarlo sino con el de cobardía, y de torpe cobardía? Santo Dios, y qué monstruosas inconveniencias. Sólo para andar por los caminos del bien los hombres son esclavos del miedo. El impío, el enemigo de Dios, el libertino, marcha con la cabeza erguida, como satisfecho de sí mismo y el creyente se amilana, se atemoriza, tiembla ante las miradas del público... Tiempos tales hemos alcanzado en que el vicio, ese hijo de las tinieblas, no teme la luz del día, se ostenta ufano por calles y plazas, en los clubes, en los teatros, seguro de contar con el aplauso de no pocos: llega una mujer a insultar con inmundo labio la religión de nuestros mayores y hasta el mismo pudor juvenil, y le sobra público que la ovaciona en pleno teatro; en tanto que la virtud, esa noble hija de la luz, se oculta en las tinieblas, como avergonzada de aparecer en público. Herodes, en presencia de toda la Palestina, deshonró su nombre y su sangre arrebatándole su mujer a su propio hermano y contrayendo con ella un matrimonio escandaloso: ahí tenéis el vicio siempre audaz y desvergonzado.

Al contrario, cuando el rey Sedecías, tocado por los remordimientos, quiere volverse a Dios, manda a llamar *secretamente*, sí, secretamente, oh, menguada bajeza, al Santo Profeta Jeremías, toma todas las precauciones para

no ser descubierto en sus piadosas gestiones, huye hasta de la vista de sus propios cortesanos... ¿Qué os parece?..

Ah, ¿y no habrá en nuestros tiempos muchos Sedecías que quisieran tornarse a Dios, pero a hurtadillas, a escondidas de la sociedad y apareciendo, eso sí, ante sus amigos, como enemigos de Dios? ¿No habrá muchos que en sus adentros estiman sinceramente a los católicos prácticos y sin miedo; pero que personalmente tiemblan ante el pensamiento de que sus relaciones los cuenten en el número de los creyentes y piadosos?... Viéneme a la mente una reflexión que no quisiera pasar por alto.

Yo me explicaría hasta cierto punto el que un hombre de fe siguiera la corriente de los amigos descreídos y se acomodara al modo de pensar del mundo, si el mundo, si los amigos pudieran darle un salvoconducto para escapar de la sentencia condenatoria que se dictará en el tribunal de Jesucristo. Desde el punto de vista puramente humano, no faltaría cierta lógica aparente para obrar de esa manera. Pero si nada de eso pueden hacer ni el mundo ni los amigos ¿no es la mayor de las aberraciones el someterse servilmente a ellos en un asunto en que se juega la felicidad o la desgracia eterna?

Es en efecto una enseñanza de nuestra fe el que todos, ilustrados o analfabetos, nobles o plebeyos, hasta el último pordiosero, compareceremos un día ante el tribunal divino, y allí el Soberano Juez, revestido de infinito poder, dará a cada uno lo que merezcan sus propias obras, sin que nadie pueda responder de nadie sino de sí propio. Ahora bien, hermanos míos, si, lo que el cielo no permita, salierais condenados a la desgracia eterna, ¿serían tal vez los amigos los que sufrieran las consecuencias de tan horrible condena? ¿Quién podría impedir vuestra desgracia si durante vuestra vida os avergonzasteis de J. C. y de su Evangelio? Por el contrario, si por vuestras buenas obras, si por vuestra fidelidad en observar la ley divina, recibiereis una sentencia de salvación ¿quién será capaz de anularla? *Si Deus parcet, quis est qui condemnet?* ¿Qué

podrá hacer el mundo con sus censuras y críticas mordaces? Por ventura ¿podrá impedir que Jesús, a quien servisteis, os diga: "Ea, siervos fieles y prudentes, entrad en el gozo de vuestro Señor?

Peró más, esos corazones apocados, sin coraje para producir al exterior sus creencias íntimas, reciben bien pronto, en la vida presente, el castigo de su cobardía. Ese mismo mundo, a quien sueñan complacer, los mirará con el desdén que merecen los que por miedo o complacencia, esconden sus ideas; los considerará como hombres sin carácter, inhábiles para nada grande y noble. En cambio, quien con digna entereza sabe dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, quien guarda a la sociedad y a los amigos los respetos y consideraciones que merecen, pero dejando siempre a salvo los derechos de Dios y de la conciencia, ah, ese cristiano, hermanos míos, sea noble o plebeyo, sea distinguido capitalista o modesto hijo del trabajo, se impondrá sin esfuerzo al respeto y aún a las simpatías de sus mismos adversarios; merecida recompensa que el buen sentido social discierne al hombre de carácter y de sinceras convicciones. Y todo esto viene siendo confirmado día a día por la experiencia, desde los tiempos más remotos de la era cristiana. Oídme un episodio histórico de lo más interesante.

El emperador Constancio Cloro, padre del gran Constantino, aunque pagano e idólatra, tenía en su corte y en su ejército, oficiales que profesaban la religión cristiana. Cierto día queriendo poner a prueba el temple de alma de éstos hízolos comparecer a su presencia y hablóles en términos tales que los ponía en la urgente precisión de declararse o cristianos o paganos. Tremenda disyuntiva, hermanos míos. ¿Qué aconteció? Que unos, la mayor parte, prefirieron correr el riesgo de perder su carrera y porvenir y se declararon francamente cristianos, pero, oh, vergüenza, otros, vencidos por humanas consideraciones, renegaron de su fe y se declararon paganos. Y bien, Señores, ¿qué temperamento adoptaría aquel príncipe gentil

ante un espectáculo semejante? El que aconseja un espíritu recto y desapasionado: conservó en sus puestos a los oficiales que permanecieron fieles a sus creencias cristianas; en tanto que a los otros, a los cobardes, a los apóstatas, despidiólos solemnemente de las filas. Porque, dijo, mal podrán ser fieles a su príncipe los que no han sabido serlo con su Dios. Severa lección para los que en todas las edades pretendan atraerse la estimación del mundo, o ganar un puesto lucrativo y honorífico, volviendo bochornosamente la espalda al Dios cuya religión meció su cuna e informó todos los actos de su vida...

Hermanos míos, quiero terminar esta ya larga disertación y quiero terminar con una palabra de aliento.

Amad y practicad la religión que vuestras madres os infundieron en su regazo. No temáis a las censuras del mundo; sed superiores a esas miserias, miradlas con el desdén que se tienen merecido. No olvidéis, hermanos, que a las censuras del mundo por una conducta cristiana, responden los aplausos del cielo y de los ángeles. ¿Qué digo? responde la Soberana aprobación de Jesucristo. Y ya lo sabéis, la aprobación de Jesucristo significa un sitio de gloria en la eterna mansión de la dicha.

Así sea.

DIGNIDAD DEL CRISTIANO.

Conferencia dictada en la iglesia de las Agustinas en Junio de 1917.

Señores:

Hay algo que atrae al hombre en forma irresistible, lo fascina, lo enloquece: es el renombre, la notoriedad, la alta situación... Ante ese ídolo se doblega el mundo.

Tal es el hombre, tal es la humanidad caída. Sin embargo, fuerza es confesarlo, toda grandeza que nos divorcia de Dios y de la fe es nada; nada delante de Dios, nada en sí misma, porque es grandeza puramente humana, y lo humano perece y lo que perece es nada. Seamos en hora buena, grandes por la inteligencia, por el valor, grandes por el corazón, por el carácter; pero no olvidemos que existe otra grandeza superior a éstas por cuanto nos inmortaliza, ante Dios y delante de las criaturas: *es la grandeza de ser cristianos.*

¡Cristianos! ¡Nombre venerable y augusto! ¡Nombre glorioso ante el cual se inclinan reverentes veinte siglos! Quién me diera bosquejar tu grandeza en presencia de esta asamblea que enorgullece de llevarte. ¡Ah! si mis palabras fueran canto armonioso en loor tuyo!...

¿Qué es un cristiano, señores? ¿Es ése un título que honra o que debe sonrojar, que levanta o que deprime? He aquí un tema de veras interesante para los tiempos y el medio ambiente en que vivís.

En cierta ocasión hizo Jesucristo a sus apóstoles esta sugestiva pregunta: ¿qué pensáis vosotros del Cristo? *Quid vobis videtur de Christo?*

Si alguien me preguntara, qué pienso acerca del cristiano, sintetizaría mi respuesta de esta manera: El cristiano, por las luces de que goza, es el hombre prudente y sabio; por la excelente norma de conducta a que debe ceñirse, es un héroe.

Vamos a verlo.

Pasaré por alto la gloria que un maestro ilustre proyecta sobre los que tuvieron la suerte de ser sus discípulos; las glorias de aquél son en cierto modo las glorias de éstos. ¿Quién es el maestro del cristiano? ¿Quién es el autor de la doctrina que profesamos, de la moral que seguimos? ¡Oh inmensa dicha nuestra! Es Jesucristo, el Hijo de Dios a quien el gran apóstol llama Sabiduría de Dios, *Christum Dei Sapientiam* (1 Cor., 1, 24); Jesucristo cuya divinidad El mismo se encargó de probar con estupendos prodigios, Jesucristo de quien sus encarnizados enemigos llegaron a afirmar: *Jamás hombre alguno ha hablado como éste;* Jesucristo, el único que pudo decir sin presunción: Yo soy sendero, verdad y vida; quien me sigue no camina entre tinieblas. Verdad estupenda que la historia del mundo se ha encargado de probar, el mundo debe a Jesucristo los beneficios de la verdadera civilización. Pasaré por alto todo esto, por interesante que parezca, para entrar en el fondo del asunto.

Y, señores, contemplar las cosas de la vida desde su verdadero punto de vista es ciertamente gran cordura y gran sabiduría. Pues bien, el verdadero cristiano las considera desde el punto de vista de Dios y la eternidad: Dios y la eternidad son su divisa, *el norte de todas sus acciones.*

No se piensa igual entre los innumerables adoradores de esa divinidad que se llama el placer. Para ellos, nada de ultra tumba, nada de más allá; no les habléis de ello, porque se sentirán molestos. Adormecidos en brazos de una

vida que se fingen eterna, os despedirán con un gesto compasivo cuando no desdeñoso.

Mas ¡qué hermoso contraste! No así el cristiano digno de más nombre. A sus ojos se despliegan otros horizontes y en su corazón alientan otras esperanzas. Para él existe un dogma asaz, consolador y que baña con abundante luz todos los misterios de la vida humana. Ese dogma le enseña que todos vamos caminando *hacia una morada eterna. Ibit homo in domun aeternitatis suae* (Eccle., 12, 5) ; que en esa morada se saciarán nuestros anhelos de dicha; que la tierra no es más que un valle de miserias y lágrimas. Es decir, la vida toda de un creyente está basada en la doctrina de un alma inmortal; de que esta alma pasa de los brazos del tiempo a los de la eternidad donde le aguardan los premios y castigos que hubiere merecido.

Pero el cristiano está muy lejos de limitarse a creer estas verdades con la mente, a prestarles el asentimiento sumiso de la inteligencia.

Al resplandor de sus creencias, toma las orientaciones de su vida, y en presencia de la eternidad, de sus premios y castigos, da a las cosas del tiempo el valor que pueden tener: las ve fugaces, inconstantes, pasajeras y las dificultades y dudas de la vida, las resuelve lisa y llanamente con el auxilio de aquella interrogación tan piadosa como profunda del Abad Del Claraval: *Quid hoc ad aeternitatem?* ¿Qué valor tiene esto en orden a la eternidad? La situación de prosperidad en que me hallo, esta tribulación que me abruma, estos honores que me halagan, esta dolencia que va minando mi vida, ¿me sirven de algo para la eternidad? ¿Serán parte a merecerme una sentencia de dicha o de desgracia inacabable? Quid hoc ad aeternitatem? Así piensa, así discurre un cristiano, y esto no es sino muy sabio y cuerdo, como quiera que previene tardíos arrepentimientos e irreparables decepciones.

A la verdad, ¿qué son las grandezas de la tierra, qué es toda la dicha que pudiera alcanzarse en la vida del

tiempo, sin la pavorosa eternidad? Dorada nube que el sol disipa, efímeras flores que pronto se deshojan.

De qué servirán al libertino sus sensualidades, sus orgias, sus noches pasadas en el prostíbulo o en el casino, dando gusto a sus pasiones, si al fin va a dar a la desgracia eterna? Quid prodest?

Vuestro buen sentido se encargará de dar la respuesta; ella es obvia, aplastadora, concluyente: *servirán de eterna pesadilla, de eterno y atroz remordimiento.*

Y a propósito, no puedo resistir al deseo de referiros un episodio interesante, uno de los innumerables que le salen al paso al sacerdote consagrado al ministerio de las almas. Era una tarde de primavera. A lo largo de las galerías que rodean uno de los templos más piadosos de Santiago, paseábase recitando su brevario, un celoso sacerdote encargado de aquel templo.

De pronto preséntasele un joven perfumado y elegante, que manifestábale vivos deseos de hablarle. Interrogado acerca del objeto de su visita, soy fulano, contestó respetuosa y cortésmente. Voy al Perú en viaje de placer. Pero mi madre me pidió que antes de emprender el viaje, hiciera una visita a Ud. y le pidiera un buen consejo. Aquí me tiene Ud, señor, dispuesto a recibirlo.

Bien comprendió el sacerdote que se trataba de uno de tantos casos en que, después de una lucha de ruegos y ternuras, una madre piadosa obtenía de su hijo, para aminorar el mal, siquiera esa concesión: la de ir a pedir un consejo al ministro de Dios.

Y no se engañó el instinto maternal. Después de unos instantes de conversación, nuestro joven rogaba a su interlocutor que le diera escrita, a manera de recuerdo, alguna máxima, algo así como un consejo, para llevarlo consigo. Y al efecto le presentó una tarjeta.

El sacerdote, cual si hubiera leído en el alma del turista, escribió con letras bien claras y todavía subrayadas, la siguiente frase: *¿De qué sirve al hombre ganarse el mundo entero si al fin pierde su alma?*

¡Nada menos que una de las sentencias más profundas del Evangelio!

El visitante las lee con marcado interés, sorpréndese un tanto, guarda la tarjeta en su cartera y... se despide.

¿Lo creéis?— El proyectil había llegado al corazón, encaminado tal vez por el ruego incomparable de una madre, y un vencido de la gracia, según la expresión de Lacordaire, caía a los pies del ministro sagrado... En efecto, al siguiente día muy de mañana, volvía aquel joven, pero con porte ya modesto y recogido. Hizo una sincera confesión de toda su vida y momentos después recibía con visible fervor el Pan de los Angeles...

He aquí, señores, un hombre que puede llamarse sabio y prudente, pero con prudencia y sabiduría cristiana. Miró a lo temporal, miró a lo eterno; miró su alma y las grandes responsabilidades que le afectaban, con la luz de la gracia comprendió su deber del momento, y con el socorro de la misma, lo llevó a la práctica... Oh hermoso ejemplo de cordura!

¿Qué son, vuelvo a preguntar, las grandezas de la tierra, si las ponemos frente a frente de la eternidad? Juego de niños, responde el sabio Agustino: *Nugae puerorum.* Y todos esos grandes sabios, prosigue el mismo, esos grandes acaudalados, esos eternos amantes del placer, son, si olvidan la eternidad, verdaderos niños que se entretienen con juguetes y bagatelas. ¿Acaso no ven que la muerte les arrebatará en un instante todas sus grandezas, con más facilidad que las olas del mar arrastran una débil caña? ¿Y cómo no llamar simple juguete aquello que, amado y deseado hasta el delirio, se nos escapa, no obstante, de las manos y a despecho nuestro? Por esta razón el pensamiento de la vanidad de lo presente y el de la eternidad que se acerca, debiera ser el pensamiento de todos los hombres y de todos los instantes. *Negotium omnium saeculorum*: el pensamiento del Rey en su trono, del sacerdote en su ministerio, del militar en su campamento, del sabio en su gabinete, del profesional en sus tareas, del obre-

ro en sus faenas, del rico entre la abundancia, del pobre en su vida de privaciones. ¡Ah! gracias infinitas, oh divino Jesús, por los torrentes de luz que vertiste sobre la humanidad, con aquella vuestra palabra soberana: ¿De qué sirve al hombre ganarse el mundo entero, si su alma se pierde? *Quid prodest homini?* (Mat., 16, 26). ¡Bendito seáis una y mil veces! Ella ha sido y será para las almas la voz de prevención y de alerta contra los horrores de una desgracia sin término!

Señores, creed todo esto, emprended la jornada de la vida con la vista fija en Dios, en la eternidad, eso es ser cristiano. ¿Y acaso no hay en todo esto suma sabiduría y prudencia? Pero el cristiano es más todavía. El cristiano digno de tal nombre, *es un héroe.*

II.

¡El héroe! He ahí, señores, la más bella creación de la humanidad; el sabio hace honor a la inteligencia; pero el héroe hace honor al corazón humano. Y como el corazón es el hombre síguese que el hombre por antonomasia es el héroe.

El mundo se arroja el honor de producir los héroes; pero es indiscutible que la fe cristiana puede disputarle tan hermosa creación; nadie como la religión del Crucificado forma héroes.

Tres elementos, digámoslo así, contribuyen a formarlo. Una causa noble, un valor a toda prueba, un poderoso estímulo.

Y ahora bien, señores, ¿quién reúne como el cristiano perfecto, esos tres factores? Nadie ciertamente. Desde luego, la causa por la cual lucha el discípulo de Cristo es sencillamente sublime; combate por el alma, por conquistarle una dicha inmortal. Es decir por algo tan elevado, tan noble y divino, que impulsó a todo un Dios a nacer en la más completa indigencia, sufrir su vida entera y más que todo, a morir. Con razón dijo Dionisio el Areopagita

que la empresa de salvar las almas" era entre las obras divinas la más divina".

Además, ¿quién despliega más indomable valor que un cristiano? Su vida es una lucha incesante: *"Yo no he venido a traer la paz sino la espada"* dijo el divino Maestro: *"Non veni pacem mittere sed gladium"* (Mat., 10, 34). Con tres formidables enemigos debe batirse sin tregua el cristiano: el mundo con sus placeres atrayentes, con su prensa impía e inmoral, con sus espectáculos lúbricos y seductores, con sus máximas que preconizan la maldad y la erigen en sistema; el demonio Satanás, ese adversario invisible, pero no por eso menos poderoso, que ha jurado por envidia la ruina del cristiano y asecha, como león hambriento, al decir del apóstol San Pedro, el instante de atacarlo; por fin la carne rebelde, es decir, nuestras pasiones, siempre imperiosas, siempre impacientes por arrastrarnos por el lado del vicio. De manera que el cielo a que aspiramos no puede conquistarse sino a viva fuerza, conforme a la enérgica expresión del Salvador: *Regnum coelorum vim patitur* (Mat., 11, 12).

Y por cierto, para no desmayar en la pelea, el cristiano necesita de un valor indomable, del valor de un héroe.

Yo me inclino respetuoso ante los que rinden su vida en el altar de la Patria o de la humanidad doliente; pero sí venero a los héroes humanos—si vale hablar así— cantaré himnos de gloria al valor del héroe cristiano, es ser dos veces un grande hombre. Ya lo había dicho con profunda sabiduría el Espíritu Santo: *"El hombre que se vence a sí mismo es superior a un soldado valiente, y quien domina sus pasiones, vale más que un conquistador de ciudades"*. ¿Qué extraño es entonces que cuando vemos sobre los altares a esos gigantes de la virtud a quienes llamamos *Santos* nos sobrecojamos de respeto y veneración ante su valor y constancia? Tenemos sobrada razón. Son los vencedores en el magno combate de la vida; son los más brillantes héroes del pueblo cristiano. No obstante, ¿será suficiente amedrentarnos la inmensa distancia que media

entre ellos y nosotros, entre su conducta y la nuestra? En manera alguna. Al contrario, su ejemplo debe animarnos a la lucha. Como ellos tenemos enemigos que combatir; pero también como ellos tenemos la misma fe que nos ilumina, las mismas esperanzas inmortales que nos alientan, las mismas gracias del cielo que nos sostienen y bastan para llevarnos a la victoria, si cooperamos a sus secretos impulsos. "Todo lo puede en aquel que me fortalece", decía San Pablo.

Tampoco falta al cristiano un gran estímulo, una causa impulsiva que lo lleve al combate y lo transforme en héroe.

Entre los más nobles sentimientos del alma existe uno que descuella y señorea sobre los otros, como el poeta; ese motivo es el amor. Y entre los incentivos del amor, no hay ni puede haber nada más grande ni más noble que Dios. Quis sicut Deus?

Y bien, ya lo sabéis, señores, ése es cabalmente el blanco dichoso del amor cristiano: Dios, el Sumo Bien, la Bondad infinita: he ahí la gran palanca que lo mueve e impulsa a las grandes empresas.

Pero hay todavía una circunstancia que da mayor realce al valor cristiano; no es posible omitirla.

Verdad que el discípulo de Cristo combate por algo que le interesa, por su porvenir eterno, y por su Dios. Pero esos ideales no se dejan ver de la mirada humana, ni le atraen de una manera sensible. Combate por Dios, pero ese Dios, durante la pelea no le muestra sus encantos, escapa a sus sentidos. Se inmola por él; pero sus ojos no ven a ese Ser por quien se inmola; solamente la fe viene a mostrarle sus infinitas perfecciones, a sostenerlo. Y en esto los héroes del mundo llevan inmensa ventaja.

Mirad a ese soldado en los campos de batalla: palpitante de coraje el corazón, marcha intrépido, erguida la frente, a inmolarse. Pero digamos la verdad, todo contribuye a enardecer su valor: la mirada de sus jefes y cama-

radas, el sonido del clarín, los ejemplos de valor que ve en torno suyo. En el estandarte contempla la imagen de la Patria que lo anima y ya se imagina oír las felicitaciones de los magistrados y a sus conciudadanos coronándolo por la victoria. ¿Cómo no ver en todo esto un poderoso estímulo para un hombre? Los héroes humanos son empujados, por decirlo así, por el acicate del honor, de la gloria, de los aplausos sociales. No así en las lides del cristiano.

Salta éste a las arenas del combate, emprende una lucha tenaz contra los enemigos jurados de su alma, arrodíllase por fin a los pies de un sacerdote, deposita en su pecho el secreto de sus miserias y emprende una vida exenta de ilícitos placeres. Todo esto es grande, es sublime; pero todo se lleva a cabo en silencio, en la oscuridad, sin aplausos de nadie. Buscar el aplauso, anhelar la exhibición en las obras de virtud, sería arrebatarles su mérito, destruírlas por sus bases. Su grandeza y brillo a los ojos divinos —se hallan en razón directa con el silencio y la oscuridad— está en ocultarse a los aplausos y a los ojos de los hombres.

Tal es la norma que rige los actos de la virtud cristiana. Decidme vosotros que existe un hombre como ése, y yo os preguntaré con el autor sagrado: ¿Quién es ése para tributarle mis elogios? Diré más: semejante corazón *es un héroe.*

Pues bien, ese héroe es el cristiano... Su ordenanza, quiero decir, su ley, le impone como divisa una lucha tan porfiada como silenciosa contra sus pasiones, en cambio de las brillantes y eternas del Paraíso...

¿Qué digo? El valor del cristiano en sus luchas morales tiene otra cualidad más que le imprime el sello del heroísmo: es la continuidad. Es lucha de todos los días, de todas las horas. La tregua, el descanso, ah, no! no se hicieron para él.

Si sus enemigos no pegan los ojos, también el debe velar: *Vigilate et orate ne intretis in tentationem* (Mat.,

26, 41; Marc., 14, 38). Y si combate, si vence, fuerza le es prepararse para combatir y vencer de nuevo. Sobre sus sienes está suspendida una corona inmarcesible, la corona del cielo. ¿Pero a qué precio? ¿A qué condición? A condición de ser fiel hasta la muerte con el arma al brazo. *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitae* (Apoc., 2, 10).

He ahí, señores, algo que merece los aplausos del cielo y de la tierra; he ahí el bello blasón del perfecto cristiano. He ahí su indiscutible heroísmo. ¡Oh heroísmo sublime! Desde el fondo del alma yo te aplaudo y te bendigo.

Terminaré, pues, diciendo: Un cristiano por su fe y convicciones, es el hombre prudente y sabio por excelencia, y por su espíritu de sacrificio, es un héroe.

Ea, pues, señores, empeñaos a porfía en poneros a la altura de ese nombre. El ha sido escrito con sangre divina derramada en el Calvario. Y si por alguna fatal caída hubiereis empañado su brillo devolvédselo integral y radiante. La ocasión se os presenta propicia para realizarlo.

Una corriente poderosa, movida por la palabra insinuante del Pastor, lleva a las almas a los pies de Jesucristo. Los días en que nos hallamos son días de oración, de arrepentimiento, de misericordia. La Hostia santa se ostenta en los altares como un estandarte de esperanza, de amor y de vida: venid a ella.

Señor Jesús, a cuyo favor debe el mundo de ser cristiano, perfeccionad en nosotros esa obra maestra de vuestra bondad. Lo pedimos a vuestra misericordia y lo esperamos de vuestra omnipotencia.

Así sea.

SENSUALISMO.

Conferencia dada en la iglesia de las Agustinas (Santiago), en Junio de 1917.

Amados hermanos:

Dos vidas hay en el hombre: la vida del entendimiento y la vida de la materia y los sentidos. Por la primera el hombre se eleva hasta Dios; por la segunda se abate al nivel de los irracionales: *"Comparatus est jumentis insipientibus* (Ps., 48, 13); tal es la frase enérgica de los Libros Sagrados.

Pues bien, una terrible plaga se extiende destructora como la lava de un volcán: el sensualismo con todos sus horrores y vergüenzas.

En nuestros tiempos, hablando propiamente, ya no hay infancia; desde la cuna, por así decirlo, el niño es iniciado en vergonzosos misterios Merced a la revista pornográfica, espectáculos inmorales, que se toleran como inocente moda al desenfreno en la indumentaria femenina, a conversaciones saturadas de malicia, a cantos obscenos, la horrible ciencia del mal se infiltra en su alma y la corrompe en germen. ¿No es ésta una verdad?

La juventud de hoy, salvo por cierto de honrosas excepciones, antes aun que sus fuerzas físicas hayan alcanzado su natural desarrollo, hállase gastada por los vicios, carcomida por la licencia, envenenada por específicos amparadores inconscientes de la maldad, llega a la decrepi-

tud antes de la mitad de su carrera. ¿No es ésta una verdad?

En el santuario mismo de la familia, mayormente de las familias sin fe, van cundiendo prácticas tales que atentan contra los fines naturales del matrimonio y de las cuales se jactaría el más desvergonzado paganismo. ¿No es ésta así mismo una verdad?

Avancemos más allá todavía. Levantad muchos cabellos blancos, y bajo ellos encontraréis frecuentemente un foco activísimo de fuegos sensuales. ¡Ah! si esos cabellos hablaran! ¡cuántos contubernios adúlteros y criminales saldrían a luz! Esos ancianos aparecen semejantes a montes estériles cubiertos por la nieve, pero que en su seno guardan volcanes en plena ebullición.

No quiero hablaros de esos ancianos precoces, de esos ancianos de veinte años, que pasean por las calles los restos de una vida en donde puso su sello la lujuria. Sus ojos húmedos y adormecidos van pregonando doquiera que en ese corazón no hay paz, no hay libertad, no hay vida.

Hermanos míos, tened paciencia. Quiero hablaros con caridad pero también con franqueza apostólica, de los destrozos ya espirituales ya morales y físicos de la vida sensual. Porque este vicio tiene la propiedad de acometer al hombre todo entero: alma y cuerpo, todo lo animaliza y embota.

Empecemos por el alma y sus facultades, entre ellas, la *imaginación* y la fantasía.

¡Oh qué expresión ésta, plena de simpatía, hermanos míos! "La fantasía, he ahí una facultad creadora semejante a una hada del cielo: da cuerpo a lo incorpóreo y lo embellece con artes mágicos. Cuando nos transporta en sus alas hasta el paraíso y nos hace asistir a las armonías angélicas, cuando, transportándonos a la tierra, nos pasea por sitios perfumados de ambiente divino: Tabor, Belén, el Calvario. Tal es el poder de esta facultad en un creyente.

Pero, ¡ah! en el impuro esta noble compañera del

hombre también se degrada y embota. Señoreado por sus vicios el desventurado no acierta a representarse sino cuadros obscenos, imágenes impuras, fantasmas lascivos; Y tan groseras visiones lo acompañan doquiera, lo persiguen en la vigilia, lo asedian aún durante el sueño. Cuanto oye, cuanto ve, lo ve y lo oye saturado de malicia porque de ella rebosa su fantasía. Vale decir, el signo de la bestia va impreso en una noble y bella facultad. *Habeant caracterem bestiae.*

¿Y qué decir de la memoria? La memoria, hermanos míos, es cual una sombra de Dios. Espejo clarísimo donde se reflejan los sucesos pretéritos, foco radiante en que reviven todas las emociones nobles y generosas de la vida, en ella como en lago cristalino contempla el alma cristiana, cuanto Dios ha hecho en su favor, en el pasado, cuanto hace en el presente, cuanto hará en lo porvenir y tales recuerdos la confortan y retemplan en los combates, en los peligros, en las adversidades.

Pero el hombre sensual, ¿qué hace de su memoria? Arrastrarla por el lodo vil. Hermanos míos, ese hombre no vive sino de recuerdos materiales y lascivos. Lugares, personas, tiempo, todo aquello que puede suministrar alimento a su pasión, todo eso y nada más ocupará su memoria. Los apetitos sensuales lo incapacitan para todo trabajo serio, en que haya que echar mano de tan noble facultad.

¿Qué digo? Esos mismos apetitos han borrado en él hasta el nombre de las cosas espirituales que en época feliz le proporcionaron goces puros. Es decir, la memoria del impúdico va señalada con el sello de la bestia.

Algo semejante ocurre con el entendimiento. ¿Escapará esa lumbre al cataclismo que se ha desarrollado en el hombre carnal? No lo creáis. Hermanos míos, si algo somos, es debido al entendimiento. Es la facultad más divina del hombre; es una chispa de luz encendida de lo alto, dijo Balmes. El entendimiento del último campesino

es más elevado que el cielo y más profundo que los abismos del mar, agrega un célebre orador contemporáneo. (Combalot — Conferencias).

Pero ¿qué acontece en el hombre sensual? En su entendimiento la luz de la verdad se eclipsa. Así lo anunció S. Pablo. *Tenebris obscuratum habentes intellectum* (Eph. 4, 18).

El voluptuoso es miope; su razón pierde la energía; está materializado. De ahí las dudas, los errores, los sofismas contra la fe. Es un fenómeno curioso el que se observa: esas dudas parecen buscar de preferencia el cerebro sensual. No tuvo sino mucha razón Chateaubriant cuando dijo a un grupo de amigos que se las daban de libre pensadores: "Si tuvierais el valor de ser castos siquiera un año, no tendríais dificultad en ser creyentes". No sois creyentes porque no sois castos, decía por su parte Lacordaire.

¿Y por qué, señores, ese eclipse moral? Responda el Apóstol de las naciones: Porque el hombre animal, carnal, no percibe las cosas divinas: *Homo animalis non intelligit ea quae sunt Dei* (1 Cor., 2, 14). Hablad a un libertino de las delicias de las almas puras; no entenderá vuestro lenguaje. Una sonrisa burlona aparecerá en sus labios; os mirará como a entes raros y con cierta compasión. ¿Una niña, un joven de sociedad deja el mundo para encerrarse en un monasterio o en un seminario y abrazar el estado religioso o eclesiástico? ¡Grande extrañeza y sensación! ¡Esas almas heroicas son para el libertino unos seres desgraciados, a sus ojos hacen algo reñido con el sentido común; están paralogizados, enajenados, están locos...! Pero su extrañeza es perfectamente explicable: ¿Qué queréis? Quien se arrastra por el fango como el puerco, no ha nacido para respirar en las alturas donde se cierne la paloma... Más claro: es que se hallan marcados con el sello de la bestia. *Habeant caracterem bestiae.*

Muy al contrario, las almas castas y viriles parecen penetrar los secretos mismos de Dios; así lo dijeron aque-

llas palabras del Redentor: *Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios.* Dios parece descorrer ante sus ojos los velos que cubren muchas verdades a los ojos impúdicos.

Por eso San Bernardo, aquel monje espiritualizado por la mortificación, se lanza bajo las encinas del Claraval hacia las alturas adonde el mismo Bossuet jamás llegó con su genio...

Mas, ¿está ya dicho todo? No, mis amados: Os he pintado la inteligencia como abatida por la liviandad. El genio mismo no escapará a esta hecatombe que estoy deplorando. ¿Qué es el genio? Es, dice el ilustre Ravignan, "*Una chispa divina en un alma divina.* Cuando esa chispa da con un corazón preparado por la gracia de Jesucristo, se remonta con él a las alturas del cielo.

Pues bien, sabedlo, jóvenes que buscáis en las aulas las inspiraciones de las ciencias: el sensualismo es la tumba del genio. Voltaire mismo lo aseguró: "Una alma corrompida, dijo, no fué jamás sublime" Esa pasión tiene el triste privilegio de echar lodo en las alas del genio y abatirlas. Sinteticemos: para ser sublime es menester ser casto. Por eso los hombres sensuales, cuando se dan a escribir, no saben producir sino novelas. No les exijáis concepciones nobles y fuertes, no son capaces, no las soportan. Su mente está obscurecida por espesa nube. Y si Lucrecio, Ovidio, Cátulo cantaron en la antigüedad al amor sensual, innumerable muchedumbre de escritores modernos los imitan y aun los sobrepasan con su cinismo pornográfico. Rechazados del Parnaso a cuya cumbre jamás llegaron no encuentran inspiración ni rimas sino arrastrando sus alas por la inmundicia. *Oh tempora, oh mores!*, decía el orador romano Cicerón. Otro tanto podríamos repetir nosotros, ante ese diluvio de novelas y revistas lascivas, tristes exponentes de vergonzosa degradación moral, y por desgracia, los únicos que suelen llenar las vitrinas, y los únicos que circulan de mano en mano entre cierta juventud... Pero no lo extrañemos.

Es que la mente de sus autores lleva también el sello degradante de la bestia. *Habeant caracterem bestiae.*

Y la libertad, esa facultad bella y sublime, el más glorioso privilegio de los seres inteligentes, ¿será perdonada por el sensualismo? ¡Santo Dios! También ella sucumbirá, hermanos míos; vais a verlo.

Dios, según doctrina revelada, dejó al *hombre en manos dé su consejo*, lo hizo libre, y el hombre es verdaderamente grande, cuando usa de su libertad bajo la acción de la gracia. Mirad, si no, aquella casta virgen, Santa Inés. Frisa en los quince años, ¿quién más libre que ella? Un cónsul feroz la interroga acerca de su religión y pretende intimidarla con amenazas. Rugen en el circo las fieras que han de despedazarla; tiene a su vista los instrumentos de un próximo suplicio. No importa. Podrán encadenar su cuerpo, mas no su alma ni sus convicciones. Libérrima con la áugusta libertad de los hijos de Dios, fiel a la religión de Cristo, el alma de la invicta doncella se escapa del destrozado cuerpo y vuela al Paraíso. ¿Hay, decid, cuadro moral más hermoso que ése? Tal es la libertad en el cristiano, sostenido por la gracia; jamás se degrada ni se deja abatir.

Sin embargo, ¡Oh dolor!, esa noble libertad cae moribunda a los pies de los apetitos sensuales.

Afirma el voluptuoso ser libre. ¡Desgraciado! No lo ve o no lo quiere ver: es un abyecto esclavo. Sus amos son tantos cuantos son sus vicios. No es doctrina mía, es de Jesús, la verdad eterna. *Qui facit peccatum servus est peccati* (Joan., 8, 34). Adonde quiera que vaya arrastrará su vil cadena. En la vigilia, en el sueño, en el paseo, en todas partes estará sintiendo la voz interior de sus pasiones, que lo tiranizan y arrastran a sumergirse más y más en el lodazal de la impureza. ¡Pobres esclavos que no ven sus cadenas, y que mientras cantan en dichas a su vida libre e independiente, están sirviendo de rodillas a sus propios vicios! ¿Es eso libertad?

Ya lo veis, hermanos míos, todas las facultades del

lascivo quedan deprimidas por el vicio impuro; en todas ellas dejó su huella inmunda la temible bestia. *Habeant caracterem bestiae.*

Pero me olvido, señores; no os he citado esa facultad tan noble cuando tiene por objeto a Dios y al bien: *la facultad de amar.* Con ella, es tan grande como el mundo, tan poderoso y más aún que la muerte; el hombre puede amar a Dios hasta el éxtasis y al prójimo hasta el sacrificio. Tanto como eso es el amor cristiano.

El grande Agustino pagó durante largos años tributo vergonzoso a los placeres sensuales. Mas, no bien sacudió su yugo, lanzóse rápido al objeto divino de sus amores y en arranques de ternura exclama: "Hermosura antigua y siempre nueva, qué tarde os he conocido, qué tarde os he amado". Y le consagra su vida entera con todas las energías de su alma superior, hasta llegar a ser el santo que admiramos.— "Oh padecer o morir, agregaba Teresa de Jesús, dirigiéndose a Dios".

Y ese amor a Dios sin reservas ni vacilaciones, ese amor ámplio y generoso, ha sido la medida del amor al prójimo en los verdaderos cristianos.

¿Quién lo amó jamás como Vicente de Paúl? Durante sesenta años jamás dejó de hacer el bien. Y quién, dígalo alguien, lo confortaba, lo sostenía cuando atendía a todas las miserias, haciéndose todo para todos? ¿Sería la decantada filantropía, sería el renombrado altruismo, según el lenguaje modernísimo? ¡Oh, no! Esa palabra no es sino la herejía de la caridad. ¿Sabéis dónde estaba la fuente restauradora de sus fuerzas siempre crecientes? En su amor a Dios. No la busquéis en otra parte.

Y ¿qué decir de esas jóvenes en la flor de la edad, de esas venerables mujeres que ceñidas de blancas tocas y con la sonrisa en los labios, cuidan del enfermo, del huérfano, de la viuda, del anciano en las casas de bene-

ficencia? ¿Qué ignorado placer pretenden? ¡El placer divino de imitar a Jesucristo, y como él, de amar la inmolación, de amar al prójimo, de enjugar las lágrimas de la humanidad doliente.

Mas ¡qué bochornosa, qué increíble diferencia! En el hombre sensual la carne ha dado muerte en el corazón a toda caridad.

El suyo no tiene otro blanco que sus propios apetitos, ni otro consejero que el puro egoísmo. No le exijáis sacrificios personales por su prójimo, perdéis vuestro tiempo. *Todo para sí*: he ahí su programa. Llorarán, gemirán en torno suyos los desgraciados pidiéndole algo de lo que dilapida: todo en vano. Sus vicios han cerrado su corazón a la abnegación y en él se cumplirá aquella enérgica frase de San Pablo: *"Para los sensuales no hay más Dios que su vientre.* Pero no es esto todo.

La lascivia destruye y mata en el alma hasta esos amores impuestos por la misma naturaleza: el amor paterno, el amor conyugal, el amor filial, el amor fraterno. Así lo enseña una dolorosa experiencia.

Ah! desgraciados vosotros hijos cuyo progénito es víctima de aquella pasión demoledora; ay de ti, esposa que ves tu suerte unida con lazo indisoluble a la de un voluptuoso; desventurada madre, cuyos hijos, tal vez tu única esperanza en lo humano, se hallan presos en las redes de la lascivia; y vosotros, tiernos hermanos, de uno y otro sexo, que confiáis en el cariño protector de vuestro hermano entregado a la impureza, ah! yo quisiera teneros aquí presentes para compadeceros... No confiéis en vano; esos corazones a cuyas ternuras teníais derecho pleno, no os pertenecen ya; esas ternuras no existen para vosotras: *Fera péssima devoravit eos.* Un monstruo abominable las extinguió acaso para siempre..., os diré con los Libros Santos. Y ese monstruo es la lascivia.

Hermanos míos, me habéis oído cuáles son los destrozos que el sensualismo causa en el alma.

Y ¿cómo no decir dos palabras sobre la obra destruc-

tora que la sensualidad realiza en el físico mismo de sus víctimas? ¿Cómo no pintarla con enérgica pincelada, para infundir horror a ella en esta cristiana juventud?

Digamoslo de paso. Mirad, si no, a uno de esos jóvenes que hacen gala de llevar la vida de un bohemio. Junto con las nobles potencias de su espíritu, también su cuerpo, trabajado por el vicio, va desmoronándose, semejante a un edificio de reciente fecha sacudido por violento terremoto. Su frente calva, sus mejillas hundidas; sus ojos apagados parecen lámparas funerarias colgadas junto a los sepulcros. ¿Qué queda ya en esos *jóvenes ancianos?*

¡Nada! Salud, esperanzas para la familia, esperanzas para la sociedad, todo, todo en ellos es calamitosa ruina; son esqueletos sin fuerzas, sin color, sin vida; al mirarlos uno se imagina ver salir al sepulturero que se apresura a llevar su cadáver...

Y ¿qué decir de las dolorosas consecuencias del sensualismo para el porvenir, para la descendencia. ¿Cómo olvidar las implacables leyes del atavismo? ¿No estamos viendo con frecuencia existencias raquíticas, condenadas a temprana muerte, que llevan estampas en todo su ser la huella profunda de un vicio? ¿Y por qué Señor, si ellos son inocentes, y su vida correcta y pura? ¡Desventurados! Lleváis cargada como una montaña aplastante, la herencia vergonzosa de vuestros mayores...

Señores, digámoslo claro y muy alto. El lascivo, si es o llega a ser un padre de familia, es un alma cruel, es una fiera que devora sus propios hijos. Y antes de dar rienda suelta a sus pasiones, debiera mirar hacia adelante y ver que su desenfreno irá sembrando la desgracia de generación en generación entre seres inocentes.

Y ¿habrá aquí, oh buen Jesús, alguna desgraciada víctima de tan temible plaga? Vos lo sabéis, Señor, porque sondeáis los corazones... Médico divino, dad por mis labios, si la hubiera, la saludable medicina.

Jóvenes queridos, respetables caballeros, vuestras

fuerzas individuales son débiles, son insuficientes para resistir a las furibundas embestidas del mal que os vengo describiendo. Necesitáis un auxilio sobre humano, que os conforte y os asegure la victoria; necesitáis la cruz de Jesucristo, necesitáis de su cuerpo y sangre, necesitáis de la sagrada Eucaristía. Sí, de la sagrada Eucaristía.

Cuando una gota de esa sangre preciosíma haya caído sobre vuestras almas, centuplicaré sus energías y les comunicará el brillo y la fuerza de un diamante.

Hermanos amadísimos, ánimo y valor, para luchar con éxito; no olvidéis que lo que a vuestras fuerzas falta, os lo dará Jesucristo. Es de fe que nada es imposible al hombre auxiliado por la divina gracia. Perdonadme que de nuevo os recuerde el grande ejemplo de Agustino. Cuando este genio colosal se resolvió volver a Dios, temblaba por su debilidad y temía no poder resistir a la violencia de sus pasiones siempre halagadoras. Pero, cuando en una visión, Dios le presentó a un grupo de jóvenes del mundo viviendo castamente en medio de la sociedad, él se preguntó a sí mismo: Lo que éstos han podido, ¿por qué no lo podré yo? Y fuerte con su confianza en Dios, rompió sus ligaduras, se hizo un santo.

Caballeros y jóvenes cristianos, si alguno de vosotros gimiera prisionero entre esas cadenas, rompedlas sin compasión. ¡Dios lo quiere! La ocasión es propicia. No neguéis a vuestra alma ese noble triunfo; mirad que un alma casta es bella y gloriosa. Los cielos han cantado a su grandeza. *Oh quam pulchra est casta generatio cum claritate* (Sap., 4, 1).

Si rompéis esas ataduras, habréis obtenido la más grande victoria sobre el más grande de vuestros enemigos: la impureza, el sensualismo y merecido la eterna *claritate* (Sap., 4, 1).

Así sea.

INDIFERENTISMO.

Confeerncia dictada en la iglesia de las Agustinas en Junio de 1918.

Hermanos míos, muchas son las taras espirituales que corren en nuestra sociedad y la precipitan a su destrucción. Pero entre ellas existe una, tanto más funesta cuanto está más difundida y se le teme menos; es la indiferencia religiosa.

¿No es verdad, decidme, que pocos se empeñan en evitarla, y muchísimos apenas si la conceptúan como una simple imperfección? Contra esa aberración de los tiempos actuales, quiero alzar una enérgica protesta en esta noche; quiero probaros que el indiferentismo es un verdadero crimen que ultraja a Dios, una decadencia moral que degrada al hombre, y una ilusión funesta que labra su ruina.

La sola enunciación del asunto bastará sín duda para conciliarme toda vuestra benévola atención.

* * *

La indiferencia es un crimen que ultraja a Dios. Desde luego, el indiferentismo trata a Dios como a un desconocido, sin importarle un ardite ni su honor ni su culto; en la práctica, el indiferentista es un perfecto ateo. Ignoro yo si hay ateos convencidos, para quienes Dios

no existe y el universo es obra de la casualidad. La sana filosofía niega rotundamente que Ios haya ni que los pue-de haber; pero sea ello como se quiera, ¿quién puede ne-gar que los indiferentistas proceden en realidad como si Dios no existiera, ya que no le asignan ni el más modesto lugar en el programa de su vida?

Esto, en realidad, es ultrajante, altamente ultrajan-te. El idólatra que se prosterna ante sus dioses de ma-dera, creyéndolos seres conscientes, merece sin duda la reprobación de la razón y del buen sentido; pero al fin ese idólatra conserva en el fondo un respeto a la Divini-dad y con sus mismas idolatrías está confesando que el hombre no puede permanecer indiferente para con el Ser Supremo.

El mahometano se entregará tal vez a los desórdenes permitidos por el falso profeta y aguardará un paraíso de placeres sensuales; todo esto sin duda es abominable. Con todo, al culto de Mahoma, sus discípulos juntan el de la Divinidad; y al pronunciar sus sacerdotes aquella sentencia de su ritual: "Dios es Dios y Mahoma su pro-feta", el discípulo del Corán cae reverente el rostro con-tra el suelo adorando a su Dios. El judío resiste, hace diez y nueve siglos, a la luz de las profecías y se obstina en esperar todavía un Mesías redentor; no obstante, el judío adora a Jehová, al *Dios verdadero y Señor de los siglos.*

El protestante, en fin, desconoce la autoridad del Vicario de Cristo y al mismo Cristo; pero ese protestan-te tiene su templo, su culto, sus prácticas religiosas.

Y yo mismo he visto a una colectividad protestante levantarse indignada contra la grosera profanación de la imágen de Jesús Crucificado, perpetrada por turbas des-creídas, y a instigación de una vil y degradada mujer.

¿Cómo explicarme todo esto? Ah, es que aquella entidad religiosa habría mirado como un crimen, el ha-cer simplemente abstracción del Creador en el desarro-

llo de los actos de la vida. ¿Cuánto más el escarnecer y ultrajar sus imágenes?

En cambio, oh vergüenza, ¿qué hace el indiferentista? ¿Qué viene a ser para él Dios? Nada. Lo olvida y quiere olvidarlo en todo; lo olvida por sistema. Cruza los planes de la infinita Sabiduría, que había establecido la religión para salvar al hombre; insulta su bondad, que se dignó comunicarse con él por medio de la revelación; menosprecia sus leyes; prescinde de sus promesas; desafía sus amenazas; se burla de todo: de la verdad, de la virtud, del bien, de Dios. ¿No es esto, hermanos míos, ultrajar a la Divinidad? ¿Cuál es, decidme, el más sangriento ultraje que se puede inferir a un amigo? Yo no conozco otro más hiriente que el desdén, que el olvido. A una indiferencia intencionada es preferible a veces el odio mismo. Y ¿quién puede negar que desterrar uno a Dios hasta de su pensamiento, es un ultraje para el amor divino?

Por otra parte, ¿quién es ese corazón indiferente? Es un hijo del cielo alimentado por los beneficios de Dios. El sol que lo alumbra, el aire que respira, el techo que lo abriga, la vida que circula por sus venas, todo, todo debiera llevarlo respetuoso y agradecido a los pies de Dios; ya que algún homenaje debe por lo menos al Autor de todo cuanto lo rodea. Pero, lejos de obrar así, el indiferentista rechaza desdeñosamente al Creador como a un ser extraño. "Que otros, dice, acepten los misterios, frecuenten los templos, se alimenten de los sacramentos y practiquen el culto, yo no me opongo a ello.

En cuanto a mí, mi tarea es borrar de mi memoria hasta el recuerdo del Ser Supremo".

Ni digáis, hermanos míos, que ese hombre, en su interior, respeta a Dios, y las convicciones de los demás. Eso no basta; son necesarios actos positivos que denoten su gratitud y amor a Dios. ¿No veis cómo el indiferentista se afana y se desvive por sus negocios, por sus intereses, por sus placeres? Y con relación a Dios, ¿bás-

tale no decir ni bien, ni mal y respetar la libertad de los creyentes?.. ¿Qué os parece? ¡Qué sarcasmo!

Cuando el Hijo de Dios humanado fué a pedir en una aldea el permiso de colocar su cuna siquiera al lado de los demás infantes, no se le insultó, no; bastóles a los mesoneros decirle: "Pasad, no hay lugar para Vos. *Non erat eis locus.* (Luc., 2, 7). Y todo el Soberano del universo hubo de resignarse a nacer en un establo de animales. Tal es el crimen del indiferente.

Dios le dice: "He fundado una sociedad cuya cabeza es infalible y le he confiado la misión de enseñar a los hombres la verdad y custodiarla, he impuesto al mundo la obligación de escucharle y obedecerle". Pues, bien, el indiferentista se encoje de hombros y responde sonriendo: *Nuestro siglo no admite misterios; bástanos nuestra ciencia, no queremos nada divino ni sobrenatural. Pasad, Dios de la verdad, no hay para Vos lugar entre nosotros. Non erat eis locus.* Dios dice al indiferente: "He establecido en la tierra un tribunal de misericordia y he dado a cierta porción de vuestros hermanos el poder de quebrantar las cadenas de la culpa y de purificar las almas; para fortaleceros en la lucha contra el mal, y dar vida a vuestros espíritus, he preparado un banquete divino en donde el alimento soy yo mismo bajo las apariencias de pan. Acercaos pues a la mesa santa y tendréis vida y vida más abundante y robusta". Pero el indiferente responde: *No creo en la eficacia de esos medios de santificación, bastaríame la moral independiente. No obstante, lejos de mí el apartar a los otros de esas prácticas. En cuanto a mi persona, pasad, oh Dios de la misericordia, no hay lugar para Vos: Non erat eis locus.* Dios dice al indiferente: "Por ti me he reducido a la estrecha prisión del tabernáculo y me inmolo diariamente en los altares". La Misa es el acto por excelencia de mi vida sacramental. Pídote, pues, cada semana una visita, ya que por amor a ti me he condenado a una soledad perpetua. Y bien, ¿qué responde el indiferente a tan dulce, tan justa invi-

tación? *"Dejo, dice, a los sacerdotes y devotas las ceremonias y sacrificios del altar; por lo que a mí respecta, cultivaré mis campos, acudiré a mi escritorio, me buscaré placeres. Pasad, pues, oh Dios del Calvario y del Altar; no hay para vos lugar en mis afectos. Non erat eis locus".*

¿Es posible, hermanos míos, un lenguaje más injurioso para la Divinidad? No obstante, ése es el lenguaje de los hechos; el desprecio irritante que a diario irroga a Dios el corazón indiferente. Pero aun es más. El indiferentismo es no sólo un ultraje a Dios; es también una triste decadencia que degrada al hombre.

* * *

El hombre se distingue de los irracionales por la inteligencia y el corazón. Estas dos nobilísimas facultades constituyen su patrimonio de gloria, el sello de semejanza con su Creador; con la inteligencia conoce la verdad que es su alimento; con el corazón ama el bien que es su vida. Pero el hombre no las lleva impunemente, graciosamente. Su deber es cultivarlas, desarrollarlas.

Cultivar la inteligencia es acercarla más y más a la verdad increada, y cultivar el corazón es consagrar sus afectos al sumo Bien, a la Bondad infinita. Mientras la inteligencia y el corazón vivan lejos de Dios les faltará algo esencial, su vida será pobre e incompleta. Será el águila a quien han cortado las alas. Y cuando el águila caudal es impotente para lanzarse a los espacios y afrontar las miradas del sol; cuando se arrastra, humilde cautiva, dentro de la prisión, ya no es el rey de los aires..

Tampoco nosotros seremos los reyes de la creación, mientras no nos acerquemos al Sol de Justicia, como hablan los Sagrados Libros, y rindamos a Dios el homenaje de nuestra inteligencia y nuestro corazón; es decir, mientras no sacudamos la indiferencia religiosa, que aba-

te las alas de nuestro espíritu, impidiéndole levantarse hasta Dios.

Por eso los paganos definían al homore "un animal religioso".

Me diréis acaso que el hombre se ennoblece cultivando las ciencias y las artes. Pero, en definitiva, ¿cuál es el término, el objetivo de una ciencia sin religión? La pura materia y nada más: *caminos de hierro*, telégrafos, puentes, máquinas, eso es todo aquello que nos asemeja al bruto. Y ¿es esto para ennoblecer? Y al hablar así no exagero. Hagamos un frío parangón. El irracional sólo se ocupa del cuerpo, el indiferente jamás piensa en su alma. El irracional sólo ve lo presente. El indiferente jamás tiende su mirada al *más allá;* come, bebe, duerme; nada más. Si trabaja, es para comer, beber, jugar; no es otra cosa la trama de su vida. Si economiza es para procurarse placeres. En los acontecimientos prósperos se entrega a desenfrenadas alegrías; en la adversidad blasfema de furor; jamás una mirada de esperanza a la Providencia que rige los destinos del mundo. Diríase que su alma no le importa, que su dignidad le molesta, que su inmortalidad le es una carga insoportable.

Y al mirar el sitio donde se cavará su sepultura, bien podría exclamar con transportes de júbilo: "Tú eres, oh sepulcro, mi destino; no ambiciono otro término que el polvo de mi tumba"...

Gran Dios, qué degradación, qué locura. Por eso dijo el Libro Santo: El hombre no se dió cuenta de su elevado puesto en el mundo. *Homo, cum in honore esset, non intellexit.* (Ps., 48, vers. 13).

Doy todavía que la religión fuera facultativa, que el hombre pudiera prescindir de ella sin faltar a un deber esencial de su existencia; aun así el hombre debiera practicarla impulsado por un sentimiento de dignidad. Sólo la religión enseña al hombre su origen celeste y su destino inmortal y le señala la senda de un verdadero progreso. Vosotros venís de Dios, nos dice, y vais hacia

Dios; vuestra patria no es esta tierra de lágrimas marcada por el sello del dolor; vuestra es la mansión eterna de las recompensas divinas, donde se saciarán vuestros insaciables anhelos de dicha. ¿Qué gloria hay, hermanos míos, en limitar vuestro destino a unos cuantos días rápidos, inquietos y dolorosos, que se estrellan contra las tristezas y cenizas del sepulcro? ¿Qué suerte de alma habrán recibido los indiferentistas? Por estas razones tan obvias el indiferentismo religioso era un hecho desconocido en la historia.

El paganismo estaba sumido sin duda en el lodazal de los vicios, pero jamás repudió la religión, ni la idea religiosa, jamás. ¿Veíanse amenazados por una calamidad pública? El pueblo en masa se agolpaba a los templos para implorar la protección de sus divinidades? ¿Volvían a sus lares ceñidos con el laurel de la victoria? Los templos se abrían de nuevo para presenciar solemnes acciones de gracias. Y cuando apareció el cristianismo, trabóse intensa lucha, es verdad; pero no entre la impiedad y el cristianismo, oh no. Mas sí entre la religión pagana y la religión de Cristo; entre dos religiones; por manera que los tres siglos de persecución sangrienta contra los discípulos del Crucificado son una demostración palmaria de cuán aferrado estaba el mundo a su culto religioso, falso, absurdo y todo lo que queráis, pero al fin, religioso. Mas, todo esto dista mucho de probar indiferentismo, llámelo la impiedad oscurantismo, llámelo fanatismo; impóngale cualquier nombre de su vocabulario; lo cierto es que en el fondo de todos aquellos movimientos sociales se descubre la idea, la tendencia religiosa y se muestra a las claras que el género humano siempre entendió que la religión es altamente digna de apasionar al hombre, que no hay causa más noble que defender, ni joya más preciada que conservar. Exceptuad, si lo queréis, algunas raras singularidades que no piensan así. Pero ¿qué valen unas cuantas excepciones aisladas

contra la conducta uniforme seguida por el mundo entero? Hablemos claro: valen lo que valdrán siempre los adversarios de toda tendencia religiosa, es decir lo que valen hombres para quienes no existe otra regla que sus pasiones, ni otros anhelos que saciarse de goces y placeres.

Según la narración Evangélica no solamente fueron castigados los que asesinaron a los criados de aquel gran Señor que les preparaba una espléndida mesa, sino aún los que, si bien agradecieron la invitación se excusaron de asistir, alegando diversos y frívolos pretextos; ni los unos ni los otros encontraron gracia delante del Señor. Bien podrá el mundano, el indiferente alegar, en defensa de su impiedad, sus múltiples quehaceres, y una vida toda absorbida por el trabajo. Pero deben tener sabido que no habrá lugar en el reino de los cielos para los que en la tierra rechazaron las invitaciones de la religión; oh no, ésos no podrán tener parte en las alegrías del Paraíso. Ni ¿cómo podría suceder de otra manera?

Sería acreedor a severo castigo aquel hijo que, renegando de su amante padre le negara los homenajes de su amor y su respeto, sin acordarse para nada del autor de sus días. ¿Quién podría excusar la falta de ese hijo?

Más todavía, si vosotros hubierais librado de la muerte a un individuo, ¿qué digo? si le hubierais hecho un insignificante servicio, ¿no esperaríais por lo menos que ese corazón reconocido os diese siquiera las gracias, siquiera se tocara el sombrero delante de vosotros en señal de gratitud? También esto es lo más natural.

Y ¿sólo al Creador y Autor de nuestro ser, al que nos alimenta y sostiene, será permitido preterir, olvidar impunemente cual si no existiera? Sólo de El puede el hombre hacer caso omiso, arrojando por la borda sus leyes, sus preceptos, su religión? Oh, no, señores, ello es un absurdo. A no ser que los valientes indiferentistas tengan la rara convicción de que el vasto universo con sus inmensas maravillas sea la obra de una ciega casualidad, y que

el género humano, inteligente, libre, rey del universo, haya aparecido de pronto sobre la tierra por sí mismo, sin que causa alguna haya determinado su existencia. Si bien tales afirmaciones están relegadas por la sana filosofía a la categoría de los absurdos, pues no hay efecto sin causa adecuada que lo haya producido. Y siendo esto así, siendo una aberración fenomenal el que la creatura quede libre para honrar o no a su Creador, el que la obra se independice y vuelva las espaldas al artífice, ¿no tengo razón sobrada para afirmar que el indiferentismo es una siniestra ilusión que pierde a sus víctimas y puede precipitarlas a la desgracia eterna? ¿Acaso Dios ha borrado de su decálogo aquel precepto que lo encabeza, y que ordena amarlo y servirlo a él como a Señor y Dios nuestro? ¿Cómo, pues, eludir tan justa y sagrada obligación y cómo violarla impune y libremente?

III.

Pero vengamos ya a la última tacha que señalé a la indiferencia religiosa: os dije que era una ilusión siniestra que pierde irremediablemente a su víctima y que labra la ruina eterna del hombre; voy a probarlo.

En primer lugar, no es honrado el que no paga a Dios lo que le debe, los homenajes religiosos que él mismo dictó, por más que cumpla sus demás deberes, lo que es muy dudoso.

En segundo lugar, las palabras de Jesucristo lo condenan sin lugar a duda. *Quien no está conmigo, está contra mí,* dijo la eterna Verdad, *Qui non est mecum, contra me est.* (Mat., 12, 30). ¿Y estar contra Jesucristo es una virtud? ¿Es una cualidad noble? ¿Es un título para prometerse una dicha eterna, y para tranquilizar la conciencia?... Hermanos míos, no hay dos evangelios, uno para los indiferentes y otro para las almas de buena voluntad. El Evangelio es uno solo, y ese único Evangelio asegura

que está contra Jesucristo y por ende merece castigo el que se niega a servirlo y a adorarlo, no obstante las más brillantes virtudes naturales que lo adornen ante las miradas de la sociedad. Encuéntranse almas y no en pequeño número que creen merecer las simpatías del cielo y de la tierra y en pequeño número que creen merecer las simpatías del cielo y de la tierra y haber llenado el *summum* de sus deberes como seres racionales, por el hecho de poseer ciertas cualidades naturales, (buen carácter, cierto espíritu filántropo, compasión con el que sufre, etc.) ¿Créense exentos de ciertos vicios vergonzosos y públicos que marcan a la generalidad? Pues miradlos: estímanse, con eso sólo, fuera del alcance de toda obligación religiosa; ellos mismos se señalan un lugar de honor en el templo de la inmortalidad, y hablando en términos eclesiásticos, se *canonizan* a sí mismos. *Yo me tengo por hombre honrado y sin vicios de que ruborizarme*, decía hace años al morir en Chile, un gran impío que había rechazado los sacramentos; y para ser así, agregaba, no he necesitado de la religión". ¿Qué pensáis, hermanos míos, de ese lenguaje y de la doctrina en él sustentada? Error profundo, digo yo, ilusión funesta.

Una última observación, hermanos míos, y habré dado final a esta conferencia. Dios para juzgar a los indiferentes, a los partidarios de dejar al Creador a un lado, no necesita más que ponerlos frente a frente con ellos mismos y condenarlos con sus propias obras.

¿Qué solicitud no se gasta para cautelar los intereses terrenos? Para conservar la salud, llévanse los cuidados y precauciones hasta el ridículo. Por ganar fortuna se afrontan las tempestades, se desafían los peligros, se abandona la patria, se llega hasta los confines del mundo. El hombre de este siglo quiere saberlo todo, conocerlo todo. Pregunta a los astros las leyes que rigen su carrera; pregunta al rayo cuál es su origen y poder misterioso; pregunta a la tierra la razón de sus sacudimientos; pregunta al vapor, a la electricidad, si puede ponerse a su

servicio, y el vapor y la electricidad le ofrecen máquinas formidables que hienden los mares, perforen la tierra, dominen los espacios. En una palabra, qué de cuidados para mantener una existencia efímera y proporcionarle placeres. Qué de sacrificios para adquirir una ciencia que a las veces es de mero adorno.

Con todo, por la más monstruosa de las contradicciones, sólo la religión tiene el triste privilegio de no ser jamás estudiada. El hombre, que quiere saberlo todo jamás se digna preguntarse cómo ha venido a dar sobre la tierra y cuáles son sus destinos. El hombre, que no retrocede ante sacrificio alguno tratándose de bienes materiales, no intenta el más ligero esfuerzo para conquistarse la gloria y los bienes eternos...

Con que ¿es posible, Señor, que el hombre os olvide, se cruce de brazos y enmudezca cuando el firmamento con sus innumerables astros está pregonando vuestras grandezas? ¿Es posible que el Rey de la creación visible, para cuya utilidad fueron hechas las maravillas del orbe, es posible que el hombre sea el único que prescinda de Vos, vea pasar sus días sin siquiera daros una muestra de su inmensa y justísima gratitud? ¿A Vos, Señor, a cuya belleza cantan las aves y a cuyas alabanzas hacen eco las olas del mar?

Hermanos míos, contestadme: ¿Creéis que Dios, objeto de tan irritante desprecio, pueda tener miramientos con tales corazones? Yo comprendo la conmiseración para con un ignorante que omite el cumplir con su deber, para con el débil a quien la pasión, oscurecida la inteligencia, lo hace caer. Mas para el desprecio sistemático de Dios, para el desprecio eregido en doctrina, estudiado, meditado, yo no comprendo la clemencia del Dios de la misericordia, y si temo, apoyado en los Libros Santos, el castigo del Dios de la justicia. Por esta razón afirmo una vez más para terminar, que el indiferentismo religioso es una ilusión que lleva sus víctimas camino de la desgracia eterna.

Gran Dios, ¿habrá aquí en este recinto almas conta-

giadas de ese mal funesto? Si las hubiera, yo os ruego, Señor, que halléis piedad de ellos, en mérito de las excelentes disposiciones con que han acudido a oír vuestra palabra... Haced que venga sobre ellas un rayo de luz de lo alto y vuelvan sobre sí mismas. Van mal. Señor y Dios mío, de su actitud para con Vos no puede esperarse para ellas sino una desventura sin fin.

Hermanos míos amadísimos, haya o no presente aquí alguna de esas almas, renovémonos todos en la práctica de la religión en que nacimos. En esta práctica hay deber, hay virtud, hay honor, hay sabiduría, hay prudencia; en ella y sólo en ella se halla la tranquilidad del presente y la seguridad del porvenir. Dejemos a otros el triste privilegio de la ingratitud y del desprecio para con el Creador. Guardemos nosotros nuestras tradiciones de pueblo cristiano.

Honorables padres de familia, que vuestros hijos vean en vosotros este hermoso ejemplo, tienen derecho a esperarlo. Y vosotros, jóvenes, que encarnáis en vuestra edad todo un porvenir, uníos en un solo pensamiento, en una sola aspiración: la de dar gusto al Corazón que más os ama, al dulcísimo Corazón de Jesucristo, de ese Dios que al expirar os tuvo tan presentes en la persona del Apóstol San Juan. Seamos todos hombres religiosos, y en los brazos de la religión volaremos un día a cantar el himno de nuestra eterna felicidad.

Así sea.

III DISCURSOS DE OCASION

LA CASA DE DIOS

Discurso religioso pronunciado el 20 de Octubre de 1917 cuando fué inaugurada la Capilla del fundo "Los Cerrillos" de Catemu, perteneciente al señor Alfredo Riesco.

Haec dies quam fecit Dominus. (Ps., 117, 24).
He aquí un día preparado por el Señor.

Excelentísimo Señor Nuncio Apostólico: (1)
Señores Sacerdotes:
Amados hermanos:

Toda esta espléndida solemnidad religiosa que estamos presenciando, aparece como descrita con las palabras sagradas que me acabáis de oír. *He aquí un día preparado por el Señor.* En realidad, es este día feliz y digno de perpetua recordación, ya que en él se inaugura una entidad que aportará inmensos beneficios a los habitantes de estos contornos. En efecto, gracias a la generosidad de dos corazones que sienten placer en hacer el bien a sus semejantes, esta hermosa capilla, enriquecida ya con las bendiciones de la liturgia, abre hoy de par en par sus puertas al público a fin que el creyente acuda aquí a adorar a su Dios, a desahogar sus sentimientos religiosos, a pedir socorro al Señor y a sus Santos, en las horas tristes del dolor y del sufrimiento.

Construir un templo para que en él se realice todo

(1) Mons. Sebastián Nicotra.

eso, es una gran felicidad que debemos agradecer al Altísimo de quien proceden todos los bienes. *Haec dies quam fecit Dominus.*

Hermanos míos, la hermosa costumbre de bendecir los lugares consagrados a Dios data desde el segundo siglo de la Era cristiana. Perseguidos por los emperadores romanos, los cristianos practicaban su fe escondidos en ocultos subterráneos, que aun puede ver el turista que llega a la ciudad eterna. Mas, apenas hubo ocupado el trono de los Césares el gran Constantino, convertido a la fe por un prodigio del cielo, publicó un célebre edicto en que permitía a los cristianos salir de la oscuridad, practicar su fe a la luz del día, levantar templos que fueron muchos y hermosísimos y dió a la Iglesia el derecho de adquirir bienes en su propio nombre, habiéndola así constituído en una institución de derecho público, con personalidad jurídica.

Y cuando tenía lugar la inauguración de algunos de esos edificios sagrados, era aquél un día de general regocijo; reuníanse los obispos de las cercanías, bendecían aquel lugar y éste quedaba consagrado al culto divino. Tal es la historia que precede a la Capilla que hoy se inaugura.

Ahora bien, señores y hermanos míos, ¿qué es, pues, un templo, una iglesia? Menester es que en esta fecha memorable tengáis de ella una idea clara. Una iglesia es ante todo la *Casa de Dios*. Así la designó el mismo Jesucristo cuando estuvo en la tierra. *"Mi Casa, es casa de oración,* mientras que vosotros la habéis hecho guarida de ladrones", dijo Jesús en una ocasión a los mercaderes que habían establecido sus ventas dentro del mismo templo de Salomón, maravilla del mundo. Y diciéndo esto los arrojó a latigazos sin que a nadie se le ocurriera protestar. ¿Y sabéis por qué el Señor llama *casa suya a un templo?* Sencillamente porque la iglesia es el lugar preefrido por él para acercarse a las creaturas racionales, para recibir sus homenajes y escuchar sus oraciones. Y esto viene desde el principio del mundo.

¿Acaso no leemos en el libro del Exodo que el mismo Dios ordenó a Moisés que levantara en pleno desierto, con madera finísima, una morada santa y que la adornara y engalanara con las mejores producciones del Egipto?"

¿Me diréis que Dios está en todas partes y que en todas partes se le puede adorar y pedirle sus favores? Convengo en ello y digo aún más. Digo que todo el universo es un vastísimo templo construído por el mismo Dios para su gloria y bien del hombre. Ese templo tiene por techumbre que es el azulado firmamento, sus altares que son las montañas cubiertas de nieve; el sol y demás astros son lámparas colgadas en el firmamento para iluminarlo, en tanto que las flores y verdes llanuras son su alfombra, y el bramar de las olas, y el estampido del trueno y el canto de las aves forman los diversos tonos del himno colosal que resuena en honor al Creador en el incomparable templo del mundo. Todo esto es cierto; pero Dios, el Creador quería estar más cerca de sus creaturas racionales, quería comunicarse con ellas sin velos, de corazón a corazón; quería escuchar sus plegarias y cantos, pues dijo en los Libros Santos que sentía delicia en estar con los hijos de los hombres. Y para eso, y para dar importancia a esos centros de reunión de sus creaturas, donde éstas pudieran expansionar su corazón, se dignó llamar *su casa* a esos lugares consagrados a él.

En realidad, es en el hogar, en la familia donde el padre goza con sus hijos, los oye, los instruye y escucha sus pedidos. Esto es lo que dice la vida diaria que vivimos.

Por esta razón, hermanos míos, es deber del hombre no abusar de la Casa de Dios, sirviéndose de ella para actos y conversaciones tan impropias como indignas del lugar sagrado, no sea que los ángeles tutelares del templo anoten algo en tu contra en el libro de tu vida.

Nuestra actitud, pues, en la Casa de Dios, debe ser de sumo respeto al Señor que se dignó hacerla suya.

También el templo es *Casa de Oración. Domus orationis.* Así se dignó llamarla el Salvador. *Casa de Oración.*

Qué hermoso nombre. Qué fecundas enseñanzas. La oración, la plegaria es la respiración, el desahogo del alma. A la manera que alguien sin respirar, se afixia y muere, así es el alma: sin la oración desfallece y cae en mil tentaciones y pecados. ¿Preguntáis por qué? Porque estamos rodeados de peligros y necesidades. Sólos, nosotros, no podemos salir triunfantes de ellos. Por una parte el mundo, el demonio y la carne, tres enemigos mortales, no nos dejan descansar, por otra las penas de la vida, las dificultades y tropiezos con que nos enfrentamos, para vencer todo esto, digo necesitamos socorro, auxilio de alguien que pueda más que nosotros. ¿Quién será ese Ser bondadoso sino Dios? Sí, él puede hacerlo. Pero es necesario pedirle su auxilio, para que nos lo dé. ¿No oís sus palabras: *Pedid y recibiréis, Petite et accipietis?* Pues ésa es la oración. El pobre pide al rico, el enfermo al sano, el ignorante pide consejo al sabio. Y, todos, pedimos a Dios, nuestro Padre. ¡Oh qué dulce es ese nombre!

El mismo Cristo, hermanos míos, nos enseñó a orar, a pedir así: "*Padre nuestro que estás en los cielos...*"

Pero ¿adónde acudimos a orar, a pedir, a hacer presentes nuestros apuros al que todo lo puede? ¿Adónde? A la *Casa de Oración*, al templo, al hogar silencioso y recogido, donde el alma parece sentirse más cerca de Dios, y lo está en realidad porque de ordinario está en el tabernáculo, en la Hostia Santa.

Sí, hermanos míos, es en el templo donde principalmente se complace en oír nuestras peticiones, es su *amable oficina*, por así decirlo, donde despacha, donde enjuga lágrimas, donde da luces y consejos, donde da consuelos y esperanzas.

* * *

Sobre todo, cuando un pueblo entero, toda una familia se congrega a orar allí donde está Dios de modo particularísimo, es entonces cuando El se siente vencido y accede a esa plegaria pública de sus hijos.

La oración pública, colectiva, de un pueblo en angustia, es una ofensiva irresistible, ante la cual Dios se declara vencido y se rinde a esa oración en común, tan recomendada en el Evangelio. Cuando varios se juntan con un fin piadoso, es decir, a honrar a Dios, Jesús está en medio de ellos. ¿Acaso no lo enseñó así él mismo?

Por último, un templo es también un centro de ilustración y de cultura. De ilustración he dicho, pero tomando esta palabra no en el sentido de que en ella se aprendan conocimientos puramente humanos, que enseñan al hombre a ganarse la vida material y le dan renombre y fama. Sino en el sentido de que aquí se aprende la ciencia de las ciencias, que es la que nos da una clara idea de Dios que es nuestro Creador, y nos enseña a salvarnos. ¿De qué le sirve al hombre adquirir las riquezas de un Creso, en la antigüedad, de un Roquefeller, en la época moderna; de qué le sirve tener la ciencia de un Salomón, si el alma, la parte más noble de nuestro ser, se condena y se pierde eternamente? ¿Y por qué se pierde? Precisamente porque no aprendió la Santa Religión que el Hijo de Dios vino expresamente a enseñarnos, y descuidó esa ciencia soberana que no da brillo ni renombre ante la gente, pero que enseña a servir a Dios y dirigir su vida por la senda del honor, y de la virtud, es decir, a alejarse de los vicios y dejar el pecado mortal que lleva al hombre a la ruina eterna, sin fin, mientras Dios fuere Dios.

Me preguntáis dónde se adquiere esa ciencia que salva. Yo os responderé sencillamente que tratándose de la generalidad de los habitantes, el mejor lugar para aprenderla y practicarla es la iglesia, *casa de Dios*, casa de oración, la casa solariega de la gran familia humana, donde pobres y ricos son iguales.

En efecto, la iglesia es una verdadera escuela donde niños y adultos reciben la enseñanza de parte de los sacerdotes.

Los niños la reciben en la catequesis dominical, en lo que se llama vulgarmente *catecismo*. Por su parte, los

adultos pueden también instruirse oyendo los días festivos la explicación del Evangelio, los panegíricos de los Santos, las misiones, que instruyen y convierten tanta gente. ¿Qué digo?

Hemos llegado a tiempos tales que para muchos, el templo es el único centro donde pueden aprender siquiera algo de la Religión que les ha de salvar.

¿Y dónde podrían hacerlo sino en él? ¿Acaso en las escuelas? Pero si en la casi mayoría de ellas no se enseña la Religión de Cristo y si llega a enseñarse, esta enseñanza no es obligatoria, sino voluntaria, para el que quiere; y todavía sólo en los primeros cursos se da. ¿Se aprendería estudiando cada uno por su cuenta el librito de esa enseñanza de oro que se llama el Catecismo? Posible es todo eso, pero en la práctica, ¿quién lo hace? Nadie o casi nadie. Lo que el niño no aprende o estudia en la escuela, no lo estudia después en parte alguna. Por lo tanto es inútil esperarlo.

¿Qué consecuencias deducimos de todo esto, hermanos míos? La de que sólo en el templo, en la iglesia es donde se oye la voz amiga que nos enseña, no sólo a conocer a Dios y su Santa Religión que es la única verdadera, sino que también se enseña a ser buenos ciudadanos, amantes de la patria y adornados con virtudes cívicas. Quien aprende en la iglesia a dar gusto a Dios y a permanecer en su gracia y amistad, con mayor razón aprende a dar gusto a los hombres, a obedecer a la legítima autoridad y a amar y ayudar a sus semejantes, mayormente, cuando una necesidad los acomete y necesitan del auxilio ajeno. Porque la religión cristiana es enemiga del egoísmo que todo lo quiere para sí.

Todo esto y mucho más significa para nosotros la iglesia que desde hoy os invita a concurrir a ella.

* * *

Gracias por lo tanto a Vos, Excelentísimo Señor Nun-

cio Apostólico, por la gentileza que habéis gastado viniendo a presidir esta solemnidad y a bendecir este *lugar Santo*, abierto principalmente en beneficio de la masa popular que me escucha. Sin duda alguna, os habéis llevado Excmo. Señor, los honores de la jornada.

Por vuestra propia vista habéis podido constatar que en este caro suelo chileno existen corazones generosos que inspirados en el espíritu del Evangelio, buscan el bien de sus subordinados, no sólo acudiendo a las necesidades de su vida material sino principalmente a las necesidades del espíritu, de esta alma inmortal destinada a ser feliz eternamente. Los ecos de la bendición que habéis impartido a este recinto, Excelentísimo Señor Nuncio, resonarán con acentos de gratitud en las montañas que prestan soberbio marco a esta gentil naturaleza y la generación presente referirá con fruición a las venideras, que en la inolvidable efeméride en que nos hallamos, esta hermosa capilla se vió henchida de gloria, por la augusta presencia del dignísimo representante de Benedicto XV.

Gracias también a vosotros, ilustres donantes de esta morada en que el arte y el buen gusto han dejado huella indeleble. Yo no hubiera querido herir desde el púlpito, vuestra reconocida modestia repitiendo ante el público que sois vosotros, mis queridos amigos, los autores natos de todo el acto tan hermoso que se desarrolla a nuestra vista. Puedo deciros para vuestro contento espiritual que el Señor de los cielos estará muy contento de vosotros por haberle dedicado esta morada aquí en la tierra donde tantas almas le honrarán, y le servirán; y que vuestro nombre se escribirá en el libro de los que saben dar a Dios algo de lo que él mismo les ha dado.

Y vosotros, piadosos oyentes de estos contornos, no os olvidéis jamás, cuando entréis aquí, de rogar por los que han hecho a este lugar tan precioso don y quiera el Señor que algún día ellos y vosotros os encontréis en el paraíso de los cielos.

Así sea.

LA MORADA DE DIOS Y DE LOS HOMBRES

Discurso pronunciado al ponerse la Primera Piedra del Templo de los Padres Palotinos de Temuco, el 9 de Diciembre de 1934.

Deliciae meae esse cum filiis hominum (Prov., 8, 31).
Mis delicias son estar con los hijos de los hombres.

Señor Intendente:
Reverendos Padres:
Amados hermanos:

Un célebre historiador pagano escribió estas palabras de indiscutible veracidad: "Si recorres la tierra, podrás encontrar pueblos sin muros, ni leyes, palacios ni moneda, pero sin templos ni altares ni sacerdotes ofreciendo sacríficios, jamás los hallarás".

He ahí, señores, un hermoso antecedente que baña de luz la imponente ceremonia que estamos presenciando; hemos venido a echar al hondo herido la primera piedra de un futuro templo.

Levantar templos a Dios es innato y como connatural a la naturaleza humana; es esto un hecho innegable. Practicáronlo los pueblos de todas las edades e ideologías, centenares de años antes de Jesucristo; todo lo cual ha sido

parte para que más de un filósofo, definiendo al hombre, dijera que éste es un *animal religioso*, porque el culto a un ser supremo está, por así decirlo, concadenado con su naturaleza. El templo es por tanto la materialización de una aspiración irresistible del hombre. Yo diría también que el templo, señores, es la primera palabra de la civilización humana, y denuncia en el hombre un aspecto que le honra ya que se muestra convencido de que en la creación hay algo más que materia, de que sobre ella está el espíritu que piensa y discurre y que sobre el espíritu está Dios el Ser Supremo de quien depende el universo.

Una ciudad sin templos donde la muchedumbre pida, alabe y honre a la Divinidad, yo la compararía a un jardín sin flores, a un cielo sin estrellas, a un cuerpo de vistosa figura, pero inerte y sin alma. El hombre al alzar un templo no hace sino asociarse al himno gigante que los cielos y la tierra elevan al Creador, según el hermoso decir de los Libros Santos.

Y siendo ello así, ¿qué extremo es entonces que la Iglesia Católica, representada por sus Pastores, despliegue todo el esplendor de su culto y haga descender las bendiciones Divinas sobre la dura piedra sobre la cual se erguirá como una esperanza la sagrada mole con sus torres que le señalan constantemente la patria de sus eternos destinos? ¿Qué extraño es, digo, que los hijos de Vicente Pallotti hayan querido coronar su apostolado enriqueciendo con un bello templo esta populosa barriada de la capital cautinense, regada tantas veces con sus sudores? Ah, señores, ante el empuje y la noble generosidad que todo esto denuncia, yo en mi calidad de Pastor, quiero asociarme a su labor tan digna de encomio y decir algunas frases que irán condensadas en estos dos pensamientos: El templo es un exponente de la bondad divina. El templo es un centro de consuelos y de cultura para los pueblos. Imploremos ahora, hermanos míos, los auxilios del cielo y hagámoslo por intermedio de María.

Ave María.

Mis delicias son estar con los hijos de los hombres.

I

Hermanos míos, Dios pudo crear o no crear al hombre. Si lo efectuó, fué ejerciendo un acto libérrimo de su voluntad Soberana. Sin embargo, creada ya la humanidad, el Hacedor no pudo prescindir de acercarse a la familia humana, de convivir con ella, si vale la frase; así lo exigía imperiosamente su infinita bondad, que al decir de los teólogos, es esencialmente comunicativa. Digo más; diríase que faltaba algo a su felicidad si no establecía medio fácil y expedito de comunicarse con el hombre. Así lo proclama el Libro de la Sabiduría: "Mis delicias son estar con los hijos de los hombres". *Deliciae meae esse cũm filiis hominum.*

¿Con que, oh, gran Dios, sientes placer en vivir con el hombre, creatura ingrata y conculcadora de tu ley? ¿Qué buscas en tan modesto consorcio? Ah, ya lo comprendo: quisiste ennoblecernos; quisiste lo que con tanta verdad dijo tu siervo Agustino: *Descender hasta el hombre para que el hombre se elevara hacia ti.*

Pero, señores, ¿dónde se verificaría esa misteriosa convivencia a que Dios se sentía presionado? Preciso era que se localizara su presencia augusta; que en el universo hubiera lugares singularmente consagrados al culto del Hacedor; que el hombre pudiera comunicarse de corazón con el Infinito. He ahí la razón que nos explica un hecho inconcuso de la historia, desde las primeras edades del mundo hubo sitio especiales donde el pueblo se reunía para ponerse en comunicación con su Creador y dar ocasión, por así decirlo, de escuchar sus plegarias.

Ah, benditas sean entonces esas almas desprendidas que han contribuído a la realización de tan nobles ideales. ¿Quién podrá negar que esos corazones han comprometido en su favor la gratitud de todo un Dios? Fácilmente se comprende, señores, según tradición cristiana, quien le-

vantare un templo a Dios en la tierra, asegura su sitio en las moradas del Paraíso.

Ni me digáis que el universo es por sí mismo un vasto templo, jamás superado en sus galanos adornos, donde el Creador puede a la vez escuchar las plegarias y recibir los homenajes de sus creaturas. Yo os responderé que a Dios no le bastaba eso; quería acercarse más y más al hombre, creado a su imagen y semejanza; por esa razón desde la iniciación de los tiempos exteriorizó su voluntad de tener en la tierra santuarios, en los cuales él pudiera vertir entre los hombres sus paternales bondades y el hombre abrirle su filial corazón. Razón tuvo Jesucristo, Señor Nuestro para llamar *su casa* a esos sitios, y *casa de oración.* Domus mea domus orationis est. (Luc., 19, 46).

¿Acaso no leemos en los Libros Santos que Moisés recibió orden expresa de Dios de levantar en medio del desierto un Santuario de madera de setín y adornarlo con las más ricas telas de Egipto? Y ¿quién podrá describir la majestad y suntuosidad del templo que Salomón el más sabio de los hombres recibió mandato divino de levantar y que fué el más célebre monumento que se haya levantado sobre la superficie del globo? Y cabe notar aquí que tanto se complació el Señor por la obra ejecutada en honor suyo, que dijo a Salomón estas célebres palabras: "He santificado este lugar para poner en él mi nombre y cada día tendré puestos en él mis ojos y mi corazón. (I Regum).

Ah. Yo te bendigo; alma religiosa, que penetras al templo de Dios como a la casa de tu padre y Señor, a elevar tu corazón a él y hacerle presentes tus cuitas y penas. El las conoce, es verdad. Pero desea que tú mismo se las manifiestes. Mira: ese acto religioso que practicas complace altamente al corazón de tu Dios y habrá de ser para ti una fuente de favores. Acaso no se acrecienta el cariño de tus padres cuando tú te acercas a ellos a imprimir en sus labios un beso de amor filial: esos corazones rebosan de concebido afecto hacia ti y te pagan con la misma moneda. Y bien, señores, si el Creador manifestaba tanta

complacencia en aquellos templos de la antigüedad en que todo era figura, ¿qué no pasará en los templos cristianos donde todas aquellas figuras y adornos se han tornado en la más augusta, la más santa, la más consoladora de las realidades? Donde el Creador no tiene puestos, no ya sus ojos y su corazón, como en el incomparable templo salomónico, sino que habita él en persona, con todo su poder y bondad, si bien vuelto a nuestras miradas, bajo la apariencia de una blanca hostia? Donde en fin las únicas credenciales de su presencia augusta las constituye una lamparilla, símbolo de nuestra fe, pero también demostración de la incomprensión y poca gratitud nuestra? Gran Dios, ¡cuán infinita es la bondad tuya para con el hombre! Dijiste que te complacías en vivir con ellos. ¿Qué más podías hacer para cumplir tu palabra que morar día y noche, junto a sus propias viviendas, esperando, llamando y recibiendo a cuantos vienen a visitaros? "En realidad somos desagradecidos. Pero la evidencia de tus bondades, nos traerá algún día más fervientes, a tus templos, que tú miras como tu casa.

II

Os dije también, señores, que el templo cristiano es un centro de cultura y de consuelo para el hombre. Entre las nobles e incontenibles tendencias de la humanidad debe sin duda contarse el sentimiento religioso, ese secreto impulso que nos lleva a los pies de Dios. Y es forzoso darle expansión y franco desahogo. Poner obstáculos al hombre para exteriorizarlo, sería quitarle la respiración del alma, sería hacerlo desgraciado.

Y tal tendencia hacia el Ser Supremo, señores, la experimentamos los individuos al igual las colectividades y naciones.

Las palabras del historiador que os cité al comienzo de este discurso entraña la afirmación de un hecho tangi-

ble, que no deja margen a una duda: Si algo tiene de común la raza humana, es entre otras cosas, la religiosidad, más o menos intensa y desarrollada; se diría que el mundo posee un alma *naturalmente cristiana.* La experiencia corrobora también la aserción del escritor pagano.

¿A dónde, señores, ha acudido el pueblo en los grandes estallidos sino al templo, a la casa de la Divinidad que mirara como casa propia?

Ora la patria se vistiera de luto, por algún triste suceso, ora ciñera su frente con los lauros de la victoria, ¿acaso no ha sido siempre el templo el sitio predilecto y obligado adonde la muchedumbre ha tornado sus ojos, ya para pedir socorro en el peligro común, ya para agradecer a la excelsa Providencia algún favor recibido por la Patria amada? Señores, es preciso convenir en una cosa, so pena de aparecer dominado por la pasión: el templo fué siempre el abrigo acogedor en donde el hombre encuentra luz, consuelo y esperanzas, porque el instinto mismo le enseña que la suerte de las naciones está en manos del Omnipotente y que es el templo el sitio donde Dios habla al corazón de los individuos. Señores, una ciudad sembrada de vistosos palacios y de humeantes chimeneas; una nación surcada en todas direcciones por rieles, son símbolos de progreso material, quitad de ellas la iglesia, el templo y quitaréis poco menos que su alma al cuerpo social. Donde no se yergue el esbelto campanario que llama al pueblo a *plegaria* y a sermón" como dijo Andrés Bello, y le recuerde al hombre que hay algo invisible donde está su patria verdadera; donde no se alce un Santuario para que el hombre de libre curso a su espíritu que tiende a Dios. Ah, no me digáis, señores, que esa ciudad, que esa nación es una nación y un pueblo ideal en que nada falta, porque allí falta Dios, falta el templo de Dios donde exhalamos a nuestro gusto, todas nuestras penas y todas nuestras alegrías, con la misma naturalidad que el ave busca el espacio infinito. Por tanto, señores, pueblo que marcha resueltamente a un futuro feliz en el

sentido del vocablo, será aquel en que ni todo es materia, ni todo es espíritu; aquel en que hay elegantes calzadas y jardines diseminados entre palacios suntuosos y bulliciosas fábricas, hay también bellos y silenciosos templos donde puede batir las alas el espíritu inmortal que nos anima. Progreso en esa forma, si que es verdadero y razonable progreso, ya que abarca al hombre completo, tal como es: cuerpo y sentidos que miran a la tierra y alma que tiende instintivamente a Dios.

Pero aun no está dicho todo. El templo es a la vez una escuela de moralidad para el hombre. Sí, señores, amplia fuente de moralidad y de facilísimo acceso.

Oyéndose en él a menudo la palabra divina, esa palabra mágica que enseña y hace amar la verdad y la virtud, el pueblo más inculto cambiará paulatinamente sus costumbres, su triste pasado y empezarán en él las más bellas virtudes.

A despecho de su incredulidad y de su guerra abierta al dogma Católico, así lo reconocieron en momentos de cordura Voltaire, Rousseau y otros corifeos de la impiedad moderna. Todos ellos estaban convencidos de que en las naciones, en los pueblos, en las familias no habrá jamás orden, moralidad ni mucho menos felicidad, si no se asientan sobre sólida base religiosa, porque sin esta base, tarde o temprano, las sociedades más elegantes y ricas, presenciarán el estallido de pasiones feroces e incontenibles, y el desorden, el saqueo, la pobreza y la muerte se pasearán triunfantes en medio de esos pueblos atónitos, que al desterrar de su seno a Dios y su ley santa, pisotearon, cegados por su impiedad, los gérmenes, los únicos gérmenes de su verdadera dicha.

El propio Mussolini, señores, ese hombre genial a quien admira el orbe, ¿qué hace para levantar el nivel moral, intelectual y material de su nación y ponerla al nivel de las más grandes potencias?

Como acto inicial de su gobierno, manda restablecer en las escuelas y colegios el crucifijo y la enseñanza reli-

giosa, que la impiedad había arrojado por la borde. Porque pensó y muy bien, que según frase del Libro Santo, es en vano intentar alzar el edificio si en su construcción no entra Dios, ese monumento sin base caerá con estrépido y aplastará a sus moradores.

Pero ¿qué estoy haciendo? Nada os he dicho de las dulces emociones, de los símbolos que, junto con ornamentar la casa de Dios, os recordarán las grandezas de la religión que profesáis. En su severo conjunto, hallaréis doctrina, hallaréis consuelos, hallaréis dulcísimas esperanzas.

Os arroban las armonías de la música que en los templos embargan de dulzura el alma y dan relieve a las imponentes ceremonias de culto. Pensad, católicos, que si tales son las armonías de la tierra, ¿qué no serán las del Paraíso que esperamos, donde *"Mil años serán como el día de ayer que ya pasó"?*, según cantó el Profeta Rey. *Sicut dies hesterna quae praeteriit.*

Bajo las bóvedas del iniciado templo se alzará el altar y sobre el altar la Cruz, coronándolo todo.

Gran Dios. ¡Qué torrente de consolaciones vertirá esa venerada Cruz! Ella os estará recordando día y noche, católicos, que es la Cruz nuestra única esperanza, *Spes única*. Que bajo sus brazos benditos ganaremos el cielo. Que a sus sacrosantos pies se nivelan todas las categorías y todas las situaciones. Sí, es bajo ese árbol bendito donde el potentado y el humilde pueden con igual derecho recitar esa plegaria incomparable: "Padre nuestro que estás en los cielos", ya que la sangre divina derramada en ella, se derramó por todos.

Señores, allí también el púlpito, la cátedra sagrada, esa cátedra donde el ministro de Cristo explica al pueblo las doctrinas de Cristo que es camino, verdad y vida, esa cátedra que al correr de los siglos vió a los príncipes de la elocuencia cristiana, los Crisóstomos, los Crisólogos, los Bossuet, los Lacordaire, y tantos otros que la historia recuerda con honor.

Es en el púlpito, señores, donde se orienta al pueblo

cristiano y se corrigen los errores intelectuales y morales de la vida moderna, es un misterioso reflector que alumbra las conciencias de la masa popular. Felices los pueblos que con fe sincera se acercan a oír sus enseñanzas, no tardarán en verse los efectos de ésta. Los oyentes asiduos llegarán a ser buenos hijos de Dios e intachables miembros de la sociedad en que viven, ya que el perfecto servidor de Cristo testigo de experiencia fué simpre lógicamente un excelente ciudadano; pero desgraciados de aquellos que por petulancia o desidia se alejan sistemática de esta luminosa escuela; la ignorancia religiosa, uno de los mayores males del mundo moderno, las pasiones más bajas, las discordias y el odio crecerán como las plantas en clima propicio y sus víctimas caminarán por las sendas de la desgracia eterna.

¿Y qué decimos de ese artefacto bendito donde se instala el tribunal augusto de la penitencia y se purifican las almas? Gran Dios. ¡Qué de prodigios de misericordias se realizan en ese tribunal venerado! Yo veo allí al humilde pecador que confía sus miserias penetrado de hondo arrepentimiento, veo al sacerdote de Cristo que alza su mano y pronuncia sobre el penitente la palabra poderosa y veo a éste trocado por maravillosa manera de enemigo de Dios en hijo amado y heredero del cielo, ¡oh, portentos de la verdad cristiana!

Y para terminar, señores, ¿qué diré de las imágenes que de ordinario decoran las naves de la Casa de Dios, de esos grandes amigos del Señor de los cielos a quienes amaron con toda su alma? Ah, qué firme confianza en su intercesión nos inspiran, pero a la vez qué justos y paternales reproches nos dan. Como amigo de Dios, nos convida a invocarle para pedirle su poderoso influjo en favor nuestro; como fieles compatriotas de la ley cristiana en medio de los mismos peligros y tentaciones en que nosotros nos hallamos, nos enrostran nuestra desidia y cobardía, y a la vez nos recuerdan, que si ellos pudieran con la divina gracia vencer los enemigos del alma.

¿Por qué no lo probamos nosotros, si como ellos imploramos los divinos auxilios? *Quod isti cur non ego?* Lo que éstos piden, ¿por qué no lo podré yo?, exclamó una vez el ilustre convertido Agustín de Tagaste.

Señor Intendente. Amados hijos, ¿habéis oído la exposición de lo que es un templo en medio de los pueblos? Una noble escuela donde el hombre adquiere la ciencia que prima sobre todas las demás; la ciencia de la salvación, y a la vez un inagotable manantial de consolación es para el que sufre las embestidas del dolor en esta mansión del llanto. Es por lo tanto el templo una joya de inestimable valor, digna de vuestro cariño y de vuestro respeto; pues siendo la casa de Dios es lógicamente la casa del hombre, obra de sus manos.

¿Pero está dicho todo? De ninguna manera, falta algo de importancia suma, que será el epílogo de mis palabras. "No dejéis sola jamás la mansión sagrada que pronto os abrirá sus puertas. Ella debe constituir el punto céntrico de vuestra vida cristiana. Y cuando el campanario haga oír su voz, ya festiva, ya melancólica invitándoos, no cerréis a ese eco amigo vuestros oídos, en cambio, acudid presurosos. ¿Qué digo? Sed generosos para dar impulsos a la obra, a fin de que a breve plazo, sea una bella realidad, ni olvidéis que si alguien da a Dios, de Dios recibe.

Y vosotros, celosos apóstoles de la fe, que abandonasteis vuestra patria querida, y vinisteis a este lejano país a colaborar con vuestros hermanos en el sacerdocio, recibid por mi intermedio la expresión de la más honda gratitud de toda esta progresista ciudad. Podéis consideraros como en vuestra propia casa y cuando los recursos escaseen para continuar vuestra simpática empresa id a golpear a las puertas de quien quiera que sea, pobre o rico; yo os aseguro que no saldréis con las manos vacías.

Que el Señor os bendiga y pronto veáis coronados vuestros anhelos.

Así sea.

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL TEATRO PRINCIPAL DE SANTIAGO CON OCASION DEL SEGUNDO CENTENARIO DE LA FUNDACION DE LA CONGREGACION DEL SANTISIMO REDENTOR, EN AGOSTO DE 1933.

Excmo. y Rvdmo. Señor Nuncio Apostólico:
Excmo. y Rvdmo. Señor Arzobispo: (1)
Excmos. Señores Obispos: (2)
Señoras, señores:

Después de la brillante apoteosis que vuestra presencia en este recinto, unida a la galana elocuencia de los oradores, ha tributado a la labor de doscientos años realizada por la Congregación de Stmo. Redentor; ante este conjunto armonioso que hace vibrar las más íntimas fibras del alma, parecería a primera vista que un miembro de esa misma congregación debiera guardar silencio y abstenerse de agregar una nota a este canto del corazón, so pena de aparecer parcial.

Pero, señores, ¿cómo podrá sellar sus labios un hijo, cuando en su presencia se tejen coronas para las sienes de su madre; cuando se entona un himno de triunfo a la Congregación que sin el merecerlo lo envuelve entre los pliegues de su manto de gloria; cuando todo lo que ha visto y oído en esta magnífica asamblea sería bastante por sí solo para desatar la lengua de un mudo, que fuera capaz de recibir las dulcísimas sensaciones de lo sublime y de lo bello?

(1) Mons. Horacio Campillo.—(2) Mons. Eduardo Gimpert, Obispo de Valparaíso, Mons. Carlos Labbé, Obispo de Iquique, y Mons. Antonio Castro, Obispo de Ancud.

Ah, señores. Ocasiones hay en que sería más hacedero encadenar las olas del mar en un día de tormenta, que aprisionar dentro del pecho los imperativos de la gratitud, de esa virtud soberana, sello infalsificable de las almas rectas; de esa virtud hija del cielo que, al decir del Libro Sagrado, impele a la misma naturaleza inanimada, a entonar perenne canto al Hacedor Supremo, ora con los fulgores de los astros del mundo sideral, ora con el estampido del trueno o el ronco rumor de las ondas marinas, ora con el trino del ave en la selva solitaria o surcando el espacio infinito, ora en fin enviando hacia lo alto el ambiente perfumado de sus jardines y florestas.

Señoras y señores, al impulso, pues, de esa virtud bella y divina, que por cierto no podía faltar en el alma colectiva de la Congregación Redentorista, y en nombre de mis hermanos en el Apostolado de las almas, cuyo encargo expreso he recibido y en el mío propio, yo quiero pronunciar aquí, como una cristalización de nuestros más hondos sentimientos, esa palabra opulenta de la lengua de Cervantes: Gracias.

Sí, gracias ante todo a ti, oh, Dios omnipotente, *autor de todo don perfecto* que inspiraste al noble joven de Ligorio, el pensamiento de organizar una legión de apóstoles en favor de las almas más abandonadas de la sociedada.

A ti, Señor, por tu inmensa bondad, que me permitiste en la tarde avanzada de mis días contemplar de cerca los triunfos espirituales de la ínclita familia que me recibió en su seno...

Gracias también a Vos, Excmo y Rvdmo. Señor Nunció Apostólico por vuestra gentil benevolencia en asociaros a nuestras alegrías. Vuestro gesto, Excmo Señor, lo apreciamos en toda su alta valía, Vuestra sola presencia decorando esta augusta asamblea con el sagrado brillo de la Sede Apostólica a quien tan dignamente representáis.

Gracias, igualmente a Vos, Excmo. Señor Arzobispo y demás Excmos. Prelados que habéis acudido a acompañar-

nos en tan fausto día. El sólo veros aquí, creedlo, hace palpitar emocionado a todo corazón redentorista. Testigos como habéis sido de sus correrías apostólicas por las ciudades y campos de vuestras diócesis; vuestra participación en sus fiestas jubilares, lo miramos como el más honroso veredicto que ante la sociedad santiaguina reciben los Hijos de Alfonso María de Ligorio; es como la tácita aprobación de sus misterios, a la vez que un aliento y estímulo para el futuro.

Mirad, pues, os ruego, Excmos. Señores, estas mis palabras como la nítida expresión de los afectos que hacia vosotros guarda en su pecho la congregación entera, del uno al otro extremo de la República.

Gracias, a vosotros nobles Embajadores del pensamiento y magos excelsos de la palabra.

Con ella habéis hecho las delicias de la distinguida concurrencia que tenéis a la vista.

Al ensalzar la gesta de los ligorianos al través de dos centurias, habéis hecho derroche de doctrina, de historia, de elocuencia, de galanura y de afecto.

¿Y por qué no decirlo si lo siento y lo estimo ajustado a la realidad?

Todo lo habéis contemplado por entre el prisma de vuestra benevolencia para con los mensajes de la palabra apostólica. Al contacto de vuestra vesta cariñosa y brillante y perdóneme vuestra modestia, todo lo habéis transformado y vestido con ropaje de gloria... Lo pequeño aparece grande, lo grande excelso, sublime, subiendo desde la nota histórica que narra y educa, hasta el encumbrado lirismo que costaría, vale decir, vuestros discursos, Señores oradores y declamistas, ha sido un canto insuperable a la labor de un ejército salvador con Alfonso María a la cabeza.

Por esta razón, parodiando al insigne guerrero de la edad moderna, cuando arengaba a sus soldados al pie de las pirámides de Egipto, podría deciros sin temor de exagerar: "Desde cuatro partes del mundo, dos centurias de

trabajos apostólicos en pro de la humanidad, se yerguen airosas para agradeceros."

Gracias, por fin, a vosotras, piadosas damas y jóvenes de la sociedad santiaguina que tan sincera y eficientemente habéis contribuído al éxito de nuestro centenario. Vuestra presencia aquí y vuestros aplausos, como efluvios de vuestra alma benevolente, constituyen un colosal hosanna en este fausto día y han agregado una nota de culta solemnidad a esta asamblea.

Pero, señores, después de todo esto surge en mi mente un imperioso interrogante, el mismo que surgía al Profeta-Rey cuando se dijo a sí mismo: *Quid retribuam?* ¿Cómo agradeceros dignamente vuestras gentilezas en esta magna efemérides para nosotros?

Aunque bien lo sé, la respuesta me la señala el Príncipe de los Apóstoles cuando entraba al Templo de Salomón: "Yo no tengo oro ni plata; pero lo que tengo te doy."

Excmo. Señor Arzobispo, Señores Obispos, amados Sacerdotes, distinguido público que llenáis este recinto, la Congregación del Stmo. Redentor no tiene para retribuir vuestros afectos, no tiene oro ni plata, que por otra parte vosotros ni buscáis ni necesitáis; pero sí pone a vuestra disposición esa inefable riqueza espiritual que todos poseemos: en el corazón, la más honda gratitud; en los labios, la plegaria al bondadoso Dios.

Señores, podéis estar seguros que cada día subirá al cielo por vosotros en perenne espiral el ruego enternecido de los Hijos de Alfonso de Ligorio.

Y al hacer esta afirmación que nace del alma como de la flor su aroma, viene a mi memoria una estrofa de un joven vate que compartía mi sangre en la cual se cristaliza el fondo de todo mi discurso:

"En estas coplas que canto
Con sinceridad de niño,
Va cantando mi cariño
Al son de mi gratitud.

Ella es grande como es grande
El mar que el orbe circunda,
Como el aura vagabunda
Que llena toda amplitud.

"Ardorosa como el astro
Que al universo esplendora
Es bella como una aurora
Y dulce cual la virtud.

Impetuosa cual el rayo
Que rasga la nube ardiente
Es mansa como una fuente,
Es suave como un laúd.

Como al rumor de sus olas
Entona la mar bravía
Himno eterno noche y día
Al Dios de la excelsitud.

También yo siento en mi pecho
Alma joven que se agita
Un corazón que palpita
Por vuestra dicha y salud.

SU SANTIDAD PIO XII

Discurso religioso pronunciado en la Basílica de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, Santiago, el 12 de Marzo de 1938.

Excmo. Señor Nuncio Apostólico: (1)
Hermanos míos muy amados:

Un astro refulgente desapareció del firmamento para dar lugar a otro de gemelas claridades.

Cuando Jesucristo fundó su Iglesia hizo a los apóstoles esta promesa inmortal: "Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos". Palabra omnipotente que se cumple hoy, como se cumplió ayer, como se cumplirá mañana. Y antes cambiará el leopardo las manchas de su piel, antes dejará de utilizar sus alas el ave para cruzar el espacio infinito, que falte a la Iglesia Católica la asistencia anunciada por su divino Fundador.

Y el mundo ha podido palparlo a través de 20 siglos.

Surca majestuosa el mar de la vida la gallarda nave de la Iglesia, cumpliendo su misión de salvar las almas. Ahí está el Supremo Capitán, Jesucristo, siempre abiertos sus ojos sobre ella, para sostenerla en las horas de pe-igro y guiarla y sacarla airosa de entre tormentas y arre-ifes. Muere el piloto que en nombre de Cristo la gobernaba. Preséntase sin demora otro que empuñe el timón y

(1) Excmo. y Rvdmo. Monseñor Aldo Laghi.

orienta la barca al puerto de su destino, pese a los desesperados esfuerzos de la impiedad para sumergirla en los abismos.

Y esa palabra, señores, "Yo estaré con vosotros" vibra al oído del Pontífice de Roma como un juramento de los cielos, y esa palabra lo alienta, lo sostiene, y le infunde confianza y valor en medio de las dificultades inherentes a su alto cargo.

Todo esto, hermanos queridos, acaba de verse confirmado, con asombro del orbe, en la ciudad de Roma.

Pío XI, el sabio, el hombre infatigable en el trabajo, de voluntad de acero y de envergadura de gobernante, baja a la tumba, pero baja como un sol luciente que se hunde en el ocaso, baja cuál padre de la gran familia humana, llorando y sentido por la muchedumbre de sus hijos. Las miradas del mundo se tornan al cielo en un interrogante, como si quisieran arrancar un secreto al que dijo: "Yo estaré con vosotros". ¿Quién sucederá a AQUILES RATTI? Y en medio de la expectación y la plegaria de la cristiandad, se levanta serena y amable una figura que se impone por su propia modestia, y el nombre de Eugenio Pacelli surge de las filas del Sacro Colegio, como una promisora esperanza, como un alivio en el dolor acerbo; y cuando el Camarlengo pronunció ante la muchedumbre esperante la histórica frase: "Papam habemus". "Tenemos Papa" y ha tomado el nombre de Pío XII, la feliz nueva sacude con febril entusiasmo a la multitud que parece enloquecida, se esparce por el mundo en alas de la electricidad, y la Roma de Cristo deponiendo el negro manto del dolor, se viste de gala, y entona clamorosa el *hosanna* de las grandes alegrías, como al principio de los tiempos saltó la luz del fondo de las tinieblas y se esparció por el caos de la creación como una dulce sonrisa de la Divinidad. Y todo esto se realiza en medio de una paz octaviana, sin tumultos ni algaradas, en forma que pudiera decirse con justicia: *"Digitus Dei est hic". Aquí está la mano de Dios."*

Y Pío XII se sienta en el trono veinte veces secular del pescador de Galilea, y doquiera que alumbre el sol, doquiera que vivan discípulos de Cristo, allí es bendecido y obedecido como el hombre providencial enviado por el cielo para la hora de tormentas que atraviesa la barca de Pedro.

Y razón sobrada le asiste, tiene al universo católico para festejar este acontecimiento con jubilosa alegría.

Aparte de la asistencia divina con que los Pontífices gobiernan la Iglesia, la propia personalidad del recién elegido y sus hermosos antecedentes son ya preciosa garantía de un gobierno prudente y feliz.

Desde luego Pío XII es un hábil y talentoso diplomático, conocedor profundo de los arduos problemas que el Papado debe resolver en sus relaciones con los países del orbe.

Alguien ha dicho y con justeza, que la ancianidad no es sino el desarrollo de un pensamiento concebido en la juventud. Hermosa idea perfectamente aplicable a Pío XII.

Si como Nuncio en Baviera, donde lo designara Benedicto XV, desarrolla fino tacto en el desempeño de su alta misión; si con sus vastos conocimientos en ciencias sagradas y profanas, unidos a una exquisita prudencia, despierta la atención en las altas esferas de Berlín y merece elogiosos conceptos del mariscal Hindenburgo; si fué habilísimo cooperador de Gasparri en su trabajo monumental del Nuevo Código, y si por último en su calidad de Secretario de Estado se hace el brazo derecho de su antecesor por su sagacidad y don de gentes, no podemos, sin embargo, negar que todos esos brillantes éxitos de su carrera, no son sino la florecencia de aquel talento superior con que el niño, el adolescente Pacelli abordó los estudios humanísticos y superiores, y triunfó en las aulas; Eugenio Pacelli es, pues, un astro que ha llegado a su zenit, después de recorrer entre torrentes de luz un sector amplísimo del mundo sideral. ¿Qué extraño es entonces, hermanos queridos, que su antecesor, diestro conocedor de los

hombres que lo rodeaban, lo asociara a sus labores en el gobierno del mundo católico? Diríase que Aquiles Ratti hubiera presentido que aquel varón tan inteligente como modesto, ocuparía con honor un día no lejano, un sitio entre los sucesores de Simón Pedro. Ni menos debemos extrañar, hermanos queridos, que el Pontífice de los memorables pactos de Letrán, de las Misiones de Oriente y de la Acción Católica, le confiara su alta representación en circunstancias solemnísimas de otros países. Bien sabía él a quién enviaba. ¿Quería tal vez dar a conocer ante el mundo al personaje que tendría a no largo plazo su gobierno espiritual en calidad de Vicario de Cristo? Buenos Aires, Lourdes, Budapest, ¿qué son sino grandiosos escenarios donde Eugenio Pacelli dejó brillante estela de simpatía y estimación?

Pero, desarrollando el pensamiento anterior, todas estas celebradas actuaciones del hombre ya maduro, tienen su base lógica en sus años juveniles. El Nuncio Pacelli, el Cardenal Pacelli, el egregio secretario de estado de Pío XI, es aquel mismo estudiante de cincuenta años atrás, siempre aclamado y siempre laureado por sus triunfos escolares; es el mismo políglota formidable que domina perfectamente seis idiomas; es el mismo joven sacerdote graduado en derecho canónico y civil que colaboró con el gran Gasparri, es en fin el mismo orador sabio y elocuente, señor de los púlpitos de Roma e Italia toda y cuya palabra impregnada de luz y vigor producía siempre honda impresión donde quiera que se dejase oír.

Pero ¿qué estoy diciendo?

Dejemos de la mano por un momento al apasionado amante de los estudios serios, hasta el punto de no haber leído jamás en su vida una novela, al orador de vuelo, al diplomático de fuste; el Pontífice actual es demás y *por sobre todo, un hombre de Dios*, en la más estricta acepción de la palabra.

Tal es la síntesis de su personalidad sacerdotal; tal es también el concepto que de él se tiene, ora ya en la ciudad de Roma donde él naciera, ya entre sus colegas del Sacro

Colegio y donde quiera que haya llevado su alta investidura. Su humildad es profunda, su mortificación es sorprendente, su piedad tan edificante que irradia e impresiona. En los círculos eclesiásticos y no eclesiásticos es general la convicción de que, atendida su habitual humildad y amor al retiro, Pacelli hubiera preferido el tosco sayal de un monje al brillanto de la tiara y paramentos papales.

Hermanos queridos:

Si es verdad que un rasgo pequeño descubre a veces a un gran personaje, he aquí un episodio, que arroja viva luz sobre las virtudes de Pío XII y que yo mismo tuve ocasión de presenciar. En mi humilde concepto, tal episodio insignificante en sí, es como una emanación de su espíritu y retrata de cuerpo entero al personaje.

Era el Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires. Cientos de miles de habitantes se movilizaban en dirección a los muelles para recibir al Delegado Papal, que en nombre de Pío XI, venía a presidir aquellas magnas festividades.

Los acordes de la música y los hurras incontenibles atruenan los aires, y aquella enorme muchedumbre se agita en frenética alegría, cuando el representante pontificio desciende del barco. Todo era allí grandioso y magnífico.

La nación hermana había vaciado el cofre de sus magnificencias en honor de tan alta visita. Las más encumbradas personalidades le presentan sus saludos y le dan la bienvenida, mientras el pueblo lo aclama con frenesí.

Pero no vayáis a creer vosotros que el ilustre visitante se mostrara deslumbrado, ni mucho menos, tocado de vana complacencia ante aquel estupendo albòrozo. Oh! no, de ninguna manera. Era de ver la serenidad y paz de su semblante. Tranquilo y cual si nada extraordinario ocurriera en torno suyo. Se hubiera dicho de él que ni siquiera se daba cuenta de aquella colosal manifestación, tal era la modestia de sus ojos y el recogimiento de su espíritu.

Todo lo cual producía visiblemente una sensación de respetuosa admiración hacia el Delegado del Papa.

Pero he aquí que el Delegado Pontífice se encuentra frente a un grupo compacto de niños que lo saludan y aclaman con entusiasmo frenético. ¿Qué hace el ilustre Purpurado? Todo cambia, el personaje es otro.

Cual si hubiera roto el marco de su habitual recogimiento y olvidado un tanto el rigor del protocolo; cual si hubiera encontrado algo que su espíritu buscara de preferencia, Pacelli se detiene un instante, hecho todo alegría, y vuelto hacia sus pequeños festejantes, los acaricia y los bendice con efusión. Diríase que se hallaba en su elemento. "Mirad cuánto quiere a los niños", era la expresión que caía de centenares de labios. Realmente fué aquello el cuadro encantador de una grandeza inclinándose cariñosa hasta una pequeñez......

Ah! Católicos! Es que Eugenio Pacelli había leído en el Evangelio aquella soberana orden del Hombre-Dios: "Dejad que los niños vengan a mí", que ha revolucionado al mundo en favor de los pequeñuelos. En esa sencilla frase, yo veo cristalizados los grandes y santos amores del Cristo: el amor a los humildes, a los pequeños, a los que en el concierto del gran mundo no hacen ruido.

Atender a ese sector de la humanidad es, señores, la característica de los grandes corazones sacerdotales. "Cuando yo veo a un sacerdote rodeado de niños que lo escuchan y lo siguen, decía un eminente prelado chileno, ello solo me basta para saber que aquel corazón vive el espíritu de Jesucristo.

Tal es, hermanos queridos, la figura moral, esbozada a grandes líneas, del actual piloto que empieza a dirigir la mística nave de la Iglesia.

Razón habéis tenido, socios de la Sagrada Familia, para ofrendarle en la persona de su distinguido representante, Excmo. Señor Aldo Laghi, este homenaje del corazón, esta imponente manifestación de vuestra fe religiosa. El Pontífice Romano es el padre de la inmensa familia católica repartida por el mundo, y vosotros debéis sentiros

muy sus hijos porque lo sois, pero sus hijos preferidos. Lo digo con profunda emoción. Vuestro gesto es digno de encomio. Es la expresión viva de la gratitud. ¿Quién como él los defendió jamás vuestros derechos? ¿Quién habló más enérgicamente en vuestro favor que el inmortal León XIII, con su famosa encíclica Rerum Novarum, y el no menos célebre Pío XI, en su carta sapientísima "Quadragesimo Anno"? Para el proletario no hay en el mundo sombra más benéfica que la del Papado, ni un arma más segura para defenderlo que el suave cayado de Pedro y de sus sucesores. Digan lo que quieran los enemigos de la Iglesia de Cristo; las incontables instituciones por ella creadas y dirigidas en favor del obrero son el más elocuente desmentido de sus ataques.

El Pontífice de Roma será siempre el más amante Padre y el protector más desinteresado de los hombres de trabajo, y éstos formaron en todo tiempo el más bello florón de su corona pontificaal. Y vos, Excmo. Señor Nuncio, que habéis venido a realizar con vuestra presencia esta sencilla fiesta, nacida del más santo y puro amor, aceptad el agradecimiento sincero y respetuoso de esta colectividad de hombres que se honran de ser católicos.

En nombre de ellos, en nombre de toda la Comunidad Redentorista, y en el mío propio, gracias Excmo. y Revdmo. Señor. Y si alguna vez os llega la oportunidad de hacerlo, decid al Padre común a quien tan dignamente representáis, que aquí en este bello rincón de la tierra existe un no compacto grupo de esforzados corazones, que vibran a él, que pronuncian *su nombre* con afecto filial, y siempre elevan al Omnipotente sus fervientes plegarias, para que conserve muchos años su preciosa existencia y lo inunde de gracias y luces celestiales durante su pontificado.

He dicho.

EL LUGAR SAGRADO

Discurso religioso pronunciado el 19 de Marzo de 1940, con motivo de la bendición de la Capilla que el Señor Manuel Cruzatt Vicuña y Señora Sara Balmaceda de Cruzatt, erigieron en su hacienda de San Juan.

> *Santificavi domum hanc ut ponerem nomen meum ibi.* (3 Reg., 9, 3).
> *He santificado esta casa para poner en ella mi nombre.*

Señores y hermanos míos:

Dos vidas tiene el hombre durante su peregrinación por el mundo: la vida del cuerpo y la vida del espíritu, ya que la persona humana es un compuesto de materia destinada a la tierra, y del alma espiritual que le comunica vida y está destinada a la inmortalidad.

Ahora bien, el cuerpo, la parte material de nuestro ser, se alimenta diariamente con los productos de la tierra y con influencias de seres materiales que obran en su organismo y contribuyen a su expansión y crecimiento. El aire que respiramos, el agua de las fuentes y ríos que apaga nuestra sed y fertiliza nuestros campos; el sol, la luna y estrellas que nos brindan su luz bienhechora, el animal que pace en la llanura y el ave que canta en la pradera y cruza los espacios infinitos, como el pez que jugue-

tea entre las aguas, todo, todo ese conjunto de maravillas, que la Providencia reúne en derredor nuestro, son factores eficientes que sostienen nuestra vida material.

Pero el espíritu, el alma destinada a fines más elevados que los de nuestra envoltura corporal, necesita algo más que todo eso, algo que la eleve, que satisfaga sus aspiraciones de felicidad sin fin, de un cielo sin nubes, de algo en fin que la acerque al Creador, luz suprema de cuyas manos todo lo hemos recibido, y le permita desahogarse, como parece desahogarse una fuente cristalina que aprisiona entre paredes y rocas, rompe sus diques y se precipita festiva e incontenible por la campiña.

Y es ésa precisamente la noble misión de un templo, de una iglesia, de un oratorio en medio de los hombres, y la de esta pequeña joya del arte que en el día de hoy abre de par en par sus puertas al público, en este feliz pedazo de la Patria: Dar en efecto expansión al espíritu, al corazón que a veces llora una desgracia o canta una dicha, es una necesidad, y es por felicidad bajo estos techos sagrados donde el corazón podrá dar libre curso a sus más íntimos sentimientos y cobrar alas, con las cuales pueda remontarse hasta Dios, y donde Dios sienta placer en escuchar sus plegarias.

Deliciae meae esse cum filiis hominum. Tengo mis delicias en estar con los hijos de los hombres; en una palabra, es en la soledad del templo donde un ser racional encuentra satisfechas sus más nobles aspiraciones y deseos.

En realidad, señores, el alma humana precisa de dos cosas indispensables durante su peregrinación *por este valle de lágrimas,* usando el luminoso lenguaje de la Iglesia. Necesita luces y conocimientos para su inteligencia alentadora, y necesita consuelos y esperanzas para su corazón.

Pues bien, señores y hermanos míos, esos dos factores de vida espiritual los encontraréis dentro de los muros de un templo, de esa casa de *oración,* como los llamó Jesucristo Señor Nuestro.

Desde luego, en el templo, el cristiano ilustra su men-

te y la enriquece con ideas y conocimientos que interesan sobremanera a un creyente y lo sitúan en la senda de su eterna salvación; ciencia es ésa que no se encuentra en los libros de las ciencias humanas. Es la ciencia sagrada y divina que enseña a conocer y servir a Dios; dadme vosotros un hombre que desconozca a su Creador y las leyes morales que él ha establecido para dirigir la conciencia y yo os diré que, pese a todos los conocimientos humanos que pueda poseer, es, ante el Evangelio, un ser digno de lástima, pues que ignora la ciencia de las ciencias, que es la ciencia de salvarse y ser eternamente feliz. Por esta razón, señores, a los ministros de Dios los Libros Santos les exigen cultivar esa ciencia, esa alta ciencia que se refiere al *más allá,* a fin de que el pueblo la reciba de sus labios. *Labia sacerdotis custodient scientiam.* (Mal., 2, 7).

Ahora bien, esa sagrada ciencia se adquiere principalmente en la Casa de Dios. La fe, según San Pablo, se adquiere por intermedio de la palabra viva que se oye. *Fides ex auditu.* Esa palabra, salida de los labios del ministro sagrado, es antorcha que ilumina, es guía que conduce, es alimento que sacia el alma cristiana. Cuando el sacerdote la pronuncia desde el púlpito, por sencilla que ella fuere, lleva una fuerza sobrenatural que produce efectos admirables en las almas bien dispuestas; es que esa palabra la pronuncia el Sacerdote en cumplimiento del deber de enseñar que el Señor le impuso y por lo tanto va fortalecida por la divina gracia.

Ah. Hermanos míos, qué grande, qué inmensa es la gloria que baña los púlpitos cristianos, no importa que sea el púlpito de una mísera capilla de aldea. De ese púlpito han salido en mil ocasiones regueros de luz que han sacado muchas almas del fango del vicio, pues que llegando al corazón lo ha trocado en verdadero ejemplo de virtud, en padre o hijo de familia ejemplares. Preguntáis cómo. Haciendo a sus oyentes cristianos de verdad, cumplidores de los divinos mandamientos. Esas almas reciben en el templo de Dios más beneficios que los que les hubieran hecho los sabios de la tierra con todo el bagaje de su

ciencia. La ciencia sin la religión que santifica, hincha al hombre y lo hace soberbio, tan soberbio que a veces se alza contra el mismo Dios, y así abandonado de Dios, cae en los vicios más degradantes que envilecen al hombre, lo hacen desgraciado en la vida presente y en la futura.

Cabe recordar aquí una máxima, en general muy aceptada porque aparece llena de simpatía. Dice así: *"Escuela que se abre, es cárcel que se cierra."*

Yo la trocaría por esta otra: *"Iglesia que se abre, es cárcel que se cierra."* Así expresada, está más cerca de la realidad. La escuela *instruye al hombre y da luces* a su mente; pero de ordinario no lo cambia moralmente ni lo convierte.

El púlpito, sí, tiene esa doble virtud: instruir y convertir. Cuántas y cuántas veces la palabra sencilla, pero insinuante de un modesto sacerdote no ha sacudido el corazón de la muchedumbre hasta el punto de retirarse ésta del templo, verdaderamente arrepentida, como los curiosos del Calvario que, al decir del Evangelio, bajaban de la montaña *"dándose golpes en el pecho"* después de ver los prodigios que se realizaron en la muerte de Jesús. *Percutientes pectora sua.*

Forzoso es, pues, convenir, señores, en que abrir un templo en medio de una población, es abrir a la vez una alta escuela de civismo y de salvación nacional; en ella se toma al hombre en la totalidad de su ser racional, su inteligencia y su corazón; instruye y hace cambiar rumbos. Los que siguen sus máximas no irán a parar a las cárceles como van muchos desgraciados que sin carecer de ciencia carecen de religión. Basta hacer una visita a esos establecimientos para convencerse de ello.

* * *

Pero el templo, hermanos míos, no sólo instruye y convierte sino que consuela y en mil ocasiones es paño de lágrimas.

¿Qué consuelo no es para el humilde mortal el tener

la seguridad de que Dios, su Creador y su Padre, le ama de veras y por ende está pronto a escucharlo y ayudarlo cuando el dolor y la tribulación vienen a golpear a las puertas de su hogar? Ah. Una idea, una palabra que levante nuestro ánimo abatido vale más que todos los tesoros del mundo.

Ahora bien, al pasear nuestra vista por los ámbitos de una iglesia se encuentran allí dos pruebas inequívocas, ciertísimas, de que Dios nos tiene amor y de que no se olvida de nosotros, esas dos pruebas son: el altar y la cruz.

¿Qué me dice el altar? Me dice que ahí, sobre esa mesa venturosa baja diariamente el Hijo de Dios, obedeciendo a la voz de su ministro; y baja para mí y por mí, con toda su gloria con que está en el cielo, si bien oculto a nuestras miradas; baja el mismo Jesucristo que hace dos mil años estuvo visible y murió en este mundo y resucitó al tercer día. Y como si esto no bastara se quedó aprisionado en el humilde sagrario de los templos, sin más compañía visible, casi siempre, que una pequeña lamparilla.

Gran Dios. ¿Qué necesidad tenías de someterte a tantas humillaciones? Ninguna, Señor; pero en tu pecho divino ardía una llama que lo inducía, que lo impulsaba a darse a nosotros, a quedarse con nosotros, para que pudiéramos acudir y venir aquí en las horas tristes del dolor, de la angustia. *Venid a mí todos*, dijeron vuestros labios. *Venite ad me onmes*. Oh, inefable consuelo, Señor. Ante esta estupenda demostración de amor, ¿quién podrá dudar de que Dios nos ama y nos acompaña en este destierro? Sí, hermanos míos, es eso lo que el hombre necesita: un sitio donde doblar su rodilla y derramar el corazón con todas sus penas, para encontrar alivio.

¿Y qué os diré de la Cruz, hermanos míos?

Yo la veo ahí con los brazos abiertos goteando sangre divina y la veo coronándolo todo, la cima del templo y el altar del sacrificio. Ella nos recuerda que en sus brazos murió crucificado y murió por nosotros, el divino Jesús para borrar el pecado de Adán, y abrirnos las puertas del paraíso, en una palabra reconciliarnos con Dios. *Crucifi-*

xus etiam pro nobis. Preguntáis: ¿Qué fuerza lo presionó y lo obligó a tamaños dolores e ignominias? Nada más que el amor al hombre y siempre el amor. Así lo enseña el Apóstol. *Me amó y se entregó por mí.* Si antes de la muerte de Jesús en el Calvario, dice Alfonso de Ligorio, pudo dudar el hombre de que Dios le amara y se preocupara de él, muerto ya en la Cruz por la humanidad y muerto en forma tan horripilante, ¿quién podrá dudar de ese amor divino?

Después de lo dicho, hermanos míos, es lógico concebir que el templo católico guarda en sí un manantial de consuelos y uno de ellos es la Cruz donde el amor al hombre crucificó al autor de la vida." Así el amor lo ordena. "Amor más poderoso que la muerte" cantó el poeta.

* * *

También el templo es un incentivo de la esperanza cristiana, esa virtud poderosa que enjuga nuestras lágrimas y nos hace mirar hacia la patria del cielo, de donde está desterrado para siempre, *el dolor, la tristeza y el llanto.* Y esta esperanza es necesaria cuando se vive, como vive el hombre, en frente de tres poderosos enemigos de su alma que pugnan por apartarla del camino de nuestra dicha eterna: *el mundo, el demonio y la carne.* La lucha es constante y encarnizada. ¿Venceremos? ¿Seremos vencidos? ¿Llegaremos al cielo?

Oigamos la voz de la esperanza que nos dice: ¿Veis esas imágenes que decoran la Casa de Dios y reciben los homenajes del culto? Preguntadles a esos Santos cómo hicieron para llegar a la felicidad del cielo, y hallaréis la respuesta. En realidad, señores, esas imágenes son voces que nos reprochan nuestra cobardía y a la vez nos alientan; su voz es muda pero elocuente.

Ellos, los santos, fueron peregrinos como nosotros, peregrinos que pasan por el mundo en busca de la verdade-

ra patria. Lucharon denodadamente contra los mismos enemigos que nosotros y, fieles a la gracia, triunfaron en el combate, pero triunfaron con las mismas armas de la oración y los sacramentos que nosotros tenemos.

¿No veis cómo nos reprochan nuestra desidia? "*Quod isti, cur non ego?*, exclamó valientemente San Agustín, cuando una vez, acometido por violenta tentación de desaliento, vió a un grupo de jóvenes que vivían castamente. "*Lo que éstos pudieron hacer, ¿por qué no lo podré yo?*" dijo, y en un gesto sublime de confianza en Dios, dió el paso decisivo, enmendó su vida y fué un Santo.

Pero aun es más. Ellos, repito, los Santos, fueron y son grandes amigos de Dios y sus ruegos ante él, son poderosos en favor de nosotros. Y ello es muy natural. Por no ofenderlo y guardar su corazón puro, priváronse en la tierra de muchos goces que contenían peligros para su alma; Dios por su parte, les otorgó el premio merecido y siempre seguirá escuchando sus ruegos. ¿Cómo no invocarlos y pedirles su ayuda en las dificultades y tentaciones de la vida? "Somos vuestros hermanos, nos dicen, somos vuestros amigos, somos vuestros protectores. No tengáis miedo. Levantad a Dios el corazón con las alas de la esperanza, *Sursum Corda.* A nadie niega Dios sus divinos auxilios cuando se los piden. Comunicadnos vuestras penas y tribulaciones y os ayudaremos a sobrellevarlas". Así nos hablen en su silencio esas imágenes.

* * *

Hermanos míos, después de la exposición que me habéis oído, comprendéis sin duda el porqué de los solemnes cultos con que se inaugura un templo católico y los incontables beneficios de orden espiritual que iglesias aportan a las poblaciones. No es extraño que Dios declarase santificado el templo de Salomón y prometiese que siempre tendría puestos en él sus ojos y su corazón. *Santificavi domum hanc.*

¿Qué me resta deciros? La respuesta se halla a flor de labios.

Despertad en vuestro pecho un vivo sentimiento de gratitud para con los nobles corazones que, buscando vuestro bien, erigieron esta santa morada, en la cual, si bien es cierto que brilla el arte y exquisito gusto arquitectónico, brilla mucho más el hondo sentimiento religioso que inspiró a sus distinguidos fundadores. Felices ellos. Como un incienso ascenderán en su favor, desde este sitio, las plegarias de los fieles, justos apreciadores del valioso obsequio que esto significa para el dichoso vecindario. Y siendo un aforismo de indiscutible verdad que *nobleza obliga*, el Señor del cielo a quien se consagra esta morada de oración, no se dejará vencer en fineza y sabrá grabar, como un anticipo, en los muros de la celestial Jerusalén, los nombres de los que le dedicaron una mansión en la tierra, donde su Nombre sacrosanto será alabado y bendecido de los fieles.

Así sea.

ALOCUCION

Pronunciada en la apertura de clases del Internado del Sagrado Corazón de Valparaíso el 19 de Marzo de 1896.

Veni, Creator Spíritus,
Mentes tuorum visita,
Imple superna gratia
Quae tu creasti pectora.
Ven, oh Espíritu Creador,
A visitar la inteligencia de tus hijos,
y llena con tu gracia celestial los corazones que tú mismo has creado....
(Pal. de la Iglesia.)

Venerables Religiosas:
Amadas niñas:

¡Qué compendio tan precioso del acto presente, reverendas madres, en la bella estrofa que acabáis de oír! En ella la Santa Iglesia, con el laconismo que acostumbra, está indicando a maestras y alumnas cuál debe ser su plegaria más ferviente en el día de hoy! En esa misma bella estrofa me apoyaré yo al dirigiros la palabra por segunda vez en este recinto y en idénticas circunstancias. Os diré, queridas niñas, que la honrosa comisión confiada por vuestros superiores me llena de placer el corazón. Os diré que la formación de la juventud es una de las más ardo-

rosas aspiraciones de mi alma, que esta cristiana y significativa ceremonia me hace trasladarme a la mañana de la vida y recordar los purísimos placeres de la infancia! Ah! Si yo pudiera con esta exhortación señalaros el programa de trabajos en el año escolar que hoy empieza! Quiera el espíritu Santo iluminarme para haceros conocer todo mi pensamiento...

* * *

Dos partes comprende la estrofa citada; los dos primeros versos piden luz para la inteligencia, *mentes tuorum visita;* los dos últimos piden gracia para el corazón *imple superna gratia, quae tu creasti pectora.* Es decir, comprenden las dos partes de la educación, la ciencia para el entendimiento, la virtud para el corazón, la primera para adquirir los conocimientos necesarios para la vida social; la segunda para adornarse de aquellas cualidades que hacen de la creatura racional, un ser agradable a Dios y útil a la vez a sus semejantes...

Desde luego, ¿hay algo más natural que pedir a Dios luz para nuestra inteligencia? La inteligencia es el don natural más perfecto entre los que hemos recibido del Hacedor, es el sello que nos hace semejantes a El, es una chispa de luz divina que nos alumbra, en el lenguaje del sabio Balmes.

Deber nuestro es avivar esa chispa, darle fuerza y relieve. A la manera que el combustible hace crecer el fuego, así los conocimientos adquiridos con el estudio, dan vida y cuerpo a la inteligencia. ¡Ay de aquel que no abrillanta esa piedra preciosa, que la deja vegetar en el triste lodo de la pereza! ¡Ay del que no sabe apreciar el don de Dios, porque tarde o temprano habrá de dar severa cuenta de tan soberano don menospreciado.

Y si me preguntáis, queridas niñas, qué haréis en este año para cultivar el talento poco o mucho que el Señor os haya dado, os diré que el trabajo, el estudio unido a la oración es la tea que enciende la luz del entendimiento;

Dios es el Señor de las luces, luz que jamás se apaga, *lumen indeficiens*, es el sol de las inteligencias; es menester, pues, acudir a él en demanda de luces. Mas el no escuchará la plegaria del perezoso, del que no trabaja por desarrollar sus facultades; trabajo asiduo y oración humilde; he ahí el ideal de un buen estudiante. ¿Quién podrá elogiar suficientemente la piadosa costumbre de invocar las luces del Espíritu Santo antes del estudio, antes de la clase, al principiar un día de colegio? Infaliblemente a tal estudiante el Señor le ayudará; hacedlo siempre vosotras, aunque el Señor os haya dado una inteligencia aventajada, no sea que el orgullo os vaya a convencer de que os bastáis a vosotras mismas.

¿Y qué os diré del cultivo del corazón, de la virtud? ¿Cómo encareceros su necesidad? Angeles que veláis por la inocencia de esta juventud estudiosa, asistidme, dadme palabras persuasivas que penetren al fondo de sus corazones.

La inteligencia y el corazón que es el órgano de la voluntad, queridas niñas, son dos hermanitos gemelos, hijos ambos de la bondad divina; estos bellos hermanos gustan de andar siempre juntos, como de la mano, auxiliándose y aliviándose cuál conviene a su origen divino para presentarse así en amable compañía al Supremo dador de todo bien.

¿De qué sirve la ciencia sin la voluntad? De nada, absolutamente de nada. Es más, es altamente perjudicial. La ciencia sin virtud hincha, envanece, es como un árbol muy vistoso pero sin raíces profundas, el viento lo derriba fácilmente. La historia Sagrada, la historia profana, están llenas de ejemplos que lo demuestran; hombres y mujeres notables por su saber, se perdieron porque su corazón se apegó a la maldad, de ellos no nos ha quedado más que un triste recuerdo, con que se demuestra la verdad de aquella sentencia que dice: Sin virtud la ciencia humana es *caña frágil y vana.*

Pero dejemos estas consideraciones generales y vengamos a la práctica: ¡qué papel tan deslucido hace en la

buena sociedad una joven pedante! Cerebro repleto de ideas, de ilusiones, cabeza de volcán, créense con derecho a hablar de todo... perdonadme si os hablo así; pero ¿y el corazón? El corazón está pobre, andrajoso, vacío; porque no hay allí nada sólido, ninguna virtud, nada que valga la pena! ¡qué frivolidad en su conversación! ¡cuánto deja que desear su trato! Si habla sólo sabe tejerse coronas a sí misma, el yo y nada más. Pero en sus mismos defectos encuentra su castigo. Cree lucir y no hace nada más que desprestigiarse, cree llamar la atención y sólo mueve a compasión por su falta de fondo.

Es que aun a los ojos de los mundanos, sólo tiene mérito la virtud, las prendas del corazón, lo demás es hojarasca, polvo de oro que se lleva el viento.

¡Honor y prez a los establecimientos en que sobre todo se forma el corazón en la piedad! ¡Felices las jóvenes que se educan en sus aulas! Qué contraste con esa educación laica, mundana en que se forma mucha de la juventud de hoy, Colegios en que se conoce a Dios por el nombre, pero el gran Señor, el Dios que allí se adora es la vanidad, el lujo, el amor de sí mismo. ¡Cuánto podría deciros de lo mucho que he visto en mi carrera de sacerdote! Y porque he visto muchas cosas lamentables, os felicito con toda mi alma, al veros reunidas en este santo y laudable plantel; es así como se debe estudiar, a la sombra de la religión, en presencia de este Señor que dijo: "Dejad que vengan a Mí los niños".

Queridas niñas, permitidme un recuerdo de algo que os es muy caro y una razón más para que unáis a vuestros estudios la práctica de la virtud. Hay un ser que os adora, que se mira en vosotras, que os ama como ninguno en la tierra. No necesito nombrar a vuestras madres en razón de que ya vuestro corazón lo adivina... No sería yo quien presumiese pintaros el amor indefinible de ese corazón de quien dijo el poeta: *madre, madre, nombre tierno etc.* Pues bien. Yo os pregunto ¿Cómo se separaron de vosotras y os entregaron a estos claustros? ¿Con qué esperarán compensar vuestra ausencia? ¿Quién les pagará esas lá-

grimas de despedida? Ah! no lo dudéis! Lo único que les ha movido a dar este paso es el deseo de que adornéis vuestro entendimiento con las luces del saber, pero singularmente vuestros corazones con el tesoro de las virtudes cristianas, sí, esto sobre todo; que salgáis formadas en la virtud, para que después vayáis a ser el encanto de vuestros hogares; sin esa esperanza no soportarían teneros lejos de sí.

Entonces dejadme compendiar mis anteriores reflexiones y deciros: Pedid diariamente al Espíritu Santo Dios de luz, que rasgue las tinieblas de vuestra mente, que os ayude en vuestras lecciones y os comunique un deseo sincero de ser buenas.

Los medios de serlo los tenéis en abundancia en esta casa. ¿Y olvidaré a las que en este año terminarán sus cursos? No, ellas mejor que nadie, deben aprovechar estos meses de colegio para vencer sus pasiones, para atesorar aquí un buen caudal de piedad, antes de salir al mundo donde sobran los peligros para la virtud.

Quiera el cielo bendecir mis palabras y bendeciros a vosotras, de modo que al fin del nuevo año escolar que hoy se inaugura, os ciñáis una doble corona, la muy hermosa del trabajo, y la muy más hermosa y preciada de la *piedad y la virtud.*

ALOCUCION PATRIOTICO RELIGIOSA

Pronunciada en la iglesia Matriz de Cauquenes el 18 de Septiembre de 1910.

Señor Intendente,
Señor Alcalde.
Católicos:

Cien años de vida libre e independiente, ganada en honrosa lid, es decir, cien peldaños que la Patria ha ascendido en la misteriosa escala del progreso, para erguirse hoy sobre la altura, radiante y feliz y contemplar la senda recorrida a la faz del universo, he ahí, señores, la causa de este regocijo inmenso, de este frenesí de gloria que engalana nuestra ciudad, arranca a la armonía sus más festivos acentos y recorre cual ráfaga divina desde el Septentrión al Mediodía, desde Tacna al helado Polo, sacudiendo hasta la última fibra del alma chilena...

Y bien, señores, ¿por qué en los memorables días de su emancipación, Chile busca la bóveda del templo y el intermedio de los ministros sagrados, como si quisiera dar la nota más solemne y más culta en las expansiones del patriotismo?

Yo veo aquí perfectamente representados todos los órdenes todas las jerarquías, cuanto hay de intelectual y de progresista en esta pintoresca ciudad y en cada pecho paréceme sentir el nervioso latido de mi patria...

Ah, señores, es el instinto, es la razón nacional, si así

puedo expresarme, la que con suavísima pero irresistible fuerza arrastra la masa popular, a gobernantes y gobernados, a los pies del Altísimo; es la honda convicción cincelada en la conciencia pública, de que nuestra condición de pueblo soberano, es efecto de una gran benevolencia del cielo; es unánime convicción, pues todos la sentimos, la que nos compele sin esfuerzos a doblegar ante el Supremo Hacedor, sin temor a rebajarla, esa histórica bandera, orgullo de nuestros ejércitos, y ¿por qué no decirlo?, esa bandera idolatrada que registra entre sus pliegues cien victorias, jamás arriada ante poder alguno de la tierra, y que mientras palpite un solo corazón chileno, no se doblegará jamás sino ante el Señor de los Ejércitos y al peso de sus propias glorias...

A la verdad, señores, cualesquiera que hayan sido sus vicisitudes, como nación jamás olvidará Chile que es la Providencia de Dios, Dueño y Señor de los pueblos, a quien debe la ruptura feliz de sus cadenas y el puesto envidiable que ocupa en el continente americano.

Mas al hablar así, estoy muy lejos de querer arrojar una sombra sobre la historia de la heroica España, hoy nuestra amiga, que junto con su sangre y su bello idioma nos legó el preciado tesoro de la fe cristiana; de ninguna manera. La gratitud es una ley que pesa así sobre las naciones como sobre los individuos.

¿Quién de vosotros no oirá con respeto el nombre de Isabel la Católica, de esa mujer excepcional que en su mirada de águila, penetró los secretos del inmortal Colón cuando éste le ofrecía un nuevo mundo por corona? ¿Quién no la admirará al equipar a su expensas aquellas tres históricas carabelas, que zarparon de Palos para venir en busca de la ignorada América, sentada cual virgen musulmana al arrullo de dos océanos y ceñida su sien con los lampos de sus nieves eternas? ¿Cómo no reconocer singularmente nosotros, los esfuerzos generosos de la nación ibérica, para someter el indómito araucano y dejar expedito aquel suelo para incorporarse a la Patria libre y recibir la influencia de la civilización? Confesémonos, seño-

res, todos estos actos son grandes servicios y serán siempre un lazo de diamante que encadenarán nuestras simpatías al pueblo hispano.

Con todo, así como llega para los hijos la edad de abandonar el hogar paterno; así como el ave ve llegar el día en que ha de dejar el nido donde naciera; de igual manera, señores, el Supremo Legislador de las naciones les dió el derecho de ser libres cuando fueran capaces de serlo. Y he aquí por qué aquella ilustre colonia que se llamaba Chile, nacida y formada durante tres siglos en el hogar español, estimó llegada para ella la hora de la soberanía y semejante al águila altanera que antes de emprender el vuelo ensaya las fuerzas de sus alas, también ella examinó su vitalidad y robustez, antes de remontarse a las alturas del progreso. ¡Ah! miradla, sí, miradla!... Contemplad a aquel joven titán encadenado, paseando su vista en torno suyo... todo lo pesa, todo lo mira, todo lo analiza...

Y al ver a sus hijos llenos de vigor para el trabajo; al descubrir en su limpio firmamento la estrella solitaria pronta a caer sobre el fondo azulado de su futuro pabellón para señalarle la senda de la gloria; y al ver al ángel tutelar del Nuevo Mundo tendiendo sus anchas alas en ademán de cobijar con ellas las ciencias, las industrias, y las artes cuando todo esto había observado, Chile, señores, sintió entonces en su pecho los ardimientos de un gigante en toda su lozanía, y el 18 de Septiembre de 1810, invocando sus sacrosantos derechos de Libertad, exclamó ante las naciones del orbe: "Quiero ser libre".

Al eco mágico de estas palabras, respondieron nuestros montes poniendo a disposición de la Patria el rico metal que guardan sus entrañas; y los ríos que surcan nuestros campos ofreciendo sus fecundantes aguas para el fácil desarrollo de la agricultura en tanto que el mar que besa nuestras costas presentaba sonriente el regazo anchuroso de sus tranquilas ondas brindando paso seguro al barco guerrero y al mercante; y todos los moradores del país desde Atacama hasta el Cabo de Hornos, llenos de

inquebrantable fe en el porvenir, juraron derramar su sangre por ser libres.

Y al punto, señores, comenzó aquella desesperada lucha de ocho años que terminada en la heroica jornada de Maipú, colocó sobre las sienes de la antigua colonia la corona de los pueblos soberanos.

No es ésta por cierto, la ocasión de analizar el uso que esta viril República, a través de la centuria que hoy termina, haya hecho de sus libertades. Ah! Como ministro del Altísimo, yo podría en verdad interrogarte, oh, cara Patria, si has sido fiel al Señor que te hizo grande... Si en los años de tu vida independiente has cumplido la palabra empeñada por tus fundadores de favorecer y practicar agradecida la religión que meció tu cuna; mas comprendo que, como chileno, no debo en este día buscar sombras en tu claro cielo, sino agregar sea una débil nota al concierto unánime de tus hijos en el día más solemne de tus glorias...

Os decía, señores, que Chile no puede desconocer la intervención de la Providencia divina en el desarrollo de sus destinos.

Hay en realidad, en los anales de la Patria un hecho que flota como triunfante de cualquiera duda, y es el que todos los grandes acontecimientos que nos dieron por fin nuestra independencia política, llevan el sello indeleble de la fe cristiana y de una marcada protección del cielo. De manera que si San Pablo pudo decir a todo el mundo *"El amor de Jesucristo nos obliga y compromete"*, también yo podría insinuar, sin temor de ser desmentido, esta grandiosa afirmación: Los favores dispensados por el cielo al pueblo de Chile desde los albores de su Independencia, comprometen y empeñan su religión a gratitud.

En efecto, los padres de la Patria, los egregios ciudadanos que en 1810 formaron la primera Junta de Gobierno autónomo, eran hombres de arraigadas convicciones religiosas; por eso antes de lanzarse a los azares de la guerra comprendieron que sus fuerzas serían estériles si no imploraban el apoyo del Padre común de los hombres que

siempre protege al débil contra el fuerte y ampara los derechos de todos. Y era de ver, señores, a aquellos ilustres caudillos, los Argomedo, los Eyzaguirre; los Infante, los Cienfuegos y a toda aquella brillante pléyade, buscar en la Religión y al pie de los altares, luces para sus inteligencias y las fuerzas que faltaban a sus brazos. ¿Y cómo no recordarte, oh denodado San Martín, y a ti, invicto O'Higgins, cuando paseabais delante de vuestros escuadrones, momentos antes de la pelea, la venerada imagen de la Reina del Carmelo?

¿Y qué son, señores, los campos de Chacabuco y de Maipú, sino eternos monumentos, sí, del valor jamás vencido del soldado chileno cuando la Patria lo llama en su defensa, como del auxilio divino que siempre coronó la sien de los patriotas con el laurel de la victoria?

Ah! Imposible será, rememorar esa epopeya gloriosa de nuestra emancipación sin descubrir la mano invisible de la Providencia divina, guiando los primeros actos de la República naciente, no de otro modo que una madre guía los primeros pasos del hijo de sus ternuras... Y al descubrir esa misma protección divina en el curso de los cien años que llevamos recorridos, no puedo menos que brotar espontáneamente del pecho aquel grito de alegría y de reconocimiento *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur!*

Por esta misma razón veremos siempre cristalizadas las verdaderas aspiraciones chilenas en aquel gráfico lema de nuestros mayores: "Dios y Patria".

Por tanto, en este día de grandes e inolvidables recuerdos; en este día en que ya "Ha cesado la lucha sangrienta, ya es hermano el que ayer invasor", como dijo el poeta; en este día en que a la sombra de la libertad vemos ya cimentadas nuestras instituciones eclasiásticas, civiles y militares, marchemos serenos y animosos a la conquista del progreso; levantemos nuestros corazones agradecidos hacia el Señor Dios de los Ejércitos, a quien invocaron en el fragor de la batalla los fundadores de Chile independiente.

Ofrendémosle como único presente digno de su grandeza, el augusto sacrificio de nuestros altares.

Pero, ¿está dicho todo? No, hermanos míos, no juzguemos haber hecho lo bastante con venir a depositar la ofrenda de nuestra gratitud ante el Dios todopoderoso.

También es deber de todo ciudadano llevar un grano de arena al engrandecimiento patrio; ora luchando contra los vicios que envilecen al individuo y preparan la decadencia de las naciones, ora desarrollando las aptitudes de que el cielo lo haya dotado, sea para el estudio, sea para el taller, sea para cualquier ramo del progreso; màs sin olvidar aquella máxima divina del libro Santo *Initium sapientae timor Domini.* La base de la sabiduría, es decir del bien entendido progreso, es el temor de Dios, sin el cual no hay progreso posible, sino desorden, confusión y anarquía; sirvan de testigos los recientes levantamientos populares del Viejo Mundo.

De nuevo, señores, *Sursum corda!*, levantemos al cielo el corazón. Hagámonos. dignos del pasado glorioso que nos legaron nuestros mayores, derramando su sangre generosa en el campo del honor.

Y vos, sacerdote del Altísimo, subid al ara santa, cargado, como otro Moisés, con los votos del numeroso concurso a quien representáis; y cuando en breves momentos entonéis aquella grandiosa frase "Gratias agamus, etc...", sabed que en vuestros labios palpita, ferviente y sincera, la plegaria de todos vuestros conciudadanos...

Y cuando tengáis ya en vuestras manos la Víctima Divina, ah! sí, entonces no os olvidéis de pedirle el eterno descanso para las almas de nuestros héroes, y paz y creciente prosperidad para Chile libre e independiente.

Así sea.

EN EL DIA DEL PAPA

Sermón pronunciado en la Catedral de Temuco, en Junio de 1927.

Et ego dico tibi, quia tu es Petrus. (Matt., 16, 18).
Y yo te digo a mi vez que tú eres Pedro o piedra.

Señores:

Como la palma gigantesca se destaca airosa en la inmensidad del desierto, convidando a cobijarse bajo su sombra al cansado viajero, así se levanta, modesto y apacible, en el corazón del viejo mundo, un hombre de majestad y poder sin igual en la historia; un hombre que cual refulgiente estrella colgada en el zenit del mundo sideral, señala rumbos y fija orientaciones a la humanidad en su peregrinación hacia sus destinos inmortales. Sobre su frente oscila un destello de luz divina; su corazón palpita con ternura de padre y el asombroso dinamismo de su egregia pluma es maravilla de escritores y sabios.

¿Necesitaré nombrarlo? Ah! Su nombre flota en el ambiente que respiramos......

Ese hombre, señores, es el Supremo jerarca de la Iglesia Católica, ese hombre es Aquiles Ratti, hoy Pío XI, cuyo día onomástico la Diócesis de Temuco celebra con ju-

bilosa alegría. Es decir, usando el lenguaje de familia, celebramos hoy el día del Papa.

* * *

Y bien, señores, y ¿quién es el Papa? ¿Qué personalidad es esa que posee el singular privilegio de arrancar en todas las latitudes el aplauso de las más hondas simpatías y deshacer en ternuras el corazón de los creyentes?

He aquí un tópico tan interesante como digno de ser estudiado por nosotros en este auspicioso día. Os dire dos palabras para las cuales reclamo vuestra gentil benevolencia.

Cristo hace a Pedro su representante; en realidad, señores, no existe sobre la tierra dignidad alguna que pueda ponerse en parangón con la del Romano Pontífice; hay en ella algo de divino; su misma debilidad material avalora suma importancia.

Es un hecho histórico, de indiscutible certidumbre aún humana, que Jesucristo Dios fundó una sociedad, la Iglesia, y puso al frente de ella a Simón, uno de los pescadores de Galilea, y para conferirle esa dignidad, díjole estas palabras: *Y yo te digo a ti que tú eres Pedro o piedra, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.* Así lo enseña el Libro Divino del Evangelio.

He ahí, señores, la carta Magna de las grandezas del Papado; he ahí el documento oficial, si vale la frase, de donde dimana el respeto y obediencia que le han prestado veinte siglos.

Esa frase inmortal, en efecto, constituye al Apóstol Simón Pedro en sustituto de Cristo, en representante de Cristo, en el gobierno de su cara Iglesia. Es ésa la más cumplida apoteosis de un humilde pescador.

ATRIBUTOS DE CRISTO Y DE PEDRO

Ahora bien, hay en Cristo, a quien Pedro representa, tres atributos esenciales; el primero es el *poder*. "Ha se

me dado todo poder en el cielo y en la tierra". Pues esa misma plenitud del poder la confiere a aquel a quien constituye en piedra fundamental. Y yo te digo a ti que tú eres Pedro o Piedra, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Y después de usar esa expresión que simboliza la fuerza, le confiere el gobierno y el dominio de su casa: *"Te daré las llaves del reino de los cielos". Y todo lo que atareis en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desatareis en la tierra será desatado también en el cielo."* Es decir, Jesús concede a Pedro autoridad sobre las dos Patrias del hombre: la terrena y la celeste; ata y desata su Vicario en la tierra y la voz de éste es acatada en el cielo.

El segundo atributo de Cristo es la verdad. *"Ego sum veritas"*. La verdad, señores, ¿es inherente a la persona de Cristo, se identifica con ella? ¿Cómo entonces podría faltar en su representante? En manera alguna la verdad, la doctrina infalible debió posarse siempre en su corazón y en sus labios porque allí irían a buscarla pastores y fieles. Así lo ratificó a Pedro el mismo Cristo. Satanás quiso zarandearte como al trigo, le dijo el Señor; pero yo he rogado por ti para que jamás falte tu fe, y tú, una vez convertido, confirma en ella a tus hermanos."

El tercer atributo de Cristo *es la caridad*, es el amor. *Deus charitas est!* Modelo perfectísimo de Pastores, la caridad fué el resorte mágico de sus divinas acciones, de su misma muerte. Así el amor lo ordena. Amor más poderoso que la muerte, por él de la maldad sufre la pena y el león fuerte se ofrece al golpe fiero. Así cantó Fray Luis de León, al amor divino.

Y ese mismo amor ardiente le valió a Pedro la jefatura de la Iglesia. ¿Me amas, Simón Pedro?, le preguntó por tres veces el Divino Señor. Y cuando en triple respuesta le asegura el apóstol que lo ama, entonces y sólo entonces le confía la facultad de gobernar a los demás apóstoles, a los Obispos, sacerdotes y fieles. *Pasce agnos meos, pasce oves meas.* ¡Oh poder divino del amor!

Tal es, señores, el Cristo y tal es su vicario en la tierra, el depositario de las misteriosas llaves. Un poder sin

limitaciones, la infalible verdad y una caridad sin linderos; he ahí la triple diadema que ciñó las sienes del uno y del otro; por eso será siempre una verdad aquella frase: *Ubi Petrus ibi Christus! Dónde está Pedro estará Cristo.*

Las prerrogativas de Pedro pasan a sus sucesores, pero no vayáis a creer que tales prerrogativas se extinguieron con la muerte del Príncipe de los Apóstoles. ¡Oh, no! Ello sería contrario a la Sabiduría divina, ello sería inconcebible; la Iglesia debe existir hasta el fin del mundo, debe tener su cabeza y jefes dotados de los atributos de Pedro. Los Obispos de la Capital del mundo católico han sido y serán siempre los únicos herederos de aquella triple diadema y los pueblos del orbe les obedecerán como obedecieron a Pedro. Bien podrá la violencia o la tiranía arrancarlos momentáneamente de la Ciudad Eterna y aún hacerles morir en el destierro; en Rávena o en Salermo, en Aviñón o en Savona, en Fontaineblau, o en Gaeta, el Papa será siempre el único sucesor de Pedro, porque es Obispo de Roma; allí rindió la vida por amor a Cristo.

Dije, señores, que los Pontífices Romanos son los únicos sucesores de Pedro, pero lo son con todos sus atributos. ¿Empuñó Pedro el suave cetro de la autoridad mundial sobre las conciencias? Ese mismo cetro empuñan los Papas, sus sucesores. Quien no lo reconoce es anatema, es cismático. No es de Cristo. Porque Cristo está allí donde está su Vicario: "*Ubi Petrus*, ibi Christus". Si grandes naciones como Inglaterra y Rusia se le separaron, lo deplorará, pero jamás abdicará de su autoridad divina. Bien ha podido decir con más justicia que la revolución francesa: Piérdanse las colonias antes que renunciemos a uno solo de nuestros principios. Suya es la culpa.

¿Tuvo Pedro el magisterio infalible para enseñar la verdad al mundo? La misma misión posee el Pontífice Romano. Roma, la Roma de los Papas desde los tiempos apostólicos ha sido y será siempre el faro adonde todos a despecho de la incredulidad, volverán sus miradas en demanda de luz.

Grande, inmensa será la circunferencia: En Roma

estará siempre el centro de donde parte la claridad que no engaña. Roma dirige, Roma ilumina, Roma inspira. ¿Habló Roma, habló el Pontífice? Todo ha concluído, discusiones y dudas, porque brilló la verdad con celestes resplandores. *Roma locuta est!* Es que, señores, es un dogma de nuestra fe que el Papa es infalible cuando enseña al mundo la verdad revelada. Así lo declaró el Concilio Vaticano, porque así lo enseña el Evangelio.

Por último, señores, si Pedro fué Pastor Supremo y amoroso de la grey cristiana, también lo es el Papa, su sucesor. En Roma palpita el corazón del mundo, porque en ella vive personificado, por así decirlo, el amor de Cristo a las almas; como Cristo, el Pontífice es el Buen Pastor, que en todo momento se desvive por ellas; en su corazón hallan eco compasivo las desgracias de sus hijos derramados por el orbe; llora con los que lloran, y goza con los que gozan.

De Roma viene la institución de los Obispos para el bien de las almas. De Roma parte la dispensación de las gracias espirituales y del perdón, las leyes que rigen la caridad y el ejercicio de la misericordia. De Roma parten a los más remotos países, falanges de misioneros y de abnegados religiosos en busca de las almas, y parten tan sólo a impulsos de la caridad de Cristo y con las bendiciones de su Vicario en la tierra.

No me extraña, señores, que los inmensos beneficios que de Roma se desparraman sobre el universo como las ondas de una laguna desbordante inspiraran al gran Lacordaire aquel sublime canto: ¡Oh Roma! yo también te he visto... Después de tantos siglos te encuentro siempre de pie, siempre virgen, siempre madre, siempre maestra, eterno azote del error y de la imprudencia humana... A mí me has parecido lo que siempre eres, la bienhechora del género humano en el pasado, la esperanza de su porvenir, la sola cosa grande y viviente que hay en Europa!". "Así hablaba de Roma de los Papas el insigne orador de Nuestra Señora de París. Y nosotros, ¿qué haremos en esta religiosa y venerable asamblea? ¿Cuál será su epílogo? Vol-

vamos la mirada hacia la pequeña Ciudad Vaticana, hermosa piedra engastada hoy en la antigua Roma y fijándola en la persona venerable de Aquiles Ratti, admiremos la de la autoridad divina, de la verdad infalible, del amor sin linderos.... Como gobernante sagaz desata el nudo gordiano de la cuestión Romana que parecía insoluble.

Como maestro de la verdad, alumbra el universo, con sus sabias Encíclicas que resuelven intrincadísimos problemas y dan golpe de muerte a escasos errores.

Como Pastor amante, nadie como él, ha dado vigoroso impulso al Apostolado en el mundo, y gracias a él, el lejano Oriente abre sus grandes ojos a la luz del Evangelio.

Bendigamos a Dios por habernos dado un Pontífice que parece calcado sobre las necesidades del mundo moderno.

Ofrendémosle el Augusto Sacrificio de nuestros altares, como prenda de gratitud en el aniversario de feliz onomástico.

Y tú, ángel divino, espíritu tutelar de esta Diócesis, vuela, vuela presuroso, tiende tus leves alas, traspasa la alta montaña, el extenso valle, el proceloso Atlántico. Vuela y llega hasta los pies del admirable anciano, de testa vigorosa y corazón de apóstol; preséntale los ardientes votos de sus lejanos hijos. Cuéntale que aquí, en esta viril ciudad, su nombre y su recuerdo es venerado con ternura y que sus hijos de aquí se esforzarán en mostrarse dignos de tan egregio Padre....

ARENGA ELEGIACA

Pronunciada en los patios adyacentes del Convento de las Religiosas Hospitalarias de San José, Calle Condell, Santiago, el 30 de Agosto de 1920, con ocasión de un solemne desagravio a Jesús Sacramentado. (1)

Tulerunt Dominus meum.
Se han robado a mi Señor. (San Lucas).

Excmo. Señor Nuncio Apostólico: (2)
Ilustrísimos Señores Obispos: (3)
Respetables sacerdotes y religiosas:
Hermanos míos muy amados:

Henos aquí reunidos, transida el alma de estupor y amargura, al impulso de la más triste, de la más honda, la más justa de las emociones. En torno del altar veo aquí al más alto representante de la Sede Apostólica, a los venerables pastores de nuestra Iglesia, a sacerdotes y fieles, a

(1) Habíase perpetrado un horrible sacrilegio contra la Eucaristía en la Iglesia de las Hospitalarias. Santiago entero, herido en lo más íntimo, se puso de pie y acudió a la calle de Condell para tributar el homenaje más grandioso y ferviente a Jesús Hostia de que hay memoria. Se calculó en 50.000 el número de las personas que cupieron en el recinto y que podían quedarse hasta el fin. Muchas otras hubieron de retirarse por falta de local. El Nuncio Apostólico acompañado de varios Obispos, llevó la Custodia con la Santa Hostia desde el Seminario hasta el lugar del sacrilegio.

(2) Monseñor Benedicto Aloysi Massella.

(3) Monseñores Miguel Claro, Armengol Valenzuela y Eduardo Gimpert.

piadosas damas y a cumplidos caballeros; la ardorosa juventud y al hijo del trabajo, a todo el elemento cristiano de esta capital, y en cada pecho yo siento el potente latido del corazón de la Iglesia.

¿Qué luctuoso acontecimiento, decidme, señores, os ha congregado en este sitio?

Cuando derrotados los israelitas, el Arca Santa cayó en manos de los filisteos, los mensajeros llegaron jadeantes a Silo y dijeron al pueblo estas lacónicas palabras: *"Arca Dei capta est." El Arca del Señor está cautiva.*

Parodiando yo aquel lenguaje de dolor, condensaré las causas de esta impotente asamblea, en una sola frase. *"Tulerunt Dominum meum." Se han robado à mi Señor."*

La Hostia Santa donde mora real y verdaderamente Jesucristo, nuestro dulcísimo Señor, el Supremo Legislador del Universo, el Dios inmenso empequeñecido, el Justo encadenado con cadenas de infinito amor, ha sido sustraída del lugar sagrado y ¡Oh dolor!, ha sido horrendamente profanada con lujo de desprecio e impiedad como no hay memoria, y dejando nuestras almas consternadas flotando entre las amarguras del dolor más acerbo y las expectativas del castigo de la ira Divina....

Y todo esto, ¿dónde ha tenido lugar? Aquí en este sitio santificado por la oración y la penitencia. Aquí en este Santuario ignorado de muchos donde las Vírgenes del Señor se nutren de abnegación, para distribuirse después en los hospitales y asilos a enjugar lágrimas y aliviar dolores.... Aquí en este paraje, desde ahora dolorosamente memorable, al cual quedarán encadenados nuestros recuerdos, aquí se ha llevado a cabo el más horrendo sacrilegio.... Ah, paréceme ver en este sitio, hermanos míos, a los Angeles tutelares de este templo tristes y llorosos, velado el rostro con sus alas y repitiendo con la inconsolable Magdalena: *"Tulerunt Dominum meum. Mi Señor ha sido robado."*

Yo los oigo invitándonos a pronunciar en coro aquella alabanza que el profeta sentía resonar en la mansión

del cielo: *Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria.*

¿Qué digo? Yo oigo sobre todo la voz enternecida de Jesús que desde esa blanca Hostia nos dice: "Pueblo mío, ¿qué te he hecho yo? ¿Por qué me tratas de esta manera? *Quid feci tibi?* Porque te he hecho grande y respetado entre tus hermanos del Continente, te alzas contra tu Dios y me humillas y me cubres de baldón? Ea, caminante, no pases de largo, deténte un poco, echa una mirada a este lugar, testigo de mi amor despreciado y dime si encuentras dolor comparable a mi dolor.... *Videte si est dolor sicut dolor meus.*"

Pero, hermanos queridísimos, disipemos un instante esta nube de tristeza que nos enluta, repongamos un poco nuestro espíritu. Averiguemos las causas de tan luctuosos sucesos y preguntemos: ¿Qué pretendieron esos desgraciados al perpetrar tan detestable crimen? ¿Acaso negar la divinidad y presencia real de Jesucristo Rey como lo hiciera la turba del Monte Calvario? Pero oh, Jesús amorosísimo, se engañaron. Aquí tenéis a todo un pueblo que es todo vuestro, que os ama como al mejor de los padres, que os adora como a su soberano, que como Pedro el Apóstol hace pública profesión de fe diciendo: "*Yo creo que tú eres el Cristo Hijo de Dios vivo, que viniste al mundo, Quia tu es Cristus Filius Dei vivi.* ¿Acaso extinguirá nuestro amor a Jesucristo? Gran Dios. No lo conseguirá. ¿Quién podrá, cristianos, apagar en nosotros el sacro fuego del amor a Cristo? *Quis me separabit a charitate Christi?* Nada ni nadie.

Las ofensas a nuestro Señor Jesús son ofensas a nosotros, las hacemos nuestras y nuestros también vuestros dolores. Y antes apagará el sol su luz en el alto firmamento que dejemos de amaros y veneraros con todo el amor de nuestros corazones....

¿Acaso movidos por el odio quisieron despojar el Sacramento del modesto sagrario que lo guardaba? Pero, hermanos míos, vuestra piedad será todo lo generosa y grande que fuera necesario y de seguro que no estará sa-

tisfecha mientras no logra ver en el mismísimo lugar del atentado sacrílego, un desagravio, digno del Señor del Universo.

Ahora bien. ¿Cuál será nuestro deber en la hora presente? Creo poder sintetizarlo en estas palabras: *Dolor y reparación.* ¿He dicho dolor? Sí, dolor intenso, sincero, intérprete fiel de nuestra alma entristecida.

Dolor por nuestras propias culpas para purificarnos y dolor por el desacato cometido contra la Hostia Divina. Y nada más justo que todo esto.

Lloró Jacob cuando creyó perdido para siempre a su hijo José.

Lloró todo Israel cuando tuvo conocimiento del apresamiento del Arca Santa.

Lloró Jeremías al presenciar las ruinas de la amada patria.

Lloraron las hijas de Jerusalén a la vista del Divino Crucificado cargando el infamante madero.

Lloró la inconsolable Magdalena cuando encontró vacío el sepulcro del Señor y exclamó con dolorido acento: *Tulerunt Dominum meum.*

¿Y podríamos contemplar nosotros ,indiferentes este abominable sacrilegio que viene a ofender nuestros afectos más caros y santos?

¿Dónde estaría nuestro amor a Cristo? Oh, no, mil veces no. Es ahora cuando nos cumple prorrumpir en aquel grito de angustia y remordimiento: *Miserere Mei Deus secundum magnam misericordiam tuam.*

¡Oh! Es ahora cuando debiéramos pronunciar enternecidos: *"Erumpite lacrymae"*, Romped toda valla, salid, lágrimas mías. Salid corriendo, lágrimas de dolor, lágrimas de adhesión sincera al Dios ofendido.

Es ahora, ciertamente, cuando fija la vista en el Divino Sacramento, debiéramos decir con el piadoso vate: *"Aquí estamos, Señor, aquí estamos, anegados en llanto los*

ojos; que se acaben, mi Dios, tus enojos, pues que somos tus hijos al fin.

Pero ¿qué estoy haciendo? No basta, hermanos míos, llorar la ofensa cometida, es menester más y mucho más; es preciso repararla, y repararla no con lágrimas fugaces sino con obras de positiva eficacia que nos hagan mejores cristianos en adelante....

Hermanos míos, el impío suceso que lamentamos no es un hecho casual, ilógico, sin causas atendibles que lo generen. No, es el estallido de un mal latente que no debemos mirar con indiferencia, es un rugido de la ola impía que cunde y amenaza; es una advertencia hecha por el cielo de nuestro optimismo, que cree vigilar a pleno ambiente de fe sin percatarse de los peligros que nos cercan y ¿acaso no será que el Divino Prisionero ha querido recordarnos que vive con nosotros y en medio de nosotros, pero olvidado y desconocido de sus propios hijos? Ah, señores. Pensémoslo, bien, es indispensable que de este venerable comicio nazca una conclusión práctica y que ella sea la de reparar el agravio cometido, intensificando nuestra devoción al Augusto Sacramento. *Tulerunt Dominum meum.* He ahí el grito de nuestro dolor y también el despertar de nuestro amor a Jesús.

Venerables sacerdotes de ambos cleros, esa frase debe ser para nosotros singularmente una honda herida, ya que el ultrajado es el Sacerdote Supremo, Cristo, Señor nuestro, de quien deriva todo sacerdocio en la tierra; es Cristo Señor nuestro que se dignó llamarnos sus amigos. *Vos autem dixi amicos.* En argumento de lo cual nos confió el cuidado de su cuerpo y de su sangre adorable; somos en realidad los árbitros del culto, de la veneración, de los honores que puede tributarle el pueblo fiel. ¿Queremos, pues, desagraviarle? Ofrendémosle ante todo, el homenaje íntimo de nuestro corazón sacerdotal y protestémosle que a fuer de amigos, como El nos ha llamado, tomaremos con caluroso empeño la tarea de difundir su santo amor en los demás corazones....

II

Tulerunt Dominum meum. Padres y madres de familia, esas palabras deben encontrar eco de sincero pesar en vuestras almas. El amabilísimo Jesús, ese Dios escondido ante quien habéis ido más de una vez a buscar consuelo en las horas amargas del dolor, ha sido ultrajado. Comprendo que esto os apena el alma. Pero no es pequeño consuelo para vosotros el pensamiento de que podéis reparar este ultraje. ¿Cómo? Preparándole al Salvador adoradores para el porvenir. Inculcando en vuestros hijos el amor a Jesús. El hogar y la escuela deben ser centros de ese amor. No permita el cielo la calamidad de que deis a vuestros hijos una educación sin Dios, sin Jesucristo, sería la mayor desgracia y a fin de evitarla es preciso poner todos los esfuerzos de que se es capaz porque el hombre no será jamás verdaderamente feliz sin conocer, amar y servir al que es el camino, la verdad y la vida. Sin él todo es ruina moral, confusión y desorden. Las pasiones adquieren imperio sobre el hombre y éste camina entre tinieblas. Creo encontrar la confirmación de todo esto en el suceso que lamentamos, tal vez ese desgraciado criminal no tuvo una madre que le diera cuando pequeño a conocer y amar al Hombre Dios que se ha constituído prisionero en nuestros tabernáculos.

Ea, pues, cristianos padres y madres que me estáis oyendo; convencidos de estas verdades, reparad la magna ofensa formulando delante del Augusto Sacramento esta solemne promesa de educar a vuestros hijos en la santa religión de Jesucristo y que en vuestras familias sea amado y respetado su augusto nombre, de aficionarlos a la frecuente recepción del Sacramento, para formar en ellos verdaderos discípulos de Cristo.

Tulerunt Dominum meum. ¿Y cómo no lamentar también en compañía vuestra el triste acontecimiento del día, jóvenes queridos, aquí presentes?

Juventud, juventud, que lleváis en vuestros años los gérmenes del porvenir, Jesucristo reclama singularmente

de vosotros una noble y gentil reparación. Nobleza obliga. El, en su hora suprema os miró presentes en la persona del Apóstol Juan; esa Divina Gentileza pide retorno.... ¿Qué haréis?...... Prometedle aquí, en presencia del Cándido Accidente, a la faz del cielo y de la tierra, que seréis en todas partes y ante todo, cristianos que haréis de su fe un culto, un distintivo, una bandera; cristianos sin miedo ni vacilaciones, que desprecien con altivez las burlas del mundo y las timideces del respeto humano.

Y sobre todo, prometedle aproximaros muchas, muchas veces a la Mesa Santa, al pan del cielo que fortifica las almas en las luchas contra sus tres formidables enemigos: el mundo, el demonio y las pasiones......

Y ahora nosotros todos sin distinción alguna, henchida el alma de amor a Jesucristo practiquemos un acto de fe colectivo que, haga vibrar nuestro pecho al compás de un mismo sentimiento.... ¿De qué manera?... Jesucristo para lavar la mancha del mundo abrió sus brazos en la cruz; nosotros para lavar en parte siquiera el ultraje cometido caigamos de rodillas y abramos los nuestros y pronunciemos en alta voz el símbolo augusto de nuestra fe en Dios, en Jesucristo su Hijo y en sus santas enseñanzas...

Creo en Dios Padre.

FIESTA DE LA RAZA

Discurso pronunciado en la Escuela Normal de Santa Teresa el 12 de Octubre de 1939.

Señoritas Directoras y Profesoras:
Jóvenes alumnas:
Señoras:
Señores:

En este grandioso día dos continentes se visten de gala, celebrando sus comunes glorias: el viejo continente europeo y el joven continente americano.

En el primero, se alza altiva, cual centinela que mira hacia dos mares la heroica España, que, si bien desangrada por guerra patricida, ostenta 19 brillantes inmaculada en su corona; en el segundo, diecinueve naciones, hijas legítimas de aquélla, avanzan con fervoroso tesón, empujando el carro del progreso, hacia la consecución de sus grandes destinos; son ellas los brillantes de aquella corona.

Es natural entonces, señores, que la madre y las hijas mancomunen hoy sus melodías y entonen al mismo compás, un himno gigante cuya letra, en mi entender, debe contemplar esta frase, que cristaliza sus sentires: "Bendita sea la Excelsa Providencia cuyo dedo señala su rumbo a las naciones y hace surgir del inmenso océano mundos desconocidos, y también esta otra que completa la primera: "Honor y prez a España y a la América Española".

Y ¿por qué, hermanos queridos, el unánime consenso ha elegido este día para hacerlo testigo de los incontenibles desbordes de entusiasmo en que se agita la muchedumbre? ¿Por qué en el programa de las presentes alegrías, se registra el Augusto Sacrificio como una mística portada, cual reverente saludo a la aurora de esta efeméride inmortal?

Ah! queridas niñas! Es que este día alumbró la cuna de una nueva raza noble y pujante, digna heredera de Pelayo y del Cid, de Teresa de Jesús y de Isabel la Católica.

Es que cuando Rodrigo de Triana, desde la cubierta de la feliz carabela, lanzó con toda la fuerza de sus pulmones, la palabra auspiciosa "Tierra", al descubrir la silueta del nuevo mundo, no pronunció un simple bisílabo que expresaba su emoción personal. Oh! no! Ese oscuro navegante, sin él sospecharlo, desempeñaba una misión providencial si me permitis la expresión,

Su auspiciosa exclamación lacraba en realidad una amplia profecía; digo más, fué como un decreto de glorificación para la Madre Patria, al anunciarle la magna obra civilizadora a ejecutarse en el mundo de Colón.

Es, como si hubiera dicho: Escápase de nuestros pechos un grito de agradecimiento al Supremo Hacedor que si con su mirada encendió la luz del sol, también iluminó la mente del hombre para descubrir los secretos del universo y la hizo el instrumento de sus misericordias.

Esta tierra que a la vista tenemos, será el más hermoso florón de la nación ibérica, será el amplio escenario en que se espacíe la gloria de la raza.

Esta tierra será hollada por la planta invicta del misionero anhelante de almas que llevar al cielo y los hijos de Domingo de Guzmán y de Pedro Nolasco, de Francisco de Asís e Ignacio de Loyola, serán los heraldos de la fe en estas vastas regiones y los habitantes de las selvas oirán la buena nueva del Evangelio de Cristo y donde se alzara el bosque umbrío se alzará la cúpula del templo de Dios Vivo, coronado por la Cruz Redentora y allí resonarán los triunfos de la fe, de la caridad cristiana.

Esta tierra será regada por la sangre generosa de Mártires de Cristo derramada en aras del divino Amor, sangre que la hará fecunda para que en ella nazca y germine una Rosa de Lima, honra y orgullo de estos hasta hoy ignorados continentes, que en unión de los Toribios de Mogrovejo, de los Pedro Claver y otros, constituirán la pléyade incomparable de celestes protectores de América ante el trono divino.

Esta tierra verá florecer en ella, con asombro de la culta Europa, las ciencias, las artes y las industrias, y el Pacífico y el Atlántico ofrecerán la superficie de sus ondas para dar paso al navío guerrero y al mercante, y las distancias desaparecerán ante los prodigios que la ciencia realizará ora en los espacios, ora en la tierra, ora en los abismos de la mar.

Pero aun hay más. En este suelo que hoy pisamos, la lengua de Cervantes será la lira en que cantaran cien bardos inspirados. Y las letras y las ciencias más obtusas encontrarán intérpretes dignos de renombre universal.

Gobernantes y legisladores formarán protocolos de paz y armonía para alejar de las futuras nacionalidades el espectro monstruoso de la guerra.

Esta tierra verá surgir en el rodar del tiempo héroes dignos de la epopeya, que por defender la tierra en que nacieran, despreciarán la muerte y se colocarán a la altura de los más encomiados por la historia.

Esta tierra, en fin, se cubrirá de gérmenes de educación en donde crecerán unidas en amistosa concordia la virtud y la ciencia cual gemelas que hacen conjuntamente el camino de la vida.

Todo esto y mucho más entraña aquella exclamación del marino precitado.

* * *

De manera que cuando Isabel la Católica vendió sus joyas para equipar las tres gallardas carabelas, y así rea-

lizar los proyectos del insigne genovés, hizo a la humanidad un presente, cuyo valor es difícil precisar y la Santa María, La Pinta y la Niña equipadas a sus expensas, no fueron sino heraldos de la civilización cristiana enviados a ignotas regiones, sentadas entonces en tinieblas y sombras de muerte, en frase del Libro Sagrado. Misteriosos designios de la Providencia en bien de los humanos señores.

Tal es, en modesta síntesis, la razón de ser de la esplendorosa fiesta de la Raza, de esta raza por cuyas venas corre sangre ibérica que ha iluminado con fulgores de gloria una parte considerable de la superficie del planeta.

Ante tan hermosas realidades, señores, hay algo más razonable que del uno al otro confín del continente sud y centro americano se festejan estas hermosas efemérides con la expresión más elocuente y significativa del regocijo.

En realidad, es verdaderamente digno y justo, diremos con la Santa Iglesia, que en tan legendario día se ofrende, como la expresión más alta de nuestra gratitud, el Augusto Sacrificio de nuestros altares; que los bronces sagrados llamen a la muchedumbre al templo de Dios vivo y que las armonías musicales hiendan los aires con los más ricos sones.

Con todo, no olvidemos, señores, que las naciones son verdaderamente grandes y felices, cuando saben inspirarse en las tradiciones de la historia y seguir los ejemplos de sus fundadores.

A vosotros toca, queridas educadoras, empaparos de estas ideas, a vosotras cuya palabra impregnada de piedad y saber, esperan cien pueblos, ávidos de conocimientos.

Sois las mujeres de mañana, queridas alumnas. Sois parte del cimiento del futuro de nuestro Chile. Os corresponde, pues, instruiros en estos principios, para que los inculquéis en las almas jóvenes que os escucharán, y como la raza a que pertenecéis nació impregnada de la fe de Cristo y en ella se inspiró Colón en sus empresas descu-

bridoras, sed por tanto portadoras de esa tea divina cuya luz sacó de la barbarie a los pueblos del viejo y del nuevo mundo, y decid a vuestras alumnas que la cumbre de la grandeza de los pueblos se cifra en este sagrado lema de los fundadores de la raza: Dios y Patria; que el cultivo tesonero de esos dos santos amores levanta a los pueblos a una inmensa altura, pero que a la vez el olvido de ellas los sumerge en abismos de corrupción y desventura.

Que todos los labios alcen una plegaria al Supremo Señor, que pronto descenderá al Ara Santa y los corazones ofrendan hoy el augusto Sacrificio por la realización de estos nobles ideales en la querida España y en el mundo de Colón.

ESCUELA CATOLICA

Discurso pronunciado el 8 de Diciembre de 1940, en la Parroquia de la Isla de Maipo, en ocasión de la bendición de un nuevo edificio destinado a la Escuela Parroquial.

Señor Diputado:
Señor Alcalde:
Señoras, señores:

La hermosa solemnidad a que asistimos es sin lugar a dudas, de grande y promisora trascendencia para esta interesante región; ella parece interpretar las justas aspiraciones de sus habitantes.

La presencia aquí de las autoridades comunales, eclesiásticas y civiles, de distinguidos miembros del Parlamento, de las familias que son la célula de la patria y en cuyo seno palpitan las más justas aspiraciones de Parroquia; la concurrencia en fin de este grupo de niños que se sienten como en su casa al lado de su párroco y en los cuales se cifran las esperanzas del mañana, todo, todo me está indicando que se trata de algo grande capaz de despertar las más puras alegrías en grandes y pequeños, en ricos y pobres, en cuantos sienten en su alma el rayo vivificante de la fe cristiana.

Y tenéis, señores, para dar cabida en vuestro pecho al más hondo regocijo. El objeto de nuestra presencia aquí lo explica todo y razón sobrada tiene a la vez esta feliz parroquia para vestirse de gala.

Habéis venido a festejar la inauguración de este nuevo y cómodo edificio para la escuela de esta feligresía. Y bien, señores, sabéis lo que es una escuela, y una escuela cristiana?

Una escuela cristiana es una obra de salvación social y un paso gigante en la senda del progreso de los pueblos. Ello es muy fácil de demostrar.

Señores, yo veo aquí un edificio modesto, si se quiere pero capaz de responder al fin que se propusieron sus fundadores. Bajo este techo acogedor vendrán a nutrir su mente centenares de niños qu serán vuestros sucesores en el escenario de la vida. Ellos perpetuarán vuestros apellidos y ocuparán acaso vuestros actuales hogares. ¿Pero qué rumbo seguirá su vida? ¿Cuál será su suerte, su destino en lo porvenir? He aquí una incógnita insoluble. Bien podrá suceder que de este grupo emerja más tarde un sacerdote de Cristo que sea el Padre y Pastor de vuestras almas. ¿Qué digo? ¿Quién puede decir que de entre este grupo infantil no salga un regidor, un alcalde, un diputado, un senador y hasta el mismo presidente de la República, ya que nuestro país es iminentemente democrático? Nadie podría afirmarlo, pero a la vez nadie podrá negarlo.

Una cosa, sí, podemos asegurar y es que el alma del niño se plasma en la escuela. Los primeros perfiles, los primeros diseños del hombre de mañana los traza el maestro, es él quien imprime la forma inicial de esa alma que irá desarrollándose paulatinamente en el correr de los años.

Es el maestro quien tiene la misión de inclinarse a sondear ese pequeño abismo, porque ese abismo es el alma de sus niños, pero abismo en que se guarda el porvenir de toda Patria; hay que vigilarlo, hay que cuidarlo.

En 1869, el ruso Miguel Baunino, al grito de "Vamos al Pueblo", lanzaba la *"Internacional"* por los senderos del comunismo. Y esa frase fatigada de aquel demagogo fué la chispa eléctrica que salvando océanos y montañas, propagóse a remotos continentes, inflamando montones de pólvora y dinamita, en su cortejo de incendios, de

saqueos y de muerte: tal es la huella que deja el comunismo a su paso por las naciones.

"Vamos al pueblo", gritó también a sus primeros colaboradores en 1850 el gran pedagogo del siglo XIX, San Juan Bosco. Pero cuán diverso sentido tiene esta histórica frase en boca del hombre de Dios y padre del pequeñín sin recurso. *Vamos al alma del pueblo*, es decir, vamos a su corazón, amándolo no con solas palabras sino con obras; vamos a su espíritu infundiéndole convicciones que levanten su nivel moral, abriendo escuelas apropiadas a su condición; vamos en fin a sus propias energías corporales, a su misma vida material, implantando talleres industriales, pero talleres modelados según el taller divino de Nazaret, donde Dios reine como en su propia casa y donde el obrero crezca empapándose en las doctrinas del obrero. Dios que dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; quien me sigue, no caminará entre tinieblas".

"Vamos al pueblo", habían exclamado en sus épocas respectivas los insignes varones cuyos nombres honran las páginas de la historia, tales como un San Jerónimo Ermitaño, un José de Calasanz, un Juan Bautista La Salle. Y al eco de esa palabra, brotaba de aquellos corazones inflamados en cristiano amor, el gremio de los ricos y el gremio de los proletarios, se inflaman a su vez en celo divino, y merced al óbolo común, grande o pequeño, surgían doquiera escuelas y talleres, donde, sin peligro para su fe, se instruyen y aprenden a ganarse la vida incontables hijos de familias sin recursos.

"Vamos al pueblo, vamos al hijo del pueblo", exclamó también el digno párroco de esta feligresía, al auscultar el alma de sus feligreses y percatar de sus más apremiantes necesidades. Es como si hubiera dicho: "Veinte centurias ha, que mi Señor y mi Dios, Jesucristo, de quien soy Ministro, pronunció estas dulces palabras que involucran un mandato ineludible: *Dejad que vengan a mí los*

niños. Esas palabras han penetrado como una flecha del cielo hasta el fondo de mi alma sacerdotal. Se trata de los preferidos de Jesús. Vamos al pueblo, al niño del pueblo, al hombre de mañana. Fundemos para ellos una escuela, amplia y cómoda, donde la inteligencia, y el corazón vayan como de la mano a la luz esplendorosa de la fe, hacia la consecución de sus destinos."

Y al impulso irresistible de este noble ideal, y cual Pedro el Ermitaño, al grito de "Dios lo quiere", se lanza a la obra, golpea a la puerta del rico y del pobre, pidiéndole su ayuda para la realización de sus designios, y esas puertas se abren con amor y se alarga generosa la mano que presenta la ayuda, grande o pequeña pero siempre hija del corazón; y después de mil afanes y desvelos, después de insomnios tal vez, después de amargas decepciones acaso, que no pueden faltar, pero también después de muchas súplicas a los pies del tabernáculo, ha visto sus anhelos materializados en la alentadora realidad que presencian nuestros ojos.

¡Felices los pueblos a quienes la Providencia depara semejantes pastores!

Señores, después de los indecibles esfuerzos y sacrificios que significan este edificio escolar, justo es que un Pontífice de la Iglesia, eleve sus preces al cielo y alce su mano para atraer sobre él las divinas bendiciones, como lo va a realizar.

Señores, una última palabra y habré terminado.

Señor Cura, tengo que deciros algo. No olvidéis que el Banco de la Divina Providencia tiene una sucursal segura en cada corazón cristiano favorecido de la fortuna".

Así, pues, cuando los recursos amenacen con acabarse, cuando las subvenciones con que os ayudará el Supremo Gobierno, pues es justo que os ayude, no sean suficientes para los urgentes gastos de una escuela bien tenida, cuando esto suceda, acudid con plena confianza y bajo mi palabra a vuestros feligreses en demanda de auxilio y jamás volveréis con las manos vacías. Yo salgo garante de ello. Creo conocer los componentes de vuestra feligresía y la fe

y la experiencia me enseña que el pudiente cristiano da con placer a Dios y a las obras de Dios lo que Dios le ha dado a él mismo, que jamás dejará morir las fundaciones de obras encaminadas a la gloria divina y al bien de nuestros semejantes.

He dicho.

DISCURSO

Pronunciado en la iglesia Parroquial de Maipo, en Noviembre de 1940, con ocasión de las BODAS DE ORO, que celebraba la CONGREGACION DE LAS HERMANAS DE LA MISERICORDIA

Excmo. Señor Obispo... (1)
Venerables religiosas:
Amados hermanos:

¿Quién puede negar, señores, que nos hallamos en presencia de una de esas realidades, plenas de enseñanza y consolaciones que sólo el catolicismo puede exigir, justamente ufano, ante los ojos del mundo? En esta época cuya nota dominante es un egoísmo materialista que cierra los ojos ante la miseria ajena, el alma se siente optimista y parece respirar otro ambiente cuando se enfrenta con nobles corazones que renunciando a todo bienestar humano, sienten irse felices enjugando lágrimas y aliviando dolores. Para el mundo descreído tal abnegación es un misterio que no acierta a comprender pero ante la mirada del creyente ella no es sino una flor más en el jardín de la caridad que el divino Nazareno plantara en el mundo cuando dijo: *"Amaos los unos a los otros como yo os he amado"*.

(1) Mons. Eduardo Larraín, Obispo de Rancagua.

Ea, pueblo feliz de Maipo, ¡gózate y bendice a Dios! ¿Quién podrá negar que la Congregación de las Hermanas de la Misericordia nacida en tu seno constituye tu más hermoso timbre de honor y tu justo orgullo? Razón tienes para celebrar con inmenso júbilo la fecha memorable en que adornó tus huertos tan preciosa planta.

Hijas mías, yo vengo a asociarme a vuestras alegrías. Desde la altura del pasado medio siglo se alza para contemplar la senda de sacrificio, de abnegación, de cuidados, que habéis recorrido cumpliendo siempre la misión que os confió el fundador de santa memoria y para bendecir a Dios por los favores que de su Providencia habéis recibido. Razón tenéis, pues, para echar a vuelo los bronces sagrados, para engalanar el templo y pedir sus más lindos acordes a la música en tan grata efeméride.

Dejadme también a mí decir algunas palabras para interpretar esta tierna y significativa ceremonia.

Hermanos míos:

Por demás digno de admiración es el estupendo resultado que prodigaron en el cristianismo naciente las palabras de Cristo que os acabo de citar: *Amaos los unos a los otros*". ¡Gran Dios!, qué fecundo ha sido el mandato de vuestro Hijo humanado.

Al eco de ese mandato, la caridad nace al mundo y la tierra empieza a cubrirse con asombro de todos, de asilos para la ancianidad, de Orfelinatos para la infancia, de Hospitales y Sanatorios para el enfermo. Al eco misterioso de ese mandato, los discípulos de Cristo se juntan en legiones de voluntades para hacer más eficaz su labor y de ahí nacen ora los ejércitos de valientes misioneros que se lanzan a lejanos países en busca de las almas, ora formando asociaciones docentes que se proponen enseñar las ciencias y las artes, pero sin divorciarlas de las divinas enseñanzas, ora constituyendo esos consorcios de la más pura caridad que encuentra su dicha en hacer el bien.

El eco mágico de aquella intimación del dulce Nazareno, un corazón sacerdotal de envergadura de Apóstol y ardores de Santos, cuyo nombre flota en este recinto, como

un símbolo de la virtud, capte su pecho aquella palabra benditísima, se entrega en cuerpo y alma a aliviar las miserias humanas en todas sus formas, y empapado en las santas locuras de la Cruz, emplea su cuantiosa fortuna en sanar los enfermos, en vestir al pobre, sin ambicionar otra riqueza y esplendor que el esplendor y riqueza de la Casa de Dios cuyo decoro es para él una santa obsesión.

Y ¿cómo silenciar tu nombre, querido amigo del alma, Clemente Díaz Rodríguez, cuando todo habla de ti y te recuerda como si ayer vivieras en esta pintoresca y feraz región; cuando aun no se borra de mi mente la sorpresa de verte yo, joven sacerdote, vestido de burda y raida sotana sabiendo tu pasión por vestir al desnudo y que tu bolsa se vaciaba sin esfuerzo ante la miseria ajena; y subiendo de punto mi impresión al encontrarte en los comienzos de mi ministerio, predicando cual ferviente misionero entre la gente de mar, precisamente cuando los hombres laboriosos como tú tomaban merecido descanso en nuestras hermosas playas... ¡Oh, no! Yo no puedo callar tu nombre. Sería ello un cruel sacrificio impuesto a un corazón amigo.

Pero no está dicho todo, señores.

Este varón justo anhelaba con ardor que sus obras soñadas en favor del desvalido, le sobrevivieran y no fueran borradas, cuando la muerte cerrara sus párpados, por la implacable mano del tiempo. ¡Qué hace para conseguirlo? ¡Gran Dios! ¡Cómo guías con tu luz divina los pasos de tus siervos!

Concibe la feliz idea de fundar una piadosa agrupación femenina, compuesta de generosos corazones. La formaría en la escuela de la humildad y el sacrificio y le confiaría la ejecución integral de su pensamiento.

Y fué así, como, al calor de esta idea, nació vuestro instituto, queridas Hijas de la Misericordia, en cuyo honor el templo hoy se engalana, suelta la armonía sus mejores acentos, suenan festivos los bronces sagrados y la masa toda de los habitantes de esta comarca se asocia a vuestras fiestas jubilares.

Comprendo que hiero vuestra modestia al hablar así. Pero, vuestra Congregación en efemérides como éstas, no se pertenece a sí misma, sino al público amigo y creyente que analiza con cariño vuestras obras, a la vez que recibe saludables ejemplos. Y si algo dijesen mis labios en alabanza vuestra recibidlo con humildad profunda adorando al bondadoso Dios que se ha servido de vosotras como un instrumento de sus misericordias.

Pero antes de proseguir, aclaremos, señores, los conceptos.

Nos hallamos en efecto frente a frente con un hecho que consuela y despierta justas simpatías: *las Bodas de Oro de una Congregación Religiosa.*

Y bien, ¿qué es una Congregación religiosa? Es un grupo de almas que se juntan voluntariamente, bajo una autoridad para trabajar en su perfeccionamiento espiritual y dedicarse al fin particular que se han propuesto. Son una bella creación del cristianismo; a lo menos el cristianismo las consagró y les fijó sus formas definitivas. Son como el arca santa donde se practican los consejos evangélicos y se guardan los tesoros de virtud y santidad que embellecen nuestra Iglesia.

En el Viejo Testamento vemos que Elías el gran Profeta, se une a otros varones anhelosos como él de santificarse, y forma con ellos una agrupación que habitaba solitaria en las faldas del Monte Carmelo, y sabemos también que la Virgen María conoció y fué conocida de tan venerables Monjes en el gran día de Pentecostés, visitándolos en seguida, en su morada de oración y penitencia.

* * *

De esta tendencia a asociarse con fines espirituales, encuentro la razón en nuestra propia naturaleza.

Dios hizo al hombre sociable, lo destinó a vivir en sociedad. El hombre necesita de sus semejantes para todo lo

que significa algo: necesita de él en lo material, en lo intelectual, en lo moral, en todo; necesita de sus luces, de su consejo, de su ayuda material y hasta de sus ejemplos. Y lo que el aislado dificilmente alcanzaría lo alcanza mediante la mancomunidad de esfuerzos con lo cual se centuplica su eficiencia. El mismo Jesucristo nuestro Señor, ¿qué hace para que su doctrina salvadora sea predicada a todo el mundo? Agrupa doce pobres pecadores, les da un Jefe, los organiza, funda con ellos la inmensa sociedad que se llama la Iglesia y los lanza a la obra y el católico se siente ligado a los demás por los vínculos de una misma religión y sostenido por la jerarquía.

* * *

Sentados estos antecedentes, es fácil que ocurra a vuestra mente esta interrogación: ¿qué beneficios han traído a la humanidad las Congregaciones Religiosas? ¿Ha sido y es útil su existencia en medio de las sociedades?

No podemos negarlo.

El tópico es por demás interesante y de sorprendente actualidad.

Lo abordaré con sumo placer.

* * *

Alguien ha dicho y con razón que las Congregaciones u Ordenes Religiosas, sea de hombres o mujeres formarán siempre la vanguardia de la Iglesia Católica.

Por su parte el Ilustre Chateaubriand se expresa así: "Cuán grandes son tus maravillas, oh Dios de los cristianos. A donde quiera que se mire encuéntranse monumentos de los beneficios derramados por los institutos, monasterios.... Sólo la religión cristiana es filantrópica por excelencia" (Mártires libro 5. cap. 5.)

"Si los Institutos religiosos no existieran, agrega el sabio Balmes, las Sociedades debieran apresurarse a crearlo". (Prot. comparado).

Cuando el vándalo y el huno, el escandinavo y el moscovita, cuando el hérulo y el ostrogodo se precipitaron como un alud sobre el suelo de Europa, arrasándolo todo y borrando con saña todos los signos de la civilización, ¿dónde encontró refugio la ciencia de los antiguos maestros de la humanidad? ¿Dónde sino en los conventos, en las abadías, vale decir, entre los hábitos burdos del estudioso fraile, en las nutridas bibliotecas de sus conventos? ¿Quién suavizó el carácter feroz de los bárbaros y puso en sus manos el azadón y el arado en lugar de las armas mortíferas? ¿Quién, sino los monjes, esos humildes religiosos que eran a la vez maestros, amigos y padres de aquellos guerreros de la selva? ¿Quién en fin abrió escuelas para el proletariado, asilos para el huérfano, el anciano y la viuda, hospitales para atender a los enfermos, ya sea en la vida normal o en las grandes epidemias? ¿Quién sino las instituciones religiosas.

Es lo que reza la historia imparcial.

* * *

Y si pasamos de Viejo al Nuevo Mundo, ¿qué rol han desempeñado los institutos Religiosos en el Continente americano?

Inmensamente más difícil de lo que fué, hubiera sido la conquista española a no haber precedido el misionero que empuña la cruz al soldado que empuña la espada.

¿Qué fuera, en efecto, de esa empresa sin la cooperación de los hijos de S. Ignacio de Loyola, de S. Francisco de Asís, de un Pedro Nolasco y otros? Y ¿quién puede negar el importantísimo papel que en esa obra desempeñaron los Institutos Religiosos durante los 300 años de la Colonia, y en la misma independencia de los países Sudame-

ricanos? Y si de la Colonia pasamos a los 129 años de vida independiente. Y circunscribiendo mis observaciones a la Patria Chilena, para nadie es un misterio que el progreso de Chile en la cultura y civilización va íntimamente ligado a la obra pacienzuda y tesonera de Congregaciones extranjeras y nacionales de uno y otro sexo, las que han difundido las luces en las clases altas, medias y populares.

Existe, señores, una realidad tangible que salta a la vista y evidencia la mentalidad de los pueblos en orden al asunto a que tratamos.

* * *

En mis variadas correrías apostólicas a través de esta República puedo constatar lo siguiente:

La suprema aspiración de cualquiera ciudad, villa o aldea, para progresar y caminar adelante en la senda de la cultura, es tener en su seno una Congregación Religiosa de hombres o mujeres, ya para que abra un establecimiento educacional donde formen hijos, ya para ponerse a la cabeza de un hospital, de una obra de beneficencia o cualquiera empresa que requiera especial preparación, que requiera abnegación y más que todo, conciencia para cumplir los deberes que se toman a su cargo. Y cuando los pueblos han visto coronados sus anhelos, entonces, y sólo entonces, se sienten autorizados para hablar de progreso y de adelanto local.

¿Y qué nos demuestra todo esto?

Que el pueblo, la masa social en general busca instintivamente a Dios, y a todo lo que con Dios se relaciona. Por eso busca las enseñanzas salvadoras de Cristo y para aprenderlas, busca la sotana o el hábito religioso tan odiados de la impiedad. ¿Y por qué los busca? Porque debajo de ellos sabe que palpitan corazones y brillan mentes informadas de las doctrinas del Evangelio, únicas que forman al hombre completo, ya que sólo en ellas hay senda

segura, hay verdad y vida. Y donde esas doctrinas no son respetadas, testigo es la experiencia, reina luego el desorden, la inmoralidad, el sórdido interés, el egoísmo que sólo busca el dinero y la propia comodidad.

Todo esto, señores, explica el hecho por demás sugerente e indiscutible, que todas las antiguas congregaciones europeas y las que la Providencia suscita en todos los países a medida de sus necesidades, no bastan a satisfacer las solicitudes de nuevas fundaciones que les llegan de Países Sudamericanos, y esto aunque abuenden los establecimientos ficales.

* * *

Esta misma Congregación cuyas bodas de oro celebramos, pese a la ingénita modestia que le imprimiera su fundador, cuántos pedidos de expansión a otros pueblos no ha recibido y no recibe, y que han debido rechazarse por falta de personal.

¡Ah! Señores! Es que es una inmensa verdad lo que dijo Vásquez de Mella: La sociedad no se salvará por las teorías de los sabios y teorizantes, sino por el Evangelio de Cristo y los ejemplos de los que lo practican.

II

Pero, ¿qué estoy haciendo? Al parecer he olvidado la idea central de esta imponente ceremonia, cual es, festejar los cincuenta años de vida a que ha alcanzado una familia religiosa, gloria y honor de este pueblo, planta genuina de este bello rincón de la República, pleno de recuerdo y cuya flora magnífica pareciera denunciar la generosidad de las almas que lo habitan.

Hagamos pues un poco de historia.

* * *

Corría el año 1889. Bullía en la mente del cura de esta Parroquia la idea desde mucho tiempo acariciada de fundar una Congregación de jóvenes piadosas a quienes confiar la realización de sus proyectos pro-desvalidos. Pero las aspirantes a fundadoras no se presentan. Ora y redobla sus súplicas y entre sus místicos ardores su ardiente corazón lanza amorosa flecha al Dios de la Misericordia.

¿Quieres que funde, oh Dios mío, le dice, mi obra soñada? Si tal es tu voluntad haz que dentro de tal plazo se presenten cinco solicitantes. Tomaré esto como una señal de tus divinos designios....

Así hablan, hermanos míos, los hombres de Dios. La oración humilde y confiada es irresistible.

Y el éxito coronó aquella plegaria. Dentro del plazo indicado presentábanse cinco jóvenes dispuestas a formar el primer cuadro del futuro instituto de la Misericordia.

Yo me las imagino, hermanos míos, radiantes de alegría ofrendando su corazón y su alma toda, para lanzarse en pos de la miseria humana, repitiendo aquellas frases del Profeta: "Habla, Señor, que tu sierva escucha".

La nave estaba lista, sus velas desplegadas, su piloto de pie en la proa, pronto a hacerse a la mar: sólo faltaba que la tripulación saltara a la cubierta.

Y el 5 de Abril de 1889, fecha para ellas doblemente gloriosa, aquellos cinco selectos corazones reciben el santo hábito de la suspirada Congregación.

Adelante, valiente pléyade de almas anhelosas de santificarse y de aliviar dolores, Dios os bendice y todo un pueblo os acompaña....

Hermanos míos, cumplidos los plazos de rigor, el ilustre Jefe de la Archicofradía de Jesús, después de un mayor examen, otorga por fin el 12 de Junio de 1900 el Decreto de Aprobación del naciente Instituto y la Congregación de las "Hermanas de la Misericordia" entre el número de las Instituciones Religiosas, que, según los cánones,

elaboran el panal de la virtud, cual afanosas abejas, bajo la autoridad de la Iglesia Católica.

* * *

Hermnos míos, ¿cómo ha cumplido su misión esta Institución, en que se mira la población Maipina? ¿Ha llevado siempre en alto el estandarte de Misericordia que levantó como divisa?

¡Ah! Bendito una y mil veces, oh Señor de los cielos y tierra! *Pertransiit benefaciendo.— Pasó haciendo el bien,* dijo en su sublime laconismo el Evangelista San Lucas, cuando quiso dejarnos una síntesis de la gesta divina del Redentor.

De esa misma bella frase, me serviré yo, para pintaros a grandes pinceladas la obra de las Religiosas que forman el orgullo de este pueblo.

Pertransiit benefaciendo.— Gime el enfermo oprimido por su dolencia y requiere la cuidadosa mano de la caridad cristiana que la suavice y le prodigue los cuidados que la gravedad del mal necesita. Allí están las Hermanas de la Misericordia en el puesto del voluntario deber. Buin, Curepto, San Vicente y otros pueblos que no recuerdo dan testimonio de ello; yo en persona, en calidad de Párroco del primero de estos pueblos, pude apreciar su abnegada labor en aquella morada donde tiene su trono el dolor; y las autoridades y el pueblo todo exteriorizaban su gratitud en las claras muestras de cariño con que las rodeaban. Y cómo olvidar, hermanos, aquellos días en que al hacerme cargo de la Parroquia, cuando el infatigable Cura de Maipo se me acerca y me dice: Amigo mío, vengo a pedirle un gran servicio: Que tome a su cargo la dirección espiritual de las Hermanitas que he fundado. Ayúdelas en su tarea y mírelas como hijas que Dios le ha dado y sírvales de apoyo con sus consejos. Yo voy poniéndome ya viejo y le pido este favor....

Y recuerdo que al decir esto sus ojos se empañaron...

Y como un eco de esas palabras, heme aquí ahora en este sitio, que es la tribuna de la verdad.

Pertransiit benefaciendo.— Las miserias del alma, hermanos queridos, priman sobre las del cuerpo, como el espíritu sobre la materia; sacar un alma de la charca del pasado, del vicio, es obra divina entre las divinas. Entre las obras de Misericordia, son ésas las obras cumbres.

Por eso, amadísimas Hermanas, volasteis al lado de nuestro Padre, cuando se abrió por la vez primera la Santa Casa de Ejercicios, aspiración ardiente, como una venerable obsesión de aquel varón justo.

Por eso, la preparación de la niñez a los Sacramentos de la Confesión y Comunión ha sido vuestra preocupación favorita entre las que os señalan vuestras Constituciones y muchos son los Párrocos que han recibido el aporte inapreciable de vuestra cooperación en tan hermosa tarea.

Pertransiit benefaciendo.— Y qué decir, señores, del esplendor del culto Divino, del decoro de los templos, que era una aspiración ardiente de aquel ejemplar sacerdote; ese amor santo y loca pasión, en el más noble y sublime sentido de esa palabra. Siguiendo las huellas de su Padre, en muchos templos ha podido verse a las Hermanas de la Misericordia poniendo la nota de la delicadeza, del buen gusto, de la piedad femenina al servicio del altar, del templo, donde proclama la virtud y se reconcilian las almas con Dios, bajo la mirada del Divino Prisionero. Oí a cierto Párroco estas elogiosas palabras: "Donde ponen manos las Monjitas de Don Clemente, todo sale hermoso y bien":¿Qué más?

Pertransiit benefaciendo.— El abandono de la familia, la vagancia de niños y ancianos a manera de despojos lanzados al camino, es una de las taras que acusan la falta de espíritu cristiano en las familias. Reunir esa niñez abandonada, dirigirla y formarla al cálido amor de la religión, es obra altamente cristiana y altamente social.

¿Qué digo? La niñez representa la sociedad de mañana. La escuela es a la vez templo y taller, donde el niño aprende a bendecir y amar al Creador y nutre su cerebro

con los conocimientos necesarios para desterrar la ignorancia y abrirse camino en la vida.

Pues bien, no podrían faltar las Hijas de Clemente Díaz Rodríguez en esta rama de la Misericordia y caridad y ahí las tenéis, dirigiendo con maternal solicitud un Asilo de Niñas en la Capital y una escuela de ambos sexos en un centro de muy densa población en este departamento.

Excmo. Señor Obispo, tal es la familia que colabora humilde y silenciosa en las tareas de vuestro alto ministerio, os aman ellas como debe amarse al Padre de las almas. Perdieron a su padre que les dió la vida espiritual y las colocó en sitial de honor. Tomadlas os ruego bajo vuestra sombra protectora. Excmo. Señor, qué bien se sentirán a vuestro lado en la ciudad episcopal, recibiendo de primera mano las aguas vivificantes de la humildad, de la sencillez, de la abnegación apostólica que os distinguen! Bajo vuestra mirada, ese místico almácigo que denomina "Noviciado", florecería en espíritu como planta junto a la corriente de las aguas.

Pueblo de Maipo, puedes dar rendidas gracias a Dios de que esta planta fecunda haya nacido y crecido en tu suelo feraz. Gózate y vístela de gala, *non fecit taliter omni nationi.* No hizo el Señor igual favor ni a muchas grandes ciudades de la República. Ya que en tu seno vivió aquel varón justo que con su mano plantó el árbol y lo regó con las cristalinas aguas de su celo, no apartes de él tus miradas, es tuyo, es herencia que te legara el que fué tu pastor incomparable. Y quiera el Señor en este grandioso día inspirar a algunas de tus doncellas el deseo de venir a sumarse a estas almas generosas que pugnan por conquistar la eterna palma. Y a vosotras, queridas hijas, ¿qué os diré en este, para vosotras, día de gloria?

Asociado a vuestras santas alegrías por razones que bien conocéis, ¿qué fibra tocaré de vuestros corazones ante los cincuenta años de vida regular vividos sin tropiezos, por la misericordia del Señor? ¡Ah! vivid unidas como un solo corazón por los lazos de una caridad cada vez más in-

tensa. No os apartéis jamás del espíritu de humildad y obediencia a vuestros superiores, en que os formó aquel varón justo que meció vuestra cuna... Mientras así lo hagáis, seréis fuertes en vuestra misma debilidad, y pocas en número se centuplicará la eficacia de vuestra labor. Y es natural que así unidas, ya que siguiendo por esa senda, jamás apartará sus ojos el Señor que mora en medio de vosotras en su presencia del Tabernáculo. ¡Oh, sí!, no os apartéis jamás del Tabernáculo donde vive Dios! Vivid siempre al amor de su lumbre divina. Si os habéis consagrado a El, El jamás desoirá vuestras plegarias.

Un genio militar dijo a sus tropas al pie de las pirámides del Egipto: Soldados, desde lo alto de esas pirámides cuarenta siglos os contemplan.

Con las naturales diferencias, también yo podría deciros el día de hoy: Desde los aleros de vuestras modestas moradas, cincuenta años os están observando. Obrad, pues, de manera que el nuevo cincuentenario que habéis empezado sea para vosotras motivo de un examen de conciencia; examen en que corrijáis las deficiencias que notéis en el camino recorrido y un esfuerzo de renovación de vuestro espíritu, que os haga más y más dignas de las esperanzas que vuestra diócesis y pueblo cifran en vosotras.

Que el Señor os bendiga y os haga santas.

Así sea.

DISCURSO

Pronunciado el día 25 de Diciembre de 1932, con ocasión del arribo de las Religiosas del Buen Pastor a la ciudad de Temuco

Señor Intendente:
Venerables religiosas:
Señores:

Por demás auspicioso y consolante es el día, amadas hijas del Buen Pastor, en que tomáis posesión de esta casa humilde en su apariencia, pero desde hoy grande por la caridad.

Aun resuenan los santos entusiasmos con que celebramos el nacimiento del Divino Niño Jesús que vino a redimir al mundo, cuando llegáis vosotras a este recinto bendito a continuar la obra redentora de las almas que lo hizo descender de las alturas del cielo. Por esta razón, amadas hijas, mi alma de Pastor de este querido rebaño se inunda de justas alegrías, que comparte esta culta población, la que os ve llegar como ángeles salvadores, para realizar entre nosotros las obras propias de vuestra institución.

¡Gran Dios, cuán bueno sois con los pueblos que os buscan! Desde el fondo de mi alma yo os bendigo.

Ante un hecho de tanta trascendencia, Señores, que baña de luz los anales de la provincia de Cautín, yo no puedo menos de felicitar a esta pléyade de almas heroicas,

que plenas de amor a sus semejantes vienen a verter entre nosotros los tesoros de la virtud, y de presentar a esta cristiana concurrencia mis más calurosos parabienes por la nueva y potente palanca de progreso moral que hoy se instala en la capital de esta pintoresca región. Y no os extrañéis mis parabienes.

I

Las instituciones religiosas son el arca santa donde se conserva vigorosa la llama del amor de Dios y de la severa virtud. Dios en efecto derrama en ciertos corazones gracias especiales, inspirándoles decisiones heroicas y lanzándolos animosos en pos del sacrificio y aún de la muerte, en aras del amor a sus semejantes...

El alma religiosa, señores, no reconoce patria circunscrita dentro de determinados límites; no reconoce familia y sabe romper los más fuertes lazos que pudieran ligarla a esta o aquella persona o lugar; su patria es el mundo entero, su familia esta allí donde hay almas a quienes hacer el bien y si por algún lazo se siente ligada, será siempre por el del amor a Dios y a las obras que promueven la divina gloria.

Pero, señores, hay aquí un hecho que no es posible pasar por alto.

Esos corazones generosos hasta el heroísmo, son plantas exclusivas de la Iglesia Católica; ellas se dejaron ver en el mundo cuando éste fué regado por la Sangre del Cordero Divino... La historia de las naciones más aventajadas de la antigüedad no ofrece nada semejante; la culta Grecia no las tuvo, ni la soberbia Roma puede vanagloriarse de haberlas producido. Es más. Pasan los siglos, pasan las generaciones, todo pasa, nada queda en pie de la grandeza humana, pero jamás pasará la religión que las engendra; siempre las naciones y pueblos iluminados por el Evangelio estarán viendo surgir esas almas nobles superiores a los halagos de la vida, que empapadas en espíritu de caridad, se buscarán recíprocamente, y fuertes por

la unidad y elevación de sus miras, despreciando a veces los desdenes de la sociedad, formarán esos ejércitos del bien que se llaman las *Congregaciones religiosas*, de las cuales tenemos aquí un exponente luminoso.

No ignoráis, señores, que en la prensa callejera, que en revistas, que hasta en la tribuna parlamentaria, la impiedad reclama contra la inutilidad de los tímidos conventos; no ignoráis tampoco que en el sentir de los incrédulos, la sociedad debe prescindir de las congregaciones por cuanto puede vivir sin ellas. Convenido, respondo yo a mi vez; puede la sociedad vivir sin ellas, pero ¿con qué vida? Con la vida de las plantas que vegetan raquíticas sin riego que les preste vigor... Y todo eso ¿puede llamarse vida, señores? ¡Oh! No, eso no es vivir; cuando más, es vivir muriendo, y tal sería la vida de las sociedades modernas sin el concurso inteligente y laborioso de las congregaciones.

Me diréis acaso que en eso hay mucho de fantasía.

¡Fantasía! ¡Quién me diera despojarme por un momento de la sotana que visto, para hablaros sólo en nombre de la justicia y sin sombra de pasión congregacionista!

Señores, a la afirmación audaz de que las congregaciones religiosas son inútiles al cuerpo social, yo opongo resueltamente esta obra: *"Las naciones y los pueblos actuales son incapaces de producir por sí solos el bien social a que todos aspiramos, y para conseguirlo, necesitan en absoluto de las congregaciones de uno y otro sexo.*

¿Qué suerte correría, señores, esa brillante juventud perteneciente a las clases acomodadas, esa muchachada que llena espontáneamente y a porfía las aulas de los colegios congregacionistas? ¿Qué sería de los hijos de las clases trabajadoras, que necesitan prepararse a la lucha por la vida, sin esa falange de talleres, escuelas, patronatos, orfelinatos, etc. sostenidos por congregaciones religiosas en todos los países del globo? El Estado por solícito que se le suponga no alcanza a abarcar tantas y tan premiosas necesidades. El clero secular por más que arda en celo, es re-

lativamente escaso, fuera de que su actividad es absorbida por las múltiples necesidades del ministerio de las almas. ¿Quién llenará entonces ese inmenso vacío? De hecho lo llenan las congregaciones. Pero no es esto todo.

¿Qué sería de las doncellas expuestas a perderse en el mundo; de las almas arrepentidas que buscan a Dios, si el espíritu de caridad no hubiera suscitado institutos religiosos destinados a ampararlas?

¿Qué sería de los pobres enfermos sin los ángeles de la caridad que vuelan a su lado en hospitales y lazaretos, luchando por arrancarlos de las garras de la muerte?

¿Qué sería en fin del mundo entero, tan sumergido en el lodazal de extravíos que claman castigo, si las vírgenes contemplativas no estuvieran día y noche, aplacando al cielo con sus penitencias y ofreciendo por nosotros el incienso puro de sus oraciones?

Señores, muchas cosas emocionantes he visto en mí ya largo ministerio. He visto a un joven arrojarse intrépido a las aguas para salvar, con peligro de su propia vida, la de un infeliz que luchaba desesperado contra las olas de un mar bravío; he visto a un intrépido sacerdote correr a la cabecera de los pestosos y perecer víctima del flagelo, o mejor dicho, de su valiente caridad. Pero cuando he experimentado con mayor intensidad la sensación indefinible de lo maravilloso, fué cuando penetré por primera vez en uno de esos asilos de ancianos dirigidos por abnegadas vírgenes. Al ver tanta miseria acopiada en aquellos restos de vida que se escapa, y al ver la amabilidad y exquisita dulzura de aquellas "Hermanitas de los pobres", ¡ah! señores, yo no sabía qué admirar más, si la suerte de los primeros en hallar madres por el amor, en la tarde crepuscular de su existencia, o la invicta paciencia de las segundas, en soportarles sus impertinentes flaquezas con sonrisa y modales de cielo...

Después de todo esto, que no es sino indiscutible realidad, hay derecho para exclamar con el ilustre Chateaubriand: ¡"Cuán grandes son tus maravillas, oh Dios de los cristianos! A donde quiera que se mire, encuéntranse

monumentos de los beneficios derramados por los institutos monásticos... sólo la religión cristiana es filántropa por excelencia (Los Mártires. Libro 5, cap. 5), y para concluír con uno de los más profundos pensadores modernos: "Si los institutos religiosos no existieran, las sociedades, si en su mano estuviese, debieran apresurarse a crearlos. (Balmes, Protestantismo comparado).

II

Pero, señores, permitidme todavía unas palabras, que aun no está dicho todo. Hay algo en que palpitan los más altos intereses de este pueblo.

Uno de esos institutos que, a semejanza del Nazareno, pasan a través del mundo *haciendo el bien*, intenta fijar aquí su morada permanente, formar parte de nuestro pueblo y realizar entre vosotros la benéfica obra a que la impulsan sus constituciones......

¿Quién ignora en Chile la hermosa misión de las conocidas "Hermanas del Buen Pastor"?

Las religiosas que forman esta bella asociación son dignas hijas de aquel Pastor Divino que, queriendo legarnos su fisonomía moral, pintóse en el Evangelio dando la vida por sus ovejas; de aquel Pastor que deja el rebaño en el redil y corre por selvas y montes en busca de la oveja descarriada; que en hallándola, la carga sobre sus hombros, la lleva al aprisco y cura sus heridas.

Esa es la caridad del Buen Pastor y ésa es también la vuestra, venerables religiosas. Gran cuidado había tenido hasta ahora de no herir vuestra humildad y vuestra modestia. Pero, ¿cómo no romper mi forzado silencio para que Dios sea glorificado en sus obras y para que conozca esta activa población todo el bien que tendrá en su seno, cuando, consolidada vuestra situación, podáis dar amplio desarrollo a vuestro programa de caridad?

La noble tarea del "Buen Pastor", es impedir que las jóvenes se corrompan con el contacto del mundo perdido,

y sanar las enfermas del alma, vale decir, es sanar a la delincuente santificándola con la oración y el trabajo. ¡Ah! esto es heroico, esto es divino y sólo se consigue a costa de grandes sacrificios.

¿Quién será capaz, señores, de imponer al culpable la reforma moral? ¿Quién le hará bajar sus ojos altaneros, apagar en su pecho la llama del odio y del rencor? ¿Acaso los guardianes del presidio, las rejas de la prisión, el ruido de los fusiles? Pero todo eso sólo consigue que el infeliz mire su cárcel como horrible infierno, en tanto que su espíritu, turbado por visiones pavorosas, sólo sabrá maldecir a la justicia y aborrecer el orden social.

¿Quién convertirá entonces el lobo en manso cordero? ¡Oh prodigios de la gracia! Será la tímida doncella, será la púdica virgen que respira atmósfera de caridad y se alimenta del pan del cielo. Será ella la escogida por Dios para colocarla al lado del alma pecadora y salvarla...

Señores y señoras, ignoro yo cuáles sean los mejores sistemas de reforma moral inventados por los hombres; pero los hechos hablan mejor que las teorías y los hechos están corroborando mis aciertos. Basta saber lo que eran hasta ayer las casas de corrección para las mujeres culpables en las principales ciudades de la República y lo que ahora son bajo la sabia y maternal dirección de las hermanas del Buen Pastor. Ayer, mansiones donde moraban la ira y el despecho comprimidos solamente por el miedo a los ejecutores de la justicia, y hoy, asilos donde las dulces lágrimas del arrepentimiento lavan los corazones deformados por la culpa, dejándolos aptos para recibir las inspiraciones de la virtud...

Progresista ciudad de Temuco, reina aclamada del Cautín, engasta con orgullo en tu corona este diamante que el Señor te envía; ensancha tu noble corazón para coger con cariñoso entusiasmo la barca bienhechora que hoy se presenta a ti, en busca de almas que salvar de los naufragios de la vida. Listo está el velamen, forman su tripulación una pléyade de egregios corazones, prontos a lanzarse en pos de almas que naufragaron entre las olas del

mundo. Mas, para hacerse a la mar, esta barca querida espera solamente que el soplo vivificante de la generosidad de tus hijos acuda a inflar sus desplegadas velas...

Distinguidas damas y caballeros que me oís, hagamos votos, porque sobre la piedra fundamental que acaba de recibir las sagradas bendiciones se yerga muy pronto un vasto y cómodo edificio. Si amáis de corazón a vuestro pueblo, si queréis que figure con honor entre los demás de la república, proteged las Instituciones que moralizan y que por lo mismo engrandecen.

Dignas Hijas del Pastor Divino, tened confianza, adelante, el pueblo de Temuco, que desde hoy también es el vuestro, os recibe con exquisita simpatía, os admira y contempla como suya la obra que empezáis.

SALUDO DE BIENVENIDA

Discurso pronunciado en la Catedral de Valparaíso, el 11 de Junio de 1938, al hacer entrega de la Diócesis al nuevo Obispo, Excmo. y Rvdmo. señor Rafael Lira Infante

Excmo. y Rvdmo. señor Obispo y Venerado Hermano.
Señor Intendente y demás autoridades civiles, militares, navales y eclesiásticas:
Muy amados hermanos:

Seáis bien venido a esta ilustre sede, señor Obispo, a esta nueva grey que en breves momentos más se colocará a vuestras paternales órdenes. En nombre de toda ella, del Clero e instituciones religiosas y en el mío propio, tengo el honor de presentaros un respetuoso y cordial saludo. La vieja y sincera amistad que nos liga, desde nuestros años juveniles, no me permitió rehusar tan grato encargo.

Llegáis, Excmo. señor Obispo, no como un extraño que viniera a explorar una situación desconocida, no. Llegáis a vuestra propia casa, rodeado del cálido afecto de todos vuestros nuevos hijos, que el Señor os ha deparado; vuestra Diócesis abre de par en par sus puertas para dar paso, entre expresiones de alegría, al distinguido Príncipe de la Iglesia, al Padre tan esperado, a la más alta dignidad diocesana que va a gobernarla.

Vuestra presencia en esta gentil ciudad, en calidad de Obispo propio, designado por la Sede Apostólica, ha venido a quitar de las sienes de la joven Diócesis el negro crespón que la enlutaba. ¿Qué digo? Ella ha traído el poderoso sedante para la honda herida que le abrió en la mitad del corazón el fatal deceso de aquel Pontífice idolatrado que le meció en sus brazos y cuyo nombre prefiero silenciar, para no empañar con el dolor los resplandores de esta augusta ceremonia.

Pero existen todavía poderosas otras razones para explicar el júbilo que causa vuestra presencia.

Vuestra gesta tesonera y abnegada que por espacio de doce años presenció la Diócesis que dejasteis y que no es sino el fiel reflejo de un alma impregnada en el amor a Cristo y a sus semejantes, ha traicionado vuestra ingénita modestia y volando en alas de la prensa ha llegado hasta la Perla del Pacífico, para decir a sus habitantes quién es el Pontífice que le ha deparado el Anciano de Roma. Porque las nobles acciones, Excmo, señor, las actuaciones inspiradas en altos y puros ideales, rompen por sí mismas las vallas del silencio y salvan presurosas las distancias, para ir a pregonar los triunfos de la virtud en no soñadas regiones.

Por estas razones, venerado hermano, antes que sus labios os expresaran su saludo, estos nuevos hijos os habían saludado con el corazón henchido de alegría y antes que los vítores y los aplausos atronaran los aires en honor vuestro, ya se había hecho oír aquel concierto unánime de los afectos del alma, de esos afectos que sólo afloran cuando los empuja la fuerza avasalladora de la sinceridad.

De manera que todas esas virtudes episcopales que sin Vos pretenderlo ennoblecieron vuestro gobierno en la sede de la legendaria Rancagua, hanse trocado en piedras preciosas, que se han adherido a vuestra mitra para ennoblecerla y decir a la grey, que hoy os recibe cuál es el bagaje de amor, de abnegación, de pericia, que aportáis a la

gallarda nave de Valparaíso cuyo timón empuñáis en esta fecha, desde hoy memorable.

Con justicia por tanto, esta compacta muchedumbre, donde hay gobernantes y gobernados, ricos y pobres, une sus voces para exclamar con el Libro Santo: *Benedictus qui venit in nómine Domini...* (*Bendito sea el que viene en nombre del Señor*).

Excmo. señor Obispo Diocesano.

Rudo golpe he asestado, sin duda a vuestra habitual modestia. Lo comprendo; pero, señores, ello era necesario. Es doctrina del Angel de las Escuelas que la sociedad debe conocer las virtudes y méritos de sus gobernantes, para ejemplo y respeto, y que uno de los más gratos deberes sociales es tributar público homenaje a aquellos de sus miembros, que lo han merecido por sus acciones.

Pero, Excmo. señor, me olvidaba. Nada os he dicho del campo donde vais a ejercitar vuestro celo, del espíritu que—en mi humilde opinión—anima a la grey que apacentaréis como Pastor.

Su característica puede condensarse en una frase: en el sector creyente, fe sincera, adhesión y cooperación de sus dirigentes; en los no creyentes, respetuosa deferencia para las creencias católicas, y en todos, cultura.

Tal es, si no me engaño, el signo distintivo de la gran masa de este Obispado. Bien se descubre en él la magna obra de un Casanova, de un Donoso, de un Jara, de un Izquierdo, de un Gimpert, su primer Obispo. Es la convicción que ha quedado en mi espíritu al visitar ocasionalmente los pueblos, en desempeño de mi cargo. Jamás una falta de respeto, jamás una palabra desentonada contra el hombre de sotana o el culto divino. ¡Jamás!

Creyentes o no creyentes, dentro de una santa comprensión de sus mutuos deberes, respetan lo que es respetable, dando al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. He ahí la cultura en su más compendiosa expresión.

Tal es el alma colectiva de este cuerpo místico que se denomina Diócesis. Aquí la tenemos sintetizada, en esta compacta y distinguida concurrencia. Venidos de diversas localidades, todos están ávidos de conoceros, de cumplimentaros y de recibir vuestra bendición primera.

Dejo, pues, esta Catedral queridísima, hermano en el Episcopado, y os entrego esta familia querida, cuyo gobierno espiritual he tenido durante nueve meses.

Modesta ha sido mi actuación, de acuerdo, por cierto, con mis alcances y posibilidades; no obstante, os puedo asegurar que he puesto al servicio del alto e inmerecido cargo que se me confiara en un día de luto para esta ciudad, los últimos destellos de una existencia en su ocaso y en bien de éstos que hasta hoy han sido mis hijos, según el espíritu, he volcado totalmente el ánfora donde se guarda ese líquido divino, honor y prez del sacerdocio y que se denomina la noble pasión de las almas.

Que el Espíritu Divino, inmediato y genuino creador de la episcopal jerarquía, os inunde con sus luces y guíe vuestros pasos al través de vuestro gobierno, Excmo. señor Obispo de Valparaíso, y si he de deciros una palabra que cristalice mis votos y sentires del momento, sean aquellas que oísteis en el magno día de vuestra consagración episcopal: "Ad multos annos".

DISCURSO

Pronunciado en la iglesia parroquial de Angol el 18 de Marzo de 1938, para agradecer al pueblo la solemnísima recepción que había tributado a su Obispo Diocesano

Señor Gobernador:
Señor Alcalde:
Muy amados hijos:

¡Qué espectáculo más encantador! ¡Qué cuadro más bello! El corazón lo palpa, lo siente, lo admira. Pero el pincel mismo de Apeles no sería suficiente a reproducirlo... Si en él se descubre alguna sombra, es precisamente el no tener sombra alguna: todo en él es luz, todo es claridad, todo es belleza física y moral de tono y de valor altísimo...

¡Gran Dios! De dónde arranca el origen de esta compacta muchedumbre agrupada en torno de vuestro indigno representante, como en los grandes tiempos de los antiguos pueblos, de que habla la historia.

¿Cuál es el secreto resorte que produce este incomparable dinamismo, este bellísimo desorden en que se estrechan en dulce consorcio, el grande y el pequeño, el acaudalado y el pobre, al hombre de letras y al humilde analfabeto, a la distinguida dama y al cumplido caballero, a la radiante juventud y a la venerable ancianidad y para de-

cirlo en compendiosa frase, a todas las órdenes sociales de esta culta ciudad?

¡Ah! Señores, ya lo adivináis! Ese mágico resorte, es la fuerza incontenible de la fe, de la idea religiosa que vibra, y que sacude las masas.

Es que el pueblo de Chile, sumergido en su infancia en las fuentes bautismales, ve encarnadas en la persona de sus Obispos sus creencias y sus esperanzas inmortales.

Es que colocada en presencia de los que el Espíritu Santo puso para gobernar su Iglesia, el alma popular, cristiana por naturaleza, según Tertuliano, irrumpe vencedora, del corazón de la muchedumbre, como irrumpe incontenible la llama de un volcán aprisionada entre paredes de granito.

Es que el pueblo chileno, arrullado al nacer, en brazos del catolicismo, busca, en la hora triste que vive la humanidad, busca instintivamente a Dios, al Padre de los cielos, a la fuente de toda consolación y acude al llamado de los ministros de la fe y penetra en el templo a elevar al cielo su corazón que sufre y enjugar las lágrimas que anublan sus entristecidos ojos...

Razón tenéis, pueblo querido, para obedecer a esos arranques generosos del alma cristiana.

La religión es el alma y la vida de los pueblos. Lo que es el alma humana para el cuerpo del hombre, tales son para las naciones y pueblos las creencias religiosas; les dan la vida y vigor; pero no la vida de la bestia, del irracional que sólo busca la satisfacción de sus instintos materiales y groseros, sino la vida del espíritu, la vida de la inteligencia, que se basa en principios fijos, en normas propias de seres racionales; de donde proceden a su vez el orden, la tranquilidad, el respeto mutuo, la caridad, en una palabra, el progreso verdadero que engrandece a los pueblos.

Por el contrario, arrancad del cuerpo humano el alma que lo vivifica y tendréis un cadáver que pronto pasará a la putrefacción y destrucción total de su organismo.

Arrancad la religión del corazón de las muchedumbres, cortad esos vínculos sagrados que mantienen sujeta la bestia humana, como dijo Pascal, vale decir, quitad a

Dios, quitad al sacerdote, a la paciente religiosa que se sacrifica educando a vuestros hijos o velando a la cabecera del enfermo; destruíd las iglesias en donde resuenan las doctrinas del divino Nazareno y en su lugar poned el famoso laicismo sin Dios ni principio alguno sobrenatural, ¿qué acontecerá?, testigo una dolorosa experiencia que tenemos a la vista.

Que todo se derrumba y destruye. Los vicios más repugnantes invaden la sociedad sin que haya freno alguno para contenerlas. Nadie respetará a nadie, ni a la autoridad civil ni a la paterna, sino con el auxilio de las bayonetas y los disparos de la fusilería. La propiedad particular será un mito; quien tiene audacia se apoderará de lo ajeno y todos los jueces y magistrados serán insuficientes para castigar la criminalidad que se desborda: la conciencia pública andará sin orientaciones ni rumbo, semejante a esos pobres ciegos que atraviesan nuestras calles, tropezando dondequiera y pidiendo su ayuda a un lazarillo que guíe sus pasos vacilantes.

Tal era el mundo antes que apareciera allá en la remota Judea, el Redentor de la humanidad, Jesucristo, para fundar la religión bendita a que tenemos la honra de pertenecer; tales serán los pueblos que se atreven a desterrar a Cristo de sus instituciones y de sus leyes; serán focos de corrupción, y de desórdenes, serán ciegos que caminan a precipicio, serán cadáveres. Porque sin las doctrinas y la ayuda del Dios-Hombre, nada podrán para destruir los gérmenes del vicio y de la muerte. *Sine me, nihil potestis facere.*

Por eso, Señores, hacen obra anti patriótica, los que intentan arrancar la religión verdadera del corazón del niño, de las masas, de las instituciones, de las leyes; son verdaderos enemigos de la patria que los vió nacer, ya que, quitando los salvadores principios de la religión de Cristo, los impíos cavan los fundamentos mismos en que descansan los países, que son la obediencia a los que mandan, la moralidad y el orden.

Y bien, hijos míos muy amados, a promover todo lo

que relaciona con esa religión benemérita del mundo, a inspeccionar la marcha de todas sus instituciones en favor de las almas, a dar una palabra de aliento al pastor que tiene a su cargo el cuidado y salvación de esta párte de nuestra amada grey, a todo eso obedece la venida del Obispo que habla, al seno de esta Parroquia, al seno de esta sociedad de cuyos elevados sentimientos y cultura nos habla muy alto esta espléndida manifestación de respetuoso cariño, de esta sociedad que desde la primera visita que tuvimos el consuelo de hacerle, supo aprisionar nuestro corazón entre las redes de la más honda y sincera gratitud.

Aquí nos tenéis, pues, amados hijos, a vuestra completa e integral disposición, dispuestos a coadyuvar en la medida de nuestras posibilidades, al progreso y desarrollo del catolicismo en esta importantísima región, para que sea más conocido, alabado y servido, el Rey-Señor de nuestras almas, Cristo Jesús, y *restaurar todas las cosas según su doctrina. Instaurare omnia in Cristo.*

Y bien, ¿qué haremos, amados hijos, para corresponder a esta imponente y altamente simpática manifestación? *Quid retribuam?* Yo no tengo oro ni plata, dijo San Pedro al paralítico que le estiraba su mano descarnada para pedirle una limosna; pero lo que tengo, eso te doy: En el nombre de J. C. levántate y anda... y al punto aquel desgraciado de treinta años hacía incorporóse y caminó sobre sus propios pies.

Parodiando aquella histórica frase del Príncipe de los Apóstoles diremos en estas emocionantes momentos.

Yo nada tengo en lo humano que sea digno del magnífico gesto de religiosa gentileza realizado por todo un pueblo encabezado por su Párroco y su Clero. Pero lo que tengo eso os lo doy con toda el alma: las facultades espirituales del Pontífice suplan las deficiencias del hombre; os impartiré mi episcopal bendición. Es el tesoro que en sus manos llevan los Obispos, es la riqueza invisible que reparten al pueblo *los que fueron colocados por*

el Espíritu Santo para gobernar a la Iglesia de Dios.

Recibidla en prenda de mi honda gratitud; primeramente tú, amado hijo mío, Párroco y dirigente de esta digna feligresía, y vosotros celosos misioneros, y santos hijos del Serafín de Asís, abnegados cooperadores todos en nuestro santo Ministerio.

Señor Dios Altísimo, haced, os ruego, que esta bendición descienda de mis manos como un rocío de felicidades, sobre las dignísimas autoridades civiles, judiciales y militares que han prestado el inapreciable contingente de su presencia y cooperación.

Sobre los padres y madres de familia de quienes depende en gran parte el porvenir de la Sociedad y de la Patria.

Sobre los Maestros y Maestras de la niñez y juventud, es decir, de la sociedad de mañana, para que siempre tengan de su misión el más alto concepto y infundan en sus discípulos antes que nada el Santo temor de Dios y los principios del Evangelio que moralizan y salvan.

Sobre los ancianos encorvados ya bajo el peso de sus venerables años.

Sobre la ardorosa juventud católica de uno y otro sexo, para que brillen ante el público con los esplendores de una conducta sin tacha y sean los incansables colaboradores del Párroco, en sus tareas de santificación de las almas.

Sobre los niños, los preferidos, los íntimos de Jesús, que ahora como en los tiempos de Jesús, saben poner en estos bellos comicios, con su inocente bullicio, la nota de alegría y del candor.

Pero, ¿qué digo? Faltan aquí esos seres oprimidos entre las garras del dolor, los seres que sufren; me refiero a los pobres enfermos que postrados en su lecho, no han podido tomar parte en estas demostraciones del alma popular cristiana. Dadles, Señor, paciencia en el su-

frir, y si es vuestra voluntad, restituídles la salud perdida y devolvedlos felices a sus hogares.

Señores, inclinad vuestras frentes, pues el cielo va a fijar sus miradas sobre vosotros...

ALOCUCION

Pronunciada en el matrimonio del Señor Arturo Atria Ramírez con la Señorita Graciela Reyes Ugarte en la Capilla del Liceo Alemán, Santiago, Diciembre 22 de 1935.

Señores y hermanos míos:

Invitado a bendecir el matrimonio de esta joven pareja, acaso podría iniciar esta impresionante ceremonia felicitándote a ti, piadosa niña, ya que el dueño de tu corazón será un hombre que, por las cualidades que lo adornan, llena cumplidamente tus aspiraciones; y también a ti, querido amigo, ya que en tu camino has encontrado un ser que corresponde a tus sinceros afectos y que sabrá identificarse contigo en las situaciones ya prósperas ya adversas de la vida. Todo esto se encuadraría dentro de mis deseos de amigo vuestro.

Pero en mi carácter de representante de la Iglesia, pienso que mi misión en estos instantes es otra, y que, dejando a otros la tarea de admiraros y desearos un sendero de flores, debo pintaros la *grandeza* y *santidad* del compromiso que hoy vais a sellar al pie del altar de Dios. He ahí, pues, el tema de mis palabras.

Señores, toda la importancia de este acto que presenciáis, está basado en una frase del más célebre de los Apóstoles, San Pablo, dirigida a los fieles de Efeso: "Este Sacramento es grande, pero entendido según la mente de Cristo y de la Iglesia. *Sacramentum hoc magnum est, ego autem dico in Christo et in Ecclesia*".

Pasaré por alto el origen divino del matrimonio fundado por Dios al principio del mundo para crear y propagar la raza humana; emitiré igualmente el hecho grandioso y trascendental de que Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre y Dios como él, elevara el matrimonio, en las bodas de Caná, a la dignidad de *Sacramento*, de *cosa sagrada*, que en su calidad de tal, queda sometida en absoluto al control y autoridad de la Iglesia Católica por él fundada.

Pasaré por alto todo esto, digo, para haceros ver la belleza moral del enlace cristiano y las consecuencias que de ella se desprenden en orden a los esposos.

Desde luego, el matrimonio es la fusión en una sola de dos almas que para hacer juntos la jornada de la vida, hasta que la fría muerte venga a cerrar sus párpados; se aman, repito y desean amarse no con amor sensual e inconsciente que no es sino la efervescencia de una pasión y por ende caprichoso e inconstante, sino con ese amor puro y noble que tiene por base la mutua estimación, generada a su vez por el conocimiento de lo que se ama, y que se modela por el amor mismo con que Cristo ama a su Iglesia, o lo que tiene idéntico significado, *con amor firme, constante, invariable; con amor tolerante,* hasta soportar sin acrimonía los defectos de su consorte; *generoso* hasta sacrificar sus gustos personales en el altar de la mutua paz y concordia; *atento* hasta profesar un verdadero culto a la persona que le ha consagrado la exclusividad de su amor, rodeándola de toda suerte de consideraciones; *delicado* en fin, hasta evitarle cuidadosamente cualesquiera molestias y proporcionarle en cambio cuanto pueda producirle contento y bienestar.

Tal es, amigos míos, en síntesis el matrimonio según el concepto católico, *in Christo et in Ecclesia,* en lenguaje del Apóstol, y vosotros no podréis negar que todo eso lo

circunda de una luciente aureola de grandeza y santidad, *Sacramentum hoc magnum est.*

Pero el matrimonio cristiano es algo más todavía.

A la verdad, su misma constitución entraña el mutuo compromiso de adoptar una manera de conducirse que guarde armonía perfecta con el nuevo estado.

Por el hecho mismo de casarse, el esposo deja de ser ya el joven de ayer, en el cual tal vez primaba el corazón sobre la inteligencia y se constituye en un *hombre, vir.* Y es gran cosa, sin duda, ser un *hombre,* según toda la expresión castellana y latina. En otras palabras, un hombre de *virtudes* viriles, en quien la madurez de la reflexión suple a la experiencia de los años; un *hombre* dispuesto a enfrentar con ánimo sereno todas las contingencias del porvenir; un *hombre penetrado de un espíritu de rectitud y de orden,* que le induzca a dar siempre preferencia al deber sobre el placer; a la conciencia sobre la conveniencia; un hombre que empuña con resolución el timón de esa mística nave que se llama el hogar y asume, puesta su confianza en el Altísimo, todas las responsabilidades ora morales, ora materiales que puedan afectar a la sociedad conyugal y para decirlo todo de una vez, un *hombre, que al recibir una esposa,* se percata de que él se sustituye *ipso facto* a la familia de su consorte, a sus ternuras, a sus desvelos difíciles de igualar y a la vez sabe apreciar el valor del depósito confiado a su guarda, a su respeto, y más que todo a su amor... Tal es, amigo mío, el tipo acabado de un marido cristiano, del jefe de un hogar iluminado por la fe.

* * *

Por su parte, la esposa en el día de sus bodas traspasa los umbrales de la *risueña juventud* y penetra en los serenos dominios de una señora, de una dama cabal, cuya hermosa fisonomía moral está admirablemente descrita en los Libros Santos.

Miradle constituída, no en esclava del marido, sino en tierna compañera suya, en ornamento del hogar.

En todos sus procederes la traiciona su tendencia a acercarse al ideal de una esposa cumplida, de la mujer fuerte de los proverbios en cuyo corazón se anidan las más apreciadas virtudes domésticas.

Su sueño más acariciado, el que más la cautiva es su perfección moral, la sólida piedad.

Sus más valiosas joyas, son los encantos de su dulzura, de su modestia, de su bondad.

Su más *solícito empeño,* inspirado por la gratitud, es el de hacer amar dentro del recinto de su morada y fuera de él, a Jesucristo Señor Nuestro, el divino libertador de la mujer, el Dios Humanado, que habiendo elevado el contrato natural del matrimonio a la dignidad de Sacramento, elevó igualmente la condición de la mujer, ayer esclava de los caprichos del hombre, hoy reina coronada y considerada por su consorte; y después de Jesucristo y su santa ley, hacer amar al compañero, al esposo que el Ministro sagrado, le diera al pie de los altares.

Es más todavía...

Su *constante preocupación,* es velar por el orden, la economía, el decoro del hogar; es hacer la felicidad de su marido, de sus hijos y de cuantos la rodean, de tal manera que nadie entre los suyos siente la necesidad de buscar fuera de aquellos muros, momentos de dicha y de esparcimiento. Y si alguna solicitud siente por las cosas de fuera, que sea para llevar socorro a un desgraciado, para enjugar una lágrima o cumplir un deber (social) natural o social. "Sean vuestros hijos, esos pedazos de vuestras almas, si no lo fueran vuestros maridos, el irresistible imán que os atraiga y os retenga en vuestras casas, de donde un modernismo inadmisible pugna por arrancaros, para llevaros a gozar en los hipódromos, en los casinos, en los cines y teatros, mientras aquellas tiernas creaturas lloran entregadas al cuidado de manos mer-

cenarias. Sapientísimas palabras que un célebre orador contemporáneo dirigía a las damas de París y que yo hago mías en todas sus partes.

* * *

Siendo esto así, hermanos míos; si el Matrimonio, según la mente de Cristo y de su Iglesia, es la palestra en que los cónyugues se ejercitan en virtudes prácticas y bellas; si es la primera escuela en que se forman los hombres de mañana y donde echa el niño las bases de su porvenir, ¿cómo no llamar *grande, muy grande este Sacramento,* como lo llamó San Pablo?

Pero ¿qué estoy haciendo? Al perfilar la grandeza del matrimonio, he olvidado salir a la defensa de dos propiedades esenciales a las cuales asesta con furor sus tiros la impiedad contemporánea, refiriéndome a su misión procreadora y a su indisolubilidad. Sin ellas el matrimonio se despoja de su carácter de institución venerable y seria, para convertirse en un juguete, en un deporte, de la peor especie.

Desde luego, si el Matrimonio por su naturaleza intrínseca tiende a la propagación de la vida, si como lo enseña nuestra infalible fe católica, la *pro-creación* es la principal de sus finalidades, ¿cómo no levantar la voz contra esa plaga funesta, que va invadiendo el mundo cual onda destructora como es la limitación voluntaria de la familia? ¿Será posible, señores, que por simples cálculos económicos, se prive de la existencia a seres llamados a ella y se haga tabla rasa de las leyes naturales que son leyes divinas?

¿No es ésta una gravísima ofensa contra la bondadosa Providencia? Si ella da alimento hasta a las avecillas del cielo, ¿podrá permitir que falte el pan y todo lo necesario a las familias numerosas en que se cumplen sus mandatos y en donde no hay derroches ni gastos superfluos? ¡Jamás! Y así lo prueba la experiencia. Podrá tal

vez no haber riqueza ni abundancia, pero nunca habrá miseria, hambre.

Y ¿qué decir de los que sueñan con la disolución del vínculo matrimonial? O no han pensado en lo que es el estado conyugal o son víctimas de una pasión avasalladora e incontenible.

Si el amor hondo y sincero de los esposos es la piedra angular del matrimonio, ¿qué amor sincero y hondo puede anidarse en pecho alguno si está abierta la puerta para el abuso si existe la fácil posibilidad de que un simple capricho o pasión desordenada pueda derribar el edificio y para siempre?

¿A qué vendrán las preocupaciones por el porvenir de la familia, por la educación y colocación de los hijos, por asegurarse una vejez tranquila y sin inquietudes, si existe la amenaza como la espada de una separación fácil y para siempre? ¡Qué interés habrá en mantener el lustre y renombre de un apellido, si ese brazo tiene una vida efímera, incierta, sujeta a las intemperancias y malicia humana!

Señores, todos estos interrogantes no tienen otra respuesta que una condenación airada del divorcio que intenta *separar lo que Dios unió*, y con desprecio absoluto de las leyes naturales, las cuales piden a gritos la perpetuidad del matrimonio hasta la muerte como medio único de cumplir sus fines.

Tal vez dirá alguien que se presentan casos en que el divorcio absoluto es el único remedio de gravísimos males. Demos que sea así, lo que está muy lejos de ser efectivo. Pero a esa afirmación, yo replico que es absurdo e injusto dañar a la inmensa mayoría por favorecer a unos pocos. Eso es irritante injusticia. Máxime, si se toma en cuenta a los hijos, víctimas inconscientes de desenfrenado sensualismo de sus padres...

¿Con qué derecho les dieron la vida, si después los

habían de abandonar como naves al garete, en el tempestuoso mar del mundo?

Pero, señores, veo que he abusado de vuestra benevolencia y debo terminar.

Jóvenes esposos, habéis oído el imperfecto bosquejo de vuestro nuevo estado y de lo que habéis de ser ante Dios y ante la sociedad.

Resumiendo las anteriores reflexiones, os diré que en el fiel cumplimiento de vuestros deberes, hallaréis la felicidad apetecida, en cuanto es posible hallarla en este valle de lágrimas. ¡Oh, sí! Podéis pisar con paso firme en la nueva senda que hoy vais a iniciar, pues no dudo que vuestro corazón cristiano os llevó a abrir vuestro corazón ante el Dios Eucarístico, en cuyas manos está la suerte de los mortales.

¿No sentís, además, los votos sinceros de dicha, las dulces palpitaciones de dulcísimo amor, las férvidas plegarias con que os acompañan vuestros amantísimos, y los numerosos deudos y amigos que os rodean...?

Voy pues a recoger, con alegría intensa, los sagrados compromisos, que formularéis a la faz del cielo y de la tierra, y a no dudarlo, vuestros ángeles tutelares los registrarán en los cielos, mientras la Iglesia los inscribe en sus archivos...

Gran Dios, que escucháis siempre con paternal bondad, la súplica ferviente, que parte del corazón; si algo vale la humilde plegaria de vuestro Ministro, yo os ruego que echéis una mirada benigna sobre esta joven pareja, y hagáis que la bendición que pronto les dará mi mano, sea precursora de gracias que aseguran su ventura en la tierra, y les abra después, en compañía de sus hijos, las puertas del Paraíso.

Así sea.

ALOCUCION

Pronunciada en el matrimonio del Señor Don Daniel Cámus Guardián con la Señorita María Cámus Foncea, el cual tuvo lugar en la parroquia de Chorrillos, Viña del Mar, el 9 de Diciembre de 1939.

Queridos hermanos y amigos:

Acompañado de una sencilla parafrasis de mi parte, vais a oír la más hermosa y completa síntesis que jamás se haya escrito acerca del acto de tanta trascendencia que en estos instantes vais a realizar. Son las palabras mismas con que la Santa Iglesia instruye a sus hijos y les da a conocer las responsabilidades que echan sobre sus hombros, a la vez le señala los medios de que los esposos disponen para ser felices en el estado matrimonial, en cuanto es posible serlo en la vida humana. Escuchadme con benevolencia.

Habéis venido a celebrar, dice el Ritual, el sacramento del matrimonio, el cual es necesario para la propagación de la raza humana y por ende permitido a todos los que no tienen impedimento. Como unión legítima al hombre y la mujer, el matrimonio fué instituído por el mismo Dios en el Paraíso terrenal cuando dijo después de crear a Adán: "No es bueno que el hombre esté solo, démosle compañera semejante a él" y acto seguido, creó a Eva porque es el tronco único del género humano.

Pero el Señor agregó: "Por lo cual el hombre dejara

a su padre y a su madre y vivirá unido a su mujer". Realmente, hermanos, es ésta la síntesis y a la vez la historia sencilla y bella del matrimonio.

Pero, ese contrato natural celebrado entre el hombre y la mujer fué elevado por Jesucristo a la insigne dignidad de sacramento de la nueva ley; fué en aquel momento histórico, célebre en la vida del mundo del Redentor, en que habiendo asistido El y su Madre Santísima a las solemnes bodas que se celebraban en Caná de Galilea, autorizó y consagró con su presencia divina el contrato matrimonial, y en prueba de su aprobación obró el primero de sus milagros, mezcla preciosa de poder infinito y de caridad inagotable, convirtiendo el agua de las ánforas en generoso vino.

Por esta razón, señores, el Apóstol San Pablo calificó de *gran Sacramento* al matrimonio. *Sacramentum hoc magnum est;* pero agregó que era grande por la virtud y los favores de Cristo y dentro de las normas que para celebrarlo fija la Iglesia que él fundó en la tierra. *Ego autem dico in Christo et in Ecclesia.*—Que es como si dijera: "Yo no hablo de un mero contrato profano, en que se ligan dos corazones que se aman, es verdad, pero que se ligan con sus solas fuerzas y recursos humanos, sin nada divino, nada de sobrenatural, nada que saque aquel convenio de la categoría de un contrato de compraventa, de un arrendamiento de servicios.

No, hermanos míos, yo hablo del matrimonio católico, tal como lo instituyó Cristo y tal como lo entregó a su Iglesia, como algo muy sagrado, en que el hombre no se halla solo, afrontando, las contingencias de un porvenir incierto; sino que se asocia, diremos, al Omnipotente y se coloca humilde bajo sus auspicios y los invoca de corazón y confía en ellos. De ahí, señores, deriva toda su majestad y grandeza el matrimonio; que de mero contrato efectuado entre dos voluntades humanas se eleva al nivel de las cosas divinas y se trueca en símbolo e instru-

mento de las gracias de Dios. Por eso, estos jóvenes esposos, guiados por las luces de la fe que aprendieron de sus padres, impulsados por el instinto de su propia ventura, han buscado las bóvedas del templo, y el intermedio del ministro sagrado y las preces y ceremonias del culto religioso, porque todo eso, y sólo eso, está de pleno acuerdo con la grandeza, con la santidad, con la alta significación del acto que realizáis.

Me preguntaréis: ¿Qué efectos espirituales produce este gran sacramento? ¿Qué confianza debe inspirarnos como católicos?

Si los contrayentes se hallan con sus conciencias limpias, cual conviene, la doctrina católica enseña que el sacramento les comunica fuerzas y auxilios sobrenaturales. Con ellos los esposos fortalecen su espíritu para la lucha incesante contra las dificultades y penas de la vida, y se vigorizan para cumplir con sus sacrosantos deberes de casados. Y ya que de deberes hablo, jóvenes esposos, debéis tener entendido que, siendo el fin de este sacramento la propagación del género humano, vuestro anhelo será dejar herederos, pero no tanto de vuestros bienes materiales, cuanto de vuestra fe, de vuestra virtud, de vuestra honorabilidad. A esta finalidad del matrimonio se agrega otra, y es que os ayudéis recíprocamente a sobrellevar las incomodidades y cruces de la vida y las debilidades de la vejez. Por lo cual es indispensable que desde ahora miréis hacia el porvenir y cortéis desde luego todo aquello que puede ser obstáculo para la paz, para la tranquilidad que son el primer factor de la felicidad del matrimonio.

La dignidad de este sacramento, que es un símbolo de la unión entre Jesucristo y la Iglesia, pide que os améis mutuamente como Cristo amó a la Santa Iglesia por él fundada. ¿Cuál fué la calidad de este amor? Fué sin medida, la amó hasta la muerte, hasta dar por ella su vida. Así vos, hermano mío, guardaréis delicadas consideraciones a vuestra esposa, como persona del *sexo débil*. En ella yo os voy a dar no una esclava, como era la mujer antigua

antes de la aparición del Cristianismo, sino una compañera de la vida, una reina para vuestro hogar. Toda esta grandiosa innovación la debe la mujer exclusivamente a Jesucristo. Esa es la voz innegable de la histodia. Ni es extraño que Adán nuestro primer padre, diese a Eva, formada de su lado, el expresivo nombre de *compañera.*

Colocado al frente de un nuevo hogar, vuestra grande y constante preocupación será el trabajo. Con el trabajo asentaréis sobre bases ciertas vuestra casa y familia y huiréis del ocio, de la pereza, fuente perenne de vicios y ruina de las familias. La pereza debiera ser objeto de odio para el hombre que se casa.

A vos, esposa, os recomiendo, como un deber escencial que estéis sujeta a vuestro marido en todo, y en todo marchéis de acuerdo con él. Es ésta una condición natural y básica del matrimonio. Huíd también de la ostentación y del lujo, que es germen de dificultades y aniquilamiento muchas veces de las mejores fortunas. Al excesivo amor a los adornos corporales, preferid la joya preciosa de la modestia, de la moderación. Tratad de sobresalir en todo esto y sin pretenderlo, seréis consuelo y orgullo de vuestro marido y espejo en que puedan mirarse vuestros hijos.

¿Qué digo? Seréis igualmente el guardián celoso de los bienes conyugales, no abandonaréis vuestra casa sino para cumplir vuestros deberes religiosos, para ir a enjugar una lágrima en el hogar ajeno, o para satisfacer exigencias ya de vuestro propio estado o de la sociedad en que viviréis.

¿Y qué os diré de esa hermosa y soberana virtud, ornamento incomparable de la mujer casada y timbre de honor para su nombre, y que se llama la *fidelidad conyugal?* La Iglesia compendia su alcance en esta frase: Sed como un vergel cerrado, *como un huerto sellado por la virtud de la castidad. Después de Dios a nadie debe amar más la mujer casada que a su marido, ni el marido más que a su mujer*". ¿Qué os parece? ¿Hay algo más santo y que mejor

cristalice los deberes del amor conyugal? Repartir este amor entre otros corazones que no sea el que juró amar al pie de los altares, sería además de un acto sobremanera inicuo, un crimen, es un paso seguro hacia la desventura. Señores, por esta razón el llamado *amor libre,* que es la puerta más ancha para el divorcio, es un retroceso vergonzoso hacia el paganismo; es la destrucción de la familia, es la inmoralidad sujeta a normas, es en una palabra, una estocada a fondo dada en el corazón de la sociedad doméstica y por ende de la sociedad civil; es una teoría de la carne, de la sensualidad, que jamás puede admitir un corazón noble, forjado en los severos moldes del cristianismo.

Empeñaos en daros gusto el uno al otro, en todo aquello que no prohiba la piedad cristiana, tened siempre un solo corazón y una sola alma. Viviendo así unidos, los más hondos pesares os serán llevaderos. Para esto la mujer obsequie y obedezca a su marido; y el marido en muchas ocasiones disimule, y en obsequio de la paz, renuncie de hecho a su autoridad; ceder será entonces ganar.

Recordad que no se trata de una alianza de corazones efímera y transitoria; la alianza del matrimonio en el sentido cristiano, único y verdadero y razonable, durará cuanto dure vuestra vida y su vínculo sólo se romperá con la muerte... Por tanto la recíproca compenetración de corazones, la paz a todo trance, basada en un amor sincero y leal, no me cansaré de deciróslo, sea vuestra diaria y ardiente aspiración.

Una última advertencia y habré terminado. Día llegará en que compareceréis ante el tribunal divino a dar cuenta de vuestra propia vida, de vuestros hijos, de vuestra casa integral. Es un dogma de nuestra fe. Y ante ese dogma ¿qué os diré? Lo más natural. Que hagáis reinar en vuestra casa la augusta religión en cuyo nombre he venido a bendecir vuestro enlace; que domine allí el santo temor de Dios, principio de toda cordura, según los Libros Santos.

Sed vosotros verdaderos discípulos de Cristo; fieles

observantes de su ley, y vuestra casa toda seguirá vuestros ejemplos y las más preciadas virtudes florecerán allí para ornamento del hogar y corona de vuestra ancianidad.

Ea, pues, jóvenes esposos; disponeos a atar vuestros corazones con las suaves cadenas de este himno. Que el Señor, escuchando mis humildes plegarias, os bendiga desde el alto cielo, y que esa bendición sea prenda segura de esa ventura y felicidad que anheláis vosotros mismos y anhelan a la vez para vosotros los numerosos amigos que han venido a acompañaros en los instantes más solemnes de vuestra vida.

He dicho.

ALOCUCION

Pronunciada en el matrimonio del señor Héctor Millán con la señorita Mercedes Smitmans López, efectuado en la iglesia de San Pedro, Santiago, el 12 de Octubre de 1940.

Amigos queridos
y hermanos:

Me es grato dirigiros la palabra en el solemne momento en que ponéis el pie en el umbral de una nueva vida. Y al veros bajo las bóvedas de la casa de Dios, viene a mis labios este interrogante: ¿Por qué esta feliz pareja busca espontáneamente el templo de Dios para realizar esta alianza de sus corazones?

¡Ah, señores, es que ambos están convencídos de que el contrato matrimonial es un contrato especialísimo y esencialmente diverso de los demás, ya que su materia es el corazón humano que siente y ama; y en el corazón humano y en sus íntimas decisiones no puede intervenir el hombre sino sólo Dios.

En efecto, señores, la fe les enseña que aquel contrato natural con que por disposición divina se unieron en matrimonio el hombre y la mujer desde el principio del mundo, hace dos mil años, Jesús, Dios y Señor del mundo, lo ennobleció elevándolo a la dignidad del Sacramento de la nueva ley, vale decir, convirtiéndolo en un signo externo, por medio del cual Dios concede gracias y auxilios especiales a los desposados, si su alma está limpia de culpa.

Por esta razón, es natural que esta joven pareja busque a Dios mismo como testigo de la unión de sus corazonos y se coloque bajo su amparo divino.

Todo esto está de acuerdo con lo que dijo el Apóstol San Pablo, quien denomina gran *Sacramento* al Matrimonio. *Sacramentum hoc magnum est.* Pero agrega: Siempre que se contraiga de acuerdo con las directivas de Jesucristo y de su Iglesia. *"Ego autem dico in Christo et in Ecclesia."*

* * *

Queridos amigos, la unión matrimonial que vais a contraer tiene, pues, un modelo divino en que inspirarse: *la unión de Cristo con la Iglesia por él fundada.* Tal es la doctrina del Apóstol de las Gentes que para un católico hace ley.

Ahora bien, dos cualidades características se descubren en la unión de Cristo y la Iglesia: *el amor sin límites que le profesa y la duración indisoluble de esa unión.*

Amor sin límites: Yo veo a Cristo, señores, fundando la Iglesia Católica a cuya cabeza pone a San Pedro, el Pescador de Galilea; y veo también que le consagra un intenso amor, tan grande, tan ardiente, que por cimentarla y rubricar la doctrina que le ha confiado, muere en una desmantelada Cruz, y todavía le promete asistirla con sus luces y su poder hasta el fin de los siglos.

He ahí, amigos míos, el espejo en que debéis miraros. El amor que es la causa eficiente del matrimonio, y sin el cual sería éste una paradoja, el amor, digo, ha de ser *único, recíproco y exclusivo.*

El corazón del marido, después de Dios y ante todo Dios, solo debe abrir sus puertas a su mujer, a su compañera jurada, a la que recibió al pie de los altares; y la mujer, abrir las suyas única y exclusivamente a su marido. Y este vuestro amor, amigos míos, debe estar por encima de cualquiera otro amor terreno, aún sobre el que se debe a los seres que os dieron la vida. Y si por algún motivo,

hubiera colisión entre estos dos amores, primaría, es claro, el que se deben recíprocamente los esposos, pasando a un plano inferior el amor de los padres. Tal es la magnitud y exclusividad del amor que se deben los casados; así lo enseñó Dios al instituir el matrimonio al principio del mundo.

Dar, pues, gusto a su consorte en todo lo lícito, renunciando a cuanto puede dividir los corazones, he ahí la verdadera doctrina sobre la unión conyugal; la estrecha vinculación de los espíritus, y cuanto a ella conduce, débe constituír la más constante aspiración de los casados.

Por otra parte la escrupulosa fidelidad del uno para con el otro que lleva implícita el contrato matrimonial, a más de ser un gravísimo deber de conciencia, es una semilla fecunda de paz y de tranquilidad en el hogar, ya que ambos están seguros de que ellos y sólo los hogares verdaderamente cristianos y ¡qué hermosos son! en la sociedad brillan como focos de luz y se captan el respeto de todos.

Y ¿qué deciros, señores y amigos, de la indisolubilidad, de esa otra cualidad inseparable de la unión matrimonial, desde que Jesucristo la hizo Sacramento?

Es en efecto la indisolubilidad la piedra básica sobre la cual descansa la sociedad conyugal y el futuro bienestar de los casados. Quitad esa piedra y aquella se derrumbará y destruirá, cual edificio sin cimiento.

Analicemos el ejemplo de Cristo y os convenceréis de ello.

* * *

Jesucristo, jamás ha abandonado ni abandonará a su Iglesia.

Los perseguidores de ésta, desde la Sinagoga, Herodes y Nerón, los cuales intentaron, apenas nacida, ahogarla en su propia sangre, hasta los modernos enemigos de Cristo, que sueñan aún con destruírla, todos perecieron y perecieron desastrosamente, sin que quede de ellos más

que un triste recuerdo, y su obra se diluyó como el polvo que se lleva el viento.

Y la Iglesia perseguida ¿dónde está?

¿Murió? ¿Sus obras, sus enseñanzas, su espíritu murieron también?

¡Oh, no, señores, mil veces no! Vive y vivirá siempre; vémosla desarrollarse doquiera y crecer pese a sus encarnizados enemigos, y el anciano de Roma sigue gobernando la barca de Pedro, como si nada aconteciera. ¿Por qué?

Porque la Iglesia está asistida por Cristo y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; todo se disolverá, menos esa mística unión.

He ahí, amigos míos, el ejemplo que debe guiar vuestra mentalidad desde hoy: unión íntima, pero indestructible, diamantina, entre vuestros corazones; unión eterna que no podrán romper ni la buena ni la mala fortuna; si lloráis, si gozáis, que siempre se mezclen vuestras lágrimas y vuestras alegrías; en una palabra, unión que sólo pueda romper la muerte con su implacable mano.

Esta es la enseñanza católica y esto lo exige la naturaleza misma del matrimonio; es un contrasentido el pensar que esa fusión de corazones que se juntaron para formar un hogar, pueda destruirse a voluntad del hombre. Es algo inconcebible, es algo más, es un absurdo.

Y al llegar aquí, ¡cómo no decir una palabra contra esa inicua burla del gran sacramento del matrimonio y que se denomina el *divorcio!* ¿Hay algo más injusto y más desquiciador?

En realidad, señores, no se puede alegar razón alguna, verdaderamente seria, que justifique los enormes males que el divorcio con disolución del vínculo, una vez convertido en ley, causaría a la sociedad. ¿Acaso se justificaría porque unos cuantos matrimonios no se avienen y por lo mismo había que acudir al divorcio absoluto para contraer nuevas nupcias? De ninguna manera, eso es filosofía, se llama un sofismo. Es injusto, es inadmisible, que por el

bien de unos cuantos, se vaya a perjudicar a todo el cuerpo social, a la inmensa mayoría de los matrimonios, dictando una ley que destruye la unidad, la paz, la organización, la base misma del hogar. Y la ley, para que sea justa, para que sea ley, debe buscar el bien común y no el de unos pocos con perjuicio inmenso para la mayoría, para la sociedad. En efecto, la sociedad, el bien social exige que el contrato del Matrimonio sea absolutamente estable, firme, indisoluble, para que los casados puedan pensar, sin temor, en organizar su hogar, en formar la familia, educarla y asegurar su porvenir. Y ¿para qué pensar en eso, si existe la posibilidad y la amenaza de que un consorte diga que no está bien, que quiere separarse y de hecho se separa? ¿En qué trabajo serio se puede pensar en orden al porvenir, si sobre la cabeza de los casados se cierne la amenaza de la separación, el temor de que el nido en que se había soñado se despedace y destruya para siempre? No, señores, es preciso estar muy cegado por la pasión, para no comprender el peso de estas razones.

* * *

¿Qué digo? El divorcio con disolución del vínculo es además una irritante injusticia por cuanto hiere derechos sagrados a tercero, y ese tercero son los hijos; éstos tienen derecho a la vida, a la educación, a la formación, etc., todo lo cual incumbe a los padres.

¿Con qué derecho entonces los padres se atreven a dar ese paso desvelador y dejan sus hijos a la ventura, sin ninguna dirección y respeto, y lo que es peor, presenciando al lado del padre o de la madre, cómo se falta a la palabra empeñada ante Dios y los hombres? ¿Acaso ese ejemplo no es una invitación para que ellos más tarde hagan otro tanto?

Por este motivo, por el bien de esos pobres inocentes, huérfanos de *padres vivientes*, aunque no hubiera otra razón, ésta bastaría para que toda persona de conciencia hon-

rada, con sentimientos siquiera humanos, ya que cristianos, debiera reprobar con energía esa triste aberración de la sociedad moderna, y mirarla como un triste índice de decadencia moral.

Amigos míos: Una palabra más y habré terminado.

Cada uno de vosotros responderá un día delante de Dios, de las almas que, como retoños nacidos de lozano tronco, vendrán a incrementar vuestra sociedad.

Pedazos de vuestra alma, tienen derecho a exigiros que el lema de vuestra vida con relación a ellos, sea esta palabra compendiosa: sacrificio, abnegación, pero sobre todo religión, para modelar su corazón. La religión debe ser el alma de vuestro hogar, en ella educaréis a vuestros hijos, ella endulzará vuestras penas en las horas grises del dolor y en ella hallaréis el reposo y la paz. No caigáis en el horrendo crimen de limitar la familia por medios ilícitos; sería ello un agravio directo a la divina Providencia que dijo: *Creced y multiplicaos;* he ahí el fin primario del Matrimonio, no el placer.

Confiad en la excelsa Providencia y no os faltará el pan para vuestros hijos y Dios os bendecirá.

Joven esposa, y aunque haya de repetir algo de lo que ya he dicho, sed siempre consecuente con la elección que habéis hecho; exclusivista siempre en el amor a él, vuestro corazón será un huerto sellado cuyas llaves sólo él maneje; no os contagiéis con la corriente moderna del amor libre que destruye la felicidad de tantos hogares y que yo no sabría reprobar lo bastante; el amor a vuestro marido sólo será inferior al de Dios.

Esto os pide la religión que hoy bendice por mi intermedio vuestro enlace; esto os pide vuestra verdadera felicidad, esto os pide el verdadero concepto de vuestros deberes de esposa cristiana.

Y a vos, querido amigo, ¿qué os diré? Vais a empuñar el timón de la nave que hoy se bota al mar de la vida para llevaros a las playas de la felicidad que anheláis... A vos corresponde por tanto la parte mayor en el lote de las responsabilidades de la travesía.

Dos cosas me atrevo a aconsejaros en nombre de la Iglesia a quien represento: Culto a Dios y a su Santa Religión y culto de afectuoso amor a vuestra consorte.

Culto a Dios, porque sin Dios, el hogar se disloca y se torna en foco de discordias.

Culto de amor a vuestra mujer, porque si éste ha de ser recíproco, si ella debe levantaros en su pecho un altar donde sólo vuestra imagen se venere, otro tanto os incumbe a vos, ya que a este respecto los derechos del uno y del otro son perfectamente iguales.

No olvidéis que hoy priváis a un hogar de la que era en él contento y alegría; no olvidéis que al llevarla a vuestro lado, vais a hacer rodar lágrimas a los que le dieron la vida, a sus hermanos, a los que viven bajo un amistoso techo.

Claro es entonces que, por vuestras ternuras, por vuestros desvelos para con vuestra joven compañera, os pondréis a la altura de la situación del esposo, de jefe, y supliréis en cuanto es posible a las ternuras de que ella gozaba entre los suyos.

Que el Señor derrame, pues, sobre vosotros la abundancia de sus gracias, y que la bendición que vais a recibir, sea para vosotros prenda segura de felicidad y os acreciente con numerosa prole que será vuestra más bella corona.

He dicho.

ANTE EL PORVENIR

Alocución pronunciada en el matrimonio del Señor Luis Custodio Contardo con la Señorita Benilde Astaburuaga, que tuvo lugar en el templo de la Merced, el 1.o de Septiembre de 1893.

Hermanos míos:

Llamado a bendecir vuestro matrimonio, siento que se confunde en mis labios la voz de la Iglesia con la voz de la amistad y de la sangre. El divino Maestro me lo perdonará, ya que en las bodas de Caná él se dignó manifestar tanto el afecto del hombre como el poder de Dios.

Yo debo felicitarte a ti, piadosa joven, ya que vas a ligar tu corazón con lazo eterno a un hombre que llenando tus aspiraciones, te hará feliz en cuanto es posible serlo en este valle de lágrimas; y a Vos, hermano mío, pues que vas a ligar tu suerte a una joven, que ante todo aporta el tesoro de la dicha y de la virtud, riqueza verdadera en la mujer, y auspicio seguro de dicha para un hogar que se inicia.

Yo os veo aquí, alegres y serenos, con el pie en el umbral de una nueva vida, y al veros en esa actitud, os diré sin vacilar: Tenéis razón; os felicito con toda mi alma... Y después de mis parabienes, una palabra sobre este acto de tanta trascendencia en la vida humana.

Hermanos míos: ante todo debo recordaros la grandeza de la unión que hoy contraéis. Jesucristo la elevó a la

dignidad de sacramento. En esta unión, santificada por las oraciones de la Iglesia, hallaréis un socorro celestial proporcionado a vuestros sagrados deberes, y a los sacrificios que os impone y exige vuestro nuevo estado....

Vuestra unión tiene un modelo divino que imitar: es la unión de Jesucristo y su Iglesia. De aquí la perfecta unidad de vuestro enlace: Jesucristo no rescató con su sangre sino a una sola Iglesia; de ahí también la indisolubilidad del matrimonio, pues Jesucristo jamás abandonará a la Iglesia por la cual murió en la Cruz; al contrario, le ha prometido asistirla hasta la consumación de los siglos. Razón tuvo el Apóstol para decir, hablando del matrimonio: *"Este sacramento es grande, pero contraído según la Ley de Cristo y en su Iglesia. Sacramentum hoc magnum est.*

¿Y cómo callarlo? Cada uno de vosotros responderá un día delante de Dios de las almas, de los hijos nacidos de esta unión, los cuales retoños nacidos de robusto tronco, vendrán a incrementar vuestra sociedad, cual pedazos de vuestra alma. Tienen derecho de exigir que el lema de vuestra vida sea esta palabra: Sacrificio, abnegación para criarlos y formarlos; pero sobre todo religión. Ella debe ser el alma de vuestro hogar; en ella educaréis vuestros hijos, ella endulzará vuestras penas y en ella hallaréis el reposo y la paz.

Joven esposa, sed siempre consecuente con la elección que habéis hecho; exclusivista siempre en el amor a él; vuestro corazón será un huerto sellado cuyas llaves sólo él maneje; que no os contagie la corriente moderna, que destruye la felicidad de tantos hogares y que yo no sabría reprobarlo bastante. El amor a vuestro marido sólo será inferior al de Dios. Esto os pide la religión que hoy bendice por mi intermedio vuestro enlace; esto os pide vuestra verdadera felicidad; esto os pide el verdadero concepto de vuestros deberes de esposa y de esposa cristiana. Jamás olvidéis los ejemplos que habéis recibido de vuestros mayores ni mucho menos las lecciones de delicadeza y piedad que os ha infundido vuestra religiosa madre.

Y a vos, deudo y querido amigo a la vez, ¿qué os diré?

Vais a empuñar el timón de la nave que hoy se bota al mar de la vida para llevaros a las playas de la felicidad que anheláis.... A vos os corresponde por tanto la parte mayor de las responsabilidades en el bote de la travesía.

Dos cosas me atrevo aconsejaros en nombre de la Iglesia a quien represento: Culto a Dios y a su santa religión, y culto de afectuoso amor a vuestra consorte.

Culto a Dios, porque sin Dios el hogar se disloca y se torna foco de discordia.

Culto de amor a vuestra mujer, porque si éste ha de ser recíproco, si ella debe levantaros en su pecho un altar donde sólo vuestra imagen se venere, otro tanto os incumbe a vos, y a este respecto los derechos del uno y del otro son perfectamente iguales.

No olvidéis que hoy priváis a un hogar de la que era en él un factor de contento y de alegría; no olvidéis tampoco que al llevarla a vuestro lado, vais a hacer rodar lágrimas a los que viven bajo este amistoso techo.

Claro es entonces que, por vuestras ternuras, por vuestros desvelos para con vuestra joven compañera, os pondréis a la altura de la situación de jefe, de amantísimo compañero en que os colocáis.

Que el Señor derrame, pues, sobre vosotros la abundancia de sus gracias, y que la bendición que vais a recibir, sea prenda segura de felicidad para vosotros y para vuestros hijos.

He dicho.

ÍNDICE

MARIA SANTISIMA

SERMONES MORALES

Págs.

DISCURSOS DE OCASION


EDITORIAL
SAN FRANCISCO
PADRE LAS CASAS
IMPRESO EN CHILE